EMILIO ZOLA

La Débacle



Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228, BARCELONA

La Débâcle

OBRAS DE EMILIO ZOLA

de venta en esta Casa Editorial

Naná.	2	*tomos*
L' Assommoir.	2	»
Teresa Raquin..	1	»
Los Misterios de Marsella..	1	»
Lourdes.	2	»
Roma.	2	»
París.	2	»
Fecundidad..	2	»
Trabajo.	2	»
La Débâcle.	2	»

EN PRENSA

Verdad.	2	»

EMILIO ZOLA

La Débâcle

(EL DESASTRE)

Versión castellana de «El Nervión»

TOMO SEGUNDO

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 226 Y 228

BUENOS AIRES
Maucci Herms., Cuyo 1070

MÉXICO
Maucci Herms., 1.ª Relox, 1

1902

Publicada por la Casa Editorial Maucci, con autorización de El Nervión, *de Bilbao.*

Imprenta de la Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228

La Débâcle

(EL DESASTRE)

IV

Sobre el camino de Balan, Enriqueta tuvo que andar primero muy de prisa. No eran más de las nueve; la ancha carretera, bordeada de casas y de jardines, estaba libre aún, obstruida, sin embargo, cada vez más, á medida que se acercaba á Balan, por los vecinos que huían y por las tropas que maniobraban. A cada nueva oleada de gente, se aproximaba contra las paredes, se escurría y seguía avanzando. Y su cuerpo delgado, vestido con su traje oscuro, con su hermoso pelo rubio y su cara diminuta, medio ocultos bajo la toquilla de encaje negro, no llamaba la atención, y nada moderaba su paso ligero y silencioso.

Pero en Balan un regimiento de infantería de

marina cerraba el camino. Era una masa compacta de hombres que aguardaban órdenes, escondidos detrás de grandes árboles. Se puso de puntillas y no vió el fin de aquella masa. Trató de hacerse más pequeña aún, para escurrirse. La empujaban, sentía en el costado las culatas de los fusiles. A los veinte pasos, hubo algunas voces de protesta. Un capitán volvió la cabeza y se incomodó.

—¡Eh! buena mujer, ¿está usted loca? ¿A dónde va usted?

—Voy á Bazeilles.

—¿Cómo á Bazeilles?

Estalló una carcajada general. La señalaban con el dedo, se burlaban de ella. El capitán, más tranquilo, añadió:

—¡A Bazeilles! ¡Ya podía usted llevarnos en su compañía!... Estábamos allí hace un momento y creo que volveremos; pero la prevengo que allí no hace frío.

—Voy á Bazeilles á buscar á mi marido,—declaró Enriqueta con voz suave, mientras que sus ojos, de un azul pálido, reflejaban su decisión tranquila.

Dejaron de reir, un sargento la sacó de entre las filas, obligándola á volver hacia atrás.

—¡Buena mujer, ya ve usted que no es posible pasar... No es cosa fácil para una mujer ir á Bazeilles en estos momentos... Ya encontrará usted más tarde á su marido... ¡Vamos, atienda usted á razones!

Tuvo que ceder; se paró, empinándose á cada momento para ver á lo lejos, empeñada á continuar la caminata. Lo que oía decir en su alrededor la servía para formarse idea de lo que había pasado. Los oficiales se quejaban amargamente de la orden de retirada, que los había obligado á abandonar Bazeilles, desde las ocho y cuarto, cuando el general Ducrot, al suceder en el mando del ejército al mariscal Mac Mahon, había querido concentrar to-

das las tropas sobre la meseta de Illy. Lo peor era que el 1.er cuerpo, habiendo retrocedido demasiado pronto, entregó el valle del Givonne á los alemanes, y el 12.º cuerpo, atacado con mucho brío de frente, había sido desbordado por su flanco izquierdo. Y ahora que el general Wimpffen sucedía al general Ducrot, el primitivo plan volvía á dominar, y llegaba la orden de ocupar Bazeilles á todo trance, para echar á los bávaros al Meuse. ¿No era una tontería haberles hecho abandonar una posición que tenían que tomar ahora, cuando el enemigo era dueño de ella? ¡Estaban dispuestos á hacerse matar, pero no por capricho!

Hubo en aquel momento un gran movimiento de hombres y de caballos; el general Wimpffen se presentó, firme sobre los estribos, la cara ardiente y exaltado, dijo:

—Amigos míos, no podemos retroceder, sería el acabóse... Si tenemos que batirnos en retirada, iremos sobre Carignán, de ningún modo sobre Mezieres... ¡Pero venceremos; los habéis derrotado esta mañana y los derrotaréis ahora!

Se alejó al galope por un camino que subía hacia la Moncelle. Circulaban rumores según los cuales había tenido con el general Ducrot una discusión violenta, sosteniendo cada cual su plan y atacando el del contrario, declarando uno que la retirada sobre Mezieres no era posible desde aquella mañana, y profetizando el otro que antes de la caída de la tarde, si no se retiraban sobre la meseta de Illy, el ejército se vería encerrado. Se habían acusado mutuamente de no conocer el país ni la verdadera situación de las tropas. Lo peor era que los dos tenían razón.

Hacía un rato que Enriqueta estaba distraída de su afán de avanzar. Acababa de reconocer en el borde del camino, toda una familia de Bazeilles, de pobres tejedores, el marido, la mujer y tres hijas,

la mayor de nueve años. Estaban tan destrozados, tan rendidos de cansancio y tan desesperados, que no habían podido ir más allá.

—¡Ah! mi querida señora,—decía la mujer á Enriqueta,—no tenemos ya nada... Ya lo sabe usted, nuestra casa estaba en la plaza de la Iglesia y una granada la ha pegado fuego. No sé cómo hemos podido salvarnos.

Las tres niñas al recordar aquella escena empezaron á llorar, mientras que la madre continuaba dando detalles acerca de la misma.

—He visto arder el telar como si fuera paja... las camas, los muebles, todo ha ardido... y hasta el reloj, sí, el reloj que no he podido coger.

—¡Dios de Dios!—dijo el marido, de cuyos ojos caían lagrimones,—¿qué va á ser de nosotros?

Enriqueta, para tranquilizarlos, dijo en voz baja:

—Están ustedes juntos, sanos y salvos; ¿de qué se quejan ustedes?

Después preguntó, quiso saber lo que había ocurrido en Bazeilles, si habían visto á su marido y cómo habían dejado la casa. Pero con el espanto que les había trastornado, sus contestaciones eran contradictorias. No, no habían visto al señor Weiss. Una de las niñas dijo que le había visto sobre la acera, tendido y con un boquete en la cabeza y su padre le largó una bofetada para hacerla callar, porque, según él, mentía. En cuanto á la casa debía de estar en pie cuando habían huido y aun recordaban haber notado al pasar que la puerta y las ventanas estaban bien cerradas, como si no hubiese nadie dentro. En aquel momento los bávaros sólo ocupaban la plaza de la Iglesia y tenían que tomar el pueblo calle por calle, casa por casa. Pero debían haber ganado mucho terreno, todo Bazeilles debía arder en aquel momento. Y aquellas pobres gentes continuaban hablando de esas cosas, asustados aún, moviendo los brazos y evocando la horri-

ble visión; los tejados ardiendo, la sangre que corría y los muertos que cubrían la tierra.

—¿Y mi marido?—repitió Enriqueta.

No contestaban ya, lloraban tapándose la cara con las manos. Se quedó allí presa de una ansiedad atroz, temblando un poco,pero sin desfallecer. ¿Qué debía hacer? Aunque se esforzaba en creer que la niña se había equivocado, veía á su marido atravesado en la calle, con la cabeza abierta por una bala. Después, aquella casa tan herméticamente cerrada la preocupaba. ¿Por qué estaba cerrada? ¿No estaba allí? La certidumbre de que había muerto la heló el corazón. Pero tal vez sólo estuviese herido y la necesidad de ir allá, de estar á su lado, la empujaba de tal modo, que quería intentar atravesar las filas de nuevo. En aquel momento las cornetas tocaban marcha.

Muchos de aquellos soldados bisoños habían llegado de Tolón, de Brest y de Rochefort, con muy poca instrucción y sin haber sido aun fogueados, y ya desde por la mañana se batían como unos veteranos. Ellos que, desde Reims á Mouzon, habían caminado tan pesadamente por la falta de costumbre, se revelaban ahora como los más disciplinados, los más fraternalmente unidos por aquellos lazos que impone el deber y la abnegación frente al enemigo. Tocaban las cornetas y volvían al fuego, volvían al ataque á pesar de la cólera que sentían. Tres veces les habían prometido enviarles en su apoyo una división que no llegaba nunca. Se veían abandonados y sacrificados. Les pedían su vida á todos llevándolos de nuevo á Bazeilles, después de haberlo evacuado. Y lo sabían y daban su vida sin sublevarse, apretando las filas, abandonando los árboles que los protegían para ir á recibir balas y granadas.

Enriqueta lanzó un suspiro. ¡Por fin marchaban! Los siguió, creyendo poder llegar con ellos, dis-

puesta á echar á correr si corrían. De nuevo se pararon, llovían los proyectiles é iba á ser necesario para recuperar á Bazeilles ganar cada metro de camino, apoderarse de las callejuelas, de las casas, de los jardines, á derecha é izquierda. Las primeras filas habían empezado á tirar y sólo avanzaban á saltos, los menores obstáculos hacían perder mucho tiempo. Nunca podría llegar si se quedaba á la cola, aguardando la victoria.

Entonces formó el proyecto de llegar á Bazeilles por aquellas vastas praderas que bordean el Meuse, aunque no comprendía bien cómo podría hacerlo. De pronto se quedó parada frente á un pequeño mar, inmóvil, que la cerraba el camino por aquel lado. Eran las tierras bajas que habían sido inundadas, formando un lago de defensa, y de las cuales no se había acordado. Quiso volver hacia atrás, pero después se arraigó, siguió por el borde, en la hierba mojada, hundiéndose hasta la canilla. Así anduvo un centenar de metros. Después tropezó con la pared de un jardín, el terreno se hundía, el agua chocaba contra el muro, de una profundidad de dos metros. Era imposible pasar. Apretaba los puños de rabia, tuvo que hacer un esfuerzo para no empezar á llorar. Pasados los primeros momentos, se serenó, bordeó el muro, se creyó salvada, porque conocía aquel dédalo, aquellos senderos que conducían al pueblo mismo.

Pero allí caían granadas. Enriqueta se quedó parada, muy pálida, aterrada por el estrépito de un disparo. Un proyectil acababa de estallar delante de ella, á algunos metros. Volvió la cabeza, examinó las alturas de la margen izquierda, donde estaban emplazadas las baterías alemanas; comprendió entonces de donde venía el peligro y siguió andando con los ojos fijos en el horizonte, buscando las granadas para evitarlas. En la temeridad loca de su carrera se hallaba sostenida por su sangre fría,

por toda aquella tranquila bravura de que se hallaba poseída su alma y de que tantas pruebas había dado en el rudo combate por la vida. No quería que la mataran, quería encontrar á su marido, cogerle, vivir juntos, felices aún. Las granadas caían sin cesar, andaba pegada á las paredes, aprovechando los resquicios de las puertas. Se presentó un espacio al descubierto, al final de un camino destrozado, cubierto de pedazos de granadas; y aguardaba bajo un cobertizo, cuando vió delante de sí, en un agujero que casi tocaba con el suelo, la cabeza curiosa de un niño que miraba. Era un chicuelo de unos diez años, descalzo, vestido con una camisa y un pantalón hecho pedazos, algún merodeador á quien la batalla divertía. Sus ojillos negros brillaban y á cada disparo gritaba alegremente:

—¡Qué bonitos son! .. ¡No se mueva usted!... ¡Ahí viene una!... ¡Bum! ¡vaya un ruido que ha hecho esa!... ¡No se mueva, no se mueva usted!

Y á cada disparo se bajaba al fondo del agujero, reaparecía, levantaba la cabeza para volver á desaparecer.

Enriqueta notó entonces que las granadas venían del Liry, mientras que las baterías de Pont Maugis y de Noyers sólo tiraban sobre Balán. Veía perfectamente el humo á cada disparo; después oía el silbido que seguía al cañonazo. Debió de haber un descanso porque se disipó la humareda, lentamente.

—¡Con seguridad que están echando un trago!—dijo el rapaz.—¡Pronto! ¡pronto! ¡déme usted la mano, vamos á marcharnos!

La cogió la mano, la obligó á que le siguiera; y los dos corrieron, juntos, bajando la cabeza, salvando así el espacio descubierto; al llegar al otro extremo, al ocultarse detrás de un montón de haces, se volvieron y en aquel momento vieron que una

granada caía sobre el cobertizo que acaban de dejar. El estrépito fué horrible, el cobertizo se vino á tierra.

El chicuelo se volvió loco de alegría, encontrando aquello muy divertido.

—¡Bravo! ¡bien! ¡Vaya un destrozo!... ¡Pues lo hemos dejado á tiempo!

Pero otra vez Enriqueta tropezaba contra obstáculos infranqueables, contra unas tapias de jardín, sin camino alguno. Su pequeño campañero saltó sobre la tapia, se reía, decía que siempre había un medio de pasar. Después la ayudó á saltarla y se encontraron al otro lado, en una huerta sembrada de judías y de guisantes. Estaba cercada por todas partes y para salir de allí tuvieron que pasar por la casa del hortelano. El, silbando, con los brazos al aire, marchaba el primero, no extrañándose de nada. Abrió una puerta, se encontró dentro de una habitación, pasó á otra, donde había una mujer anciana, la única persona que había quedado allí. Parecía estar atontada, de pie, cerca de una mesa. Miró aquellos dos desconocidos que pasaban por su casa y no les dijo una palabra ni ellos tampoco. En seguida salieron á una callejuela por donde anduvieron un rato. Después se les presentaron otros obstáculos, durante un kilómetro, saltaban tapias, franqueaban zanjas, una carrera por el camino más corto, por las puertas cocheras, por las ventanas de las habitaciones que lograban franquear. Los perros ladraban, estuvieron á punto de caer atropellados por una vaca. Pero debían acercarse, un olor de incendio llegaba hasta ellos, grandes humaredas rojizas, parecidas á gasas volantes, obscurecían á cada momento el sol.

De pronto, el muchacho se detuvo y se plantó delante de Enriqueta.

—Dígame señora, ¿á dónde va usted?

—Pero ya lo ves, á Bazeilles.

Silbaba, se echó á reir, como un chicuelo que se escapa de la escuela.

—A Bazeilles... ¡Ah! pues yo no voy por allí... Yo voy á otra parte. Adiós.

Se escapó, se fué como había venido, sin que pudiese saber de dónde salía ni á dónde iba. Le había visto asomar por un agujero y le perdió de vista detrás de una pared, y nunca volvería á verle.

Cuando se encontró sola, Enriqueta tuvo miedo. No era una gran protección la que podía prestarle aquel niño, pero su charla la entretenía. Y ahora temblaba, ella tan valiente. Las bombas habían cesado de caer, los alemanes no tiraban sobre Bazeilles por temor, sin duda, de matar á sus compañeros, dueños del pueblo. Pero desde algunos instantes oía silbar las balas, ese zumbido de moscones de que la habían hablado y que ahora recordaba. A lo lejos había tal confusión, tal clamoreo, que no oía ni el ruido de los disparos, tan violentos eran los clamoreos. Al dar la vuelta á una casa, oyó, cerca de su oído, un ruido apagado, la caida de un trozo de yeso, que la hizo detenerse: una bala acababa de empotrarse en la fachada, y quedó allí, quieta, paralizada. Después, antos de saber si tendría valor de continuar, recibió en la frente un golpe como un martillazo y cayó de rodillas, atontada. Una segunda bala al rebotar la había rozado cerca de la ceja izquierda, pero sin penetrar dentro de la cabeza. Se llevó las manos á la frente y las retiró ensangrentadas. Pero había sentido que tenía la cabeza sana, intacta bajo sus dedos y dijo en alta voz, como para darse ánimos.

—No es nada, no es nada. Vamos, no tengo miedo, ¡no! no tengo miedo...

Y era verdad; se levantó, echó á andar entre las balas, sin preocuparse, sin miedo, sin darse cuenta del peligro que corría, como una criatura que hace el sacrificio de su vida. No intentaba ocultarse, pro-

tegerse, marchaba derecha, con la cabeza alta, no alargando el paso más que con el deseo de llegar antes. Los proyectiles se aplastaban á su alrededor; más de veinte veces estuvo expuesta á morir, y no hacía caso. Su deseo de llegar, su ligereza al andar, su actividad de mujer callada, parecían ayudarla, y ella, tan delicada, pasaba por entre aquel peligro, tan fina, tan suelta, que escapaba á él. Estaba por fin en Bazeilles, tomó por mitad de un sembrado para llegar á la calle que servía de carretera y que atraviesa el pueblo. Al desembocar, vió á unos doscientos metros, su casa que ardía, con el tejado aplastado y saliendo por las ventanas bocanadas de humo negruzco. Eetonces echó á correr.

Weiss, desde las ocho, se había encerrado allí, separado de las tropas que se replegaban. El regreso á Sedán se había hecho imposible, porque los bávaros, desbordándose por el parque de Montivillers, habían cortado la línea de retirada. Estaba allí solo con el fusil y los cartuchos que le quedaban, cuande vió delante de la puerta unos diez soldados, que se habían quedado atrás, como él, aislados de sus compañeros, buscando con la vista un refugio, para vender cara su vida. A escape bajó y les abrió la puerta y entonces la casa tuvo una guarnición, un capitán, un cabo, ocho hombres, todos fuera de sí, rabiosos, dispuestos á no rendirse.

—¡Calle! Lorenzo, ¿es usted de los nuestros?— dijo Weiss, sorprendido de ver entre ellos á un muchacho delgado, que tenía un fusil en la mano, cogido, sin duda, al lado de un cadáver.

Lorenzo, con pantalón y chaqueta de tela azul, era un jardinero de las cercanías, de unos treinta años, que había perdido á su mujer y á su madre, muertas á consecuencia de la misma enfermedad.

—¿Por qué no había de formar parte?—dijo,—no

tengo más que este cuerpo y bien puedo darlo. Y además, esto me entretiene, pues ya sabe usted que no soy manco, y va á tener que ver; tumbar á uno de cada tiro.

El teniente y el cabo inspeccionaban la casa. Nada había que hacer en la planta baja y se conten taron con colocar los muebles contra las puertas y ventanas para hacer sólidas barricadas. Después, en las tres habitaciones del primer piso y en el granero, organizaron la defensa, aprobando desde luego los preparativos hechos por Weiss; los colchones que defendían las ventanas, las troneras abiertas á distancias iguales. Al asomarse el capitán para ver los alrededores oyó gritos de un niño.

—¿Qué es esó?—preguntó.

Weiss se acordó entonces de Carlitos; enfermo con la cara roja pididiendo agua á su madre, que ya no podía contestarle, con la cabeza destrozada, muerta en la acera. Y al recordar aquella visión dolorosa, contestó:

—Es un pobre chico, enfermo, cuya madre ha muerto, deshecha por una granada.

—Tienen que pagarlo muy caro,—dijo Lorenzo.

Sólo llegaban aún á la fachada algunas balas perdidas. Weis y el capitán, acompañados del jardinero y de dos hombres, habían subido al granero desde donde podían vigilar el camino. Le veían oblicuamente hasta la plaza de la iglesia. Esa plaza estaba ahora en poder de los bávaros, pero no avanzaban mucho, tomaban muchas precauciones. En una callejuela, un puñado de soldados los contuvo cerca de un cuarto de hora, haciendo un fuego tan nutrido que los muertos se amontonaban. Después fué en una casa, en otro esquinazo de la que tuvieron que apoderarse antes de pasar adelante. En un momento en que la humareda se había disipado vieron á una mujer que disparaba desde una ventana. Era la casa de un panadero en la

cual se encontraban algunos soldados, que también se habían retrasado, mezclados con los vecinos; y al ser tomoda la casa, hubo gritos, atropellos, una oleada de personas fué arrastrada hasta el muro de en frente; aparecieron allí las faldas de una mujer, una chaqueta de hombre, pelos blancos encrespados, después se oyó una descarga de pelotón y saltó sangre hasta el coronamiento de la pared. Los alemanes eran inflexibles; toda persona cogida con las armas en la mano, que no perteneciese á los ejércitos beligerantes, era fusilada en el acto, como culpable de haberse puesto fuera del derecho de gentes. Ante la furiosa resistencia del pueblo, su cólera aumentaba y las pérdidas enormes que llevaban sufriendo en las cinco horas de ataque, les hacían tomar represalias atroces. Los arroyuelos arrastraban sangre, los muertos cerraban las calles, en algunas encrucijadas había montones de cadáveres de donde salían gritos de agonía. Así es que cada casa que tomaban al asalto, la incendiaban; unos corrían con antorchas, otros echaban petróleo á las puertas y muy pronto calles enteras empezaron á arder y Bazeilles se convirtió en una hoguera.

En medio del pueblo solo quedaba la casa de Weiss, con sus persianas cerradas, semejando una fortaleza dispuesta á no rendirse.

—¡Atención! ya están aquí,—gritó el capitán.

Una descarga salida del primero y del últimopiso derribó en tierra á dos bávaros que avanzaban siguiendo las paredes. Los otros se replegaron y se emboscaron en los recodos de la calle y el sitio de la casa empezó en toda regla; fué tal lluvia de balas lanzada contra ella, que parecía un huracán de granizo. Durante diez minutos aquel fuego no cesó, agujereando las paredes sin causar daño. Pero uno de los hombres que el capitán tenía en el granero,

cometió la imprudencia de asomarse y recibió un balazo en la frente.

—¡Uno de menos!—dijo el capitán.—¡Tengan cuidado, que somos pocos para hacernos matar por capricho!

Había cogido un fusil y tiraba, amparado detrás de una ventana. Lorenzo, el jardinero, le causaba admiración. De rodillas, con el cañón de la escopeta apoyado en una rendija, no disparaba un tiro sin hacer blanco, anunciando de antemano el resultado.

—Al oficial, á aquel chiquitín, en el corazón...—Al otro de más lejos, el alto y flaco, entre las cejas...—A ese gordo que tiene la barba rubia y que me molesta, en el vientre...

Y á cada tiro el hombre caía, herido en el sitio señalado, y Lorenzo continuaba con mucha calma, no se precipitaba, porque necesitaba mucho tiempo para matarlos á todos.

—¡Ah! ¡si tuviese buena vista!—decía Weiss enfurecido.

Acababa de romper las gafas y estaba desesperado. Le quedaban los lentes, pero no se le sujetaban encima de las narices, tanto era lo que sudaba, y á menudo tiraba al azar, calenturiento, temblándole las manos. Un afán creciente, una pasión loca, había hecho desaparecer su calma habitual.

—No se precipite usted, no sirve para nada,—decía Lorenzo.—Mire usted, apunte con cuidado á aquel que no tiene casco, en la esquina del tendero... Muy bien, muy bien, le ha roto usted una pata y está danzando en su propia sangre.

Weiss, un poco pálido, miraba.

—Acábele usted,—dijo á Lorenzo.

—¿Perder una bala? ¡ah! ¡no! Vale más tumbar á otro.

Los sitiadores debían vaber notado aquel fuego

certero que salía del granero. No podía avanzar un hombre sin caer á tierra. Trajeron tropas frescas y dieron orden de acribillar el tejado, y desde aquel momento fué imposible sostenerse eu el granero; las pizarras se rompian, las balas penetraban por todas partes, zumbando como abejas. A cada segundo, corrían peligro de morir.

—Bajemos,—dijo el capitán.—Podremos resistirnos en el primer piso.

Al dirigirse á la escalera, una bala le alcanzó en la ingle y cayó á tierra.

—¡Demasiado tarde!—dijo.

Weiss y Lorenzo, auxiliados por el soldado que quedaba, quisieron bajarle, aunque él les decía que no perdieran el tiempo ocupándose de él; tenía lo que le hacía falta y lo mismo le daba morir arriba que abajo. Sin embargo, al echarle en una cama en el primer piso, continuó dirigiendo la defensa.

—Tiren ustedes al montón, no se ocupen de los demás, mientras el fuego no cese; son demasiado prudentes para arriesgarse.

En efecto, el sitio de la casa se eternizaba. Muchas veces parecía que iba á desaparecer bajo la tempestad de hierro que la acribillaba y bajo las ráfagas, en cuanto se disipaba el humo volvía á aparecer de pie, destrozada, agujereada, escupiendo metralla por cada uno de sus boquetes. Los sitiadores, desesperados de verse detenidos tanto tiempo y de perder tanta gente delante de aquella casucha, aullaban, tiraban á distancia, sin tener valor para asaltarla y echar abajo puertas y ventanas.

—¡Cuidado!—dijo el cabo.—¡Esta persiana se cae!

La violencia de las balas acababa de arrancar una persiana de sus goznes. Pero Weis, á escape, colocó un armario contra la ventana y Lorenzo, emboscado detrás de él, pudo continuar disparando. Un soldado había caído á sus pies con la boca des-

trozada y perdiendo mucha sangre. Otro recibió un balazo en la garganta, rodó hasta el muro y murió en un estremecimiento último. Solo quedaban ocho hombres, sin contar el capitán que, demasiado débil para poder hablar, acostado en la cama, daba aún órdenes, por medio de señas.

Lo mismo que en el granero, en los tres cuartos del primer piso, empezaba á ser imposible la situación, porque los colchones, hechos ya pedazos, no resguardaban de los proyectiles; trozos de yeso caían de los techos y de las paredes, los muebles se hacían pedazos, los costados del armario se abrían como si recibieran hachazos, y lo peor era, que iban á faltar municiones.

—¡Qué lástima!—dijo Lorenzo,—¡ahora que la cosa marcha bien!

Weiss tuvo una idea feliz.

—Aguarde usted.

Se acordó del soldado muerto en el granero. Subió y le registró para cogerle los cartuchos que debía tener. Todo un costado del tejado se había caído y vió el cielo azul, un trozo de luz que le extrañó. Para que no le mataran se arrastraba de rodillas. Después, cuando cogió los cartuchos, unos treinta, bajó corriendo.

Pero abajo, mientras repartía las municiones con el jardinero, un soldado lanzó un grito y cayó de rodillas. No eran más que siete y á poco rato quedaron reducidos á seis, pues el cabo recibió en el ojo izquierdo una bala que le hizo saltar los sesos.

Desde aquel momento Weiss no tuvo conocimiento de lo que hacía. El y los otros cinco continuaron disparando como locos, acabando los cartuchos y sin figurarse que tenían que rendirse. En los tres cuartos el suelo estaba obstruído por trozos de muebles. Los muertos estorbaban el paso. Un herido en un rincón lanzaba gritos horribles. Un hilito de sangre bajaba por las escaleras. El aire era ya irrespi-

rable; el ambiente respirado por la pólvora, una humareda, un polvo nauseabundo; una obscuridad casi completa que atravesaban como relámpagos las llamaradas de los disparos.

—¡Demonio!—dijo Weiss,—¡traen un cañón!

Era verdad. Desesperados, viendo que no podían dominar á aquel puñado de valientes, que los retrasaban, los bávaros estaban colocando un cañón en la esquina de la plaza de la plaza de la Iglesia. Tal vez pudieran pasar al cabo, cuando hubiesen echado la casa abajo á fuerza de cañonazos. Y aquel honor que les dispensaban, aquella artillería que los apuntaba, acabó por enardecer más á los sitiados, que se burlaban despreciándolos. ¡Ah! ¡los canallas, los cobardes, con su cañón! Siempre arrodillado, Lorenzo apuntaba á los artilleros, matando un hombre de cada tiro; hasta tal punto que no pudieron servirse del cañón, y pasaron cinco ó seis minutos antes de que dispararan el primer cañonazo, demasiado alto, pues solo se llevó un trozo de tejado.

Se acercaba el fin del combate. Registraban los muertos, pero ya no quedaba ni un cartucho. Extenuados, rendidos, los seis hombres buscaban á tientas para ver qué podrían tirar por las ventanas, para aplastar enemigos. Uno de ellos, que se dejó ver, vociferando, apretando los puños de rabia, recibió una descarga y quedó muerto. ¿Qué hacer? ¿Bajar, tratar de escapar por el jardín y por las praeeras? En aquel momento se oyó un tumulto abajo, una oleada furiosa subió por la escalera: eran los bávaros que habían dado vuelta á la casa, que habían echado abajo la puerta del corral invadiendo la casa. Un combate terrible empezó en las habitaciones, entre los cadáveres y los muebles destrozados. Uno de los soldados cayó atravesado de un bayonetazo en el pecho y los otros dos fueron hechos prisioneros, mientras que el capitán, que aca-

baba de lanzar su último suspiro, permanecía con la boca abierta y los brazos levantados, como para dar una orden.

Un oficial, un rubio, armado con un revólver, y cuyos ojos inyectados en sangre parecían querer salir de las órbitas, había visto á Weiss y á Lorenzo, el uno con su paletó y el otro con su chaqueta azul, y los apostrofaba en francés:

—¿Quienes sois? ¿qué hacéis aquí?

Después, al verlos tan negros de la pólvora comprendió, los injurió en alemán, temblando de rabia. Los apuntaba ya con su revolver para matarlos, cuando los soldados á quienes mandaba se tiraron sobre ellos y los empujaron por la escalera; los arrastraron en medio de aquella oleada que los echó á la calle y los hizo rodar hasta la pared cerbana de enfrente, entre un griterío tal que no se oía la voz de los jefes. Durante unos momentos mientras que el oficial rubio los sacaba de entre las garras de los soldados, para fusilarlos, pudieron ponerse en pie y ver lo que pasaba.

Otras casas ardían en Bazeilles, y el pueblo entero iba á ser convertido en hoguera. Por las altas ventanas de la iglesia salían llamaradas. Unos soldados que habían echado á una señora fuera de su casa, la habían obligado á que les entregara cerillas para pegar fuego á su cama.

Los incendios se multiplicaban; con hachones y con petróleo atizaban los bávaros el fuego, y no era más que una guerra de salvajes, enloquecidos por el furor de la lucha; fiera venganza de sus muertos, de los montones de sus muertos, sobre los cuales marchaban. Bandadas de soldados aullaban entre el humo y las chispas, en el espantoso alboroto producido por todos los gemidos, por la agonía, por los tiros, por los hundimientos. Apenas se veían; una gran polvareda subía, obscurecía el sol, se sentía un hedor insoportable de sangre y de hollín,

como preñado de las abominaciones de la matanza, de la carnicería.

Mataban aún, destruían en todos los rincones; el bruto suelto, la imbécil rabia, la locura furiosa del hombre destruyendo al hombre.

Y Weiss, por último, delante de sí vió su casa que ardía. Algunos soldados habían acudido con antorchas, otros activaban las llamas lanzando pedazos de muebles. Con gran rapidez ardió el piso bajo; la humareda salió por todos los agujeros de la fachada y del tèjado. Pero ya la tintorería de al lado se quemaba, y, caso horroso, se oyó la voz de Carlitos, acostado en su cama, delirando, que continuaba llamando á su madre, mientras que las ropas de la infeliz, tendida en el suelo con la cabeza destrozada, empezaban á arder.

—¡Mamá, tengo sed!... ¡Mamá, dame agua!

Las llamas lamieron la casa, la voz se apagó, no se oyeron más que los gritos de los vencedores.

Pero por encima de los ruidos y de los clamores, se oyó un grito terrible dominándolo todo. Era Enriqueta que llegaba y que acaba de ver á su marido contra la pared, enfrente de un pelotón preparando las armas.

Se echó á su cuello.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa? ¡No irán á matarte!

Weiss, estupefacto, la miraba. ¡Ella! ¡Su mujer tanto tiempo tiempo deseada, adorada, idolatrada! Y un estremecimiento le despertó. ¿Qué había hecho? ¿Por qué se había quedado á tirar en vez de ir á buscarla como lo había jurado? En un momento vió perdida su felicidad, la separación violenta y para siempre. Después vió la sangre qne corría por la frente de su mujer, y maquinalmente, balbuceando, anonadado al volver á la realidad de la existencia, preguntó:

—¿Estás herida?... Es una locura haber venido aquí. .

Ella le interrumpió:

—Yo no tengo nada, es un rasguño... Pero ¡y tú, tú! ¿Por qué te tienen aquí? ¡No quiero que te maten!

El oficial, que en medio de la calle hacía esfuerzos para que retrocediera el pelotón, se volvió al oir una discusión. Cuando vió aquella mujer abrazada á un prisionero, añadió en francés:

—¡Eh! ¡No hagamos tonterías!... ¿De dónde sale usted? ¿Qué quiere usted?

—Quiero mi marido.

—¿Su marido, ese hombre?... Ha sido condenado y tiene que hacerse justicia.

—Quiero mi marido.

—Vamos, sea usted razonable... sepárese usted, no queremos hacerla daño.

—Quiero mi marido.

Renunciando entonces á convencerla, el oficial iba á dar la orden de arrancarla de brazos del prisionero, cuando Lorenzo, callado hasta entonces, impasible, se permitió intervenir.

—Oiga usted, yo he sido el que ha matado tanta gente, y si me fusilan estamos en paz. Además, no tengo padre, ni madre, ni mujer, ni hijo... Mientras que este señor es casado... Suéltele usted, y después me ajustará usted la cuenta...

Fuera de sí, el capitán gritó:

—¡Vaya unos cuentos! ¿Se quieren burlar de mí?.. ¡Vamos á ver, un hombre de buena voluntad, que se lleve á esa mujer!

Tuvo que repetir la orden en alemán, y un soldado se adelantó, un bávaro, grueso, con cabeza enorme, con barba y pelo rojos, encrespados, bajo los cuales solo se veía una nariz cuadrada y grandes ojos azules. Estaba manchado con sangre, horrible, parecido á uno de esos osos de la caverna, uno de esos animales enrojecidos con la sangre de sus presos, cuyos huesos está destrozando.

Enriqueta repetía dando alaridos que desgarraban el alma.

—¡Quiero mi marido, matadme con él!

Pero el oficial decía que no era un verdugo, y se daba puñetazos en el pecho; decía que si algunos mataban seres inocentes, él no lo hacía. No había sido condenada y prefería cortarse la mano á tocarla un solo pelo de su cabeza.

El soldado bávaro se acercaba y Enriqueta se pegó al cuerpo de Weiss, con todos sus miembros, alocada.

—¡No me dejes ir! ¡guárdame conmigo! ¡quiero morir contigo!...

Weiss lloraba, y sin contestar trataba de soltarse, movía sus hombros, hacía cuanto podía por deshacerse de aquella infeliz, cuyos dedos le agarraban convulsivamente.

—No me quieres ya, quieres morir sin mí... guárdame conmigo, esto los cansará y nos matarán juntos.

Había logrado desasir una de sus manos y la apretaba contra su boca, la besaba, mientras intentaba hacerla soltar la otra.

—¡No, no, quiero morir!...

Por fin logró sujetarla ambas manos. Había estado callado hasta entonces y no dijo más que una palabra:

—Adiós, querida esposa.

Y él mismo la echó en brazos del bávaro; que se la llevaba. Pugnaba por soltarse, gritaba mientras que el soldado, para calmarla, le dirigía algunas palabras. De un esfuerzo violento logró desasir su cabeza y lo vió todo.

La escena duró tres segundos. Weiss, á quien se le habían caído los lentes, quiso ponérselos inmediatamente para ver bien la muerte de frente. Retrocedió, se pegó contra la pared, cruzando los brazos y con su chaqueta hecha pedazos, aquel hom-

brón tan pacífico tenía la cara exaltada, admirable por su valor. Cerca de él, Lorenzo había metido las manos en los bolsillos. Parecía estar indignado con aquella escena cruel, de aquellos abominables salvajes que mataban los hombres á la vista de sus mujeres; se puso derecho, los miró cara á cara y les escupió con voz llena de desprecio esta palabra:

—¡Cochinos!

El oficial había hecho la señal con su espada, y los dos hombres cayeron como unas mazas, el jardinero con la cara contra el suelo, el otro, el tenedor de libros, de costado á lo largo de la pared. Este, antes de morir, tuvo una convulsión, los párpados temblones, la boca abierta para hablar aún. El oficial, se acercó, le tocó con el pie, para asegurarse si había muerto.

Enriqueta lo había visto todo, aquellos ojos moribundos que la buscaban, aquel estertor de la agonía, aquella bota empujando el cuerpo. No gritó, mordió silenciosamente, furiosamente, lo que pudo, una mano que sus dientes encontraron. El bávaro lanzó un tremendo aullido de dolor. La hizo caer, estuvo á punto de aplastarla. Sus caras se tocaban, nunca debía olvidar aquella barba y aquellos pelos rojizos, manchados de sangre, aquellos ojos azules, abiertos y torcidos por la rabia.

Más tarde, Enriqueta no pudo recordar lo que sucedió después. No había tenido más que un deseo, volver cerca del cuerpo de su marido, cogerle, vigilarle. Pero como ocurre en las pesadillas, se presentaban toda clase de obstáculos, deteniéndola á cada paso. De nuevo acababa de empezar el tiroteo, las tropas alemanas que ocupaban á Bazeilles, empezaron á moverse; era que llegaba la infantería de marina y el combate volvió á empezar con tal violencia, que la joven fué rechazada á la izquierda en una callejuela, con un rebaño de vecinos

despavoridos. Además el resultado de la lucha no podía ser dudoso, era demasiado tarde para conquistar de nuevo las posiciones abandonadas. Durante una media hora la infantería de marina se batió encarnizadamente, se hizo matar, se portó admirablemente; pero los enemigos continuaban recibiendo refuerzos, desbordaban por todas partes de las praderas, por los caminos, por el parque de Montivilliers. Nadie hubiera podido desalojarlos de aquel pueblos á tanta costa adquirido, donde algunos millares de los suyos habían perecido y se encontraban revueltos entre la sangre y las llamas. Ahora se consumaba la obra de destrucción, sólo había allí montones de cadáveres, miembros esparcidos y restos humeantes y Bazeilles destrozado, aniquilado se deshacía en polvo.

Por última vez Enriqueta vió á lo lejos su casita que se desmoronaba entre torbellinos de llamas. Continuaba viendo enfrente, tendido al pie de la pared, el cuerpo de su marido. Pero una nueva oleada la recogió, las cornetas tocaban retirada, fué arrastrada sin saber cómo entre las tropas que se replegaban. Entonces se convirtió en un objeto, arrastrado, empujado por una muchedumbre que chorreaba por el camino. Y no sabía nada más, se encontró en Balan, en casa de gentes desconocidas y lloraba en una cocina, la cabeza apoyada sobre una mesa.

V

Sobre la meseta de la Argelia, á las diez, la compañía Beaudoin continuaba echada entre las berzas, en el sembrado de donde no se había movido desde por la mañana. Los fuegos cruzados de las baterías del Hattoy y de la península de Iges, que

iban aumentando, acababan de matar dos hombres y no llegaba la orden de avanzar: ¿iban á pasar el día así, dejándose ametrallar sin batirse?

Los soldados no tenían ya el consuelo de hacer algunos disparos. El capitán Beaudoin había logrado hacer que cesara el tiroteo, aquel inútil tiroteo contra el bosque de enfrente, donde no debía haber quedado ni un prusiano. El sol los quemaba en aquella postura incómoda, aplastados contra tierra.

Juan notó que Mauricio había dejado caer su cabeza, la mejilla contra el suelo, los ojos cerrados. Estaba muy pálido, con la cara inmóvil.

—¿Qué te pasa?

Mauricio se había quedado dormido. Tanto aguardar y el cansancio le habían rendido, á pesar de la muerte que volaba por todas partes. Se despertó bruscamente, abrió los ojos serenos, en los que se pintó el estupor de la batalla. Nunca pudo saber cuánto tiempo había dormido. Le parecía que había salido de la nada.

—¡Calla! ¡ya es raro! ¡he dormido!... y me ha sentado muy bien.

En efecto, no sufría tanto de la cabeza ni del costado y aquella cintura que le ceñía dolorosamente antes, efecto del miedo, no le molestaba. Se burlaba de Lapoulle, el cual desde que habían desaparecido Chouteau y Loubet, estaba intranquilo, y quería ir á buscarlos. ¡Vaya una idea buena, para ocultarse detrás de un árbol y fumar una pipa! Pache decía que se habían quedado en la ambulancia donde faltaban camilleros. ¡Vaya un oficio incómodo, el de recoger heridos bajo el fuego! Después, atormentado al recordar las supersticiones de su pueblo, añadió que tocar á los muertos era de mal agüero: los que los tocaban se morían.

—¡Cállese usted, animal!—gritó Rochas,—¡acaso muere alguien!

El coronel Vineuil, á caballo, volvió la cabeza. Se sonrió por primera vez aquella mañana. Después volvió á quedar inmóvil, impasible siempre, bajo las granadas, aguardando órdenes.

Mauricio, á quien los camilleros interesaban, los seguía con la vista, en los repliegues del terreno. Debía existir al extremo del caminito, detrás de una hondonada una ambulancia volante para las primeras curas, cuyo personal empezaba á registrar la meseta. Rápidamente colocaron una tienda de campaña, mientras que sacaban del furgón el material necesario, algunas herramientas, los apa ratos, los trapos, para hacer las primeras curas antes de enviar los heridos á Sedán, á medida que se procuraban carruajes para trasportarlos, cosa que empezaba á faltar.

No había allí más que practicantes, y los camilleros, especialmente, daban pruebas de mucho he roismo sin gloria. Los veían, vestidos con trajes color gris, con la cruz roja en la gorra y en el brazo, arriesgarse lentamente, tranquilamente bajo los proyectiles, hasta el punto donde habían caído los soldados. Se arrastraban sobre las rodillas, trataban de aprovecharse de los fosos, de los vallados, de todos los accidentes del camino, sin pretender exponerse tontamente. Después cuando encontraban algún soldado en tierra empezaba su ruda tarea, porque muchos sólo estaban desmayados y había que reconocer los muertos entre los heridos. Unos habían quedado con la boca pegada á la tierra, en un charco de sangre, expuestos á asfixiarse; otros tenían la boca llena de barro como si hubiesen mordido la tierra; otros estaban amontonados, las piernas y los brazos encogidos, medio aplastados. Con mucho tiento los camilleros los apartaban, los separaban, recogían á los que aún respiraban, les estiraban los miembros, les levantaban la ca beza, se la limpiaban, lo mejor que podían. Cada

uno llevaba una cantimplora con agua fresca, que guardaban con mucho cuidado. Y á menudo se los veía, de rodillas durante mucho tiempo, tratando de reanimar á un herido, aguardando á que abriese los ojos.

A unos cincuenta metros á la izquierda, Mauricio, vió á uno que trataba de reconocer la herida de un soldado, por cuya manga caía la sangre gota á gota. Había allí una hemorragia que el hombre de la cruz roja logró encontrar y detener, comprimiendo la arteria. En los casos urgentes, daban así los primeros cuidados, evitando los falsos movimientos para las fracturas, vendando é inmovilizando los miembros, para poder trasportarlos sin peligro. El trasporte era asunto de cuidado: sostenían á los que podían andar, llevaban á los otros en brazos, como si fueran niños; ó bien los cogían entre dos, tres y cuatro según las dificultades, haciéndolos una silla entrelazando sus puños ó se los llevaban echados, cogiéndolos por los hombros y por los pies. Además de las camillas reglamentarias, tenían inventos ingeniosos, camillas hechas con fusiles aparejados con las correas de las mochilas. Y por todas partes de la llanura que barrían las granadas, se los veía aislados ó en grupo, que marchaban con su carga, bajando la cabeza, tentando la tierra con el pie, con heroismo prudente y admirable.

Mauricio estaba mirando á uno á su derecha, á un muchacho flaco y endeble, que llevaba á un sargento gordo colgado de su cuello, con las piernas destrozadas, como una hormiga laboriosa trasporta un grano de trigo demasiado gordo, los vió caer y desaparecer los dos al estallar una granada. Cuando se disipó el humo, el sargento reapareció tumbado de espaldas, sin ninguna herida nueva, mientras que el camillero estaba allí tendido con el costado abierto. Llegó otro, otra hormiga laboriosa y

activa, quien después de tocar y olfatear al compañero muerto, cogió al herido abrazado á su cuello y se lo llevó.

Entonces Mauricio la tomó con Lapoulle.

—¡Oye! – dijo—¡si te gusta más ese oficio ves á ayudarlos!

Hacía algunos momentos que las baterías de Saint Menges tiraban con rabia, la granizada de proyectiles aumentaba, y el capitán Beaudoin, que seguía paseándose delante de su compañía, nervioso, se acercó al coronel, diciéndole que era una lástima agotar las fuerzas morales de los soldados durante tantas horas sin aprovecharlas.

—No tengo órdenes,—contestó estoicamente el coronel.

Vieron aún al general Douay pasar al galope, seguido de su estado mayor. Acababa de encontrarse con el general Wimpffen, que había llegado para suplicarle sostuviera lo que había creído poder prometer, pero con la condición formal de que el calvario de Illy, sobre la derecha, sería defendido. Si perdían la posición de Illy, no resqondía de nada, la retirada era fatalmente necesaria. El general Wimpffen declaró que las fuerzas del 1.er cuerpo iban á ocupar el calvario y en efecto vieron en seguida un regimiento de zuavos establecerse allí, de manera que ya más tranquilo el general Douay consintió en enviar la división Dumont en socorro del 12.º cuerpo, muy amenazado. Pero un cuarto de hora después, cuando regresaba de ver la actitud firme de su izquierda, se desesperó al levantar la vista y al notar que en el calvario no estaban los zuavos, que habían tenido que abandonarlo, pues era imposible sostenerse allí, tan terrible era el fuego de las baterías de Fleigneux. Y anonadado, previendo el desastre, echó á correr hacia la derecha, cuando se encontró en plena retirada de la división Dumont, que se replegaba en desorden, alo-

cada, mezclada con los restos del 1.er cuerpo. Este último, después de su movimiento de retirada, no había podido apoderarse de las posiciones que había abandonado por la mañana, dejando Daigny al XII.º cuerpo sajón y Givonne á la guardia prusiana; obligado á subir al Norte hacia el bosque del Garenne, cañoneado por las baterías que el enemigo instalaba sobre todas las crestas, de un extremo á otro del valle. El terrible círculo de hierro y de fuego se apretaba; una parte de la guardia continuaba su marcha sobre Illy, de Este á Oeste, dando la vuelta á los montes; mientras que del Oeste al Este, detrás del XII.º cuerpo, dueño de Saint-Meuges, el V.º avanzaba siempre, pasaba de Fleigneux, llevando sus cañones más adelante con una temeridad imprudente, tan convencido de la ignorancia y de la impotencia de las tropas francesas, que no aguardaba á la infantería para apoyar á la artillería. Era medio día, el horizonte entero ardía, tronando, cruzando los fuegos sobre el 7.º y primer cuerpo.

El general Douay, mientras que la artillería enemiga preparaba de tal modo el ataque supremo del Calvario, se resolvió á hacer un esfuerzo desesperado para apoderarse de él. Dió órdenes, se echó él mismo entre los que huían de la división Dumont logró reformar una columna que lanzó sobre la meseta. Resistió allí durante algunos minutos, pero silbaban tan fuertemente las balas, caía tal tromba de granadas, barriendo los campos, vacíos, sin un árbol, que el pánico se apoderó de las tropas y arrastraba á los hombres por las pendientes, por donde rodaban como si fueran pajas sorprendidas por una tormenta. Y el general se empeñó é hizo avanzar otros regimientos.

Una estafeta que pasaba al galope, gritó una orden al coronel Vineuil en el horrísono estrépito. Ya el coronel estaba de pie en los estribos, la cara ro-

ja, y con un movimiento de su espada, señaló el Calvario:

—¡Por fin, ahora nos toca, hijos míos!... ¡Adelante; allá arriba!

El 106.º, arrastrado, se puso en movimiento. Una de las primeras, la compañía Beaudoin se puso de pie; en medio de las burlas, los soldados decían que estaban enmohecidos, que tenían tierra en las coyunturas. Pero á los primeros pasos tuvieron que tirarse á una trinchera abrigo que encontraron, tan vivo era el fuego, y desfilaron encorvados.

—Oye, Mauricio,—decía Juan,—¡mucho ojo! esta vez es cosa de cuidado... no asomes la nariz porque te la limpiarían, de fijo... y recoje bien tus huesos bajo el pellejo, si no quieres dejar alguno en el camino. Los que vuelvan sanos de esta, serán los buenos.

Mauricio apenas oía con el zumbido y el clamoreo que le atolondraban. No sabía si tenía miedo, corría arrastrado por los otros, sin voluntad propia, teniendo sólo el deseo de acabar pronto. Y hasta tal punto se había convertido en una ola de aquel torrente en marcha, que al producirse un brusco retroceso en el extremo de la trinchera, delante de los terrenos pelados que tenían que recorrer, sintió que se apoderaba el pánico de su cuerpo, pronto á huir. Era en él un instinto desbocado, una sublevación de los músculos obedeciendo al medio ambiente en que se encontraba.

Algunos hombres retrocedían, cuando el coronel se echó sobre ellos.

—¡Vamos, hijos míos, no me causaréis ese pesar, no vais á portaros como unos cobardes!... ¡Acordáos: el 106.º no ha retrocedido nunca, seríais los primeros que manchaseis la bandera!...

Espoleaba su caballo, cerraba el camino á los que huían, encontraba frases para cada uno, habla-

ba de Francia con voz que hacían temblar las lágrimas.

El teniente Rochas se emocionó tanto, que se encolerizó, y con su espada apaleaba á los hombres, como con un palo.

—¡Indecentes, os voy á hacer subir á puntapies, yo! ¿Queréis obedecer ó abro en canal al primero que vuelva la espalda?

Pero esas violencia, esos soldados llevados al combate á puntapies, repugnaban al coronel.

—No, no, teniente, me van á seguir todos... ¿No es verdad, hijos míos, no es verdad que no dejaréis á vuestro coronel solo enfrente de los prusianos?... ¡Adelante, allá arriba!

Y salió, y todos le siguieron, de tal modo había hablado á los soldados, como un padre á quien no se puede abandonar sin ser un perdido. El solo atravesó los campos pelados, tranquilo sobre su caballo grande, mientras que los hombres se separaban, se desplegaban en guerrillas, aprovechando cualquier cosa para resguardarse. El terreno subía, quedaban unos quinientos metros de rastrojos y de campos sembrados de remolacha, antes de alcanzar el calvario. En vez del asalto clásico, tal como se hace en las maniobras, por líneas correctas, no se vieron más que espaldas inclinadas que corrían á nivel del suelo, soldados aislados ó por grupos pequeños, arrastrándose, saltando á veces como insectos, ganando la cresta á fuerza de habilidad y de agilidad. Las baterías enemigas debían haberlos visto, las granadas barrían el suelo con tanta frecuencia, que los estallidos no cesaban. Murieron cinco hombres; un teniente quedó hecho dos pedazos.

Mauricio y Juan tuvieron la suerte de encontrar una valla, detrás de la cual pudieron correr sin grave riesgo y sin ser vistos. Una bala, sin embargo, agujereó las sienes de uno de sus compañeros, que

cayó entre sus piernas. Tuvieron que separarle con el pie. Pero ya no se contaban los muertos, había demasiados. El horror del campo de batalla, un herido que advirtieron gritando, sujetando sus entrañas con las manos, un caballo que se arrastraba aun con las patas rotas, toda esa horrorosa agonía, no los conmovía ya. Solo sufrían del horrible calor que hacía, de aquel sol del mediodía que les comía las espaldas.

—¡Qué sed tengo!—murmuró Mauricio.—Me parece que tengo hollin en la garganta. ¿No sientes ese olor de lana quemada?

Juan movió la cabeza.

—Lo mismo olía en Solferino. Tal vez sea el olor de la guerra... Aguarda, tengo todavía un poco de aguardiente, vamos á echar un trago.

Detrás de la valla, tranquilamente, se detuvieron... Pero el aguardiente en vez de apagar la sed, les quemaba el estómago. Exasperaba ese gusto á chamuscado detro de la boca. Y también se morían de hambre y hubiesen comido de buena gana la mitad del pan que Mauricio tenía en su mochila, pero no era posible. Detrás de ellos, á lo largo de la valla, llegaban otros soldados que los empujaban. De un salto, franquearon la última pendiente. Estaban allí en la meseta, al pie mismo del calvario, en el que se veía la cruz vieja, carcomida por el viento y el agua, entre dos tilos escuetos.

—¡Ya estamos!—dijo Juan.—¡Ahora sólo falta que podamos quedarnos aquí!

Tenía mucha razón, el sitio no era precisamente muy agradable, como hizo notar Lapoulle con voz doliente, haciendo reir á todos. Se tumbaron de nuevo en un rastrojo, y á pesar de esto murieron otros tres hombres. Allá arriba era un verdadero huracán desencadenado; llegaba tal número de proyectiles de Saint Menges, de Fleigneux y de Givonne, que la tierra humeaba como si hubiese caído un

aguacero de una nube de verano. No podrían conservar esa posición mucho tiempo si la artillería no venía á apoyar las tropas, comprometidas con tanta temeridad. El general Douay, segun decían, había dado la orden de que avanzaron dos baterías de la artillería de reserva, y á cada instante los soldados se volvían, aguardando esos cañones que no llegaban.

—¡Es ridículo, esto es ridículo!—decía el capitán Beaudoin, que había vuelto á dar sus paseos.—No se envía así un regimiento al aire, sin apoyarle en seguida.

Después, habiendo visto un repliegue del terreno á la izquierda, dijo el teniente Rochas:

—Diga usted, teniente, la compañía podría enterrarse ahí.

Rochas, de pie, inmóvil, movió los hombros.

—¡Oh! mi capitán, ¡aquí ó allí lo mismo da! El baile es el mismo. . Lo mejor es no menearse.

El capitán Beaudoin, que no juraba nunca, se incomodó.

—Pero ¡vive Dios! ¡Vamos á perecer todos! ¡No podemos dejarnos destrvir de este modo!

Se empeñó, quiso darse cuenta por sí mismo de la posición que indicaba. Pero no había andado diez pasos, cuando desapareció en una brusca explosión, con la pierna derecha destrozada por un casco de granada. Cayó de espaldas, lanzando un grito agudo, de mujer sorprendida.

—Era seguro,—dijo Rochas.—No sirve para nada moverse tanto; lo que hay que pescar, se pesca.

Algunos soldados de la compañía, al ver caer al capitán, se levantaron; y como pedía auxilio, suplicando que se lo llevaran á la ambulancia, Juan acudió, seguido de Mauricio.

—¡Amigos! ¡en nombre de Dios, no me abandonéis, llevadme á la ambulancia!

—Es un poco difícil, mi capitán... Probaremos...

Estaban viendo cómo podrían cogerle, cuando vieron, escondidos detrás del vallado, á dos camilleros que parecían estar aguardando trabajo. Los llamaron y lograron que se acercaran. Era la salvación si podían llegar á la ambulancia sin tropiezos. Pero el camino era largo y la granizada de hierro aumentaba.

Cuando los camilleros, después de haber vendado la pierna, se llevaban al capitán, sentado sobre sus puños entrelazados, sujeto á su cuello por los brazos, el coronel Vineuil, prevenido, llegó á caballo. Había conocido al capitán desde que salió de la escuela militar de Saint-Cyr, y le quería mucho.

—Tenga usted valor, pobre hijo mío... No será nada, le salvarán...

El capitán hizo un gesto, como si hubiese vuelto á tener valor.

—No, no, se acabó; lo prefiero. Lo que desespera es aguardar lo que no se puede evitar.

Se lo llevaron, los camilleros tuvieron la suerte de llegar sin tropiezo á la valla, deslizándose á su amparo con su carga. Cuando el coronel los vió desaparecer detrás de los árboles, donde se encontraba la ambulancia, sintió cierto alivio.

—¡Pero mi coronel!—dijo Mauricio,—¡también usted está herido!

Acababa de ver la bota izquierda de su jefe llena de sangre. El tacón había debido ser arrancado y un pedazo de cuero había entrado en la carne.

El coronel miró un momento su pie, que debía pesarle y quemarle.

—Sí, sí, dijo, me han regalado esto hace poco... Pero no es nada, puedo seguir á caballo...

Y añadió al volver á su puesto, á la cabeza del regimiento:

—Cuando se está á caballo y es posible sostenerse, todo va bien.

Las dos baterías de reserva llegaban. Al verlas,

los hombres sintieron cierto alivio, como si aquellos cañones fuesen el baluarte, la salvación, el rayo que iba á hacer enmudecer, allá, á los cañones enemigos. Y era un espectáculo magnífico, la llegada correcta de las baterías, en orden de batalla, cada pieza seguida de su armón, los conductores montados, los sirvientes sentados sobre los cajones, los cabos y sargentos galopando en el sitio reglamentario. Cualquiera hubiese creído que iban á la parada; conservaban las distancias con mucho cuidado, aunque avanzaban al galope, por entre los rastrojos, con un ruido sordo de tempestad.

Mauricio que se había acostado, en un surco, se levantó entusiasmado para decirle á Juan:

—¡Mira! eso que se instala á la izquierda, es la batería de Honorato; conozco á los artilleros.

Juan le cogió y le tiró al suelo.

—¡Echate, hazte el muerto!

Los dos, con el carrillo pegado á tierra no perdieron de vista á la batería, muy interesados con las maniobras; el corazón les latía, al notar la bravura, la sangre fría y la actividad de aquellos hom bres, que les hacían confiar en la victoria.

Bruscamente, sobre una cresta pelada, se detuvo la batería; y fué cosa de un minuto, los sirvientes saltaron á tiera, desengancharon, los conductores dejaron las piezas en posición, hicieron dar media vuelta al ganado, para irse apostar á unos quince metros, detrás, frente al enemigo, inmóviles. Las seis piezas estaban espaciadas, dispuestas en tres secciones, mandadas por tenientes, las seis, reunidas bajo las órdenes de un capitán, delgado, muy alto, cuya silueta se destacaba sobre la meseta. Y oyeron gritar á aquel capitán, después de haber hecho el cálculo:

—¡El alza á mil seiscientos metros!

El objetivo iba á ser la batería prusiana á la izquierda de Fleigneux, detrás de unas zarzas, cuyo

fuego terrible hacía imposible resistirse en el calvario de Illy.

—Ya ves,—volvió á explicar Mauricio,—que no podía estar callado; el cañón de Honorato, se encuentra en la sección del centro. Mírale, ahora se inclina con el apuntador... ese es Luis: hemos tomado unas copas juntos en Vouziers, ¿te acuerdas?... Y allá, el conductor, á la izquierda, ese que está tan tieso á caballo sobre un magnífico alazán, es Adolfo...

El cañón con sus seis sirvientes y su sargento, más lejos la delantera, con los cuatro caballos sobre los cuales se hallaban los dos conductores, más lejos el armon, con sus seis caballos y tres conductores, más allá aún la prolonga, la forrajera, la forja, toda aquella cola de hombres, de animales y de material, se extendía en línea recta á unos cien metros, detrás, sin contar con los auxiliares, hombres y caballos para reemplazar á los que se inutilizaran, las piezas de recambio, todo lo que aguardaba á la derecha para no tener que exponerse inútilmente.

Honorato se ocupaba en cargar el cañón. Los dos sirvientes del centro volvían de buscar el cartucho y el proyectil, en el arcon donde vigilaban otros, y en seguida, los dos sirvientes de la boca, después de haber introducido el cartucho, la carga de pólvora envuelta en sarga, que empujaron suavemente con el atacador, deslizaban la granada, cuyas aletas rechinaban en la ranura. Muy pronto el ayudante dejó al descubierto la pólvora y encendió la mecha. Honorato quiso apuntar aquel primer disparo, medio echado sobre la flecha, moviendo el tornillo para encontrar el alza, indicando la dirección con la mano al apuntador, el cual, detrás y con la palanca, empujaba el cañón á la derecha ó á la izquierda.

—Debe estar bien,—dijo levantándose.

El capitán fué á verificar el alza. En cada cañón el ayudante tenía en la mano la cuerda, pronto á tirar de la hoja en forma de sierra que prendía el fulminante. Y se dieron las órdenes por números lentamente:

—¡Primera pieza! ¡Fuego!... ¡Segunda pieza! ¡Fuego!...

Se dispararon los seis cañonazos, las piezas retro, cedieron, volvieron ser llevadas á sus puestos· mientras que los sargentos notaban que su tiro era demasiado corto. Lo regularon y la maniobra volvió á empezar, siempre lo mismo, y esa lentitud, esa precisión, ese trabajo mecánico hecho con tal sangre fría, sostenían moralmente á los soldados. El cañón, el animal querido, agrupaba á su alrededor una familia, cuyos lazos mantenía la obligación común. Era la única preocupación, todo existía por él, los arcones, los carros, los caballos y los hombres. De ahí procedía la gran cohesión de la batería entera, una unión y una tranquilidad admirables.

Entre los soldados del 106º, los primeros disparos fueron recibidos con aclamaciones. ¡Por fin iban á poder taparles la boca á aquellos cañones prusianos! En seguida hubo una decepción, cuando vieron que las granadas quedaban cortas y estallaban en el aire la mayoría, antes de haber alcanzado el sitio donde se escondía la artillería enemiga.

—Honorato—dijo Mauricio,—pretende que al lado de su cañón los demás son unos clavos... ¡Ah, su cañón, vaya un cañón, como que sería capaz de acostarse con él! ¡Mira qué ojazos le echa, cómo le hace limpiar para que no se caliente!

Se entretenía con Juan, reanimados ambos por aquel valor y aquella serenidad de los artilleros. Pero las baterías prusianas arreglaron el tiro á los tres disparos: primero demasiado largo, pero luego se hizo tan certero, que las granadas caían sobre

los cañones franceses, mientras que éstos, á pesar de los esfuerzos que hacían para alargar el tiro, no llegaban nunca. Uno de los sirvientes de Honorato, el de la boca, á la izquierda, cayó muerto. Apartaran el cadáver y el servicio continuó con el mismo cuidado, con la misma regularidad, sin prisa. Los proyectiles llegaban y estallaban de todas partes; y alrededor de cada pieza seguían los mismos movimientos metódicos, el cartucho y la granada se introducían, se arreglaba el alza y hecho el disparo, se colocaba de nuevo en su puesto el cañón, como si ese trabajo absorbiera por completo á los hombres, impidiéndoles ver y oir.

Pero lo que causó mucha extrañeza á Mauricio fué la actitud de los conductores colocados á unos quince metros de distancia firmes sobre sus caballos, dando frente al enemigo. Adolfo estaba allí, ancho de pecho, con sus bigotazos rubios en su cara roja; y se necesitaba en realidad un valor á toda prueba para estar así quieto sin parpadear, viendo venir las granadas, derechas, sobre sí, sin poder distraerse con nada. Los sirvientes que trabajaban, podían pensar en otras cosas; mientras que los conductores, inmóviles, solo veían la muerte por delante, y no tenían más distracción que pensar en ella y aguardarla, firmes sobre sus caballos. Los obligaban á dar frente al enemigo, porque si hubiesen estado de espaldas, el irresistible deseo de huir hubiera arrastrado á los hombres y á los animales. Viendo el peligro, se le aguarda estoicamente. No hay heroísmo más grande ni más oculto.

Otro hombre había muerto, la cabeza destrozada por un proyectil; dos caballos habían caído, con el vientre abierto; y el tiro del enemigo continuaba, tan mortífero, que la batería entera iba á ser desmontada si se empeñaban en continuar en la misma posición. Era preciso cambiar de puesto á pesar de

todos los inconvenientes que ofrecía la maniobra. El capitán no dudó un momento y gritó:

—¡Vengan los tiros!

Y la peligrosa maniobra se llevó á cabo con gran rapidez: los conductores dieron media vuelta, llevando los tiros que los sirvientes engancharon á los cañones. Al ejecutar ese movimiento desplegaron un frente muy extenso y el enemigo se aprovechaba para disparar con más rapidez. Otros tres hombres cayeron muertos. Al trote largo desfilaba la batería, describiendo entre las tierras un semicírculo para situarse á unos cincuenta metros á la derecha, al otro lado del 106º, sobre una meseta. Se desengancharon las piezas, los conductores se encontraron frente al enemigo y el fuego volvió á empezar, sin parar y con tal estrépito, que la tierra no cesaba de temblar.

Esta vez Mauricio lanzó un grito. De nuevo las baterías prusianas, á los tres disparos, habían hecho blanco y la tercer granada cayó sobre el cañón de Honorato. Vióse á éste acudir precipitadamente, tentando con mano temblorosa la herida, todo un esquinazo de la boca de bronce. Pero pudo cargarse y la maniobra continuó después de quitar de entre las ruedas el cadáver de otro sirviente, cuya sangre había manchado la pieza.

—No, no es Luis,—continuó pensando Mauricio. —Mírale, ahora apunta, pero debe estar herido porque solo se sirve de su brazo izquierdo... ¡Ah! aquel Luis que hacía tan buenas migas con Adolfo, con la condición de que el sirviente, el hombre de á pie, á pesar de ser más instruído, fuese el humilde criado del conductor, del hombre de á caballo.

Juan, que le oía, le interrumpió angustiado:

—¡No podrán resistir! ¡Es cosa perdida!

En efecto, aquella nueva posición era más insostenible á los cinco minutos, que la primera. Los proyectiles llovían con la misma precisión. Una

granada rompió un cañón, mató á un teniente y á dos hombres. Ni un tiro se perdía, hasta tal punto, que si seguían allí no quedaría ni un cañón ni un artillero. La artillería alemana lo barría todo.

Entonces, por segunda vez se oyó la voz del capitán:

—¡Vengan los tiros!

La maniobra volvió á empezar; los conductores, á galope, dieron la media vuelta, para que los sirvientes pudieran enganchar. Pero esta vez, durante la maniobra, un trozo de granada abrió la garganta de Luis, que cayó á través de la flecha que iba á levantar. Y como Adolfo llegaba en el momento en que la línea de los enganches se presentaba de flanco, una andanada furiosa cayó: fué volteado, con el pecho destrozado y los brazos abiertos. En una postrera convulsión cogió á Luis, y quedaron abrazados, torcidos, casados hasta la muerte.

Y á pesar de los caballos muertos, á pesar del desorden, á pesar de la mortífera descarga, toda la batería subía una pendiente, yendo á situarse más adelante, á algunos metros del lugar donde Juan y Mauricio estaban acostados. Por tercera vez desengancharon los cañones, mientras que los sirvientes abrían el fuego con un heroísmo admirable.

—¡Es el acabóse!—dijo Mauricio, cuya voz se perdió entre el ruído.

Parecía, en efecto, que el cielo y la tierra se habían confundido. Las piedras se partían, una humareda espesa ocultaba el sol por momentos. En medio del estrépito espantoso, se veía á los caballos atontados, con la cabeza baja. Por todas partes se veía al capitán demasiado grande. Fué cortado en dos pedazos, se partió y cayó, como el asta de una bandera.

Alrededor del cañón de Honorato, el esfuerzo continuaba sin precipitación. Él, á pesar de sus galones, tuvo que ponerse á la faena, porque no le que-

daban más que tres sirvientes. Apuntaba, limpiaba mientras que los tres artilleros iban á buscar los proyectiles. Habían tenido que pedir auxiliares para reemplazar las bajas y tardaban en llegar y mientras tanto el cañoneo tenía que continuar. Lo que les ponía furiosos era que las granadas no llegaban, que estallaban casi todas en el aire, sin causar gran daño á las baterías enemigas, cuyos tiros eran tan eficaces. Y de pronto, Honorato lanzó un juramento que dominó el estrépito infernal: todas las desgracias caían á la vez ¡la rueda derecha del cañón acababa de ser destrozada! ¡Una pata rota, el cañón estaba allí sobre el costado, la boca á tierra y sin servir para nada! Lloraba de rabia, lo abrazó por el cuello, lo besó, como si quisiera con su cariño ponerle de pie: ¡Un cañón, el mejor de la batería, inutilizado, después de unos cuantos disparos! Después se empeñó en reemplazar aquella rueda inmediatamente, bajo el fuego terrible de las baterías enemigas. Cuando ayudado por el sirviente fué á la prolonga á buscar otra rueda, la maniobra empezó, la más peligrosa que puede hacerse en un campo de batalla. Por fortuna, llegaron los hombres y caballos de repuesto y dos sirvientes le prestaron ayuda.

Pero otra vez fué desmontada la batería. Ne se podía llevar más allá aquella heroica locura. Iba á darse la orden de replegarse definitivamente.

—¡Vamos de prisa, compañeros!—decía Honorato.—¡Nos lo llevaremos, no se quedarán con él!

¡Era su pensamiento único, salvar su cañón como se salva una bandera! Y hablaba aún, cuando cayó arrancado el brazo derecho, el costado izquierdo abierto. Había caído sobre el cañón y se quedó allí como en una cama de honor, la cabeza derecha, la cara intacta y hermosa de cólera, vuelta allá, hacia el enemigo. Por su uniforme roto acababa de deslizarse una carta, que sus crispados dedos

habían cogido y que la sangre manchaba gota á gota.

El único teniente que quedaba dió la orden:

—¡Vengan los tiros!

Un armón había saltado hecho pedazos. Tuvieron que decidirse á tomar los caballos de otro armón para salvar un cañón cuyo tiro estaba en tierra. Y esta vez, cuando hubieron engachado los cuatro cañones que quedaban, galoparon y no se detuvieron hasta llegar á un millar de metros, detrás de los primeros árboles del bosque del Garenne.

Mauricio lo había visto todo y repetía con voz entrecortada:

—¡Pobre Honorato! ¡pobre muchacho!

Ese pesar parecía que aumentaba aún el dolor creciente que le mortificaba el estómago. Sus fuerzas estaban agotadas, se moría de hambre, la vista se le nublaba, no tenía ya idea del peligro en que se encontraba el regimiento desde que se había retirado la batería. De un momento á otro masas enormes podían atacar la meseta.

—Oye,—díjole á Juan,—necesito comer... ¡Prefiero comer y que me maten después!

Abrió su mochila, cogió el pan con las dos manos y lo mordió con voracidad. Las balas silbaban, dos granadas estallaron á algunos metros. Mas para él no existía nada; sólo el hambre le preocupaba.

—¿Quieres pan, Juan?

Este le miraba, atontado, con los ojos abiertos y el estómago destrozado.

—Sí, comeré; sufru demasiado.

Repartieron el pan, lo comieron, sin preocuparse de nada mientras quedó un bocado. Después volvieron á fijarse en el coronel, montando sobre su caballo, con el pie ensangrentado. Algunas compañías habían tenido que huir. Por todas partes el 106.º se veía desbordado. Entonces, obligado á ceder al to-

rrente avasallador, levantando su espada, los ojos preñados de lágrimas:

—¡Hijos míos,—gritó el coronel Vineuil,—al amparo de Dios, que no se ha preocupado de nosotros!

Bandadas de hombres que huían le rodeaban y desapareció en un repliegue del terreno.

Después, sin saber cómo, Juan y Mauricio se encontraron detrás de la valla con los restos de su compañía, de la que quedaban unos cuarenta hombres al mando del teniente Rochas; la bandera estaba con ellos; el alférez que la llevaba, había arrollado la seda alrededor del asta, para ver de salvarla. Desfilaron hasta el extremo de la valla y se escondieron entre los arbolitos, en una pendiente, en donde Rochas dió orden de empezar el fuego. Los hombres dispersados, en guerrillas, al amparo de los árboles podían sostenerse; tanto más cuanto que un movimiento de caballería se verificaba á su derecha, y se colocaban en línea los regimientos para apoyarlos.

Mauricio comprendió entonces cómo se iba verificando lentamente el cerco. Por le mañana había visto á los prusianos desembocar por el desfiladero de Saint Albert, ganar Saint-Menges, y después Fleigneux; y, ahora, detrás del bosque del Garenne, oía los disparos de los cañones de la guardia, y empezaba á ver otros uniformes alemanes, que llegaban por los montes de Gironne. Unos minutos más y el círculo se cerraba y la guardia prusiana daría la mano al 5.º cuerpo, envolviendo al ejército francés con una muralla de hombres, con una cintura de cañones que enviaban la muerte por sus bocas. Con la idea desesperada de hacer un último esfuerzo, para tratar de romper aquella muralla en marcha, una división de caballería de reserva, la del general Margueritte, estaba apostada en un repliegue del terreno, dispuesta á dar una carga. Iban á dar una carga sin resultado posible, sólo por el ho-

nor de Francia. Y Mauricio, que se acordaba de Próspero, asistió á aquel terrible espectáculo.

Desde el amanecer, Próspero no había cesado de galopar, en marchas y contramarchas continuas de un extremo á otro de la meseta de Illy. Los habían despertado al romper el día, uno á uno, sin llamadas; y para hacer el café se habían ingeniado ocultando los fuegos con mantas para no dar la señal de alarma á los prusianos. Después nada más supieron, oían el cañoneo, veían el humo, movimientos lejanos de la infantería, ignorando toda la batalla, su importancia, sus resultados, en la inacción completa en que los generales les tenían. Próspero se caía de sueño. Era el atroz sufrimiento, las malas noches pasadas; el cansancio de muchos días y una somnolencia invencible se apoderaba de ellos, sobre los caballos. Le daban vahidos, se veía por tierra, caído, roncando sobre un colchón de piedras, soñaba que estaba acostado en una buena cama, con sábanas limpias. Durante algunos momentos se quedaba dormido á caballo, y se convertía en un objeto arrastrado al azar. Algunos compañeros se habían caído del caballo, dormidos. Estaban tan cansados, que los toques de corneta no les despertaban y era preciso ponerlos en pie, sacarlos de aquel aniquilamiento á puntapiés.

—¿Pero qué hacen de nosotros, qué quieren hacer de nosotros?—decía Próspero, para sacudirse aquella somnolencia.

El cañoneo continuaba desde las seis. Al subir sobre una meseta, dos compañeros habían muerto, reventados por una granada, á su lado; y otros tres, un poco más lejos, habían perecido por unas balas que no se sabía de donde venían. Desesperaba aquel paseo militar por el campo de batalla, inútil y peligroso. Por último, á la una, comprendió que los iban á hacer morir con algún provecho. Toda la división Margueritte, tres regimientos de cazadores

de Africa, uno de cazadores de Francia y uno de húsares, habían sido reunidos en un repliegue del terreno, un poco más abajo del calvario de Illy, á la izquierda del camino. Las cornetas tocaron, «pie á tierra» y se oyó la voz de los oficiales que decía:

—¡Cinchad los caballos!

Al bajar del caballo, Próspero, acarició á Céfiro con la mano. Apuel pobre Céfiro estaba tan atolondrado como su amo, reventado con las carreras inútiles que le hacían dar. Además, llevaba encima un mundo: la ropa blanca y la manta, la blusa, el pantalón, la bolsa con los objetos para curar las heridas, y detrás de la silla, los víveres y otra porción de objetos. Una piedad profunda se apoderó del jinete mientras cinchaba el caballo y se aseguraba de que todo el equipo estaba en su sitio.

Fué un momento difícil. Próspero, que no era más cobarde que cualquier otro, encendió un pitillo, pues tenía la boca muy seca. Cuando se va á dar una carga de caballería, cada cual puede decir: «Esta vez me quedo allí»; aquello duró cinco ó seis minutos. Decían que el general Margueritte se había adelantado para reconocer el terreno y aguardaban. Los cinco regimientos estaban formados en tres columnas, cada columna estaba dividida en siete escuadrones ¡para que la artillería pudiese aprovechar bien los tiros!

De pronto sonaron las cornetas: ¡A caballo! Y casi á continuación de éste, otro toque se dejó oir: ¡sable en mano!

El coronel de cada regimiento había ido á colocarse en su puesto de batalla, á veinticinco metros al frente de sus tropas. Los capitanes estaban en su sitio. Volvieron á aguardar, callados. No se oía ningún ruido, ni un aliento bajo el sol ardiente. Sólo los corazones latían. Una orden, la última, y aquella masa inmóvil iba á ponerse en movi-

miento, lanzándose á todo correr como una tempestad.

En aquel momento apareció en la cresta del montecito, un oficial á caballo, herido, sostenido por dos hombres. Al pronto no le conocieron. Después se oyó un rumor, un clamoreo furioso. Era el general Margueritte, que tenía los carrillos agujereados, atravesados por un balazo, y de esta herida debía morir. No podía hablar, movió el brazo señalando al enemigo.

El clamoreo iba en aumento.

—Nuestro general... ¡hay que vengarle! ¡hay que vengarle!

Entonces, el coronel del primer regimiento alzó la espada y gritó con voz atronadora.

—¡A la carga!

Se oyeron las cornetas y la masa se puso en movimiento, primero al trote. Próspero se encontraba en primera fila, pero casi á la extrema derecha. El gran peligro se encuentra en el centro, donde el tiro del enemigo hace siempre blanco. Cuando llegaron á la cresta del calvario, y empezaron á bajar del otro lado hacia la llanura, vió, á un millar de metros, los cuadros prusianos sobre los que los lanzaban. Trotaba como en un sueño, con tal ligereza, como un sér dormido que flotara, la cabeza tan vacía, que no le quedaba una idea en el cerebro. Era la máquina que marchaba bajo un impulso irresistible. Los jefes gritaban: «tacto de piernas» para apretar las filas y darlas consistencia de granito. Después, á medida que el trote se aceleraba, se cambiaba en galope furioso; los cazadores de Africa lanzaban aullidos salvajes, según la costumbre árabe, asustando á sus caballos. Muy pronto la carga fué una carrera diabólica, un torrente infernal; aquel galope furioso, aquellos aullidos feroces que el ruido de las balas acompañaba, como si fuera una granizada, chocando contra el metal, las mar-

mitas, las cantimploras, el cobre de los uniformes y del equipo, entre aquella granizada, pasaba el huracán de viento y de hierro que hacía temblar la tierra, dejando un olor de lana quemada y de fieras sudorosas.

A quinientos metros, Próspero fué volteado á causa de un remolino que lo arrastraba todo; agarró las crines de Céfiro para ponerse en la silla. El centro, acribillado, había cedido, mientras que las dos alas daban vueltas como torbellinos y se replegaban para volver á la carrera. Era el aniquilamiento fatal y previsto del primer escuadrón. Los caballos caídos cerraban el camino, unos muertos, otros agonizando y se veía á los jinetes desmontados, echar á correr para encontrar otro caballo. Los muertos iban cubriendo ya la llanura, y muchos caballos galopaban sueltos, volvían al puesto del combate para volver al fuego, como atraídos por la pólvora. Volvieron á la carga. El segundo escuadrón avanzaba con furia; los hombres tendidos sobre los caballos con el sable pegado á la rodilla prontos á usarlo. Doscientos metros avanzaron así en medio de los clamores de la tempestad. Pero de nuevo, bajo las balas, el centro cedía y caían hombres y caballos, paralizando la carrera con el laberinto inextricable de sus cadáveres. Y el segundo escuadrón fué segado á su vez, aniquilado, dejando el puesto á los otros, á los que le seguían.

Cuando comenzó la tercera carga, Próspero se encontró mezclado con húsares y cazadores de Francia. Los regimientos se confundían, no formaban más que una ola enorme que se estrellaba y se rehacía sin cesar, llevándose todo lo que encontraba al paso. No le queda idea de nada, se abandonaba á su caballo, á aquel valiente Céfiro á quien tanto quería y al que una herida en la oreja parecía

haber vuelto loco. Ahora estaba en el centro; otros caballos se encabritaban, caían á su alrededor; los jinetes saltaban á tierra de bruces, mientras que otros, muertos instantáneamente, se quedaban en la silla, cargaban siempre con los párpados vacíos. Y esta vez, detrás de los doscientos metros que acababan de ganar, aparecieron los rastrojos llenos de muertos y de heridos. Algunos tenían la cabeza empotrada en la tierra. Otros caídos de espaldas, miraban el sol con ojos de terror fuera de las órbitas. Después se veía un caballo negro, un caballo de oficial, con el vientre abierto y que pugnaba en vano por ponerse derecho con las patas delanteras pisándose las tripas. Bajo el fuego que redoblaba, las dos alas dieron la vuelta, se replegaron y volvieron á la carga.

Por fin, el cuarto escuadrón, á la cuarta vez, cayó sobre las líneas prusianas. Próspero empezó á repartir sablazos sobre los cascos, sobre los obscuros uniformes que veía como entre la niebla. Corría la sangre; notó que Céfiro tenía la boca ensangrentada y se figuró que había mordido en las filas enemigas. El clamoreo que había á su alrededor era tal, que no oía su propia voz, á pesar de que tenía la garganta dolorida de tanto gritar. Pero detrás de la primera línea prusiana había otra, después otra y más aún. El heroísmo era inútil, aquellas masas de hombres eran como altas hierbas, donde desaparecían jinetes y caballos. Segaban muchas cabezas, pero siempre quedaban más. El tiroteo continuaba tan intenso á boca de jarro, que algunos uniformes empezaron á arder; todo zozobró entre aquellas masas de bayonetas en medio de los pechos destrozados y de los cráneos rotos. Los regimientos iban á dejar allí las dos terceras partes de los hombres y sólo quedaba de aquella carga famosa la locura gloriosa de haberla intentado. Bruscamente Céfiro, herido por una bala en el pecho, cayó

aplastando bajo su peso la cadera derecha de Próspero, que se desmayó.

Mauricio y Juan que habían seguido con la vista la heroica carga de los escuadrones, lanzaron un grito salvaje, expresando toda la rabia que sentían. El valor no servía para nada.

Continuaron disparando sus armas desde el sitio donde se encontraban desplegados en guerrilla. El teniente Rochas había cogido un fusil y disparaba. La meseta de Illy estaba perdida; las tropas prusianas la invadían por todas partes. Debían ser las dos de la tarde; la unión de los ejércitos enemigos se realizaba al fin sin que fuera posible impedirla; el 5.º cuerpo y la guardia prusiana se habían juntado, cerrando el círculo.

En aquel momento Juan cayó á tierra.

—Tengo lo que necesito, dijo.

Había recibido en la cabeza algo así como un martillazo y el kepis roto, arrastrado, estaba á su lado. Primero creyó que tenía abierto el cráneo y que los sesos estaban al descubierto. Durante algunos segundos no se atrevió á tocarse la herida con la mano, temiendo encontrar un agujero. Después, por fin, se llevó la mano á la herida y se llenó los dedos de sangre espesa. La sensación fué tan fuerte que cayó desmayado.

En aquel momento, el teniente Rochas dió la orden de replegarse. Una compañía prusiana se hallaba á unos doscientos ó trescientos metros. Iban á verse envueltos.

—No os deis prisa, disparad con calma... Nos reformaremos detrás de aquel muro.

Mauricio se desesperaba.

—Mi teniente, ¡no dejaremos abandonado al cabo!

—Si ha recibido lo que necesitaba, ¿qué vamos á hacer?

—¡No, no, aún respira!... ¡Llevémoslo!

Rochas manifestó que no se podían recoger á los

que caían. En el campo de batalla los heridos no se cuentan. Entonces Mauricio, suplicó á Pcahe y á Lapoulle.

—Vamos, ayudadme. Yo solo no puedo.

No le escuchaban, no le oían, solo pensaban en salvarse, sobrexcitado el instinto de conservación. Y se escaparon en dirección al muro. Los prusianos se hallaban á unos cien metros.

Y, llorando de rabia, Mauricio, solo, al lado de Juan, lo cogió en brazos y quiso llevárselo. Pero era muy débil, y el cansancio y la angustia, habían agotado sus fuerzas. Cayó en seguida con su carga. ¡Si hubiese visto á algún camillero! Los buscó, creyó reconocer á alguno entre los que huían y los llamaba. Nadie le hacía caso. Reunió sus fuerzas, cogió á Juan, logró dar unos treinta pasos y una granada estalló á su lado, creyó que iba á morir, encima de su compañero.

Lentamente, se levantó. Se tentaba, no tenía nada, ni un rasguño. ¿Por qué no huía? Aún era tiempo, podía alcanzar el muro en unos saltos y era la salvación. Volvía á tener miedo y estaba alocado. Iba á echar á correr, pero al ver á Juan allí en el suelo no tuvo valor. ¡No era posible abandonarle! Todos sus recuerdos se lo impedían, la fraternidad que se había apoderado de aquellos dos hombres, del aldeano y del señorito, tenía profundas raíces, arrancaba tal vez de los primeros días de la creación, y era también como si solo hubiesen quedado dos hombres en el mundo, entre los que uno no podía renunciar al otro, sin renunciar á sí mismo.

Si Mauricio, una hora antes, no hubiese comido un pedazo de pan bajo las balas, nunca hubiera podido hacer lo que realizó y más tarde ni aún pudo recordarlo. Debió haber echado á Juan sobre sus hombros y después arrastrarse con él, entre los rastrojos cayendo veinte veces y levantándose otras tantas, tropezado á cada paso. Una voluntad inven-

cible le sostenía, y le daba fuerzas para poder llevar una montaña. Detrás del muro, encontró al teniente Rochas, y algunos soldados de la escuadra tirando siempre, defendiendo la bandera que sostenía el alférez.

Para el caso de una derrota, no se había indicado ninguna línea de retirada al ejército. Con aquella imprevisión, con aquella confusión, cada general obraba á su antojo, y todos á la vez caían sobre Sedan, bajo el enorme empuje de los ejércitos alemanes victoriosos. La segunda división del 7.º cuerpo se replegaba con bastante órden, mientras que los restos de las otras divisiones, mezcladas á los restos del 1.er cuerpo, rodaban hacia la ciudad en un desórden completo, un torrente de cólera y de espanto, arrastrando hombres y animales.

En aquel momento, Mauricio vió con alegría abrirse los ojos de Juan y al echar á correr hacia un riachuelo, para lavarle la cara, se quedó sorprendido al ver, á su derecha, en el fondo del valle, algo separado, protegido por las pendientes, al aldeano que había visto por la mañana, que continuaba labrando la tierra tranquilamente, sin prisa, guiando el arado, del que tiraba un caballo blanco. ¿Para qué perder un día? Porque se batiesen los hombres, el trigo no había de dejar de crecer ni el mundo de vivir.

VI

Sobre la terraza á donde había subido para darse cuenta de la situación, Delaherche estaba cada vez más impaciente por averiguar lo que ocurría. Veía que las granadas pasaban por encima de la ciudad y que las tres ó cuatro que habían reventado sobre los tejados de las casas cercanas debían ser una contestación á los tiros tan lentos y tan ineficaces del fuerte del Palatinado. Pero no veía

nada de la batalla y tenía tal necesidad de obtener noticias, hostigado por el miedo de perder en la catástrofe vida y fortuna, que se bajó de la terraza dejando allí los anteojos apuntados hacia las baterías alemanas.

Abajo, al ver el aspecto que tenía el jardín central de la fábrica, se detuvo un momento. Era la una de la tarde y la ambulancia se veía atestada de heridos. Los coches llegaban sin cesar bajo el porche. Faltaban ya los coches reglamentarios de dos y de cuatro ruedas: se presentaban furgones de material, coches y carros de todas clases, embargados en cualquier sitio, donde los encontraban. Y allí dentro se amontonaban los heridos recogidos en las ambulancias volantes, hechas á escape las primeras curas. Era una multitud horrenda de gentes pálidas, casi verdosas unas, violáceas otras, efecto de las congestiones; muchos estaban desmayados, otros lanzaban lamentos; los había que se abandonaban á los enfermeros, asustados, con los ojos muy abiertos y otros que morían al tocarlos. Era tal la invasión, que todos los colchones de la inmensa sala iban á estar ocupados y el médico Bouroche daba órdenes para que se utilizara la paja con la que había mandado hacer literas en un rincón. El médico y los ayudantes daban aún abasto á las operaciones. Había pedido otra mesa con un colchón y un hule que se colocó bajo el cobertizo donde operaban. El practicante, en cuanto el herido quedaba acostado, le ponía en las narices una servilleta empapada en cloroformo. Los delgados cuchillos de acero relucían, las sierras apenas se oían funcionar, la sangre chorreaba, pero en seguida se cortaba el chorro; se llevaban y se traían sin cesar heridos operados rápidamente, sin dar tiempo apenas para limpiar el hule que cubría el colchón. Y al extremo del jardín, detrás de un macizo de flores, en el osario que habían tenido que instalar, se colocaban los

muertos y todos los brazos y piernas cortados, los restos de carne y de huesos que quedaban sobre las mesas.

Sentadas al pie de los grandes árboles, la señora Delaherche y Gilberta no daban abasto para hacer vendas. Bouroche, que pasaba con la cara roja y su delantal blanco manchado de sangre, echó un paquete de trapos á Delaherche, gritándole:

—¡Tome usted! ¡haga usted algo de provecho!

Pero el fabricante protestó.

—Dispense usted; tengo que ir á buscar noticias. No sabemos si existimos.

Después, acercándose á su mujer, añadió:

—¡Pobre Gilberta, cuando pienso que una granada puede caer aquí y prender fuego á todo esto!

Estaba muy pálida, levantó la cabeza, echó una mirada á su alrededor y luego con la sonrisa en los labios dijo:

—¡Sí, esto es horrible, todos estos hombres hechos pedazos!... ¡Me extraña mucho no haberme desmayado!

La señora Delaherche había notado que su hijo besaba el pelo de su mujer y se acordó que otro hombre acaso lo hubiera hecho también. Sus manos temblaron y murmuró:

—¡Con tantos sufrimientos, Dios mío, olvidamos los nuestros!

Delaherche se marchó diciendo que volvería en seguida, con noticias seguras. Al llegar á la calle Maqua se sorprendió al ver el número de soldados que llegaban, sin armas, con los trajes destrozados, manchados. No pudo obtener detalles precisos á pesar de que interrogó á algunos; contestaban atontados, sin saber lo que decían; otros hablaban tanto, y con tal furia, tan exaltados, que parecían locos. Maquinalmente, se dirigió de nuevo á la subprefectura, en la creencia de que todas las noticias afluirían allí. Al atravesar la plaza del Colegio, dos

cañones los dos únicos que quedaban de la batería, llegaron al galope y se pararon contra la acera. En la calle Mayor, notó que la población estaba atestada de gentes que huían; tres húsares desmontados se hallaban sentados en un portal, repartiéndose trozos de pan; otos dos llevaban sus caballos por la brida, sin saber en que cuadra iban á meterlos; algunos oficiales corrían sin saber á donde meterse. En la plaza de Turenne, un alférez le aconsejó se retirara, pues caían granadas con suma frecuencia; una de ellas había destrozado la verja que rodeaba la estatua del gran capitán, vencedor del Palatinado. Y en efecto, al retirarse por la calle de la subprefectura, vió dos granadas que estallaban con gran estrépito sobre el puente del Meuse.

Se quedó parado delante de una portería, buscando un pretexto para interrogar á uno de los ayudantes, cuando una voz juvenil le llamó:

—¡Señor Delaherche!... Entre usted pronto, no se está bien ahí fuera.

Era Rosa, la jornalera de la fábrica, de la que no se acordaba. Entró en la portería y se sentó.

—Figúrese usted,—dijo Rosa,—que mamá está enferma de tanto tragín, se ha acostado y no ha podido levantarse. Me he quedado sola, porque papá, que es guardia nacional, está en la ciudadela... Hace un momento el emperador ha querido demostrar que era un valiente y ha podido volver á salir, yendo hasta el final de la calle, hasta el puente. Una granada ha caido delante de él, el caballo de uno de sus lacayos ha caido muerto. Y después se ha vuelto... ¿qué quiere usted que haga?

—¿Sabe usted en que estado nos encontramos? ¿No sabe usted lo que dicen esos señores?

Le miraba, estupefacta. Estaba muy fresca, con su pelo menudito, sus ojos claros de niña, que se agitaba, apurada en medio de aquellos horrores, cuyo alcance no comprendía.

—No, nada sé... al medio día he subido una carta para el mariscal Mac-Mahon. El emperador estaba con él...

Han estado juntos cerca de una hora, el mariscal en la cama, el emperador sentado en una silla, apoyada en el colchón. Esto lo sé, porque los he visto cuando han abierto la puerta.

—¿Y que decían?

Le miró otra vez, y se echó á reir.

—¡Pero si no lo sé! ¿Cómo quiere usted que sepa lo que se han dicho, si nadie lo sabe?

Era cierto, quiso excusarse por aquella pregunta necia. Pero la idea de lo que habían podido decirse en aquella suprema entrevista le molestaba: ¿qué interés había tenido? ¿Qué solución habían adoptado?

—Ahora, el emperador está en su despacho con dos generales que ababan de llegar del campo de batalla...

Se paró, echó una ojeada en la escalera.

—¡Mire usted, aquí viene uno de los generales y ahí va el otro!

Delaherche salió y reconoció al general Douay y al general Ducrot, cuyos caballos aguardaban en la puerta. Después de haber abandonado la meseta de Illy habían acudido para prevenir al emperador que se había perdido la batalla. Daban detalles exactos sobre la situación, el ejército y Sedán se encontraban envueltos por todas partes, el desastre iba á ser espantoso.

El emperador se paseó por su despacho durante unos momentos con el paso vacilante de un enfermo. Sólo quedaba allí un ayudante de campo, de pie, callado, cerca de una puerta y Napoleón seguía paseando desde la ventana á la chimenea, la cara descolorida, nervioso. La espalda parecía haberse encorvado como bajo el hundimiento de un mundo, mientras que los ojos apagados, velados por pesa-

dos párpados, señalaban la resignación del fatalista que había jugado y perdido contra el destino la última partida. Cada vez que pasaba ante la ventana abierta, un estremecimiento le hacía detenerse allí un instante.

En una de aquellas paradas tan cortas, se le oyó decir:

—¡Oh, ese cañón, ese cañón que se oye desde esta mañana!

Desde allí se oía el estrépito que producían las baterías de la Marfée y de Frenois. Era un trueno continuo que hacía temblar los cristales y las paredes; un ruido incesante, obstinado, que exasperaba. Y debía pensar que la lucha no dejaba lugar á esperanzas, que toda resistencia era inútil y hasta criminal. ¿Para qué dejar derramar más sangre, ver miembros destrozados, cabezas cortadas, más muertos además de los muchos que había esparcidos por el campo? ¿Puesto que estaban vencidos, puesto que todo había acabado, para qué continuar aquella matanza? Había ya bastantes horrores y se oían bastantes gritos de dolor.

El emperador, cerca de la ventana, temblando y levantando las maaos, volvió á repetir:

—¡Oh, ese cañón, ese cañón que se oye desde esta mañana!

Tal vez la idea de las responsabilidades enormes que había contraido se alzaba ante él con la visión de los cadáveres sangrientos que por su culpa habian quedado tendidos allá á millares, y tal vez sólo fuese la ternura de su corazón de hombre soñador hostigado por somnolencias humanitarias. En aquel fracaso que rompía y arrastraba su fortuna como una paja, encontraba lágrimas para otros, anonadado por aquella matanza horrible que continuaba, sin fuerzas humanas para sufrirla más tiempo. Ahora aquel cañoneo asesino repercutía en su pecho y aumentaba su mal.

—¡Oh, ese cañón, ese canón, hacedle callar, en seguida, en seguida!

Y aquel emperador que ya no tenía trono, habiendo conferido sus poderes á la emperatiz regente; ese jefe de un ejército al cual no mandaba desde que había entregado al mariscal Bazaine el mando supremo, tuvo entonces un arranque póstumo, deseando demostrar su poder con el irresistible deseo de ser el amo una última vez. Desde Chalóns se había desvanecido, no había querido dar una orden, resignado á ser una cosa inútil y molesta, un bulto que estorba llevado con los bagajes de las tropas. Y no se sintió emperador más que en el momento del desastre, la primera, la única orden que iba á dar, con el corazón lleno de piepad, era la de izar la bandera blanca sobre la ciudadela para pedir un armisticio.

—¡Oh! ese cañón, ese cañón... ¡Coger una sábana, un mantel, cualquier cosa! ¡Correr y decir que lo hagan callar!

El ayudante de campo salió; y el emperador continuó su paseo inseguro, desde la ventana á la chimenea, mientras que las baterías continuaban atronando el espacio, haciendo temblar la casa entera.

Abajo, Delaherche hablaba con Rosa, cuando un sorgento de servicio se presentó.

—Señorita, no se encuentra nada, no se ve una criada... ¿no tendría usted un paño, un trozo de tela blanca?

—Quiere usted una servilleta.

—No, no, no es bastante grande... La mitad de una sábana... ó cosa así.

Rosa se dirigió al armario.

—Es que no tengo sábanas cortadas...

¡No veo que podré darle! ¡Ah! mire usted! ¿quiere usted un mantel?

—¡Un mantel, muy bien, eso es lo que necesitamos!

Al marcharse añadió:

—¡Vamos á hacer una bandera blanca, que se va á izar sobre la ciudadela, para pedir paz! .. Muchas gracias, señorita.

Delaherche tuvo un sobresalto de alegría. Por fin iban á quedar tranquilos.

Después aquella alegría le pareció antipatriótica, y la refrenó. Pero su corazón aliviado latía lleno de gozo, y vió con placer salir de la Subprefectura á un coronel acompañado de un capitán y seguidos de un sargento que se dirigía á escape á la ciudadela. El coronel llevaba bajo el brazo el mantel enrollado. En aquel momento dieron las dos.

Delante del Ayuntamiento, Delaherche se vió atropellado por unos soldados que bajaban á escape por la calle de la Cassine. Perdió de vista al coronel y renunció á la curiosidad de ver izar la bandera blanca. Seguramente no le dejarían entrar y como por otra parte oía decir que caían granadas sobre el colegio, su inquietud aumentaba; tal vez estuviese ardiendo su fábrica desde que la había abandonado. Echó á correr, pero algunos grupos interceptaban el camino y aumentaban los obstáculos á cada paso. Cuando logró llegar á la calle Maqua y vió la monumental fachada de su casa, intacta, sin una chispa y sin humo, se tranquilizó. Entró en su casa diciendo:

—¡Todo va bien, están izando la bandera blanca y va á cesar el fuego!

Después se detuvo contemplando el aspecto que ofrecía la ambulancia, que era espantoso.

En el amplio secadero, cuya puerta estaba abierta, no sólo estaban ocupados todos los colchones, sino que ni aun quedaba un sitio libre en el extremo de la sala donde se había colocado la litera. Empezaron á echar paja entre las camas y estre-

charon á los heridos unos contra otros. Había más de doscientos y continuaban llegando. Las anchas ventanas alumbraban con luz clara aquel hospital cuyos cuerpos heridos estaban hacinados. A veces, efecto de un movimiento demasiado brusco, se oía un lamento. Estertores de agonía cruzaban por el aire. En el fondo un lamento continuo se dejaba oir constantemente. Y el silencio se hacía más profundo. Una especie de estupor resignado, la triste pesadumbre de una cámara mortuoria, cuyo silencio sólo interrumpían los enfermeros. Las heridas curadas á toda prisa, en el campo de batalla, algunas aun descarnadas, se dejaban ver, entre los trozos del capote y del pantalón, que se habían roto. Se veían pies que se estiraban, calzados todavía, aplastados y sangrando. Rodillas y codos rotos, como á martillazos, dejaban colgar miembros inertes. Había manos rotas, dedos que colgaban sostenidos por un trocito de piel. Los brazos y las piernas fracturadas parecían ser los más numerosos, tiesos, efecto del dolor, con una pesadez de plomo. Pero sobre todo, las heridas de más cuidado eran las que habían agujereado el vientre, el pecho ó la cabeza. Los costados sangraban por aquellos boquetes horrorosos, y se habían formado nudos de entrañas bajo la piel, las caderas destrozadas, cortadas á hachazos, torcían las posturas en contorsiones frenéticas. Había pulmones atravesados de parte á parte, unos con agujero tan pequeño que no salía sangre, otros con aberturas enormes, por donde se escapaba la vida en una oleada de sangre; y las hemorragias internas, las que no se veían, acababan con la vida de los heridos. Las cabezas, por último, habían sufrido más aun; bocas machacadas, la lengua y los dientes destrozados; las órbitas hundidas, los ojos medio sacados; los cráneos abiertos, dejando ver los sesos. Todos los que habían recibido bala zos en la médula ó en el cerebro estaban como ca-

dáveres, en el anonadamiento del coma; mientras que los fracturados, los calenturientos, se movían, pedían agua con voz baja y suplicante.

Después, al lado bajo el cobertizo donde se operaba, era otro horror; con aquel primer atropello no se procedía más que á verificar las operaciones más urgentes, las que reclamaba el estado desesperado de los enfermos. El temor de una hemorragia decidía al médico Bouroche á hacer la amputación inmediata. Tampoco se retrasaba para buscar los proyectiles en el fondo de las heridas y arrancarlos, si estaban situados en algunna zona peligrosa, la base del cuello, el costado, la raíz del muslo, el doblez del codo ó en la pantorilla. Los demás heridos, que prefería dejar en observación, los curaban los enfermeros siguiendo sus indicaciones. Había practicado cuatro amputaciones, espaciándolas, descansando de las operaciones graves, extrayendo algunas balas y empezaba á estar cansado. No había más que dos mesas, la suya y otra donde trabajaba uno de sus ayudantes. Acababan de colocar una sábana entre las dos, con objeto de que los heridos no se vieran. Y aunque lavaban las mesas con esponjas, no podían hacer desaparecer la sangre, mientras que los cubos que se vertían cerca de allí, esos cubos que un vaso de sangre bastaba para enrojecer el agua clara, parecían cubos de sangre, que anegaban las flores del jardín. Aunque el aire entraba libremente, salía un olor que daba náuseas, de aquellas mesas, de aquellas ropas, de aquellos instrumentos, mezclado con el olor del cloroformo.

Delaherche se estremecía de compasión cuando la entrada de un landau bajo el porche, llamó su atención. Era el único coche que habían podido encontrar y dentro de él habían amontonado ocho heridos, unos sobre otros. El fabricante lanzó un gri-

to de sorpresa al reconocer en el último que bajaron al capitán Beaudoin.

—¡Pobre amigo! aguarde usted, voy á llamar á mi madre y á mi mujer.

Acudieron las dos, dejando en su puesto á dos criadas. Los enfermeros que habían cogido al capitán, se lo llevaban á la sala donde iban á acostarle sobre un montón de paja, cuando Delaherche vió sobre un colchón un soldado que no se movía, la cara lívida, los ojos abiertos.

—¡Oigan, éste ha muerto!

—Es verdad,—dijo un enfermero; pues es inútil que estorbe.

Entre los dos se lo llevaron al depósito de cadáveres que habían establecido detrás de las flores. Se encontraban allí unos doce muertos colocados en orden, los unos con los pies estirados efecto del dolor, otros encogidos, torcidos en posturas atroces. Los había con los ojos en blanco, con la boca abierta enseñando los dientes, mientras que varios, la cara larga horriblemente triste, lloraban aún. Uno, muy joven, pequeño y delgado, la cabeza medio destrozada; apretaba contra su corazón, con sus dos manos convulsas, una fotografía de mujer, una de esas fotografías pálidas de pueblo, manchada de sangre. Y al pie de los muertos amontonaban también piernas y brazos cortados, todo lo que se separaba de las mesas de operación, el escobazo en la tienda de un carnicero, llevando á un rincón los restos de huesos y de carne.

Delante del capitán Beaudoin, Gilberta se estremecía. ¡Qué pálido estaba, echado sobre aquel colchón! Y el recuerdo de que algunas horas antes había estado entre sus brazos lleno de vida la helaba el corazón. Se había arrodillado.

—¡Qué desgracia, amigo mío! Pero esto no es nada, ¿no es verdad?

Y maquinalmente sacó un pañuelo, le limpió la

cara, no pudiendo resistir al deseo de quitarle aquel sudor, aquella suciedad efecto de la pólvora y de la tierra. Le parecía que le aliviaba limpiándole.

—¿No es verdad, esto no es nada, no es más que la pierna?

El capitán, en una especie de somnolencia, abría los ojos. Había reconocido á sus amigos y hacía esfuerzos para sonreirse.

—Sí, es sólo la pierna... No he sentido la herida, creí que daba un tropezón y que caía...

Pero hablaba csn mucha dificultad.

—¡Tengo sed, mucha sed!

Entonces la señora Delaherche, inclinada al otro lado del colchón, fué á buscar agua. Trajo una botella y un vaso con un poco de cognac. Y cuando el capitán acabó de beber, tuvo que dar agua á los que estaban á su lado: todas las manos pedían, suplicaban. Un zuavo á quien no llegó el agua, empezó á llorar.

Delaherche trataba de hablar al médico para pedir un turno de favor para el capitán. Bouroche acababa de entrar en la sala con su delantal ensangrentado, su cara sudorosa, enrojecida, que sus crines de león parecían incendiar; y á su paso los hombres se sentaban en los colchones, querían detenerle, deseando ser curados, ser socorridos en el acto. ¡A mí, á mí, señor médico! Le rogaban, le tocaban. Pero Bouroche sin perder la cabeza, á pesar del cansancio, organizaba el trabajo sin atender á nadie. Hablaba en voz alta, los contaba con el dedo, los señalaba con números, los clasificaba: éste, aquél, el otro; uno, dos, tres; una boca, un brazo, una pierna, mientras que el ayudante que le acompañaba le escuchaba con atención para recordar.

—Señor Bouroche,—dijo Delaherche;—está ahí un capitán, el capitán Beaudoin.

—Bouroche le interrumpió:

—¡Que está aquí Beaudoin!... ¡Pobre hombre!

Fué á situarse delante del herido, pero de una ojeada debió comprender la gravedad del caso, porque añadió en seguida sin inclinarse para examinar la pierna:

—¡Bien, me lo traerán en cuanto termine la operación que estoy preparando.

Y se fué bajo el cobertizo seguido de Delaherche, que no quería soltarle por temor de que olvidara su promesa.

Esta vez se trataba de la desarticulación de un hombro, según el método de Lisfranc, lo que llaman los médicos cirujanos una bonita operación, una cosa rápida y elegante; cuarenta segundos á lo más. Daban cloroformo al paciente mientras que un practicante le agarraba el hombro con las manos, los cuatro dedos bajo el sobaco, el pulgar encima. Entonches Bouroche, después de ordenar le sentaran, cogió un cuchillo largo, agarró el deltoide, traspasó el brazo y cortó el múculo; después, volviendo hacia atrás, cortó la juntura de un solo golpe; y el brazo había caído derribado en tres movimientos. El ayudante había dejado escurrir los dedos para tapar la arteria humeral. «¡Acostadle!» Bouroche se sonrió involuntariamente al ligarle, porque sólo había tardado treinta y cinco segundos. Solo faltaba bajar el trozo de carne sobre la herida. Esto era muy bonito por el peligro que ofrecía la operación, pues un hombre podía perder toda su sangre en tres minutos por la arteria humeral, haciendo caso omiso de que al estar un herido bajo la acción del cloroformo hay siempre peligro de muerte.

Delaherche, asustado, hubiera querido huir. Pero no tuvo tiempo, el brazo estaba ya sobre la mesa. El soldado amputado, un quinto, un aldeano fuerte al volver en sí, vió aquel brazo que un enfermero llevaba al depósito. Miró su hombro, le vió cortado y sangrando. Y se puso hecho una furia.

—Pero ¿qué demonio ha hecho usted? ¡Eso es una barbaridad!

Bouroche, extenuado, no contestaba. Después tranquilamente dijo:

—He hecho lo que debía hacer, lo mejor que podía hacer. No quería que reventases. Además, te he consultado y me has dicho que sí.

—¡He dicho sí, sí! Pero ¡qué sabía yo!

Su furia se deshizo en lágrimas.

—¿Qué quiere usted que haga sin brazo?

Se lo llevaron, lo echaron sobre la paja y volvieron á lavar la mesa y el hule y los cubos de agua roja que volvieron á tirar sobre las flores, ensangrentando el ramillete de margaritas.

A Delaherche le extrañaba seguir oyendo el cañoneo. ¿Por qué no cesaba ya? El mantel de Rosa debía estar izado sobre la ciudadela. Y parecía por el contrario que el estrépito aumentaba en intensidad. Era un ruido imponente, un sacudimiento que estremecía hasta á los menos nerviosos de pies á cabeza, en una angustia creciente. Aquellos sacudimientos que taladraban el corazón, no debían de ser muy buenos para los que operaban ni para los operados. La ambulancia estaba calenturienta, alocada hasta la exasperación.

—Si ha acabado todo, ¿por qué continúan?—dijo Delaherche, que prestaba mucha atención, creyendo á cada segundo oir el último cañonazo.

Después, al volver en busca de Bouroche, para recordarle al capitán, le vió en la paja, echado boca abajo, los brazos desnudos, metidos en un cubo de agua helada. Agotadas las fuerzas morales y físicas, el médico descansaba aniquilado, abatido por una tristeza, una desolación inmensas, en uno de esos minutos de agonía de médico que se siente impotente. Este, sin embargo, era un hombre sólido, tenía piel dura y un corazón que había hecho sus pruebas. Pero descorazonado viendo que todos sus

esfuerzos eran inútiles, comprendiendo que le era imposible hacerlo todo, ese pensamiento le había paralizado. ¿Para qué? ¡puesto que después de tanto trabajo heroico, la muerte había de llevarse sus víctimas!

Dos enfermeros llevaban sobae una camilla al capitán Beaudoin.

—Señor Bourouche,—se permitió decir Delaherche,—aquí está el capitán.

Bouroche abrió los ojos, sacó los brazos del agua, los sacudió, los secó en la paja. Después, poniéndose de rodillas:

—¡Ah, sí, ahora otro!... No ha acababa del trabajo.

Y estaba de pie, refrescado, sacudiendo su cabeza de león, dispuesto á seguir, gracias á su prática y á la imperiosa disciplina.

Gilberta y la señora Delaherche habían seguido la camilla y se quedaron á alguna distancia, cuando echaron al capitán sobre el colchón cubierto por el hule.

—Es por encima del tobillo derecho,—decía Bouroche que hablaba mucho, para entretener al herido. No es malo el sitio. Eso tiene buena compostura. Vamos á ver eso.

El estado de atontamiento en que se encontraba el capitán, le preocupaba mucho. Miraba la primera cura que le habían hecho, una venda sencilla, apretada y sostenida sobre el pantalón, por una vaina de bayoneta. Y, entre dientes gruñía, preguntándose quién era el puerco que había hecho aquello. Después se calló.

Acababa de comprender; con seguridad que en el *landau* lleno de heridos, había debido aflojarse la venda, escurriéndose, dejando de comprimir la herida, lo que había originado una gran hemorragia.

Bouroche se encolerizó de pronto y descargó su cólera contra un esfermero.

—¡Pedazo de animal, corta eso pronto!

El enfermero cortó el pantalón y el calzoncillo, cortó el zapato y el calcetín. La pierna y el pie aparecieron blancos, manchados en sangre. Y había allí, por encima del tobillo, un boquete tremendo, en el cual un pedazo de granada había empotrado un trozo de pantalón. Un poco carne destrozada salía por aquella herida.

Gilberta tuvo que apoyarse contra una de las columnas del cobertizo. ¡Ah! ¡aquella carde tan blanca, aquella carne sangrando ahora y aplastada! A pesar del espanto no podía apartar los ojos de aquel cuadro.

—¡Demontres!—dijo Bouroche,—¡le han apañado á usted bien!

Tentaba el pie, lo encontraba frío no sentía latir el pulso. Se había puesto muy serio, frunciendo las cejas, como cuando se veía ante un caso grave.

—¡Demontres! ¡vaya un pie malo!

El capitán, á quien la ansiedad sacaba de su somnolencia, le miraba, aguardaba; y acabó por decir:

—¿Lo cree usted, Bouroche?

Pero la táctica del médico era la de no pedir nunca directamente al herido la autorización acostumbrada, cuando se imponía una amputación. Prefería que el herido cayese él mismo en la cuenta de que era necesaria.

—¡Vaya un pie malo! ¡no podremos salvarle!

Nervioso, Beaudoin, añadió:

—Vamos, hay que acabar de una vez, ¿qué piensa usted?

—Pienso en que es usted un capitán muy valiente, y que me va usted dejar hacer lo que es preciso.

—Haga usted lo que quiera.

Los preparativos no fueron muy largos. El ayudante había empapado la servilleta en cloroformo, que fué aplicado inmediatamente á las narices del herido. Después, en el momento en que la corta

agitación que precede á la anestesia se producía, dos enfermeros dejaron escurrir suavemente al teniente sobre el colchon, para que estuvieran las piernas libres, y uno de ellos cogió la izquierda, mientras que el otro apretaba con todas sus fuerzas la derecha á raíz del muslo, para comprimir las arterias.

Entonces, cuando vió á Bouruche coger el cuchillo, Gilberta no pudo resistir más.

—¡No, no, esto es horrendo!

Desfallecía, se apoyó sobre la señora Delaherche que pudo sujetarla para que no cayera.

—Pero ¿por qué se quedan ustedes?

Las dos continuaron allí. Volvían la cabeza, no queriendo ver, inmóviles temblorosas, apretadas una contra otra, á pesar de lo poco qne se querían.

En aquel momento fué cuando el cañoneo producía más estrépito. Eran las tres y Delaherche, desesperado, declaraba que no comprendía lo que pasaba. Ahora ya estaba fuera de duda, en vez de cesar el fuego, las baterías alemanos lo redoblaban. ¿Por qué? ¿qué ocurría? Era un bombardeo infernal, la tierra temblaba, el aire quemaba. Alrededor de Sedan, la cintura de bronce de los ochocientos cañones del ejército alemán, tiraban á la vez, atronando el espacio y aquel fuego convergente, de todas las alturas que rodeaban la ciudad, tirando al centro, hubiese quemado y pulverizadp la ciudad en un par de horas. Lo malo era que empezaban á caer granadas sobre las casas. Se oía el estrépito con más frecuencia y estallaron algunas en la calle des Voyards. Otra tiró una chimenea de la fábrica y cayeron algunos trozos delante del cobertizo.

Bourche alzó los ojos gruñendo.

—¡Qué! ¿van á acabar con nuestros heridos? ¡Ese estrépito es insoportable!...

Un enfermero había agarrado la pierna del capitán, y con una rápida incisión circular, el médico cortó la piel por debajo de la rodilla, cinco centí-

metros más abajo del sitio por el cual pensaba aserrar el hueso. Después, con auxilio del mismo cuchillo, que no soltaba para no perder tiempo, separó la piel, la recogió hacia arriba como si estuviera mondando una naranja.

Y nuando se disponía á cortar los músculos, se acercó un enfermero y le dijo al oído.

—El número dos ha muerto.

Con el estrépito que reinaba, Bouroche no oyó.

—¡Hable usted alto! Los oídos echan sangre con ese cañoneo.

—¡El número dos ha muerto!

—¿Quién es ese número dos?

—El brazo.

—¡Bueno, pues me traerá usted al número tres, el de la boca!

Y con una celeridad extraordinaria, sin detenerse, cortó los músculos de un solo tajo, hasta el hueso. Puso al descubierto la tibia y el peroné é introdujo entre ellos una compresa para sujetarlos. Después, de un golpe de sierra los echó abajo, y el pie se quedó en la mano del enfermero que lo sostenía.

Cayó muy poca sangre, gracias á la presión que ejercían más arriba las manos del ayudante, alrededor del muslo. Ligaron inmediatamente las tres arterias. Pero Bouroche movía la cabeza, y cuando el ayudante separó los dedos, examinó la herida, murmurando, seguro que el paciente no podía oirle aún.

—¡Es lástima, las pequeñas arterias no dan sangre!

Después, de un gesto, acabó el diagnóstico: ¡otro hombre al agua! Y sobre su cara sudorosa reaparecieron la fatiga y la tristeza, esa desesperación que venía á condensarse en esta frase: «¿Para que sirve todo lo que hago? puesto que no se salvan cuatro hombres de cada diez.» Se limpió la frente, bajó la piel y empezó á hacer las tres suturas.

Gilberta había vuelto la cabeza. Delaherche le había dicho que la operación había acabado. Pero aún vió al enfermero que se llevaba el pie al osario. Este iba llenándose, había allí otros dos cadáveres, uno con la boca desmesuradamente abierta y negra, parecía que aun chillaba, el otro empequeñecido por una atroz agonía se había vuelto del tamaño de un niño, enclenque y contrahecho. Lo malo era que el monton de restos humanos, acababa por desbordarse en el paseo del jardín. No sabiendo donde colocar convenientemente el pie del capitán, el enfermero dudó un momento y por fin lo echó encima del monton.

—¡Ya se acabó! dijo Bouroche á Beuadoin, que volvía en sí. ¡Ya está fuera de peligro!

Pero el capitán se despertó con esa alegría que suele proceder á las operaciones felices. Se levantó un poco, volvió á caer, balbuceando con voz débil:

—Gracias, Bouroche. Prefiero que se haya acabado.

Pero sentía el dolor que le causaba la cura con alcohol. En el momento en que acercaban una camilla para llevárselo, una terrible detonación acababa de oirse detrás del cobertizo conmoviendo toda la fábrica; era una granada que había estallado detrás del cobertizo, en el pequeño patio donde se encontraba la fuente. Volaron cristales, mientras que una humareda espesa llenaba la ambulancia. En la sala, el pánico se apoderó de los heridos sobre sus lechos de paja y todos querían levantarse, echar á correr lanzando lamentos.

Delaherche, alocado, echó á correr para ver el desastre. Pues qué ¿iban á destruirle la casa, á incendiársela ahora? ¿qué ocurría? Puesto que el emperador quería que cesara el cañoneo ¿por qué había vuelto á empezar?

—¡A ver si no se mueven ustedes!—dijo Bouroche á los enfermeros que estaban asustados.—¡Lá-

venme ustedes la mesa. Vayan á buscar el número tres!

Lavaron la mesa, echaron unos cuantos cubos de agua roja á todo vuelo sobre las flores del jardín. Las margaritas nadaban en sangre y las yerbas y las flores flotaban en un lago rojizo. Y el médico, para descansar un poco, empezó á buscar una bala al número tres, la que después de haberle destrozado el maxilar inferior debía haberse incrustado debajo de la lengua. Caía mucha sangre y se le pegaban los dedos.

El capitán Beaudoin había sido llevado á la sala y estaba echado en un colchón. Gilberta y la señora Delaherche habían seguido la camilla y Delaherche, aunque preocupado, fué allí á hablarle un momento.

—Descanse usted, capitán. Vamos á prepararle un cuarto y se quedará con nosotros.

En medio de su postración, el capitán abrió los ojos, tuvo un momento de lucidez.

—No; creo que voy á morir.

Miraba á los tres con ojos muy abiertos, llenos del espanto de la muerte.

—¿Qué dice usted, capitán?—dijo Gilberta, haciendo esfuerzos para ocultar su dolor.—Dentro de un mes estará usted de pie.

Movía la cabeza, no miraba más que á ella, reflejándose en sus ojos el pesar de abandonar la vida, un sentimiento de abandonar la existencia, tan joven, sin haber agotado los goces del mundo.

—¡Voy á morir! ¡voy á morir!... ¡Esto es horrible!...

Después notó que su uniforme estaba manchado y roto, que tenía las manos negras y se avergonzó al verse así delante de las señoras. Ese pensamiento le mortificaba tanto, que le dió de nuevo todo su valor y logró decir:

—Pero, si muero, quiero morir con las manos lim-

pias... Señora, hágame el favor de mojar una toalla y de dármela.

Gilberta corrió y volvió con la tohalla, y ella misma quiso frotarle las manos. Desde aquel momento, demostró tener mucho valor, como hombre que desea morir dignamente. Delaherche le animaba, ayudaba á su mujer á colocarle bien y la anciana señora Delaherche, delante de aquel moribundo, al ver al matrimonio tan unido auxiliándole, sintió que su odio se desvanecía. Estaba dispuesta á callarse una vez más, á pesar de que había jurado revelarlo todo á su hijo. ¿Para qué destruir la felicidad de aquella casa puesto que la muerte se llevaba la culpa?

Aquella situación acabó pronto. El capitán Beaudoin, que iba debilitándose, cayó en una especie de sopor. Un sudor frío le inundaba la frente y el cuello. Abrió los ojos un momento, tentó su cuerpo como si hubiese buscado una manta imaginaria, hizo como que se arropaba, con las manos encogidas.

—¡Ah, tengo frío, tengo mucho frío!

Murió, se apagó la vida sin hipo, y su cara tranquila, delgada, conservó una expresión de infinita tristeza.

Delaherche cuidó de que el cuerpo de Beaudoin, en vez de ir á parar al osario, fuese depositado en la cochera. Quiso obligar á Gilberta á que se retirara, pues estaba llorando y muy conmovida, pero ella no quiso, prefirió quedarse con la señora de Delaherche, entre el ruido y la agitación de la ambulancia, que no le daban tiempo para tener miedo. Dió de beber á un cazador de Africa, á quien la fiebre hacía delirar, ayudaba á un enfermero á curar la mano de un soldado, de un quinto de veinte años, que había venido á pie desde el campo de batalla con el pulgar cortado; y como era muy ale-

gre y se burlaba de la herida, acabó por distraerse con él.

Mientras el capitán había estado agonizando, el cañoneo parecía haber aumentado; otra granada cayó en el jardín destrozando uno de los árboles más grandes. Gentes asustadas gritaban que todo Sedan ardía, pues un incendio imponente se había declarado en el barrio de Cassine. Todo quedaría destruído si aquel bombardeo continuaba con tal violencia.

—¡No es posible, esto es inaguantable! ¡quiero volver allí!—dijo Delaherche furioso.

—¿A dónde?—preguntó Bouroche.

—A la subprefectura, para saber si el emperador se burla de nosotros cuando dice que va á izar la bandera blanca.

Bouroche estuvo algunos segundos sin saber lo que le pasaba: la idea de aquella bandera blanca, de la derrota, de la capitulación que caía en medio de su impotencia para salvar á todos aquellos desgraciados que le llevaban, le anonadaba. Estaba desesperado y dijo á Delaherche:

—¡Vaya usted al infierno! De todos modos estamos perdidos.

Delaherche tuvo más dificultades para poder pasar entre los grupos que habían aumentado. A cada instante las calles iban atestándose de soldados desbandados. Interrogó á algunos oficiales que encontró al paso: ninguno había visto la bandera blanca sobre la ciudadela. Por último, un coronel declaró que la había visto flotar un momento, pero que en seguida la habían bajado. Aquello podía explicarlo todo: ó los alemanes no la habían visto ó habiéndola visto aparecer y desaparecer habían redoblado el fuego, comprendiendo que se acercaba la agonía. Hasta circulaba una historia: un general, loco de cólera al ver la bandera blanca, se había precipitado sobre ella y la había arrancado

rompiendo el asta y pateando el mantel. Y las baterías prusianas seguían tirando; los proyectiles llovían sobre los tejados y en las calles ardían las casas; una mujer había sido aplastada en la plaza de Turenne.

En la subprefectura, Delaherche no encontró á Rosa en la portería. Todas las puertas estaban abiertas, el desastre empezaba. Entonces subió, encontrando en la escalera gentes desconocidas, preocupadas, sin que nadie le preguntara cosa alguna. En el primer piso encontró á Rosa.

—¡Ah! señor Delaherche, esto va mal... ¡Mire usted, mire usted pronto si quiere ver al emperador!

En efecto, á la izquierda, una puerta medio entornada permitía ver á Napoleón que había vuelto á emprender sus paseos desde la ventana á la chimenea. Paseaba, no se detenía á pesar de los dolores que le hacían sufrir horriblemente.

Un ayudante acababa de entrar, el que había dejado la puerta entornada, y se oyó la voz del emperador que le decía:

—Pero ¿por qué siguen tirando, puesto que he izado la bandera blanca?

Era su tormento: aquel cañón que no cesaba y que aumentaba en violencia á cada minuto. No podía acercarse á la ventana sin que su corazón no se oprimiese.¡Más sangre derramada, más muertos, y todo por su culpa! Cada minuto que pasaba amontonaba más cadáveres. Y en su desesperación de soñador enternecido, había dirigido ya más de diez veces la misma pregunta á las personas que le rodeaban.

—Pero ¿por qué siguen tirando, puesto que he hecho izar la bandera blanca?

El ayudante de campo contestó algo que Delaherche no pudo oir. El emperador había continuado su paseo, cediendo, á pesar de todo, á su deseo

de volver delante de aquella ventana donde desfallecía al oir el continuo cañoneo. Su palidez había aumentado desde por la mañana; en su cara larga, triste y estirada de donde aún no había desaparecido la pintura de la mañana, se reflejaba su agonía.

En aquel momento un hombrecito con el uniforme lleno de polvo, y en el que Delaherche reconoció al general Lebrun, atravesó el descansillo y empujó la puerta sin anunciarse. Y en seguida se volvió á oir la voz angustiada del emperador.

—Pero por fin, general, ¿por qué siguen tirando puesto que he hecho izar la bandera blanca?

El ayudante de campo salía, cerró la puerta y Delaherche no pudo oir la contestación del general. Todo había desaparecido.

—¡Ah!—repitió Rosa,—todo se echa á perder; se comprende al ver la cara que tienen esos señores. Es como mi mantel: no le volveré á ver; hay quien dice que lo han roto... En todo lo que pasa, el emperador es el que me da más lástima, porque está más enfermo que el mariscal y estaría mucho mejor en su cama que en ese cuarto paseándose.

Estaba muy emocionada y su linda carita rubia expresaba mucha pena. Delaherche, cuyo furor bonapartista se enfriaba desde hacía dos días, la encontraba un tanto necia. En la portería estuvo un rato con ella aguardando á que saliera el general Lebrun. Y cuando éste apareció, le siguió.

El general Lebrun había explicado al emperador que si se quería pedir un armisticio, era preciso enviar una carta firmada por el general en jefe del ejército francés y dirigida al general en jefe de los ejércitos alemanes. Después se había ofrecido á escribir la carta y á buscar al general Wimpffen que tenía que firmarla. Llevaba la carta, pero tenía algún temor de no encontrar al general Wimpffen, ignorando en qué sitio del campo de ba-

talla podía encontrarse. En Sedan era tal la aglomeración de gentes, que tuvo que andar al paso de su caballo, lo que permitió á Delaherche acompañarle hasta la puerta de Meuil.

En la carretera, el general echó al galope y tuvo la suerte al llegar á Balan, de ver al general Wimpffen.

Este había escrito momentos antes al emperador:

«Señor, venga á ponerse á la cabeza de vuestras tropas y tendrán mucha honra en abrirle un camino á través de las líneas enemigas». Así es que cuando oyó hablar de armisticio se puso furioso. ¡No, no! ¡no firmaría nada, quería batirse! Eran las tres y media. Y fué poco después cuando tuvo lugar aquella tentativa heroica y desesperada, aquel último empuje para abrir un camino á través de los bávaros, yendo otra vez sobre Bazeilles. Por las calles de Sedan, en los campos cercanos, con objeto de animar á los soldados se gritaba: «¡Bazaine llega, Bazaine llega!» Después por la mañana era este el ensueño de muchos y creían oir los cañones del ejército de Metz, á cada nueva batería alemana que empezaba á disparar. Lograron reunir mil doscientos hombres, soldados desbandados de todos los cuerpos, donde se mezclaban todas las armas; y la pequeña columna se lanzó gloriosamente sobre el camino barrido por la metralla á la carretera. Primero fué magnífico, los hombres que caían no detenían á los demás, recorrieron unos quinientos metros, con una furia heroica. Pero, muy pronto, las filas se aclararon y los más valientes se replegaron. ¿Qué hacer contra el poder del número? Solo había allí la temeridad loca de un jefe de ejército que no quería ser derrotado. Y el general Wimpffen acabó por encontrarse solo con el general Lebrun, sobre aquel camino de Balan á Bazeilles, que tuvieron que abandonar definitivamente. No

quedaba más solución que batirse en retirada sobre Sedan.

Delaherche, al perder de vista al general, había regresado á escape á la fábrica, poseído de la idea única de subir á su observatorio, para seguir de lejos los sucesos. Pero al llegar tuvo que detenerse bajo el porche al encontrarse con el coronel Vineuil, al que traían con el pie ensangrentado, medio desvanecido, sobre un montón de heno, en un carrito. El coronel se había empeñado en querer reunir los restos de su regimiento, hasta el momento en que cayó del caballo. En seguida le subieron á una habitación del primer piso y Bouroche que había acudido, no encontrando más que una herida en el tobillo, curó la herida después de sacar unos trozos de cuero de la bota. Estaba desesperado, furioso; bajó las escaleras diciendo que prefería cortarse él mismo una pierna, á continuar su oficio de ese modo, sin el material suficiente y sin los ayudantes necesarios. Abajo, no sabían ya donde colocar los heridos y los dejaban en el jardín sobre la yerba. Había ya dos hileras aguardando, lamentándose, bajo las granadas que continuaban cayendo. El número de heridos llevados á la ambulancia desde las doce, pasaba de cuatrocientos, y Bouroche había pedido cirujanos y sólo le habían enviado un médico joven, de la ciudad. No podía dar abasto, sondaba, cortaba, aserraba, cosía, fuera de sí, descorazonado, viendo que le llevaban siempre más trabajo del que podía hacer. Gilberta, ebria de horror, con náuseas al ver tanta sangre y tantas lágrimas, se había quedado cerca de su tío, el coronel, dejando abajo á la señora Delaherche, que daba de beber á los calenturientos y limpiaba las caras sudorosas de los que agonizaban.

Al subir á la terraza, Delaherche trató de darse cuenta de la situación. La ciudad había sufrido

menos de lo que se creía, un incendio único lanzaba gran humareda en el barrio de la Cassine. El fuerte del Palatinado no tiraba ya por falta de municiones y únicamente los cañones de la puerta de París disparaban de vez en cuando. En seguida vió que se había izado una bandera blanca en el fuerte, pero no debía verse desde el campo de batalla porque el fuego continuaba con la misma intensidad. Algunos tejados cercanos le ocultaban el camino de Balan y no pudo seguir el movimiento de las tropas. Además, al mirar con los anteojos, acababa de fijarse en el Estado Mayor alemán que había visto en aquel mismo sitio al mediodía. El amo, el minúsculo soldado de plomo, alto como la mitad de un dedo, en el cual había creído reconocer al rey de Prusia, estaba siempre de pie, con su uniforme obscuro, delante de los demás oficiales, la mayor parte tendidos en la hierba. Había allí oficiales extranjeros, ayudantes de campo, generales, príncipes, provistos todos de anteojos, siguiendo desde por la mañana la agonía del ejército francés, como en un espectáculo. Y el drama tremendo acababa.

Desde aquella altura de la Marfée, el rey Guillermo acababa de presenciar la unión de sus ejércitos. Ya era cosa hecha: el tercer ejército, á las órdenes de su hijo, el príncipe real de Prusia, que había caminado por Saint Menges y Fleigueux, tomaba posesión de la meseta de Illy, mientras que el cuarto, que mandaba el príncipe real de Sajonia, llegaba por su parte á la cita, por Daigny y Givonne, dando la vuelta al bosque del Garenne. El XI° cuerpo y el V° daban así la mano al XII° y á la guardia. Y el esfuerzo supremo para romper el círculo en el momento en que se cerraba, la inútil y gloriosa carga de la división Margueritte, había arrancado al rey un grito de admiración: «¡Ah, qué valientes!» Ahora el envolvimiento matemáti-

co, inexorable, se terminaba, las bocas del torno se habían unido, podía abarcar de una ojeada la inmensa muralla de hombres y de cañones que rodea al ejército vencido. Al norte, el cerco se estrechaba cada vez más, rechazando á los que huían, sobre Sedan, bajo el fuego incesante de las baterías, cuya línea bordeaba el horizonte sin interrupción. Al mediodía, Bazeilles conquistado, vacío y triste, acababa de arder lanzando torbellinos de humo y de llamas; mientras que los bávaros, dueños de Balan, apuntaban sus cañones á trescientos metros de las puertas de la ciudad. Y las demás baterías, las de la margen izquierda, instaladas en Pont Maugis, en Noyers, en Frenois, en Wadelincourt, que seguían disparando sin cesar desde hacía unas doce horas, atronaban más fuertemente, completando la infranqueable cintura de llamas, hasta bajo las plantas del rey.

Mas el rey Guillermo, cansado, dejó un momento sus anteojos, y continuó mirando el campo de batalla. El sol oblicuo bajaba hacia los bosques, é iba á desaparecer en un cielo de una pureza sin mancha. Todo el campo inmenso estaba dorado, bañado con una luz tan límpida, que los menores detalles se veían con mucha precisión. Distinguía los menores edificios de Sedan, con los hierros negros de las ventanas, las murallas, la fortaleza, que parecían más grandes, tanto se recortaban las aristas, en rasgos puros. Después, en los alrededores, esparcidos en medio de las tierras, veía las aldeas, frescas y barnizadas, parecidas á las casitas de las cajas de juguetes, Donchery á la izquierda, al pie de su planicie; Douzy y Carignan á la derecha, en los prados. Parecía que se podían contar los árboles en el bosque de los Ardennes, cuyo océano de verdura se perdía hasta la frontera. El Meuse, con sus lentas revueltas, no era, bajo aquella luz espléndida, más que un río de oro fino.

Y la batalla atroz, manchada de sangre, era una pintura delicada vista desde tal altura, en la despedida del sol: jinetes muertos, caballos reventados, sembraban la meseta de Floing, con manchas alegres; hacia la derecha, del lado de Givonne, los últimos atropellos de la retirada, distraían la vista del torbellino de aquellos puntos negros, que corrían y se empujaban; mientras que en la península de Iges, á la izquierda, una batería bávara, con sus cañones, grandes como cerillas, parecía una pieza de mecánica bien montada; do tal modo se podía seguir la maniobra que se hacía con la precisión de un aparato de relojería. Era la victoria esperada, tremenda; y el rey no tenía remordimientos, delante de aquellos cadáveres tan pequeños, aquellos millares de hombres que ocupaban menos espacio que el polvo de los caminos, aquel valle inmenso donde los incendios de Bazeilles, las matanzas de Illy, las angustias de Sedan, no impedían á la impasible naturaleza ser bella en aquel fin sereno de un hermoso día.

De pronto, Delaherche vió subiendo las pendientes de la Marfée, á un general francés vestido con una levita azul, sobre un caballo negro al que precedía un húsar, con una bandera blanca. Era el general Reille, encargado por el emperador de llevar al rey de Prusia esta carta: «Señor y Hermano, no habiendo podido morir en medio de mis tropas, no me queda más que entregar mi espada en las manos de Vuestra Majestad. Soy de Vuestra Majestad el buen Hermano, Napoleón.» En su afán de que acabara la matanza, puesto que no era ya el amo, el emperador se entregaba, esperando apiadar al vencedor. Y Delaherche vió el general Reille, detenerse á unos diez pasos del rey, bajarse del caballo, después adelantarse para entregar la carta, sin arma, teniendo en las manos una fusta. El sol

se ponía entre un resplandor rosáceo, el rey se sentó sobre una silla, se apoyó en el respaldo de otra que tenía un secretario, y contestó que aceptaba la espada mientras llegaba el oficial que pudiera tratar de la capitulación.

VII

Desde todas las posiciones perdidas, alrededor de Sedan, de Floing, de la meseta de Illy, del bosque del Garenne, del valle del Givonne, del camino de Bazeilles, una oleada espantosa de hombres, de caballos y cañones refluía, rodaba hacia la ciudad. Esta plaza fuerte sobre la que habían tenido la desastrosa idea de apoyarse, era una tentación funesta, el amparo que ofrecía á los que huían, el punto de salvación á donde se dejaban arrastrar los más valientes, con la desmoralización y el pánico que se había apoderado de todos. Detrás de las murallas, allá, creían poder escapar á las granadas de aquella potente artillería, que atronaba el espacio desde hacía doce horas; y no quedaba ya conciencia de lo que pasaba, no se razonaba, la bestia arrastraba al hombre, era la locura del instinto galopando, buscando un agujero para enterrarse y dormir.

Al pie de la pared, cuando Mauricio, que lavaba con agua fresca la cara de Juan, vió que este abría los ojos, lanzó un grito de la alegría.

—¡Ah! pobre infeliz, creí que te habíamos perdido!... ¡Y no es para echártelo en cara, pero vaya un peso que tienes!

Atontado aún, Juan parecía despertar de un sueño. Después debió recordar, porque dos lágrimas rodaron por sus mejillas. ¡Aquel Mauricio, tan débil, á quien quería y á quien cuidaba como á un niño, había encontrado, en la exaltación de su amistad, fuerzas suficientes para llevarle hasta allí!

—Aguarda un poco, quiero ver tu cabeza.

La herida no tenía importancia, era una rozadura del cuero cabelludo, que había sangrado mucho. El pelo pegado con la sangre había cerrado la herida. No quiso mojarle para evitar que se abriera.

—Ya estás limpio, ahora vuelves á tener figura humana... Aguarda, voy á ponerte algo en la cabeza.

Recogió el kepis de un soldado muerto y se lo puso con cuidado sobre la cabeza.

—Es tu medida... Ahora si puedes andar, todo irá bien.

Juan se puso de pie, sacudió la cabeza para asegurarse de que estaba fuerte. Sólo sentía un poco de pesadez, la cosa tenía traza de estar arreglada. Y entonces se dejó llevar por un sentimiento tal de gratitud, que cogió á Mauricio entre sus brazos, lo apretó contra su corazón sin poder encontrar más que estas palabras.

—¡Ah, pobrecito mío, querido amigo!

Pero llegaban los prusianos y era cosa de no perder tiempo. El teniente Rochas se batía en retirada con algunos soldados protegiendo la bandera, que el alférez llevaba arrollada bajo el brazo. Lapoulle, muy alto, podía alzarse y tirar algunos tiros por encima de la pared; mientras que Pache se había echado el fusil al hombro, pensando sin duda que ya había hecho bastante y que ahora había llegado la ocasión de comer y dormir. Juan y Mauricio, agachándose, trataron de unirse á ellos. No faltaban fusiles ni cartuchos, no había más que bajarse para cogerlos. Volvieron á armarse, pues lo habían abandonado todo, cuando Mauricio tuvo que cargar con Juan. La pared se extendía hasta el bosque del Garenne, y la compañía creyéndose salvada, se echó detrás de un caserío y de allí corrieron al bosque.

—¡Ah! dijo Rochas, que conservaba aún toda su

inagotable confianza, vamos á respirar un poco antes de tomar la ofensiva.

Al dar los primeros pasos en el bosque todos comprendieron que entraban en un infierno; pero no podían retroceder, era preciso atravesarlo, puesto que era la única línea de retirada. A aquella hora era un bosque horroroso, el bosque de la desesperación y de la muerte. Comprendiendo que las tropas se retiraban por allí, los prusianos lo acribillaban con balas y le cubrían de granadas. Y se veía flagelado como por una tempestad, agitado por un ruido continuo de ramas destrozadas. Las granadas cortaban los árboles, las balas hacían caer las hojas, voces lastimeras parecían salir de los troncos cortados y se oían lamentos por todas partes. Hubiérase dicho que aquello era la angustia de una muchedumbre encadenada, el terror y los gritos de millares de seres clavados en el suelo, que no podían huir bajo aquella metralla. Nunca la angustia ha soplado con más violencia que en un bosque bombardeado.

En seguida Juan y Mauricio, que se habían unido á sus compañeros, se asustaron. Marchaban entonces bajo el arbolado y podían correr. Pero silbaban las balas, se cruzaban, sin que fuese posible comprender la dirección que llevaban para guarecerse de ellas. Murieron dos hombres, heridos uno en la espalda y otro en el pecho. Delante de Mauricio, una encima secular, destrozado el tronco por una granada, cayó con la majestad trágica de un héroe, aplastándolo todo á su alrededor. Y en el momento en que el jóven se echaba hácia atrás, un haya colosal, á su izquierda, que una granada acababa de destrozar, se hundía, como el armazón de una catedral. ¿A donde huir? ¿Hácia que lado dirigir los pasos? Por todas partes caían ramas, como si aquello fuese un inmenso edificio que amenazase ruina y cuyas salas se sucediesen bajo techos hundiéndose.

Después, cuando llegaron á un soto para librarse de morir aplastados, Juan estuvo á punto de ser cortado por un proyectil, el cual afortunadamente no hizo explosión. Ahora solo avanzaban con muchas dificultades entre un enjambre inextricable de arbolitos. Las ramas delgadas se les enganchaban en las hombreras, las hierbas altas se anudaban al pié, murallas de maleza los inmovilizaban, mientras que la hojarasca volaba á su alrededor, bajo la hoz gigantesca que segaba el bosque. Al lado de ellos, otro soldado quedó muerto de un balazo en la frente, y se mantuvo de pie sostenido entre dos árboles. Multitud de veces, prisioneros de aquellos arbolitos, vieron pasar la muerte á su lado.

—¡Demonio, dijo Mauricio, no saldremos nunca de aquí!

Estaba lívido, un escalofrío se apoderó de su cuerpo; y Juan tan valiente, que le había dado ánimos por la mañana, palidecía también, presa de un frío intenso. Era el miedo, el miedo horrible, contagioso, irresistible. De nuevo la sed les hacía sufrir mucho: una insoportable sequedad de la boca, una contracción de la garganta, con una violencia dolorosa de estrangulamiento. Acompañaba á todo esto un malestar general, náuseas en el fondo del estómago, mientras que puntas de agujas los arañaban las piernas. Y, con aquellos sufrimientos físicos del miedo, con la cabeza oprimida, veían volar millares de puntos negros, como si hubiesen podido distinguir al paso nube voladora de las balas.

—¡Vaya una suerte perra! dijo Juan, da no sé que hacerse romper la crisma por otros, cuando esos otros se encuentran en cualquier parte, fumando tranquilamento.

Mauricio, extraviado, lívido añadió:

—Sí, ¿por qué he de ser yo, antes que otro?

Era la sublevación del yo, la rabia egoísta del in-

dividuo, que no quiere sacrificarse por la especie y acabar.

—¡Y aún, dijo Juan, si supiéramos el motivo, si supiéramos que esto sirve para algo!

Después alzando los ojos y mirando al cielo añadió:

—¡Y ese canalla de sol que no quiere largarse; cuando desaparezca y sea de noche no nos batiremos tal vez!

Desde hacia algún tiempo, no pudiendo saber la hora que era, no teniendo conciencia del tiempo, aguardaba la puesta del sol, que le parecía paralizado y que debía haberse detenido allá por encima de los bosques de la márgen izquierda. Y no era aquello cobardía, era una necesidad imperiosa, creciente, de no oir más las granadas ni las balas; de irse á cualquier parte, de hundirse en tierra para anonadarse; sin el respeto humano, el pundonor de cumplir con su deber delante de los compañeros, perderían la cabeza muchos y echarían á correr.

Mauricio y Juan acabaron por acostumbrarse, y en el exceso de su alocamiento, una especie de inconsciencia se apoderaba de ellos; era el valor que volvia. No se daban prisa por salir de aquel bosque maldito. Había aumentado el horror, entre aquel pueblo de árboles, bombardeados, muertos en sus puestos, cayendo por todas partes como soldados inmóviles y gigantes. Bajo la floresta, en aquella deliciosa penumbra verdosa, en el fondo de aquellos misteriosos asilos tapizados de musgo, soplaba brutalmente la muerte. Las fuentes solitarias habían sido violadas, los moribundos agonizaban en los lugares donde hasta entonces solo se habían extraviado parejas de enamorados; un soldado, con el pecho atravesado por una bala, había tenido tiempo de gritar: «Han hecho blanco», cayendo de cara contra la tierra. Otro á quien acababa de romper las dos piernas una granada, continuaba riéndose,

no teniendo conciencia de su herida, creyendo haber tropezado con una raíz. Otros, con los miembros agujereados, heridos mortalmente, hablaban, corrían aún, durante algunos metros antes de caer en una brusca convulsión. En los primeres momentos, las heridas más profundas apenas se sentían y más tarde solamente los horribles sufrimientos empezaban, desahogándose en gritos y lágrimas.

¡Ah! el bosque infame, la selva asesina, que en medio de los lamentos de los árboles agonizantes se llenaba poco á poco con las voces angustiosas de los heridos abandonados! Al pie de un árbol, Mauricio y Juan vieron á un zuavo que lanzaba aullidos seguidos, como los de un animal á quien degüellan, con las entrañas abiertas. Más allá, otro estaba ardiendo; su cinturón azul se quemaba, y las llamas ganaban y chamuscaban las barbas, mientras que con las caderas rotas, sin poder moverse sin duda, lloraba á lágrima viva. Después era un capitán con el brazo izquierdo arrancado, el costado derecho herido hasta el muslo, tumbado sobre el vientre, que se arrastraba con auxilio del codo, pidiendo que lo acabaran con voz penetrante de súplica, que daba horror. Otros, otros aún, sufrían atrozmente, sembraban los senderos en número tal, que había que tener mucho cuidado para no aplastarlos al paso. Pero los heridos y los muertos ya no se contaban. El compañero que caía, allí se quedaba abandonado, olvidado. Ni una mirada siquiera. Era el destino. ¡A otro! ¡A sí mismo, tal vez!

De pronto, al alcanzar el lindero del bosque, se oyó una voz:

—¡A mí!

Era el alférez, el que llevaba la bandera, que había recibido un balazo en el pulmón izquierdo. Había caído escupiendo sangre. Y viendo que nadie se paraba tuvo fuerza para gritar:

—¡A la bandera!

De un salto, Rochas llegó hasta él, cogió la bandera cuya asta se había roto, mientras que el abanderado murmuraba unas palabras empastadas con espumarajos rojos:

—¡Yo estoy perdido, no me importa!... ¡salvad la bandera!

Y se quedó solo, retorciéndose en el musgo, en aquel sitio delicioso, arrancando la yerba con sus crispadas manos, el pecho inflado por un estertor que duró muchas horas.

Por fin, se hallaban fuera de aquel bosque espantoso. Con Mauricio y Juan no quedaban de aquel grupo más que el teniente Rochas, Pache y Lapoulle. Gaude, el corneta á quien habían perdido, salió á su vez de entre los árboles y echó á correr para unirse á sus compañeros llevando la corneta colgada á la espalda. Y era un verdadero desahogo el volverse á encontrar así, á campo raso, respirando á gusto. El silbido de las balas había cesado y ya no caían granadas por aquel lado del valle.

En seguida oyeron delante de la puerta de una casería juramentos; vieron á un general que se incomodaba, montado sobre un caballo sudoroso. Era el general Bourgain-Desfeuilles, el jefe de su brigada, cubierto de polvo, destrozado por el cansancio. Su cara coloradota expresaba la desesperación que le causaba el desastre que miraba como si fuera una desgracia propia. Desde por la mañana no le habían visto los soldados; sin duda se había extraviado en el campo de batalla corriendo detrás de los restos de su brigada, muy capaz de hacerse matar con la rabia que tenía contra aquellas baterías prusianas que barrían el imperio y su fortuna, como oficial que era muy querido en las Tullerías.

—Pero ¡demonio! ¿no hay nadie en esta casa? decía, ¿no hay quién dé un informe en este país?

Los habitantes de la casería debían haberse marchado á ocultarse en los bosques. Por fin se presentó

una mujer muy vieja, alguna criada abandonada, que no podía moverse apenas.

—¡Eh! abuela, por aquí!.. ¿Dónde está Bélgica?

Le miraba, atontada, como si no le entendiera. Entonces se encolerizó, olvidó que hablaba con una aldeana; gruñía que no tenía ganas de dejarse coger en la ratonera, como un tonto, volviendo á entrar en Sedan, que quería escaparse al extranjero. Algunos soldados se habían acercado y escuchaban.

—Pero, mi general, dijo un sargento, no se puede pasar ya, por todas partes hay prusianos... Eso podía hacerse esta mañana.

Circulaban historias; decíase que algunas compañías, separadas de sus regimientos habían pasado sin querer la frontera, otras, más tarde, habían logrado atravesar las líneas enemigas antes de que se verificara la union de los ejércitos alemanes.

El general, incomodado, gesticulaba.

—Vaya, vaya, con buenos muchachos como vosotros se pasa por todas partes... No me faltarán cincuenta hombres que quieran hacerse romper la crisma.

Despues, volviéndose hácia la vieja aldeana:

—¡Pero mujer del demonio, abuela, conteste usted..... Bélgica ¿dónde está?

Esta vez comprendió. Tendió su descarnada mano hácia los grandes bosques:

—¡Allí, allí!

—¡Eh! ¿qué dice usted? ¿Son aquellas casas?

—No, no, más lejos, mucho más lejos... ¡Allá, muy allá!

Esta vez el general dió rienda suelta á su rabia. Se desahogó.

—¡Vaya un país puerco! Nunca se sabe como está hecho..... Bélgica estaba allí; temian que saltáramos dentro sin saberlo y ahora que queremos penetrar en su territorio, resulta que ya no está aquí... ¡No, no! ¡está demasiado lejos! ¡que me cojan! ¡que hagan

conmigo lo que les de la gana! ¡Voy á acostarme!

Y espoleando su caballo echó al galope en dirección á Sedan.

El camino daba vueltas y bajaban al fondo del Givonne, un barrio encajonado entre montes, por donde se deslizaba el camino hácia los bosques bordeado de casitas y jardines. Era tal la oleada de gentes que huían obstruyéndole en aquel momento, que el teniente Rochas se encontró como bloqueado, con Pache, Lapoulle y Gaude, contra una taberna, en el ángulo de la carretera. Juan y Mauricio se vieron y desearon para poder alcanzarles. Todos quedaron sorprendidos al oir la voz ronca de un borracho que los llamaba.

—¡Vaya un encuentro! ¡Eh, compañeros!

Reconocieron á Chouteau en la taberna, apoyado en una de las ventanas del piso bajo. Muy borracho, continuó hablando:

—¡Oid! no os molestéis si tenéis sed... Aun queda para los compañeros...

Con la mano llamaba á alguien que debía estar en el fondo de la taberna.

—¡Ven acá, holgazán! Da de beber á estos caballeros...

Loubet se presentó á su vez teniendo en cada mano una botella llena que movía muy alegre. Estaba menos borracho que Chouteau; gritó con su voz guasona de pilluelo parisiense:

—¡Fresca, fresca! ¿quién quiere beber?

No los habían vuelto á ver desde que se habían ido con el pretexto de llevar al sargento Sapin á la ambulancia. Sin duda habían ido de la ceca á la meca evitando los sitios donde caían granadas. Y habían ido á parar á aquella taberna saqueada.

El teniente Rochas se indignó.

—¡Aguardad, bandidos, os voy á enseñar á beber mientras que los demás nos morimos de pena!

Pero Chouteau no quiso tragarse la reprimenda.

—¡Oye, tú, viejo chiflado! ¡aquí no hay ya más teniente, aquí no hay más que hombres libres!... ¿No te han arrimado bastantes palos los prusianos? ¿quieres que te arrimemos unos cuantos más?

Hubo que sujetar á Rochas que quería romperle la cabeza. Loubet, con las botellas en las manos, quería poner paz.

—¡Dejadlo! ¡no hay que maltratarse, todos somos hermanos!

Al ver á Lapoulle y á Pache, los dos compañeros de la escuadra, los interpeló:

—¡No seáis tontos, entrad vosotros; os remojaremos la garganta!

Lapoulle dudó un momento, comprendiendo á pesar de lo embotados que se hallaban sus sentidos, que era muy malo emborracharse cuando tantos pobres lloraban. Pero estaba tan cansado, tan agobiado por el hambre y la sed, que de pronto se decidió: entró de un salto en la taberna empujando delante de él á Pache, que permanecía en silencio. Y no volvieron á aparecer.

—¡Hatajo de bandidos!—decía Rochas.—¡Debían fusilaros á todos!

Ahora sólo quedaban con él, Juan, Mauricio y Gaude y los cuatro se veían arrastrados, á pesar de su resistencia, en el torrente de los que huían. Se encontraban ya lejos de la taberna. Era la derrota que rodaba hacia los fosos de Sedan en una oleada turbia, parecida á los montones de tierra y de piedras, que una tempestad, asolando las alturas, arrastra hasta el fondo de los valles. De todas las mesetas que rodeaban la ciudad, por todas las pendientes, por todos los repliegues del terreno, por el camino de Floing, por Pierremont, por el cementerio, por el Campo de Marte, lo mismo que por el fondo del Givonne, el mismo tropel rodaba en un galope de pánico que aumentaba sin cesar. ¡Y qué se podía reprochar á aquellos hombres que llevaban doce

horas, recibiendo cañonazos á pie quieto, inmóviles, de un enemigo invisible contra el cual nada podían hacer! Ahora las baterías los cogían de frente, de costado y de espaldas, los fuegos convergían cada vez más, á medida que el ejército se batía en retirada sobre Sedan; era el aplastamiento en masa, el aniquilamiento en el fondo de aquel agujero infame barrido por los cañones alemanes. Algunos regimientos del 7.º cuerpo, especialmente del lado de Floing, se replegaban con bastante buen orden. Pero en el fondo de Givonne no había filas ni jefes; las tropas se empujaban, se atropellaban, restos de todos los regimientos, zuavos, cazadores, la mayor parte sin armas, los uniformes rotos, las caras negras, las manos negras, con ojos que parecían querer salirse de las órbitas, las bocas inflamadas, las gargantas roncas de haber gritado tanto y tan desesperadamente. A veces un caballo sin jinete pasaba á galope, derribando hombres y sembrando el espanto. Después pasaban cañones, baterías desbandadas, arrastradas por un pánico tal, que aplastaban todo lo que encontraban al paso. Y aquella manada seguía andando, corriendo despavorida, un desfile compacto tocándose los codos, una huída en masa, cuyos huecos se cubrían en seguida en el deseo instintivo de llegar allí, de verse fuera de peligro al amparo de una muralla.

Juan levantó de nuevo la cabeza y miró al sol. A través de la espesa polvareda que arrancaban los pies, los rayos del astro quemaban aún las caras sudorosas. La tarde era muy hermosa, el cielo era de un color azul admirable.

—¡Y ese canalla de sol que no quiere largarse!— repetía Juan.

De pronto, Mauricio reconoció en una mujer arrimada contra la pared, expuesta á ser arrollada por la oleada de gente, á su hermana Enriqueta. La veía desde hacía un minuto y se quedó parado de-

lante de ella con la boca abierta. Y fué ella quien habló la primera.

—Le han fusilado en Bazeilles... Sí; yo estaba allí. Y como quiero que me devuelvan el cuerpo he tenido una idea...

No nombraba á los prusianos ni á Weiss. Todo el mundo debía comprender. Mauricio, en efecto, comprendió. La adoraba y se echó á llorar.

—¡Pobre hermanita!

A las dos, cuando pudo darse cuenta de lo que había pasado, Enriqueta se encontró en Balan, en la cocina de una casa desconocida con la cabeza apoyada sobre una mesa, llorando. Pero cesaron sus lágrimas. En aquella mujer silenciosa, tan débil, se despertaba la heroína. No temía nada, tenía un alma fuerte, invencible. En medio de su dolor no soñaba más que en recuperar el cuerpo de su marido para enterrarle. Su primer pensamiento había sido volver á Bazeilles. Todo el mundo trató de disuadirla, demostrándola lo imposible que era. Así es que acabó por buscar á alguien que se encargara de dar los pasos necesarios. Eligió á un primo suyo que había sido sub director de la Refinería general, en el Chene, en la época en que Weiss había estado empleado allí. Había querido mucho á su marido y no se negaría á auxiliarla. Se había retirado dos años antes á una posesión, el Ermitage, cuyas terrazas se encontraban al otro lado de Sedan, en el fondo del Givonne, é iba allí ahora, á pesar de los obstáculos y del peligro de ser pateada y arrastrada.

Mauricio, á quien explicó su pensamiento, lo aprobó.

—El primo Dubreuil ha sido siempre muy bueno para nosotros... Te será muy útil...

Después se le ocurrió una idea. El teniente Rochas quería salvar la bandera. Se había propuesto ya cortarla para que cada cual se llevara un trozo

debajo de la camisa, ó bien enterrarla al pie de un árbol, para poder sacarla más tarde. Pero aquella bandera despedazada, aquella bandera enterrada como un muerto, no les agradaba; hubieran querido encontrar otro recurso.

Así es qué, cuando Mauricio propuso entregar la bandera á una persona de confianza que la escondería y la defendería en caso necesario, hasta el día en que la devolviese intacta, todos aceptaron.

—Pues bien,—dijo Mauricio dirigiéndose á su hermana,—vamos á ir contigo para ver si Dubreuil está en el Ermitage, pues no quiero abandonarte.

No era muy fácil escaparse de entre aquel tropel de gentes. Por fin lo lograron y tomaron por un sendero que subía á la izquierda. Entonces penetraron en un laberinto de veredas y senderos que llevaban á las huertas y á las casitas de campo de que se hallaban cuajados los alrededores. Esos senderos pasaban entre tapias, formando callejuelas solitarias que torcían en ángulos bruscos y acababan en callejones sin salida: un magnífico campamento atrincherado para la guerra de emboscadas, esquinazos que podían defender diez hombres contra un regimiento durante muchas horas. Se oían ya algunos tiros, porque las huertas y las casitas de campo formaban un barrio que dominaba á Sedan y la guardia prusiana asomaba por el otro lado del valle.

Cuando Mauricio y Enriqueta, seguidos de los otros, torcieron á la izquierda y después á la derecha, entre dos paredones interminables, desembocaron de repente delante de la puerta del Ermitage. La posesión, con su pequeño parque, tenía tres terrazas y sobre una de ellas se alzaba una gran casa cuadrada, hasta la que se llegaba por un paseo adornado con olmos gigantescos. En frente, separadas por el estrecho valle, muy encajonado, se encontraban otras propiedades, en el lindero de un bosque.

Al llegar al Ermitage vieron que la puerta estaba abierta.

—Ya no están,—dijo Enriqueta.—Se habrán marchado.

En efecto, Dubreuil se había decidido la víspera á llevar á su mujer é hijos á Bouillón, previendo el desastre. Pero la casa no estaba vacía, se notaba de lejos alguna agitación, á través de los árboles. Al entrar Enriqueta en el jardín, retrocedió delante del cadáver de un soldado prusiano.

—¡Demonio!—dijo Rochas,—por aquí se han batido.

Todos quisieron enterarse, saber lo que habían pasado. Llegaron hasta la casa: las puertas y ventanas del piso bajo habían sido echadas abajo á culatazos, y habían quedado abiertas viéndose las habitaciones saqueadas, mientras que los muebles se encontraban tirados y esparcidos sobre la terraza y la escalinata. Había allí una sillería de seda azul celeste, el sofá, las butacas y las doce sillas. Los zuavos, los cazadores, los soldados de infantería y otros de infantería de marina, corrían por las habitaciones y por los jardines, disparando tiros contra el bosque de enfrente.

—Mi teniente,—explicó un zuavo,—son los prusianos que hemos encontrado aquí saqueándolo todo. Les hemos ajustado las cuentas. . Pero ahora vuelven y son diez contra uno.

Otros tres cadáveres de prusianos estaban en la terraza. Enriqueta estaba mirándolos, con el pensamiento fijo en su marido, el cual también dormía allá, desfigurado entre sangre y polvo, cuando una bala fué á incrustarse en un árbol, detrás de ella. Juan se acercó en seguida.

—¡No se quede usted aquí! ¡Escóndase usted dentro de la casa!

Desde que la había vuelto á ver, tan cambiada, tan triste, la miraba con el corazón oprimido, lleno

de piedad, recordándola tal como se había presentado la víspera con su sonrisa plácida. Primero no había sabido que decirla, no sabiendo si le reconocía. Hubiera querido sacrificarse por ella, devolverla su alegría y la tranquilidad.

—Aguárdenos usted en la casa; en cuanto haya peligro, ya encontraremos un medio para hacerla salir.

—¿Para qué?—dijo ella con indiferencia.

Su hermano la empujaba también y tuvo que subir la escalinata, quedarse un momento en el vestíbulo, desde donde veía el paseo central del parque. Asistió desde allí al combate.

Detrás de uno de los primeros olmos estaban Juan y Mauricio. Los troncos centenarios, de una amplitud gigantesca, podían ocultar muy bien dos hombres. Más allá, el corneta Gaude se había unido al teniente Rochas, que se empeñaba en guardar la bandera, puesto que no podía confiarla á nadie y la había colocado al lado suyo, contra un árbol, mientras disparaba el fusil. En cada tronco había un hombre. Los zuavos, los cazadores, los soldados de infantería de marina, de un extremo á otro del paseo, se ocultaban y no sacaban la cabeza más que para disparar.

En frente, en el pequeño bosque, el número de prusianos debía ir aumentando, porque el tiroteo era cada vez más nutrido. No se veía á nadie, apenas el perfil rápido de un hombre que saltaba de un árbol á otro. Una casita de campo, con las ventanas verdes, estaba ocupada por tiradores, cuyos tiros salían de las ventanas del piso bajo. Eran las cuatro. El cañoneo iba cesando poco á poco y en aquel agujero continuaba el combate; allí no se podía ver la bandera blanca, izada sobre el Donjon. Hasta que anocheció, á pesar del armisticio, hubo así tiroteo en algunos sitios, en el fondo del Givonne y en los jardines del Petit-Pont.

Durante mucho tiempo aún, continuaron acribillándose, de un extremo á otro del valle. De vez en cuando, así que un hombre quedaba al descubierto, caía á tierra herido. En el paseo había tres muertos más. Un herido, tumbado boca abajo, agonizaba atrozmente, sin que nadie pensara en ayudarle á dar la vuelta para que sufriera menos.

De pronto, al levantar la vista, Juan vió á Enriqueta, que había vuelto y que colocaba bajo la cabeza del desgraciado una almohada, después de haberle hecho acostar de espaldas. Corrió, la atrajo con violencia detrás del árbol donde se ocultaba con Mauricio.

—¿Quiere usted hacerse matar?

Parecía no darse cuenta de lo que había hecho.

—Pero no... Es que tengo miedo, sola en aquel vestíbulo. . Prefiero estar fuera.

Y se quedó con ellos. La hicieron sentar á sus pies contra el tronco, mientras que ellos continuaban disparando los últimos cartuchos, á derecha é izquierda, con tal rabia, que habían desaparecido el hambre y el cansancio. No se daban cuenta de lo que hacían, obraban maquinalmente, la cabeza vacía, habiendo perdido hasta el instinto de conservación.

—Mira, Mauricio,—dijo Enriqueta,—¿ese soldado que está delante de nosotros muerto, no pertenece á la guardia prusiana?

Desde hacía un momento examinaba uno de los cuerpos que el enemigo había dejado allí, un muchachón fuerte, con grandes bigotes, echado sobre el costado. El casco de punta había rodado á algunos pasos, roto el barbuquejo. Y el cadáver vestía el uniforme de la guardia: el pantalón gris oscuro, la levita azul con galones blancos, la manta enrollada á través del cuerpo.

—Te aseguro que es de la guardia... Tengo un

grabado en casa, y además la fotografía que nos ha enviado el primo Gunther.

Se calló y se fué tranquilamente hasta el muerto, antes que pudieran impedirlo, se había inclinado para leer el número del regimiento.

—¡El cuarto!—dijo,—estaba seguro de ello.

Desde aquel momento Juan ni Mauricio pudieron conseguir que se estuviera quieta. Se movía, asomaba la cabeza, quería ver el bosque, con una preocupación constante. Ellos seguían tirando, la empujaban con la rodilla, cuando se descubría demasiado. Sin duda los prusianos empezaban á creerse bastante fuertes, dispuestos á dar el ataque, porque se dejaban ver y asomaban muchos por entre los árboles y sufrían pérdidas enormes: todas las balas francesas hacían blanco.

—¡Mire usted!—dijo Juan,—tal vez sea ese su primo... Ese oficial que acaba de salir de la casita con ventanas verdes, enfrente.

Un capitán estaba allí, en efecto, se le conocía en el cuello dorado de la túnica y en el águila de oro que el sol oblicuo hacía brillar sobre su casco. Sin hombreras, el sable en la mano, daba las órdenes con voz seca; y la distancia era tan pequeña unos doscientos metros, que se le distinguía perfectamente, la cintura delgada, la cara sonrosada y dura, con unos bigotitos rubios.

Enriqueta le distinguía muy bien.

—Es él,—contestó.—Le conozco muy bien.

De un gesto, Mauricio le apuntó:

—El primo... pues va á pagar lo que han hecho á Weiss.

Pero, estremecida, se había levantado, ladeó el fusil, cuyo tiro fué á perderse en el aire.

—¡No, no, entre parientes no, es horrendo!

Y, volviendo á ser mujer, se dejó caer detrás del árbol, llorando. El horror la desbordaba, no era más que espanto y dolor.

Rochas triunfaba. Alrededor de él el tiroteo de los pocos soldados á quienes animaba con su voz atronadora, había adquirido tal intensidad, á la vista de los prusianos, que éstos retrocedían al bosquecillo.

—¡Duro, muchachos, no los dejeis! ¡Ah! ¡los cobardes! huyen ahora. Vamos á ajustarles las cuentas.

Y estaba alegre, había vuelto á tener confianza. No había habido derrota. Aquel puñado de hombres enfrente de él, eran los ejércitos alemanes, que iba á derrotar, á rechazar muy á gusto. Su alto cuerpo flaco, su larga cara huesosa con su nariz retorcida cayendo encima de la enorme boca, denotaba una satisfacción tan grande, que parecía el soldado dispuesto á conquistar al mundo en compañía de su dama y una botella de vino.

—¡Vaya muchachos! Aquí no estamos más que para arrimarles una paliza... Y no puede ser otra cosa! ¡Cualquier día nos derrotan á nosotros! ¡Derrotados! ¿Puede ser eso? ¡Un esfuerzo más, muchachos, y van á echar á correr como unas liebres!

Caillaba, gesticulaba, tan embriagado con la ilusión de su ignorancia, que los soldados se divertían. De pronto gritó:

—¡A patadas, á patadas hasta la frontera! ¡Victoria, victoria!

Pero en aquel momento, como el enemigo del otro lado del valle parecía replegarse, estalló una descarga por la izquierda. Era el eterno movimiento envolvente; todo un destacamento de la guardia había dado la vuelta por el fondo del Givonne. Entonces la defensa del Ermitage se hizo casi imposible; la docena de soldados que defendían aún las terrazas se encontraba entre dos fuegos, amenazados de verse cortados sobre Sedan: hubo un momento de confusión. Ya los prusianos saltaban el muro del parque, corrían por los paseos en número tal, que el combate empezó á la bayoneta. Con la cabeza descubierta, la chaqueta caída, un zuavo, un hom-

bre magnífico con barba negra, hacía tal labor abriendo los pechos, que crujían los vientres blandos, secando la bayoneta roja de la sangre de uno en el costado del otro, que era digno de admiración; y como la bayoneta se había roto, continuó destrozando cráneos con la culata; y como de un tropezón quedara desarmado, se tiró al cuello de un prusiano; dió tal salto, que los dos rodaron por tierra hasta la puerta de la cocina, abrazados. Entre los árboles del parque, en cada rincón, otras matanzas amontonaban los muertos. Pero la lucha adquirió más furia en la escalinata, alrededor de la sillería azul celeste: los hombres se abrasaban tirándose á boca jarro; se destrozaban con las uñas y con los dientes por no tener cuchillos para abrirse el pecho.

Y Gaude entonces, con su cara dolorida de hombre que ha tenido pesares de los que no hablaba, fué presa de una locura heroica. En aquel desastre final, aún sabiendo que la compañía estaba aniquilada, que ningún hombre podía acudir al toque de llamada, embocó la corneta, tocó llamada y ataque con tal vigor de tempestad, que parecía querer levantar á los muertos. Y los prusianos llegaban y no se movía, tocando siempre con más bríos. Una descarga le hizo caer en tierra y su último aliento voló por los aires en una nota metálica que llenó el cielo de un escalofrío.

De pié, sin poder comprender lo que pasaba, Rochas no se había movido para huir. Aguardaba; después dijo:

—¿Pero qué pasa?

No le cabía en la cabeza que fuese aún el desas tre. Lo cambiaban todo, hasta el modo de batirse. ¿Aquellas gentes no podían haber aguardado al otro lado del valle á que hubieran ido á vencerlos? Cuantos más mataban más llegaban. ¿Qué clase de guerra era aquella en que se reunían diez hombres para aplastar á uno? ¿Qué guerra era esa en la que el

enemigo no se dejaba ver hasta la noche, después de haber derrotado al ejército con un prudente cañoneo? Atontado, perdido, no habiendo comprendido hasta entonces nada de aquella guerra, se sentía envuelto, arrastrado por algo superior á lo que no resistía ya, aunque repetía maquinalmente:

—¡Valor, muchachos, la victoria está allí!

En un movimiento rápido había cogido la bandera. Era su pensamiento último; esconderla para que los prusianos no se apoderasen de ella. Pero aunque el asta estaba rota, se enredó en sus piernas; estuvo á punto de caer. Silbaban las balas, sintió la muerte, arrancó la seda de la bandera, la desgarró tratando de destruirla. Y en aquel momento cayó herido en el cuello, en el pecho, en las piernas, envuelto entre aquellos trozos de seda como si hubiese estado vestido con ellos. Vivió un minuto todavía, con los ojos muy abiertos, viendo acaso en el horizonte la imagen verdadera de la guerra, la atroz lucha vital que no hay que aceptar más que con el corazón resignado, como una ley. Después tuvo un hipo y lanzó su último suspiro, atontado como un niño, como un pobre sér de inteligencia limitada, aplastado bajo la necesidad de la impasible y enorme naturaleza. Con él acababa una leyenda.

En seguida de llegar los prusianos, Juan y Mauricio se habían batido en retirada, de árbol en árbol, protegiendo cuanto podían á Enriqueta, detrás de ellos. No cesaban de tirar, disparaban y buscaban donde ocultarse. En lo alto del parque, Mauricio conocía una puertecita que tuvieron la suerte de encontrar abierta. Se escaparon los tres. Cayeron en una especie de callejón entre dos paredes muy altas. Pero al llegar cerca de la salida, unos tiros los hicieron ladearse y tomar por la izquierda, entrando en un callejón sin salida. Tuvieron que retroceder y tomar por la derecha bajo una granizada de balas. El fuego continuaba en cada esquinazo de

aquel laberinto de callejuelas. Había batallas á cada puerta: los menores obstáculos se defendían y se tomaban á la bayoneta con un encarnizamiento terrible. Luego desembocaron en el camino del fondo del Givonne, cerca de Sedan.

Por última vez, Juan levantó la vista: miró hácia el Oeste por donde subía un gran fulgor rosáceo; suspiró con tranquilidad.

—¡Ah ese canalla de sol ahora desaparece!

Los tres corrían, corrían sin tomar aliento. Alrededor suyo, la cola de los que huían seguía llenando el camino, aumentando sin cesar como un torrente desbordado. Cuando llegaron á la puerta de Balan, tuvieron que aguardar entre apretones y empujones. Las cadenas del puente levadizo se habían roto y no quedaba más sitio que el pasadizo para peatones, de modo que los cañones y caballos no pudieron entrar. En la puerta del Castillo y en la de la Cassine, el tumulto y la confusión eran aún mayores. Era una precipitación loca, un pánico horrible, un atropello inaudito, todos los restos del ejército rodando por las pendientes, viniendo en tropel á Sedan, á caer allí con un ruido de exclusa rota como en el fondo de una alcantarilla. La atración funesta de aquellas murallas acabó por pervertir á los más valientes.

Mauricio había cogido á Enriqueta en brazos, y etremeciéndose de impaciencia, la dijo:

—No irán á cerrar la puerta antes de que todo el mundo haya entrado.

Tal era el temor del gentío. A derecha é izquierda los soldados acampaban en los declives de los fosos, mientras que habían ido á parar á los mismos fosos infinidad de cañones, cajones y carros.

Las cornetas se dejaron oir con el toque de retreta. Llamaban á los soldados desperdigados. Algunos llegaban á la carreta, se oían aquí y allá algunos tiros, cada vez más raros; sobre el parapeto de

las murallas quedaron algunos destacamentos para defender la ciudad y por fin se cerró la puerta. Los prusianos estaban á unos cien metros. Los veian ir y venir tranquilamente sobre el camino de Balan, ocupando las casas y los jardines.

Mauricio y Juan, llevando por delante á Enriqueta para protegerla, habían entrado en Sedan. Daban las seis de la tarde. Desde las cinco había cesado el cañoneo. Poco á poco los disparos aislados fueron cesando también. Entonces, del estrépito ensordecedor del tronar que repercutía desde por la mañana, no quedó más que un silencio de muerte. Anochecía y las lúgubres sombras caían en un espantoso silencio.

VIII

A las cinco y media próximamente, antes del cierre de puertas, Delaherche había vuelto á la subprefectura, deseando averiguar qué consecuencias iban á desprenderse de aquella batalla que sabía estaba perdida. Estuvo allí cerca de tres horas, paseando por el patio, vigilando, interrogando á los oficiales que pasaban; y así fué sabiendo rápidamente los sucesos. La dimisión enviada y después retirada por el general Wimpffen, los plenos poderes que había recibido del emperador, para ir á obtener del gran cuartel general prusiano, en favor del ejército vencido, las condiciones menos onerosas y por último la reunión de un consejo de guerra para saber si se podía continuar la lucha, defendiendo la fortaleza. Mientras se celebraba el consejo en el que tomaron parte unos veinte oficiales superiores y que le pareció duraba un siglo, el fabricantes de paños subió unas veinte veces la escalara. Y bruscamente, á las ocho y cuarto vió bajar al general Wimpffen, muy encarnado, los ojos hinchados, seguido de un coronel y de dos generales. Montaron á caballo y se

fueron por el puente del Meuse. Era la capitulación aceptada, inevitable.

Delaherche, tranquilizado, se acordó entonces de que tenía hambre, y resolvió volverse á su casa. Pero en cuanto se encontró fuera, se quedó dudando, ante los obstáculos que habían jdo acumulándose en las calles con tanta gente. Las calles y plazas estaban atestadas de gente, llenas hasta tal punto de hombres caballos y cañones, que aquella masa compacta parecía haber entrado allí á viva fuerza, como á martillazos. Mientras que sobre la muralla acampaban los regimientos que se habían replegado en órden, los restos esparcidos de todos los cuerpos, los que habían huido, de todas armas, una turba suelta había asaltado á la ciudad, apoderándose de sus calles, una oleada enorme, espesa, inmovilizada, que no dejaba mover brazos ni piernas. Las ruedas de los cañones, de los carros, innumerables coches estaban atascadas, empotradas, los caballos, hostigados, no tenían sitio para avanzar ni retroceder. Y los hombres, haciendo caso omiso de las amenazas, invadían las casas, devoraban lo que encontraban, se acostaban donde podían, en los cuartos, en las cuevas. Muchos habían caído en los marcos de las puertas y cerraban el paso. Otros, sin tener fuerzas para ir más lejos, se tumbaban en las aceras, dormían allí pesadamente, no levantándose aunque los pisoteaban. prefiriendo que los aplastaran á moverse de sitio.

Entonces Delaherche comprendió la necesidad imperiosa de la capitulación. En algunos barrios, los cajones de municiones se tocaban, una sola granada que hubiese caido encima, los hubiese hecho estallar y Sedan entero hubiera ardido como una antorcha. Además, ¿que podía hacerse de aquella masa de desgraciados soldados, muertos de hambre y de cansacio, sin cartuchos ni víveres? Nada más que para despejar las calles hubiera hecho falta un

día. La fortaleza no estaba artillada, la ciudad no estaba aprovisionada. En el consejo eran las razones que habían expuesto los más prudentes, los que conservaban bastante sangre fría para darse cuenta de la situación, en medio de los que no sufría su patriotismo; y los oficiales más temerarios, los que se estremecían de vergüenza al decir que un ejército no podía rendirse así, habían tenido que bajar la cabeza, sin encontrar medios prácticos para comenzar de nuevo la lucha, al día siguiente.

En las plazas de Turenne y del Rivage, Delaherche logró con muchas dificultades abrirse paso: al pasar delante del hotel de la *Cruz de Oro,* tuvo la visión triste del comedor, donde estaban sentados varios generales, ante un mesa vacía. No quedaba nada, ni aun pan. Sin embargo el general Bourgain-Desfeuilles, que gruñía en la cocina, había debido encontrar algo, pues se calló y subió las escaleras llevando en la mano un papel grasiento. Había tal gentío en aquella plaza, mirando por las ventanas aquella mesa redonda, lúgubre, barrida por el hambre, que el fabricante tuvo que sudar mucho para pasar, perdiendo á veces de una oleada el terreno que había ganado. Pero en la calle Mayor, la muralla se hizo infranqueable y se desesperó unos momentos. Todas las piezas de una batería parecían haberse echado allí unas sobre otras. Se decidió á saltar por encima de los cañones, por encima de las ruedas, exponiéndose á romperse las piernas. Despues fueron los caballos los que le cerraron el camino; se resignó, se bajó, desfilando por entre los pies, por debajo de los vientres de aquellos desgraciados animales medio muertos de inanición. Después de un cuarto de hora de esfuerzos, al llegar á la altura de la calle de Saint Michel, los obstáculos crecientes le asustaron. Tuvo la idea de pasar por aquella calle para dar la vuelta á la de Laboureurs, creyendo que en esas vías apartadas había menos

dificultades. Por desgracia, existía allí una casa mal afamada y la sitiaban unos soldados borrachos; temiendo ser atropellado, retrocedió. Entonces continuó por la calle Mayor haciendo equilibrios sobre los coches y furgones. En la plaza del Colegio le llevaron suspendido unos treinta pasos. Cayó, estuvo á punto de romperse alguna costilla y debió su salvación á los hierros de una verja. Y cuando alcanzó, por último, la calle Maqua, sudando, destrozado, llevaba una hora para recorrer un camino en el que de ordinario tardaba cinco minutos.

El médico Bouroche, queriendo impedir invadieran los soldados el jardín de la ambulancia, había colocado dos centinelas en la puerta y á Delaherche se le quitó un peso de encima, pues durante el trayecto había estado pensando en la posibilidad de un saqueo. En el jardín, al ver la ambulancia, apenas alumbrada por algunos faroles, y de donde salía un mal aliento de fiebre, tuvo náuseas. Tropezó con un soldado que dormía en el suelo, y recordó que el tesoro del 7.º cuerpo, que custodiaba aquel hombre, estaba allí y el centinela, olvidado de sus jefes, había caido rendido. La casa parecía estar vacía, muy oscura de abajo arriba, con las puertas abiertas. Las criadas debían haberse quedado en la ambulancia, porque no había nadie á la cocina, donde alumbraba una lamparilla muy triste. Encendió una vela, subió despacio la escalera, para no despertar á su madre ni á su mujer, á las que había suplicado se acostaran después de una jornada tan dura y de tantas emociones.

Pero al entrar en su gabinete, se sobrecogió. Un soldado estaba allí echado sobre el mismo sofá en el que había descansado el capitán Beaudoin la víspera y no comprendió lo que aquello significaba hasta que reconoció á Mauricio, el hermano de Enriqueta. Además vió allí, echado en el suelo, á otro soldado, á Juan, á quien había visto antes de em-

pezar la batalla. Los dos parecían cadáveres. No se detuvo, fué hasta el cuarto de su mujer que estaba muy cerca de allí. Una lámpara ardía sobre un velador, en medio del profundo silencio, y Gilberta se había echado vestida sobre la cama, temiendo sin duda alguna catástrofe. Dormía tranquila, mientras que, cerca de ella, Enriqueta adormecida, agitada por pesadillas, con lágrimas en los ojos, se estremecía; las miró un momento, quiso despertar á Enriqueta para averiguar algo. ¿Habría ido á Bazeilles? ¿Tal vez pudiera saber algo de su tintorería? Pero se apiadó, se retiraba, cuando su madre se presentó y le indicó la siguiera.

Al atravesar el comedor manifestó su extrañeza de verla levantada.

—¿Porqué no se ha acostado usted?

—No puedo dormir,—contestó en voz baja;—me he sentado en una butaca cerca del coronel... Tiene mucha fiebre y se despierta á cada momento preguntándome algo..... Yo no sé que contestarle. Entra y le verás.

El señor Vineuil se había vuelto á dormir. Apenas se distinguía sobre la almohada su cabeza roja de fiebre, que sus bigotes blancos hacían resaltar. La señora Delaherche había colocado un periódico delante de la lámpara y todo aquel rincón del cuarto estaba oscuro, mientras que la claridad de la luz caía sobre ella, sentada en una butaca, con las manos sueltas, los ojos extraviados, como en un sueño trágico.

—Aguarda, creo que te ha oído; ya se despierta.

En efecto, el coronel abría los ojos; los fijaba sobre Delaherche sin mover la cabeza. Le reconoció, preguntó con voz que la fiebre hacía temblar:

—¿Se acabó, no es verdad? capitulan. .

El fabricante, cuyas miradas se cruzaron con las de su madre, estuvo á punto de mentir. ¿Pero para qué?

—¿Qué quiere usted que hagan? ¡Si pudiera usted ver como están las calles!... El general Wimpffen ha ido al gran cuartel general prusiano para tratar de las condiciones.

Los ojos del coronel volvieron á cerrarse, mientras que de sus labios se escapaba este lamento:

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!

Y sin abrir los párpados, continuó con voz entrecortada:

—Lo que yo quería debían haberlo hecho ayer... Sí; yo conocía el país, he dado cuenta de mis temores al general; pero no le escuchaban siquiera... Allá arriba, por encima de Saint Menges hasta Fleigneux, todas las alturas ocupadas, el ejército dominando á Sedan, dueño del desfiladero de Saint Albert... Aguardamos allí; nuestras posiciones son inexpugnables, el camino de Mezieres queda abierto...

Sus frases se atragantaban; balbuceó aún algunas palabras ininteligibles mientras que la visión de la batalla, nacida de la fiebre, se desvanecía poco á poco en el sueño. Dormía; tal vez continuaba soñando con la victoria.

—Y el médico ¿responde de él?—preguntó Delaherche en voz baja.

La señora Delaherche hizo una señal afirmativa.

—No importa, esas heridas del pie son muy malas. ¿Tendrá que estar en cama mucho tiempo?

Esta vez la señora Delaherche no contestó, como si estuviera pensando en la inmensidad del desastre. Era de otra época, pertenecía á esa antigua y fuerte burguesía de las fronteras, tan ardiente y entusiasta en la defensa de las ciudades. Con la viva claridad de la lámpara, su serena fisonomía, de nariz seca, de labios delgados, daba á conocer su cólera y su dolor, todo lo que en ella se sublevaba y la impedía dormir.

Entonces, Delaherche se sintió aislado, y se apo-

deró de él una gran tristeza. El hambre volvía á mortificarle y creyó que la debilidad era la que le quitaba el valor. Andando muy despacio, salió del cuarto, bajó á la cocina con la vela. Pero encontró allí más tristeza; los fuegos estaban apagados, los armarios vacíos, los trapos andaban por el suelo en desorden, como si el viento del desastre hubiese pasado también por allí, llevándose toda la viva alegría de lo que se come y se bebe. Primero creyó no encontrar nada, pues los restos del pan habían ido á parar á la ambulancia para hacer la sopa. Después halló en un armario un plato de judías de la víspera, olvidadas. Las comió sin pan, de pie, no atreviéndose á subir al comedor, dándose prisa en aquella cocina triste que un quinqué envenenaba con el olor del petróleo.

Eran más de las diez y Delaherche permaneció sin saber que hacer, aguardando para saber si se firmaría la capitulación. Estaba muy preocupado con el temor de que volviera á empezar la lucha, pensando en las terribles escenas que podían ocurrir, cuyo recuerdo le ahogaba. Cuando subió á su gabinete donde Juan y Mauricio continuaban sin haberse movido, y trató de dormirse en una butaca, no pudo conciliar el sueño, los ruidos de los disparos le hacían saltar, cuando estaba á punto de quedarse dormido. Era el tremendo cañoneo de todo aquel día que se había quedado en sus oídos; y escuchaba un momento, asustado, con el imponente silencio que ahora reinaba. No pudiendo dormir, prefirió levantarse y andar por las habitaciones oscuras, evitando entrar en el cuarto en que se hallaba su madre velando al coronel, porque las miradas de ésta acababan por molestarle. Dos veces volvió al lado de Enriqueta para saber si se había despertado, se detuvo ante su mujer, contemplando su plácido semblante. Hasta las dos de la madruga-

da, no sabiendo que hacer, subió, bajó, cambió de sitio.

Esto no podía durar. Delaherche quiso volver á la subprefectura, sabiendo que no podía descansar, mientras no conociera lo que iba á suceder. Pero al llegar abajo, ante la calle obstruída, se apoderó de él la desesperación: nunca tendría la fuerza necesaria para ir y volver entre tantos obstáculos, cuyo recuerdo le asustaba. Y dudaba, cuando vió llegar á Bouroche.

—¡No hay quien resista esto! ¡Es cosa de reventar!

Había tenido que ir al Ayuntamiento para suplicar al alcalde embargara el cloroformo que había en las farmacias y que se lo enviara á la amanecer, porque había agotado todo el que tenía, y como era preciso continuar haciendo operaciones urgentes, temía verse obligado á cortar piernas y brazos sin adormecer á los pacientes.

—¿Y qué hay?—preguntó Delaherche.

—¡Pues no saben siquiera si los farmacéuticos tienen aún cloroformo!

Pero al fabricante le importaba un bledo el cloroformo. Continuó:

—No, no es eso... ¿Han acabado allá? ¿se ha firmado la capitulación?

Bouroche se indignó.

—¡No han hecho nada! Wimpffen acaba de regresar... Según parece esos bestias tienen tales exigencias qne sería mejor abofetearlos... ¡Mejor es volver á empezar á ver si reventamos todos!

Delaherche escuchaba palideciendo.

—Me lo han dicho ésos señores del Ayuntamiento, que están allí en sesión permanente... Un oficial de la subprefectura había ido á decírselo.

Añadió algunos detalles. La entrevista se había verificado en el palacio de Bellevue, entre el general Wimpffen, el general Moltke, y Bismarck ¡Vaya

un hombre terrible seco y duro, con su cara pálida de químico matemático, que ganaba las batallas desde la mesa de su despacho, á golpes de álgebra! En seguida quiso demostrar que conocía la situación desesperada del ejército francés; sin víveres, sin municiones, la desmoralización y el desorden, la imposibilidad absoluta de romper el círculo de hierro en el que se encontraba encerrado. Mientras que los ejércitos alemanes ocupaban las más fuertes posiciones, podían quemar la ciudad en dos horas. Fríamente dictaba su voluntad: el ejército francés entero prisionero, con armas y bagajes.

Bismarck le apoyaba tranquilamente, con aquel aire de perro dogo bueno. Y desde el primer momento el general Wimpffen había tratado de rechazar esas condiciones, las más duras que se hubiesen impuesto á un ejército vencido. Había señalado su desgracia, el heroísmo de los soldados, el peligro de excitar á un pueblo orgulloso; durante tres horas había amenazado, suplicado, hablado con elocuencia, desesperada y magnífica, pidiendo que se permitiera á los vencidos internarse en el mediodía de Francia, en la Argelia misma; y la única concesión que había obtenido, era la de que aquellos oficiales que se comprometieran por escrito y bajo palabra de honor á no volver á tomar las armas, podrían regresar á sus hogares. Por último, el armisticio se prolongaría hasta el día siguiente á las diez de la mañana. Si á aquella hora no se habían aceptado las condiciones, las baterías prusianas comenzarían á disparar sobre la ciudad y esta quedaría destruída en dos horas.

—¡Eso es estúpido!—dijo Delaherche; ¡no se destruye una ciudad que nada ha hecho para eso!

El médico acabó por sacarle de quicio, al añadir que unos oficiales, con los que había hablado en el hotel de Europa, trataban de hacer una salida en masa antes del día. Desde que eran conocidas las

exigencias de los alemanes, reinaba una gran excitación y se anunciaban los más disparatados proyectos. El pensamiento mismo de que aquella salida aprovechando las tinieblas, no sería leal, no detenía á nadie y se formaban planes locos, la marcha sobre Carignan, á través de los bávaros, gracias á la oscuridad de la noche, la meseta de Illy conquistada de nuevo por sorpresa, el camino de Mezieres libre y hasta un empuje irresistible para llegar á Bélgica de un salto. Otros, en realidad, nada decían, comprendían la fatalidad del desastre, lo hubieran aceptado todo, firmado todo, para acabar de una vez.

—¡Buenas noches! terminó diciendo Bouroche. Voy á ver si duermo un par de horas, pues bien lo necesito.

Al quedarse solo Delaherche, estaba sofocado. ¿Qué, era verdad? ¿iban á volver á empezar á batirse, á incendiar, á destruir á Sedan? Eso era inevitable, ese horrible trance sucedería forzosamente desde el momento en que amaneciera, en cuanto el sol se alzara en el espacio para alumbrar la matanza. Y maquinalmente, subió las escaleras de las bohardillas, se encontró entre las chimeneas, en el parapeto de la terraza, que dominaba la ciudad. Pero á esa hora estaba allá arriba envuelto entre tinieblas, en un océano infinito de grandes olas sombrías, donde al pronto no pudo distinguir nada. Después fueron destacándose los edificios de la fábrica debajo de él, con sus masas confusas que iba reconociendo: el cuarto de las máquinas, las salas de los telares, los secaderos, los almacenes; y aquella vista, aquel enorme conjunto de edificios que constituían su orgullo y su riqueza, le conmovieron de piedad hacia sí mismo, cuando pensó que dentro de algunas horas sólo quedarían cenizas de todo aquello. Sus miradas subieron hacia el horizonte, dieron la vuelta á toda aquella inmensidad negra

donde dormía la amenaza del siguiente día. Al Sur, del lado de Bazeilles, revoloteaban algunas llamaradas por encima de las casas que caían hechas ascuas, mientras que al Norte, la casería del bosque del Garenne, incendiada al anochecer, continuaba ardiendo, ensangrentando los árboles con una claridad rojiza.

No se veían otros fuegos, nada más que esas dos hogueras, un insondable abismo que atravesaban los rumores exparcidos, extraviados. Allá, tal vez muy lejos, tal vez sobre las murallas, alguien lloraba. En vano intentaba rasgar el velo, ver el Liry, la Marféé, las baterías de Frénois y de Wadelincourt, aquella cintura de animales de bronce que sentía, estaban allí con la boca abierta. Y como dirigiese sus miradas hacia la ciudad, alrededor de sí sintió el soplo de angustia. No era solo el sueño horrendo de los soldados caídos en las calles, el sordo crujido de ese montón de hombres, de animales y de cañones. Lo que creía percibir era el sueño agitado del vecindario, de sus convecinos, que tampoco podían dormir, sacudidos por la fiebre, en la espera horrenda del nuevo día. Todos debían saber que no se había firmado la capitulación; todos contaban las horas y temblaban al pensar que si no se firmaba no tendrían más remedio que bajar á las cuevas, para morir allí aplastados entre los escombros. Le pareció que una voz extraviada subía de la calle des Voyards, gritando «¡Al asesino!» en medio de un chocar de armas. Se inclinó y se quedó en la noche inmensa, perdido entre el cielo de bruma, sin una estrella, envuelto en tal escalofrío de terror, que todo el pelo de su cuerpo se ponía de punta.

Abajo, sobre el sofá, Mauricio se despertó al amanecer. Con el cuerpo dolorido, no se movió, los ojos fijos en los cristales que iban palideciendo con el

alba lívida. Los horrendos recuerdos volvían: la batalla de la víspera, la huida, el desastre, en la lucidez aguda del despertar. Lo volvió á ver todo, hasta el menor detalle, sufrió atrozmente de aquella derrota, que repercutía en todas las raíces de su sér, como si se hubiera sentido culpable. Y razonaba el mal, analizándole, encontrando afinada la facultad de devorarse á sí mismo. ¿No era él el primero un advenedizo, un cualquiera de aquella época, con una instrucción muy brillante es cierto, pero de una ignorancia supina de todo aquello que hubiera debido saber, además vanidoso hasta el punto de estar ciego, pervertido por la impaciencia de gozar y por la prosperidad engañadora del reino? Después era otra evocación: su abuelo, nacido en 1780, uno de los héroes del Gran Ejército de Napoleón 1.º, uno de los vencedores de Austerlitz, de Wagram y de Friedland; su padre nacido en 1811, yendo á parar á la burocracia, modesto empleado, recaudador en el Chene Populeux, donde se había gastado; él, nacido en 1841, educado como un señorito, hecho un abogado, capaz de realizar las mayores tonterías y de abrigar los más grandes entusiasmos, vencido en Sedan, en una catástrofe que adivinaba era inmensa, que acababa un mundo, y aquella degeneración de la raza, que explicaba de que modo la Francia victoriosa con los abuelos, había podido ser derrotada con los nietos, le oprimía el corazón, como una enfermedad de familia, agravada lentamente, llegando á la catástrofe final, al sonar la hora. ¡Con la victoria se hubiera sentido tan valiente y triunfante! En la derrota, con una debilidad nerviosa de mujer, cedía á una de esas desesperaciones inmensas, donde se hundía el mundo entero. No quedaba ya nada, Francia estaba muerta. Las lágrimas le ahogaban, lloraba, juntó las manos, encontrando las oraciones de su niñez:

—¡Dios mío! ¡tomadme, llevadme de este mundo!... ¡Llevaos á todos esos desgraciados que padecen!...

Envuelto en su manta, en el suelo. Juan se movió y acabó por sentarse.

—¿Qué tienes?... ¿Estás enfermo?

Después, comprendiendo que esas ideas de Mauricio eran de las que no sirven para devanarse los sesos, añadió:

—¡Vamos á ver, hombre! ¿qué tienes? ¡No pases apuros por tan poca cosa!

—¡Ah! dijo Mauricio, ¡estamos perdidos! Podemos prepararnos á ser prusianos.

Y como Juan, con su dura cabeza de hombre sin instrucción, se extrañaba, trató de hacerle comprender la degeneración de la raza, su desaparición necesaria bajo una oleada de nueva sangre. Pero el aldeano meneando con fuerza la cabeza, no admitía explicaciones.

—¡Cómo! ¿mi campo no va á ser mío? ¿Lo dejaría coger á los prusianos cuando aun no estoy muerto del todo y tengo mis dos manos? ¡Vaya, vaya, pues no faltaba más!

Después, á su vez, emitió su idea como pudo. ¡Habían recibido una paliza tremenda; eso era innegable! Pero todos no habían muerto, tal vez quedaban algunos y éstos bastarían para construir la casa, si eran buenos, trabajaban mucho y no se bebían lo que ganaban. En una familia, cuando se trabaja y se ahorra, siempre hay medio de salir adelante, á pesar de los contratiempos. Aun á veces es bueno recibir una lección: eso hace reflexionar. Y si era cierto que había algunos miembros podridos en alguna parte, más valía cortarlos de un hachazo que no reventar como del cólera.

—¡Perdidos, no, no! Yo no me siento perdido.

Y, aunque estropeado, con el pelo pegado aún por la sangre seca, se levantó como si tuviera ne-

cesidad grande de vivir, de volver á coger el azadón y el arado para construir su casa, segun había manifestado. Pertenecía á la tierra, era prudente y obstinado, del país de la razón, del trabajo y del ahorro.

—A pesar de todo, me da lástima el emperador... Los negocios marchaban al parecer, el trigo se vendía... ¡Pero en realidad ha sido demasiado tonto; al demonio se le ocurre meterse en un lío como este!

Mauricio, que permanecía aniquilado, tuvo otro momento de desesperación.

—¡Ah! el emperador... Yo le quería á pesar de todo, á pesar de mis ideas de libertad y de república... Sí; tenía eso en la masa de la sangre, por mi abuelo sin duda... Y ahora resulta que por ese lado todo está podrido. ¿A dónde vamos á parar?

Sus ojos se extraviaban, lanzó un lamento tan doloroso que Juan se decidía á acudir hasta él cuando vió á Enriqueta. Acababa de despertarse al oir el ruido de voces en el cuarto de al lado. Un día pálido alumbraba ahora la habitación.

—Llega usted á tiempo para regañarle,—dijo sonriéndose.—No es muy bueno.

Pero al ver á su hermana tan pálida, tan afligida, sobrevino en Mauricio una crisis de enternecimiento. Abrió los brazos y la atrajo sobre su pecho. Cuando estuvieron abrazados lloraron y sus lágrimas se mezclaron.

—¡Ah, pobrecita, pobrecita mía; aún avergonzado estoy de no tener valor para consolarte!... ¡Ese pobre Weiss, tu marido que tanto te quería! ¿qué va á ser de tí? Siempre has sido la víctima, sin haberte quejado nunca... ¡Cuántos pesares te he causado en este mundo y quién sabe si aún te causaré otros!

Le hacía callar, le tapaba la boca con la mano, cuando en aquel momento entró Delaherche, trastornado, fuera de sí. Había concluído por bajar de

la terraza, hostigado por el hambre, por una de esas hambres nerviosas que el cansancio exaspera; y como había vuelto á entrar en la cocina para tomar algo caliente, encontró allí á la cocinera con un pariente suyo, de Bazeilles, á quien estaba dando precisamente un vaso de vino caliente. Y aquel hombre, uno de los últimos que había quedado allá en medio de los incendios, le había contado que su tintorería estaba completameute destruída y que sólo era un montón de escombros.

—¡Vaya unos bandidos! ¡creerán ustedes,—dijo dirigiéndose á Juan y á Mauricio, que van á incendiar á Sedan como han incendiado á Bazeilles ayer.... ¡Estoy arruinado, estoy arruinado!

La herida que Enriqueta tenía en la cabeza llamó su atención y se acordó que no había podido hablar aún con ella.

—¡Es verdad, ha ido usted allí, y ha cogido usted eso!.. ¡Pobre Weiss!

Y, bruscamente, comprendiendo al ver los ojos rojos de tanto llorar, que Enriqueta sabía la muerte de su marido, relató un detalle horrible que el pariente de la cocinera le había contado.

—¡Pobre Weiss! Parece que le han quemado... Sí, han echado los cuerpos de los vecinos fusilados en la hoguera de una casa incendiada, regada con petróleo.

¡Estremecida, horrorizada, Enriqueta le escuchaba. ¡No iba á tener el consuelo de recoger y enterrar á su querido muerto, cuyas cenizas dispersaría el viento! Mauricio la cogió de nuevo, en brazos, la acarició pidiéndola no llorara tanto.

Al cabo de un rato de silencio, Delaherche, que miraba por las ventanas, se volvió para decir á los dos soldados:

—¡Ah! á propósito; me olvidaba deciros que allá abajo en la cochera, un oficial está distribuyendo dinero á los soldados para que no caigan en poder

de los prusianos. Debiérais bajar, siempre es conveniente tener dinero, si no nos hemos muerto todos esta noche.

El consejo era bueno, Mauricio y Juan bajaron después que Enriqueta consintió en acostarse en el sofá donde había dormido su hermano. En cuanto á Delaherche, atravesó el cuarto vecino donde encontró á Gilberta, que continuaba durmiendo tranquilamente, sin que los ruidos la hubieran hecho cambiar de postura. Y desde allí echó una ojeada al cuarto donde velaba su madre al coronel Vineuil, pero ésta se había dormido, mientras que el coronel, con los párpados cerrados, no se había movido, aniquilado por la fiebre.

Abrió los ojos y preguntó:

—¿Ha acabado? ¿no es verdad?

Contrariado por aquella pregunta que le detenía en el momento en que esperaba escaparse, Delaherche hizo un gesto de cólera, ahogando la voz.

—¡Sí, se ha acabado hasta que vuelva á empezar! No se ha firmado nada.

Con voz muy baja, el coronel continuó, empezando á delirar.

—¡Dios mío! ¡que muera antes de que acabe!... Nò oigo el cañoneo. ¿Por qué no tiran más?... Allá arriba, en Saint Menges, en Fleigneux, dominamos todos los caminos, echaremos los prusianos al Meuse si se atreven á volver sobre Sedan para atacarnos. La ciudad está á nuestros pies, entre nosotros y ellos, como un obstáculo que refuerza nuestras posiciones... ¡Adelante! El 7.º cuerpo irá á la cabeza, el 12.º protegerá la retirada...

Y sus manos se agitaban sobre las mantas, como si fuera á caballo. Poco á poco se detuvieron á medida que sus palabras se hacían más pesadas y que se iba durmiendo.

Dejó de hablar, estaba sin aliento, atontado.

—Descanse usted, volveré cuando tenga más no-

ticias; y después de haberse asegurado de que dormía su madre, desapareció.

En la cochera, abajo, Juan y Mauricio, habían encontrado, sentado sobre una silla de cocina, delante de una mesa de pino, á un oficial pagador, el cual, sin pluma, sin recibos, sin papeles de ninguna clase, distribuía fortunas. Metía la mano en los sacos llenos de monedas de oro y sin tomarse el trabajo de contar, á puñados, llenaba los kepis de los sargentos del 7.º cuerpo que desfilaban ante él. Se había convenido que los sargentos distribuirían la suma entre los soldados de sus compañías. Cada uno iba recibiendo aquello, como avergonzado, como si fuera una ración de café ó de carne, y después se iban, vaciando sus kepis en los bolsillos, para no encontrarse en las calles con todo aquel oro á la luz del día. La operación se hacía en silencio, no se pronunciaba una palabra, solo se oía el ruido cristalino de las monedas, entre el estupor que causaba á aquellos muchachos verse con aquellas riquezas, cuando ya no quedaba en la ciudad, un pan ni un cuartillo de vino que comprar.

Cuando Juan y Mauricio se acercaron, el oficial retiró primero el puñado de monedas de oro que tenía en la mano.

—No son ustedes sargentos ni uno ni otro, dijo... Sólo los sargentos tienen derecho á cobrar...

Después, cansado y deseando acabar:

—Tome usted, cabo, lo mismo da... ¡Pronto á otro!

Y había dejado caer las monedas de oro en el kepis que Juan le tendía. Este, emocionado al ver aquella suma, cerca de seiscientas pesetas, quiso que Mauricio tomase en seguida la mitad. Podían verse separados cuando menos lo pensaran.

Hicieron el reparto en el jardín, delante de la ambulancia, y después entraron en ésta, reconociendo encima de la paja, casi á la entrada, al tam-

bor de su compañía, Bastian, un muchacho muy alegre, que había tenido la desgracia de recibir un balazo en la ingle á eso de las cinco de la tarde, cuando ya había concluído la batalla. Estaba agonizando desde la víspera.

A la luz de la mañana, en el momento en que se despertaban, la ambulancia los dejó helados. Tres heridos habían muerto durante la noche, sin que nadie la hubiera advertido; y los enfermeros hacían sitio para otros, llevándose los cadáveres. Los que habían sido operados la víspera, en su somnolencia, abrían los ojos, miraban atontados aquel inmenso dormitorio de sufrimientos, donde, sobre la paja estaba echado todo un rebaño, medio degollado. Aunque habían barrido la víspera, después de terminar la horrible tarea, el suelo conservaba señales de sangre, una gran esponja tinta en sangre parecida á una cereza, nadaba en un cubo de agua; una mano olvidada con los dedos rotos, estaba al lado de la puerta, bajo el cobertizo. Eran las migajas de la carnicería, el horrendo deshecho de una matanza, en el triste amanecer. Y la agitación, esa necesidad de vida turbulenta de las primeras horas, había reemplazado al anonadamiento de la fiebre. Apenas se oía, interrumpiendo el silencio, un quejido ensordecido por el sueño. Los ojos vidriosos se asustaban al volver á ver el día, las bocas empastadas lanzaban un aliento malsano, toda la sala caía en esa tristeza de los días sin fin, lívidos, nauseabundos, cortados por agonías, que iban á vivir los desgraciados estropeados, que acaso saldrían á los dos ó tres meses con un miembro de menos.

Bouroche, que empezaba su visita después de algunas horas de descanso, se paró delante de Bastian y después pasó haciendo un imperceptible movimiento de hombros. Nada hacía que hacer. Bastian había abierto los ojos y, como resucitado, se-

guía con la vista á un sargento que hacía tenido la buena idea de entrar, con su kepis lleno de oro, para ver si quedaba allí algún soldado de su compañía. Precisamente encontró á dos y dió á cada uno veinte francos. Llegaron otros sargentos y el oro empezó á llover sobre la paja. Y Bastian, que había logrado sentarse, tendió sus manos que la agonía sacudía.

—¡A mí, á mí!

El sargento quiso pasar adelante como había pasado Bouroche. Después, cediendo á un impulso de hombre bueno, echó las monedas sin contar en las dos manos ya frías.

—¡A mí, á mí!

Bastian había caído de espaldas. Trató de recoger el oro que se le escapaba, lo tentó con los dedos tiesos. Y murió.

—¡Buenas noches, dijo un zuavo que se hallaba al lado, éste ha apagado la vela! Es lástima cuando se tiene con que echar un trago.

El zuavo tenía el pie izquierdo en un aparato. Logró levantarle un poco y arrastrarse con los codos y con las rodillas; y al llegar cerca del muerto lo recogió todo, registró las manos y los pliegues del capote. Cuando volvió á su puesto, notando que le miraban, se conformó con decir:

—¡No es cosa de que se pierda!

Mauricio, oprimido el corazón en aquella atmósfera de tristeza, se llevó á Juan. Al atravesar el cobertizo vieron á Bouroche, exasperado por no haber podido procurarse cloroformo, que se decidía á cortar una pierna á un chico de unos veinte años. Y huyeron de allí para no ver ni oir.

En aquel momento Delaherche volvía de la calle. Los llamó y les dijo:

—¡Subid, subid pronto, vamos á almorzar; la cocinera ha logrado encontrar leche y no es cosa de desrerdiciarlo, pues hay que tomar algo caliente!

Y á pesar de los esfuerzos que hacía, no podía ocultar la alegría que le embargaba. Bajó la voz y añadió muy satisfecho:

—¡Esta vez es cosa hecha! El general Wimpffen ha ido á firmar la capitulación.

¡Ah! ¡qué gran desahogo; su fábrica se había salvado, la atroz pesadilla desaparecía, iba á volver á la vida dolorosa, pero al fin á la vida! Daban las nueve: era Rosa que había ido á casa de una panadera tía suya para comprar pan, quien le había dado cuenta de los sucesos ocurridos aquella mañana en la subprefectura. A las ocho, el general Wimpffen había reunido un nuevo consejo de guerra compuesto de treinta generales, á los que dió cuenta del resultado de su entrevista, sus inútiles esfuerzos y las duras exigencias del enemigo victorioso. Sus manos temblaban, una emoción violenta le llenaba los ojos de lágrimas. Y estaba hablando aún cuando se presentó un coronel de Estado Mayor prusiano, en nombre del general Moltke, para recordar que si á las diez no se había tomado una resolución se abriría el fuego sobre Sedan. El consejo, entonces, ante la espantosa situación, no había tenido más remedio que autorizar al capitán para que volviera de nuevo al palacio de Bellevue para aceptarlo todo. El general debía hallarse allí; el ejército francés era prisionero con armas y bagajes.

Después Rosa se había extendido en detalles, dando cuenta de la extraordinaria agitación que reinaba en la ciudad, desde que se sabía la noticia.

En la subprefectura había visto á unos oficiales que arrancaban sus charreteras llorando como niños. Sobre el puente, los coraceros tiraban sus sables al Meuse y todo un regimiento había desfilado, lanzando cada cual el suyo, veían saltar el agua, y luego entraban en las filas. En las calles, los soldados cogían los fusiles por el cañón y destrozaban

las culatas contra las paredes; mientras que los artilleros, que habían arrancado el mecanismo de las ametralladoras, las tiraban á las alcantarillas. Había muchos que enterraban y quemaban las banderas. En la plaza de Turenne, un viejo sargento, subido sobre un guardacantón, insultaba á los jefes, los trababa de cobardes, como si le hubiese atacado súbita locura. Otros parecían estar atontados y lloraban. Y, es preciso decirlo, otros, el mayor número, estaban alegres, se les había quitado un peso enorme de encima. ¡Era el fin de sus miserias, eran prisioneros, no se batirían más! Llevaban tantos días sufriente, con aquellas caminatas y sin comer! Además ¿para qué batirse puesto que no eran los más fuertes? ¡Habían hecho muy bien los jefes, si como se decía, los habían vendido, para acabar pronto! ¡Era tan consoladora la idea de que iban á tener pan blanco y á dormir en buenas camas!

Allá arriba, al entrar Delaherche en el comedor, con Mauricio y Juan, su madre le llamó:

—Ven, el coronel me da cuidado.

El señor Vineuil, con los ojos abiertos había vuelto á hablar, agitado por la fiebre.

—¡Qué importa! si los prusianos nos cortan el camino de Mezieres... Ahí están, ya han dado la vuelta al bosque de Falisette, mientras que otros suben por el valle del Givonne... La frontera está detrás de nosotros y la pasaremos de un salto cuando hayamos matado todos los que podamos... Eso era lo que yo quería ayer...

Pero su miraba ardiente acababa de cruzarse con la de Delaherche. Le reconoció, pareció volver á la horrible realidad preguntó por tercera vez:

—¡Se ha acabado! ¿no es verdad?

El fabricante de paños no pudo contener su alegría.

—¡Ah, sí! ¡A Dios gracias! Se acabó. La capitulación debe estar firmada á estas horas.

El coronel se puso de pie, á pesar de su herida; cogió su espada, que estaba sobre una silla y quiso romperla. Pero sus manos temblaban demasiado, el acero cayó al suelo.

—¡Tenga usted cuidado! ¡se va á cortar!—gritaba Delaherche. Es peligroso, quítale eso de las manos.

Y fué la señora Delaherche quien se apoderó de la espada. Después, ante la desesperación del señor Vineuil, en vez de esconderla como su hijo la decía, la rompió de un golpe seco, contra su rodilla, con una fuerza extraordinaria, de la que ella misma no se creía capaz. El coronel dirigió á su anciana amiga, una mirada muy tierna.

En el comedor, la cocinera acababa de servir el café con leche, para todo el mundo. Enriqueta y Gilberta se habían despertado; esta última descansada gracias á un buen sueño, con la cara fresca y los ojos alegres; y abrazaba tiernamente á su amiga, á quien tenía mucha lástima. Mauricio se colocó cerca de su hermana, mientras que Juan, un poco avergonzado, habiendo tenido que aceptar el convite, se encontró enfrente de Delaherche. La señora Delaherche no quiso sentarse á la mesa, la llevaron una taza y bebió el café. Pero, á su lado, el desayuno de los cinco, primero silencioso, fué animándose. Estaban sumamente débiles, tenían mucha hambre, y ¿cómo no iban á estar alegres, cuando se encontraban allí, intactos, cuando millares de infelices quedaban tendidos en el campo? En el gran comedor, el mantel blanco daba alegría á los ojos, y el café con leche, muy caliente, estaba delicioso.

Hablaron. Delaherche, tranquilo, había vuelto á su aspecto de rico industrial, con una bondad de patrón á quien halaga la popularidad, duro solamente para la falta de éxito; volvió á hablar de Napoleón III, cuya fisonomía no se apartaba de su vis-

ta. Y se dirigió á Juan, el único muchacho sencillo que pudiera atenderle.

—¡Ah! puedo decirlo, el emperador me ha engañado... Porque sus paniaguados podrán pedir para él se tengan en cuenta todas las circunstancias atenuantes que quieran, pero lo cierto es que es el primero, el único causante de nuestros desastres.

Olvidaba ya que, siendo bonapartista acérrimo, había trabajado algunos meses antes para que triunfara en el plebiscito. Y no le inspiraba lástima desde aquel momento el que iba á ser el hombre de Sedan; le echaba en cara todas las iniquidades.

—Es un hombre incapaz de nada, como nos vemos obligados á reconocerlo ahora; pero esto no importaría nada después de todo... Un espíritu quimérico, una cabeza mal equilibrada á quien ha parecido favorecer la suerte mientras todo le ha salido bien... No, créame usted, no es necesario que traten de apiadarnos sobre su destino, diciéndonos que le han engañado, que la oposición le ha negado los hombres y los créditos necesarios. Es él quien nos ha engañado. Sus vicios y sus faltas nos han metido donde nos encontramos.

Mauricio, que no quería hablar, no pudo menos de sonreirse; mientras que Juan, que se hallaba cohibido temiendo soltar algún disparate, solo se permitió decir:

—Sin embargo, dicen que es una buena persona.

Aquellas palabras, dichas con toda modestia, sacaron de quicio á Delaherche. Todo el miedo que había tenido, todas las angustias que le habían mortificado estallaron en un arranque de desesperación, casi de odio.

—¡Una buena persona! ¡Eso se dice pronto!... ¡No sabe usten que en mi fábrica han caído tres granadas y que no es por culpa del emperador si no se ha quemado... ¡Sabe usted que yo, que le hablo, voy á perder más de cien mil francos con todos estos

jaleos! ¡Ah, no, no! Francia invadida, incendiada, exterminada, la industria paralizada, el comercio destruído ¡esto es demasiado! ¡De una buena persona así que nos libre Dios!... ¡Está en el fango y en la sangre, que se quede!

Con el puño hizo un gesto como si quisiera mantener bajo el agua á algún miserable que hubiera intentado salir. Después acabó de beber su café. Gilberta se había reido involuntariamente al notar las distracciones de Enriqueta, á quien servía como si fuera un niño. Cuando acabaron el desayuno, siguieron aún en la paz feliz del gran comedor fresco.

Y, en aquella misma hora, Napoleón estaba en la pobre casita del tejedor, en el camino de Donchery. A las cinco de la mañada, había querido abandonar la sub prefectura, muy molestado al sentir á Sedan alrededor suyo, como un remordimiento y una amenaza, atormentado por la necesidad de apaciguar su corazón sensible, obteniendo para su desgraciado ejército mejores condiciones. Deseaba ver al rey de Prusia. Había tomado un coche de alquiler y recorría la carretera adornada por los álamos, la primera etapa del destierro, llevada á cabo, con el fresco del amanecer, con la sensación de toda la grandeza caída que abandonaba en su huida; y sobre aquella carretera había encontrado á Bismarck que llegaba á escape, con su gorra vieja, con sus botazas enormes, con el único deseo de divertirse, de impedirle viera al rey, mientras no se firmara la capitulación. El rey estaba aún en Vendresse, á catorce kilómetros. ¿Y dónde ir? ¿Bajo qué techo aguardar? Allá, perdido en una nube de tempestad, el palacio de las Tullerías había desaparecido. Sedan parecía haber retrocedido leguas, como cerrado por un río de sangre. No existiendo ya más palacios imperiales en Francia, no quedaban más albergues oficiales, ni un rincón en casa del menor

funcionario, donde se atreviese á sentarse. Y fué en la casita de un tejedor donde quiso recogerse, en una humilde casa, vista en el borde del camino con su diminuta huerta, cerrada por una tapia, su fachada de un piso, con las pequeñas ventanas tristes. Arriba, el cuarto blanqueado con cal, con suelo de ladrillo, no tenía más muebles que una mesa de pino blanco y dos sillas de paja. Aguardó allí muchas horas, primero en compañía de Bismarck, que se sonreía al oirle hablar de generosidad, solo después, arrastrando su miseria, pegando su cara lívida contra los cristales, mirando aún aquella tierra de Francia, aquel Meuse, que se deslizaba tan hermoso por entre los campos fértiles.

Después, al día siguiente, los demás días, fueron las otras etapas atroces: el palacio de Bellevue, aquel lindo castillo, dominando el río, donde durmió, donde lloró después de su entrevista con el rey Guillermo; la cruel salida, Sedan evitado por temor á la cólera de los vencidos, de los hambrientos; el puente de barcas que los prusianos habían echado en Iges, el largo rodeo al Norte de la ciudad, los atajos, los caminos separados de Floing, de Fleigneux, de Illy, toda aquella lamentable huída, en coche descubierto; y allí, sobre aquella trágica meseta de Illy, atestada de cadáveres, el legendario encuentro, el miserable emperador que, no pudiendo soportar el trote del caballo, se había caído bajo la violencia de alguna crisis, fumando acaso maquinalmente un cigarrillo, mientras que un rebaño de prisioneros, lívidos, cubiertos de sangre y de polvo, llevados de Fleigneux á Sedan, se colocaba á ambos lados del camino para dejar pasar el coche; los primeros callados, los otros gruñendo, los otros poco á poco exasperados, haciendo estallar su cólera á gritos, amenazándole con los puños en un gesto de insulto y de maldición. Después hubo aún la interminable travesía del campo de bata

lla, una legua por caminos destrozados, por entre cadáveres, con los ojos grandes abiertos, amenazadores, hubo el campo helado, los vastos bosques mudos, la frontera en lo alto de una cuesta después, al final de todo, bajando el camino, más allá, por entre abetos, por el fondo del estrecho valle.

¡Y qué primera noche de destierro, en Bouillon, en una posada, en el hotel del Correo, rodeado por tal muchedumbre de franceses refugiados y de curiosos, que el emperador creyó deber presentarse entre los murmullos y los silbidos! El cuarto, cuyas tres ventanas caían sobre la plaza, y el Semoy era el cuarto vulgar, con sillas de damasco rojo, con el armario de luna, con la chimenea adornada con un reloj de zinc, con conchas y rasos de flores artificiales, cubiertos con fanales.

A derecha é izquierda de la puerta había dos camas pequeñas. En una se acostó el ayudante de campo, á quien el cansancio hizo que durmiera desde las nueve de la noche. En la otra, el emperador tuvo que dar vueltas durante mucho tiempo, sin poder conciliar el sueño y se levantó para pasear su mal; no tuvo más distracción que mirar colgados á la pared, á los dos costados de la chimenea, unos grabados que se encontraban allí, representando uno á Rouget de Lisle cantando la Marsellesa, el otro, el Juicio final, una llamada furiosa de trompetas, tocadas por arcángeles que hacían salir de la tierra á todos los muertos, la resurrección del osario de las batallas subiendo á declarar ante Dios.

En Sedan, el tren de la casa imperial había quedado abandonado, detrás de las lilas, en el jardín del sub prefecto. No se sabía cómo hacerlos desaparecer, quitarlos de la vista de las pobres gentes que morían de hambre, tal era la insolencia agresiva que habían tomado, la ironía atroz que representaban en medio del desastre y que los hacía insoportables. Hubo que aguardar á una noche muy

negra. Los caballos, los coches, los furgones, con su vajilla de plata, sus cestas de vinos finos, salieron con mucho misterio de Sedan, se fueron también á Bélgica por caminos extraviados, sin hacer ruido, con un estremecimiento inquieto de robo.

TERCERA PARTE

I

Durante la interminable jornada de la batalla, Silvina, desde el ribazo de Remilly, donde estaba construída la casería del señor Fouchard, no había cesado de mirar hacia Sedán, envuelto entre el humo y el tronar continuo de los cañones, temblando, con el pensamiento fijo en Honorato. Y al día siguiente aumentó su inquietud, por la imposibilidad de procurarse noticias exactas entre los prusianos que guardaban los caminos, que se negaban á contestar, no sabiendo ellos tampoco lo que sucedía. El sol claro de la víspera había desaparecido, habían caído aguaceros que entristecían el valle con una luz lívida.

A la caída de la tarde, el señor Fouchard, atormentado igualmente en su mutismo, no acordándose mucho de su hijo, pero deseando averiguar qué consecuencias iba á tener para él la desgracia de los otros, estaba á la puerta de su casa, aguardando los sucesos, cuando vió á un muchachón alto, con blusa, que desde hacía un momento rondaba por el camino. La sorpresa fué tan grande al reco-

nocerle, que le llamó en alta voz, á pesar de que pasaban en aquel momento tres prusianos por el camino.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Próspero?

De un movimiento rápido el cazador de Africa le tapó la boca. Después, acercándose, dijo en voz baja:

—Sí, soy yo. Estoy cansado de pelear en balde y me he escapado... Diga usted, señor Fouchard; ¿no necesita usted un criado?

El viejo, astuto siempre, recobró su prudencia. Precisamente buscaba un criado. Pero no había para que decirlo.

—¡Un criado, ahora no! al menos por ahora no... Pero entra á echar un trago. No creas que te voy á dejar penando en el camino.

En la cocina, Silvina ponía la comida á la lumbre, mientras que el pequeño Charlot, se colgaba á sus faldas, jugando y riendo. Al pronto no reconoció á Próspero, el cual, sin embargo, había trabajado con ella; y solo al traer una botella y dos vasos fué cuando cayó en la cuenta de quién era. Lanzó un grito, acordándose de Honorato.

—¡Ah! ¿viene usted de allí, no es verdad?... ¿Está bueno Honorato?

Próspero iba á contestar, después dudó. Hacía dos días que vivía como en un sueño, entre una violenta sucesión de cosas vagas, que no le dejaban más que tristes recuerdos. Creía haber visto á Honorato, muerto, encima del cañón, pero no lo hubiera afirmado; ¿y para qué hacer daño á la gente no teniendo certeza absoluta?

—Honorato,—murmuró,—no sé... no puedo decir nada...

Ella le miró, insistió.

—¿No le ha visto usted?

Con un movimiento pausado, agitó las manos, meneando la cabeza.

—¡Si cree usted que se puede saber algo! ¡Han ocurrido tantas cosas, tantas! ¡De toda esa batalla maldita, no podría contar ni esto... ni aun los sitios por donde he pasado... ¡Allí se vuelve uno tonto!

Y, después de beber un vaso de vino, se quedó pensativo, los ojos soñadores, perdidos allá en las tinieblas de su memoria.

—Todo lo que sé es que, cuando volví de mi desmayo, anochecía... Cuando caí en tierra al dar la carga, el sol estaba muy alto. Debía estar allí hacía muchas horas, la pierna derecha aplastada bajo el cuerpo de Céfiro, el que había recibido un trozo de granada en el pecho... Le aseguro á usted que aquella postura nada tenía de cómoda, montones de compañeros muertos, y ni un gato vivo y pensando que yo también moriría allí si nadie venía á recogerme. Poco á poco traté de salir de debajo de Céfiro, pero era imposible, pesaba una barbaridad. Estaba aún caliente. Le acariciaba, le llamaba con cariño. Y esto si que no lo olvidaré nunca: abrió los ojos, hizo un esfuerzo para levantar la cabeza que estaba en tierra al lado de la mía. Entonces charlamos un poquillo.—«Pobrecillo, le dije, no es para echártelo en cara, pero sin duda quieres que reviente contigo, porque me aprietas mucho.» Claro, no contestó que sí, pero pude leer, en su mirada turbia, la pena que sentía al abandonarme. Y no sé cómo fué, no sé si quiso ó si fué una convulsión, pero es el caso que tuvo una sacudida brusca y que se echó al otro lado. Pude levantarme; ¡pero en qué estado! la pierna me pesaba como si fuera de plomo... No importa, cogí la cabeza de Céfiro entre mis brazos, continué consolándole, diciéndole que era un buen caballo, todo lo que me dictaba el corazón, que le quería mucho, que me acordaría siempre de él. ¡Me escuchaba, parecía estar muy contento! Después tuvo otra sacudida, y murió, con sus grandes ojos que no dejaban de mirarme... Aca-

so no quieran creerme, pero la verdad es que tenía en los ojos lágrimas gordas... Mi pobre Céfiro lloraba como un hombre. .

La pena ahogaba á Próspero y empezó á llorar. Después echó otro trago de vino; continuó relatando su historia con frases entrecortadas, incompletas. La noche se iba haciendo más obscura; no había más que un rayo rojo de luz en el campo de batalla que proyectaba á lo lejos la sombra inmensa de los caballos muertos. El, sin duda, se había quedado mucho tiempo al lado del suyo, incapaz de alejarse con su pierna que le pesaba mucho. Después, un espanto repentino se apoderó de él, haciéndole correr á pesar suyo, la necesidad de no encontrarse solo, el deseo de estar al lado de sus compañeros para no tener miedo. Así de todas partes, de las zanjas, de entre las matas, por todos sitios, los heridos abandonados se arrastraban, trataban de unirse, formaban grupos de cuatro ó cinco donde parecía menos duro quejarse y morir. Así fué como en el bosque del Garenne encontró dos soldados del 43° que no tenían un rasguño, que estaban allí enterrados casi, escondidos como liebres, aguardando á que anocheciera. Cuando supieron que conocía los caminos le indicaron que querían huir á Bélgica, llegar á la frontera por los bosques antes de que amaneciera. Se negó primero á guiarlos; hubiera preferido llegar en seguida á Remilly, seguro de encontrar un refugio; ¿pero dónde podría procurarse una blusa y un pantalón? esto sin contar que desde el bosque del Garenne á Remilly, de un extremo á otro del valle, no había que confiar en atravesar las líneas prusianas sin tropiezo. Accedió á servir de guía á los dos compañeros. Su pierna se había recalentado; tuvieron la suerte de que les dieran un pan en una casería. Dieron las nueve en un campanario lejano, al ponerse de nuevo en camino. El único peligro que corrieron fué

en la Chapelle, donde tropezaron con una avanzada enemiga que dió la alerta y empezó á disparar tiros en las tinieblas, mientras que, agachados, arrastrándose, volvieron á alejarse oyendo los silbidos de las balas. A la vuelta de un sendero anduvieron á gatas, se echaron sobre un centinela y le mataron de una cuchillada en la garganta. Después encontraron los caminos libres, continuaron andando, riendo y silbando. Y á las tres de la mañana llegaron á una aldea de Bélgica, llamaron á una puerta, les abrieron y se acostaron en un pajar.

Ya era muy de día cuando se despertó Próspero. Al abrir los ojos, mientras sus compañeros roncaban, vió al dueño de la casa que estaba enganchando un carricoche cargado de pan, de arroz, de café, de azúcar, de toda clase de provisiones escondidas bajo unos sacos de carbón, y supo que el buen hombre tenía en Francia, en Raucourt, dos hijas casadas, á las que iba á llevar provisiones sabiendo que se encontraban sin nada después de haber pasado por allí los bávaros. Se había procurado un salvoconducto aquella mañana. Próspero entró en ganas de sentarse en aquel carricoche para volver allá, á aquel pedazo de tierra cuya nostalgia le angustiaba ya.

La cosa era bien sencilla; se apearía en Remilly, por donde tenía que pasar el coche para ir á Rancourt. Y quedaron arreglados en seguida: le prestaron un pantalón y una blusa y el casero le hizo pasar como si fuera su criado, de manera que á eso de las seis, se bajó delante de la puerta de la Iglesia, después de haber sido detenido dos ó tres veces por las avanzadas alemanas.

—¡Yo ya estoy harto!—decía Próspero.—Si hubiesen sacado algún partido de nosotros, como allá en Africa. Pero ir á la izquierda para volver á la derecha, comprender que no se sirve para nada, acaba por cansar... Y además, ahora, Céfiro ha

muerto, estoy solo; no tengo más que volver á trabajar al campo. ¿No es verdad? Vale mucho más esto que ser prisionero de los prusianos... ¡Tiene usted caballos, señor Fouchard, ya verá usted como los cuido!

El viejo estaba satisfecho. Echó otro trago y prosiguió:

—¡Dios mío! puesto que te viene bien, te quedarás aquí, te tomaré... Pero, en cuanto al sueldo, no hay que hablar de eso hasta que se acabe la guerra porque no necesito de nadie y los tiempos son malos.

Silvina se había quedado sentada teniendo á Charlot sobre las rodillas. No había perdido de vista á Próspero y cuando éste se levantó para ir á la cuadra á ver los caballos le preguntó de nuevo:

—¿No ha visto usted á Honorato?

Esa pregunta hecha bruscamente le hizo estremecerse. Dudó un momento, después se decidió á hablar.

—Oiga usted, no he querido causarla un disgusto antes, pero creo que Honorato no volverá, se ha quedado allí.

—¿Cómo, que dice usted?

—Creo que los prusianos le han ajustado las cuentas... Le he visto medio caído sobre una cureña, la cabeza derecha, con un agujero, debajo del corazón.

Hubo un silencio. Silvina palideció, mientras que el señor Fouchard, sorprendido, colocaba su vaso sobre la mesa, después de vaciar la botella.

—¿Está usted seguro?—dijo con voz que la pena ahogaba.

—Tan seguro como puede uno estar cuando lo ha visto... Era sobre una eminencia, entre tres árboles, y me parece que iba allí con los ojos vendados.

Era la destrucción de su felicidad. ¡Honorato, que

la había perdonado, que se había comprometido á casarse, en cuanto acabara el servicio, en cuanto terminara la guerra! ¡Y se lo habían matado, estaba allí, con un agujero debajo del corazón! ¡Nunca había creído que le amaba tanto, tal era la necesidad que sentía de volverle á ver, de poseerle á pesar de todo!

Dejó á Charlot en tierra.

—¡Bueno! no lo creeré hasta que lo vea yo también... Puesto que sabe usted donde es, va usted á llevarme allí, y si es verdad, si lo encontramos, lo traeremos aquí.

Las lágrimas la ahogaban, se dejó caer sobre la mesa, llorando, mientras que el pequeñuelo, atontado por haberse visto rechazado por su madre, empezó también á llorar. Le cogió, lo apretó contra su corazón, cubriéndolo de besos.

—¡Pobre hijo mío, pobrecito!

El señor Fouchard estaba perplejo. Quería á su hijo á pesar de todo, á su modo y manera. Algunos antiguos recuerdos volvieron á su imaginación, muy lejanos, de la época en que vivía su mujer, cuando Honorato iba á la escuela, y dos lágrimas salieron de sus ojos, y rodaron por el cuero curtido de sus mejillas. No había llorado en diez años. Acabó por incomodarse, al pensar que á aquel hijo que era suyo no le volvería á ver más.

—¡Eso de no tener más que un hijo y que le maten, es infame!

Pero cuando se calmó le molestaba ver que Silvina continuaba hablando de ir allí á buscar el cadáver de Honorato. Se obstinaba, sin llorar, en un silencio desesperado, invencible; y no la reconocía, ella tan dócil, haciendo todas las labores sin quejarse; sus grandes ojos sumisos, que bastaban para embellecer su cara habían adquirido un aspecto feroz, mientras que su frente pálida se ocultaba bajo su pelo negro. Acababa de quitarse un pañue-

lo encarnado que llevaba puesto, y quedó vestida de negro como una viuda. En vano intentó demostrarla las dificultades de la empresa, los peligros que podía correr y la poca esperanza de encontrar el cuerpo. No contestaba y el señor Fouchard comprendía que haría cualquier locura si no tomaba cartas en el asunto, lo que le inquietaba más aun, con motivo de las complicaciones que podría acarrearle con las autoridades prusianas. Se fué á ver al alcalde de Remilly, que era algo pariente suyo y los dos arreglaron la cosa. Silvina pasó como viuda de Honorato y Próspero como su hermano; de manera que el coronel bávaro, instalado en la aldea en la posada de la Cruz de Malta, dió un pase para el hermano y la viuda autorizándoles á traer el cuerpo del marido si lo encontraba. Era ya de noche; lo único que pudieron lograr es que aguardaría al día siguiente para ponerse en camino.

Al día siguiente el señor Fouchard no quiso dejar enganchar uno de sus caballos por temor de que desapareciera. ¿Quién le aseguraba que los prusianos no embargarían el coche y el caballo? Por último accedió de mala gana á prestar el burro y el carrito pequeño, donde aun podía caber un muerto. Dió muchas instrucciones á Próspero, que había dormido bien, pero á quien preocupaba la expedición, ahora que estaba descansado. A última hora Silvina fué á buscar la manta de su cama que plegó en el fondo del carrito y al marchar abrazó á Charlot.

—Se lo confío á usted, señor Fouchard, tenga usted cuidado, no le deje jugar con las cerillas.

—¡Vete tranquila!

Los preparativos habían durado bastante. Daban las siete cuando Silvina y Próspero, detrás del carrito que arrastraba el burro, con la cabeza baja, descendieron por las rápidas cuestas de Remilly. Había llovido mucho durante la noche, los caminos

parecían ríos de barro y grandes nubarrones lívidos corrían por el cielo triste.

Próspero, queriendo tomar el camino más corto, se decidió á pasar por Sedán. Pero antes de llegar á Pont Maugis, una avanzada prusiana detuvo el carrito durante una hora; y cuando el pase circuló entre las manos de cuatro ó cinco jefes, el burro pudo emprender de nuevo la marcha, con la condición de dar un gran rodeo, para pasar por Bazeilles. Cuando Silvina pasó el Meuse, sobre el puente del ferrocarril, aquel puente funesto, que no habían hecho saltar y que por cierto tantas pérdidas había costado á los bávaros, vió el cadáver de un artillero, que bajaba á flor de agua. Unas ramas le engancharon, se quedó un rato parado, dió después una vuelta y continuó su viaje.

En Bazeilles, por donde el burro atravesó al paso, de un extremo á otro, la destrucción era completa, todo lo que la guerra puede hacer de ruinas horribles, cuando pasa, devastadora cual furioso huracán. Habían recogido los muertos y no quedaba en las calles ni un cadáver; y la lluvia lavaba la sangre, las charcas quedaban rojas, con restos sospechosos, trozos en los que se creía reconocer aún pelos. Pero la angustia que oprimía el corazón, procedía de las ruinas, de ese Bazeilles tan alegre tres días antes, con sus lindas casitas entre los jardines, dormido ahora, aniquilado, dejando ver sólo algunas paredes ennegrecidas por el humo. La iglesia continuaba ardiendo, una gran hoguera de maderos humeando, en medio de la plaza, de donde salía una espesa columna de humo, que se extendía por el cielo como un velo de luto. Habían desaparecido calles enteras, no quedando ni una casa á uno y otro lado, sólo se veían montones de piedras calcinadas entre cenizas y un barro negro que lo anegaba todo. En los cuatro extremos, las casas que formaban ángulos habían desaparecido como

si las hubieran segado. Otras habían sufrido menos, una por casualidad había quedado en pie. Aislada, mientras que las de la derecha é izquierda habían sido totalmente destruidas por la metralla. Y salía de allí un hedor insoportable, las náuseas del incendio, la acritud del petróleo especialmente, derramado sobre los pisos de madera. Después era también la desolación muda de lo que se había intentado salvar, muebles tirados por las ventanas, aplastados sobre la acera, las mesas rotas, los armarios destrozados, las ropas tiradas por el suelo, rotas, manchadas, las tristes migajas del saqueo, prontas á deshacerse con la lluvia. Por una fachada abierta, por entre los pisos destrozados se veía un reloj intacto, sobre una chimenea, en lo alto de una pared.

—¡Ah! ¡los canallas!—gruñía Próspero, cuya sangre se calentaba á la vista de aquel desastre.

Apretaba los puños y fué necesario que Silvina, muy pálida, le calmase con la mirada, á cada centinela que cruzaban por el camino. Los bávaros habían puesto centinelas cerca de las casas que ardían; y esas gentes con los fusiles cargados, con la bayoneta armada, parecían guardar los incendios para que las llamas terminasen su obra. Con gesto amenazador, con un grito gutural, hacían que se separasen los curiosos, los interesados que rondaban por los alrededores. Algunos grupos de vecinos, á distancia, mudos contemplaban aquellas ruinas. Una mujer, muy joven, con los cabellos esparcidos, el vestido manchado de barro, se encontraba dentro de los restos incendiados de una casa, cuyas brasas quería remover, á pesar del centinela que las guardaba. Decían que aquella infeliz se le había muerto un niño abrasado, en la casa. Y de pronto, al apartarla el bávaro con modales bruscos se volvió y le vomitó en la cara su desesperación furiosa, injurias de sangre y lodo, palabras inmun

das, que la servían de desahogo. No debía comprenderla, la miraba, intranquilo, retrocediendo.

Acudieron tres compañeros, y le libraron de la mujer, llevándosela, chillando. Ante los escombros de otra casa, un hombre y dos niñas, los tres en el suelo, rendidos de cansancio y de miseria, lloraban, no sabiendo á donde ir, habiendo visto volar en cenizas todo lo que poseían. Pasó una patrulla, que dispersó á los curiosos, y el camino se quedó desierto, con los centinelas, tiesos, firmes, vigilando con mirada oblicua, para hacer respetar su consigna infame.

—¡Canallas, canallas!—decía Próspero sordamente.—¡Con qué placer estrangularía á un par de ellos!

Silvina le hizo callar de nuevo. Se estremeció. En una cochera que el fuego no había tocado, un perro encerrado, olvidado hacía dos días, aullaba con tono tan lastimero, tan lamentable, que un escalofrío recorrió el cielo, de donde empezaba á caer un poco de agua. Y en aquel momento, en el parque de Montivillers, tuvieron un encuentro. Tres grandes carros atestados de cadáveres, esos carros de la basura que se llenan con palas en las calles todas las mañanas; y del mismo modo los habían llenado de cadáveres, parándolos al encontrarlos para echar los muertos, volviendo á emprender la lúgubre caminata para pararse más lejos, recorriendo Bazeilles entero hasta que el montón desbordaba. Aguardaban inmóviles en la carretera á que los llevaran á enterrar. Salían algunos pies por encima. Una cabeza colgaba, medio arrancada. Cuando los tres carros empezaron á rodar de nuevo, traqueteando en los baches, una mano lívida que colgaba, muy larga, fué á rozar contra una rueda y la mano se gastaba poco á poco, desollándose, comida hasta el hueso.

En Balan cesó la lluvia. Próspero decidió á Silvina á que comiera un pedazo de pan que había tenido la precaución de llevarse. Eran las once. Pero al llegar cerca de Sedan, un puesto prusiano los detuvo de nuevo, y esta vez fué terrible; el oficial se incomodaba, se negaba á devolver el pase, que decía era falso, hablando en correcto francés. Algunos soldados habían llevado el burro y el carrito bajo un cobertizo. ¿Qué iban á hacer? ¿Cómo iban á continuar el camino? Silvina se acordó entonces del primo Dubreuil, un pariente del señor Fouchard, á quien conocía y cuya posesión, el Ermitage, se encontraba á unos pasos de allí. Tal vez hicieran caso de un señor. Dejó el burro, se fué con Próspero, puesto que los dejaban libres, con la condición de quedarse con el carrito. Al llegar al Ermitage, encontraron la verja abierta. Y desde lejos, al entrar en el paseo central, vieron un cuadro que les causó mucha extrañeza.

—¡Demonio!—dijo Próspero,—¡estos no tienen penas!—En la terraza había una reunión muy alegre. Alrededor de un velador, con tablero de mármol, había butacas y un sofá de saten azul celeste, formando círculo; era un salón muy raro, al aire libre, que la lluvia debía estar mojando desde la víspera. Dos zuavos sentados en el sofá parecían reirse á carcajadas. Un soldado de infantería, en una butaca, tenía las manos cruzadas como si no pudiera aguantar la risa. Otros tres estaban apoyados tranquilamente en los respaldos de sus asientos mientras que un cazador avanzaba la mano, como para tomar una copa sobre el velador. Debían haber vaciado la bodega y se divertían.

—¿Cómo pueden estar ahí?—decía Próspero asombrado.—¿Se burlan de los prusianos?

Pero Silvina, cuyos ojos se dilataban, lanzó un grito de horror. Los soldados no se movían, estaban muertos. Los dos zuavos tiesos, con las manos retor-

cidas, no tenían cara; la nariz arrancada, los ojos fuera de las órbitas. La risa del que tenía las manos cruzadas sobre el vientre procedía de que una bala le había partido los labios rompiéndole los dientes. Aquello atroz, esos desgraciados que se hallaban en actitudes de maniquís rotos, las con miradas vidriosas, las bocas abiertas, frías, inmóviles. ¿Se habían arrastrado hasta allí para morir juntos? ¿O eran los prusianos que se habían entretenido en recogerlos y sentarlos después en corro como para burlarse de ellos?

—¡Vaya una broma fúnebre!—dijo Próspero palideciendo.

Y al mirar los otros muertos á través del paseo, aquellos treinta valientes, entre los cuales se encontraba el cuerpo del teniente Rochas, lleno de heridas, envuelto en la bandera, añadió muy serio:

—Por aquí se han batido de firme. Me parece que no vamos á encontrar las personas que buscamos.

Silvina entró en la casa cuyas puertas y ventanas destrozadas habían dado paso al aire húmedo. No había nadie; los amos de la casa debían haberse escapado antes de que comenzara la batalla. Después, como quiso recorrerlo todo, al penetrar en la cocina dejó escapar otro grito de espanto. Dos hombres se encontraban allí tendidos, un zuavo de barba negra y un prusiano enorme, con el pelo rojo, entrelazados los dos furiosamente. Los dientes del uno habían penetrado en la mejilla del otro, los brazos tiesos, no habían soltado la presa, haciendo cruiir aún las columnas vertebrales rotas anudando los dos cuerpos con nudo tal de rabia eterna que iba á ser preciso enterrarlos juntos.

Entonces Próspero se llevó á Silvina, puesto que nada les quedaba que hacer en aquella casa abierta, habitada por la muerte. Y, cuando desesperados regresaron al puesto prusiano, tuvieron la bue-

na suerte de encontrar con el oficial, que tan mal les había recibido, á un general que visitaba el campo de batalla. Este quiso ver el pase, después lo devolvió á Silvina con un gesto de piedad, diciendo que dejaran ir á aquella pobre mujer á recoger el cuerpo de su marido. Sin aguardar más echaron á andar, subiendo hacia el fondo del Givonne, obedeciendo á la orden que les prohibía pasar por Sedan.

Después torcieron á la izquierda para llegar á la meseta de Illy por el camino que atraviesa el bosque de Garenne. Allí fueron detenidos de nuevo, creyeron que no podrían pasar, tantos eran los obstáculos que hallaron. A cada paso los árboles cortados por las granadas, tumbados como gigantes, cerraban el camino. Era el bosque bombardeado á través del cual el cañoneo había cortado existencias de árboles seculares como en un cuadro formado por veteranos. Por todas partes se veían troncos abiertos, agujereados, hendidos como si fueran pechos; y aquella destrucción, aquella matanza de ramas llorando con su savia, ofrecía el aspecto espantoso de un campo de batalla humano. Después vieron cadáveres, soldados caídos abrazados fraternalmente con los árboles. Un teniente, con la boca ensangrentada, tenía las dos manos empotradas en tierra, arrancando puñados de yerba. Más lejos un capitán había muerto echado sobre el vientre, la cabeza levantada como para aullar su dolor. Otros parecía que dormían entre la maleza, mientras que un zuavo, cuya faja azul se había quemado, tenía la barba y el pelo tostados. Y fué preciso varias veces, en aquel estrecho camino, separar los cuerpos para que el burro y el carrito pudiesen continuar.

De pronto, en un pequeño valle, cesó el horror. La batalla no debía haber pasado por allí, no había querido tocar aquel lugar delicioso. Ni un árbol

estaba desgajado, ni una mancha de sangre se dejaba ver sobre la yerba. Un riachuelo se deslizaba tranquilamente y el sendero que le acompañaba estaba cuajado de hayas. Aquel sitio encantaba, tranquilo, con una frescura deliciosa en el silencio del campo.

Próspero hizo que parara el borriquillo para que bebiera en el arroyo.

—¡Qué bien se está aquí!—dijo con un grito de involuntaria satisfacción.

Silvina miró á su alrededor, inquieta también, de sentirse feliz un momento. ¿Por qué había allí tanta felicidad, cuando en los alrededores todo era luto y dolor?

—¡Pronto, pronto, vámonos... ¿Dónde es? ¿Dónde ha visto usted á Honorato?

Y á unos cincuenta pasos de allí, al desembocar en la meseta de Illy, la llanura se desplegó bruscamente ante sus ojos. Esta vez era el verdadero campo de batalla, los terrenos pelados se extendían hasta los confines del horizonte, bajo el cielo gris de donde caían continuos chaparrones. Los muertos no estaban amontonados, todos los prusianos debían haber sido enterrados, porque no quedaba uno entre los cadáveres de los franceses, esparcidos entre los caminos, en los rastrojos, en las hondonadas, según los azares de la lucha. Cerca de un vallado, el primero que encontraron fué un sargento, un hombre hermoso, joven y fuerte, que parecía sonreirse, con los labios entreabiertos, la cara apacible. Cien pasos más allá, á través del camino, vieron á otro, mutilado atrozmente, la cabeza medio arrancada, los hombros manchados con salpicaduras de los sesos. Después de los cuerpos aislados, aquí y allá, había grupos, vieron siete en fila, la rodilla en tierra, con el fusil apuntando, heridos cuando disparaban, mientras que á su lado había caído un sargento. El camino seguía por una estre-

cha encañada y allí volvieron á horrorizarse, en frente de un foso donde había caído toda una compañía, ametrallada: los cadáveres lo llenaban, un hundimiento, una mezcolanza de hombres, empotrados, rotos, cuyas manos retorcidas habían arrancado la tierra amarillenta sin poder sujetarse. Y una bandada de cuervos alzó el vuelo llenando el espacio con sus lúgubres graznidos; y ya millares de moscas revoloteaban por encima de los cuerpos, bebiendo la sangre fresca de las heridas.

—¿Dónde está?—preguntó Silvina.

Pasaban entonces por un campo labrado, cubierto de mochilas. Algún regimiento había debido soltarlas allí, efecto del pánico, para huir más de prisa. Los restos que cubrían el suelo daban idea de los episodios de la lucha. En un campo de remolachas, algunos kepis esparcidos, parecidos á amapolas, trozos de uniformes, charreteras, cinturones, señalaban el trance horrendo, uno de los momentos en que la lucha de la artillería, que había durado doce horas, había sido más certera. Pero especialmente con lo que tropezaban á cada paso, era con trozos de armas, sables, bayonetas, fusiles, en tan crecido número que parecían ser producto de la tierra, una cosecha que hubiese crecido en un día de horrores. Platos, cantimploras se veían también por todas partes, todo lo que se había escapado de las mochilas rotas, arroz, cepillos, cartuchos. Y las tierras se sucedían á través de aquella devastación inmensa, las vallas arrancadas, los árboles achicharrados como en un incendio, el suelo mismo agujereado por las granadas, pateado, endurecido por el galope de las multitudes, tan asolado, que parecía iba á quedar estéril para siempre. La lluvia lo anegaba todo con su humedad, un olor se desprendía muy penetrante, ese olor de los campos de batalla, que huelen á paja fermentada, á paño quemado, una mezcla de podredumbre y de pólvora.

Silvina, cansada por la vista de aquellos campos de muerte por donde creía andar hacía muchas horas, miraba á su alrededor con creciente angustia.

—¿Dónde es? ¿Dónde es?

Pero Próspero no contestaba; lo que más le trastornaba, le conmovía, más que los cuerpos de los compañeros muertos, eran los cadáveres de los caballos, los pobres caballos acostados sobre el flanco, en actitudes atroces, las cabezas arrancadas, los vientres abiertos, dejando paso á las entrañas. Muchos estaban boca arriba con las cuatro patas al aire, los vientres enormes salpicaban la llanura como si fueran jorobas. Algunos no habían muerto después de una agonía de dos días, y al menor ruido levantaban la cabeza dolorida, la balanceaban á derecha é izquierda, y la volvían á dejar caer; mientras que otros, inmóviles, lanzaban un grito, era la queja del caballo moribundo, tan particular, tan dolorosamente triste, que el aire temblaba. Y Próspero, con el corazón acongojado, se acordaba de Céfiro, creyendo que iba á volver á verle.

Bruscamente, sintió temblar el suelo, bajo el galope de una carga furiosa. Se volvió y sólo tuvo tiempo para decir á su compañera:

—¡Los caballos, los caballos!... ¡Echese usted detrás de esa pared!

De lo alto de una pendiente, un centenar de caballos libres, sin jinetes, llevando algunos aún el equipo, descendían al galope como una avalancha. Eran los animales perdidos, abandonados sobre el campo de batalla, que se reunían así en rebaños, por instinto. Sin heno y sin avena desde la antevíspera, habían talado la escasa yerba y raído la corteza de los árboles, cuando el hambre les picaba el vientre como si fueran espolazos, salían todos á escape, con galope furioso, daban una carga por el

campo vacío y mudo, despachurrando los muertos, rematando los heridos.

La tromba se acercaba, Silvina tuvo tiempo para llevar el burro y la carreta detrás del muro.

—¡Dios mío! ¡Van á destrozarlo todo!

Pero los caballos habían saltado el obstáculo, y galoparon del otro lado, engolfándose en un camino bajo, hasta llegar al lindero de un bosque, detrás del cual desaparecieron.

Cuando Silvina llevó el carrito al camino, exigió que Próspero la contestase.

—Vamos á ver, ¿dónde es?

El, de pie, miraba á todas partes.

—Había tres árboles, necesito encontrarlos.

¡Caramba, no se ve muy bien cuando se da una carga y no es muy fácil saber luego qué caminos se han tomado!

Después, viendo alguna gente á la izquierda, dos hombres y una mujer, quiso preguntarles. Pero al acercarse huyó la mujer, y los hombres hicieron que se alejara, amenazándole; vió otros y todos se evadían, trataban de evitarle, huyendo, ocultándose, como animales que se arrastran, vestidos pobremente, con una suciedad sin nombre, con caras horrendas de bandidos. Entonces, al notar que los muertos, detrás de aquella gente asquerosa, no tenían zapatos, acabó por comprender que eran de esos merodeadores que seguían á los ejércitos alemanes, ladrones de cadáveres, toda una baja judería de rapiña, que seguía á los invasores para explotar los campos de batalla. Un hombre alto, flaco, echó á correr delante de él, llevando en los bolsillos, monedas y relojes robados á los cadáveres.

Un muchacho de trece á catorce años dejó que se le acercara Próspero, y como éste al notar que era francés le injuriaba, el muchacho protestó: ¿Pues qué; no podían ganarse la vida? Recogía los

fusiles, le daban veinticinco céntimos por cada uno. Por la mañana, cuando huía de su pueblo, con el estómago vacío, se había encontrado con un alemán que se había ajustado para recoger los fusiles sobre el campo de batalla. Los prusianos temían que si los aldeanos recogían las armas, las enviaran á Bélgica, para desde allí volver á Francia, y toda una nube de infelices se había dedicado á cazar fusiles, buscando entre las yerbas.

—¡Vaya un oficio!—decía Próspero.

—Hay que comer,—replicaba el muchacho.—No robo á nadie.

Como no era del país y no podía darle ninguna noticia, le señaló una casería donde había visto gente.

Próspero le dió las gracias y se alejó para unirse á Silvina, cuando vió en un surco un fusil. Primero nada dijo, después retrocedió gritando como á pesar suyo:

—¡Mira, ahí tienes uno!

Silvina al acercarse á la casería, vió otros aldeanos cavando unas zanjas. Pero éstos estaban á las órdenes de oficiales prusianos, los que con varita en la mano vigilaban el trabajo. Habían embargado á los vecinos de los pueblos para enterrar los cadáveres por temor de que la lluvia acelerara la descomposición de los cuerpos. Dos carretadas de cadáveres se encontraban allí; los descargaban, los echaban á tierra en fila, muy apretados, sin registrarlos, sin mirarles la cara; mientras que dos hombres con grandes palas, seguían cubriéndolos con una capa de tierra tan delgada, que ya con las lluvias se abría el suelo. Antes de quince días la peste, tan ligero era el trabajo, soplaría por allí. Silvina no pudo menos de pararse en el borde de la fosa, mirando los cadáveres á medida que los bajaban. Temblaba, creyendo reconocer á Honorato á cada momento. ¿No era el desgraciado aquel á

quien faltaba un ojo? ¿ó aquel otro que tenía la boca destrozada? si no descubría pronto, en aquella meseta, se lo cogerían y lo enterrarían con los demás.

Echó á correr para alcanzar á Próspero que llegaba á la puerta de la casería.

—¡Dios mío! ¿dónde es?... Pregunte usted.

En la casería no había más que prusianos, en compañía de una criada y de su hijo, que habían vuelto de los bosques, donde habían estado expuestos á morir de hambre y de sed. Era un rincón de patriarcal descanso, después de los días anteriores. Los soldados cepillaban con esmero sus uniformes, tendidos sobre las cuerdas que servían para secar las ropas.

Otro acababa de dar las últimas puntadas á un pantalón, mientras que el cocinero había encendido la lumbre sobre la cual cocía el rancho, que despedía un buen olor de berzas y de tocino. La conquista se organizaba con mucha tranquilidad y disciplina. Hubiérase dicho que eran rentistas que había vuelto á sus casas fumando tranquilamente la pipa. Sentado en un banco, delante de la puerta, un hombre grueso, rubio, había cogido entre sus brazos al hijo de la criada, un niño de cinco á seis años; y le hacía saltar, le decía en alemán palabras cariñosas y se divertía viendo reir al niño con las palabras que le decía y que no entendía.

En seguida, Próspero volvió la espalda temiendo le ocurriera algún nuevo contratiempo. Pero aquellos prusianos eran gente buena. Se echaron á reir al ver el burro, y no le pidieron el pase.

Entonces empezó una marcha loca. Entre dos nubes apareció el sol, que estaba ya muy bajo. ¿Iba á sorprenderles la noche en aquel lugar? Un nuevo chaparrón hizo que desapareciera el sol y sólo quedó á su alrededor, un polvo de agua que lo borraba todo, caminos, campos y árboles. Próspero no sabia

donde se encontraba y lo decía. El borriquillo trotaba siguiéndolos, con la cabeza baja, arrastrando el carrito. Subieron al norte, volvieron hacia Sedan. No sabían en qué dirección marchaban, retrocedieron dos veces por el mismo camino. Debían dar vueltas y acabaron, desesperados y cansados, por detenerse en el ángulo de tres caminos, batidos por el agua, sin fuerzas para buscar más.

Oyeron algunos lamentos y entraron en una casita aislada, á la izquierda, donde encontraron dos heridos en un cuarto. Las puertas estaban abiertas; llevaban dos días suf. iendo la fiebre, sin que nadie los hubiese curado, sin haber visto á nadie. La sed, sobre todo, los hacía sufrir mucho, en medio de los continuos aguaceros que caían. No podían moverse, en seguida pidieron ¡agua! ¡agua! ese grito de dolorosa avidez, con el que los heridos persiguen á los que pasan, al menor ruido de pasos que los saca de su somnolencia.

Cuando Silvina les dió el agua, Próspero, que había reconocido á un compañero, un cazador de Africa, de su regimiento, comprendió que no debían estar muy lejos de los terrenos donde había dado la carga la división Margueritte. El herido acabó por señalar vagamente; sí, era por allí, al volver á la izquierda, después de pasar un campo de alfalfa. Silvina quiso ir en seguida. Acababa de llamar para que socorrieran á los heridos, á una cuadrilla que iba recogiendo cadáveres. Había cogido el borriquito de la brida y le hacía andar muy de prisa deseando verse al otro lado del campo de alfalfa.

Próspero se detuvo:

—Debe ser por aquí. Mire usted, á la derecha, ahí están los tres árboles... ¿Ve usted la señal de las ruedas? Allí hay un armón roto... ¡Por fin hemos llegado!

Silvina se precipitó, miraba las caras de dos

muertos, dos artilleros que habían caído al borde del camino.

—¡Pero no está, no está! Habrá usted visto mal... ¡Sí, alguna equivocación, una alucinación que le habrá pasado por la vista!

Poco á poco se iba apoderando de ella una esperanza loca, una alegria inmensa.

—¡Si se hubiese usted equivocado! ¡si viviese! ¡Y debe vivir, puesto que no está aquí!

De pronto lanzó un grito. Se había vuelto y se encontraba en el sitio donde había estado emplazada la batería. Era espantoso, el suelo removido como por un temblor de tierra, restos arrastrándose por todas partes, muertos caídos en todos sentidos, en posturas atroces, los brazos torcidos, las piernas dobladas, la cabeza caída, con la boca abierta enseñando los dientes. Un sargento había muerto con las dos manos sobre los párpados, en una crispación asustada, como para no ver. Algunas monedas de oro que un teniente llevaba en una bolsa, habían caído al suelo mezclándose con su sangre.

Uno sobre otro, Adolfo, el conductor, y Luis, el hombre de á pie, con los ojos salidos de las órbitas, estaban furiosamente abrazados, unidos hasta en la muerte. Y era por fin, Honorato, echado sobre la pieza como sobre una cama de honor, herido en el costado y en el hombro, con la cara intacta y hermosa de cólera, mirando siempre hacia allá á las baterías prusianas.

—Pobre amigo,—dijo Silvina llorando.—Había caido de rodillas sobre la tierra mojada, las manos unidas en un arranque de dolor. Aquella palabra de amigo, que sólo encontraba su boca, decía bien la pérdida que había sufrido; ese hombre tan bueno, tan cariñoso, que la había perdonado, que consentía en hacerla su esposa á pesar de todo. Ahora se acababa su esperanza; no viviría más. Nunca amaría á otro. La lluvia cesaba; una bandada de

cuervos que revoloteaba por los aires lanzando graznidos, la inquietaba como una amenaza. ¿Querrían quitarle el muerto? Se había arrastrado sobre las rodillas, alejaba las moscas con mano temblorosa, esas moscas que revoloteaban al rededor de los dos ojos, grandes, abiertos, cuyas miradas buscaba.

Pero entre los crispados dedos de Honorato vió un papel manchado de sangre. Entonces quiso coger ese papel tirando poco á poco. El muerto no quería soltarlo, lo tenía tan sujeto, que no hubiese sido posible cogerlo sin hacerlo pedazos. Era la carta que le había escrito, carta conservada entre la camisa y su corazón, apretada así en una última convulsión, como una despedida. Y cuando la reconoció sintió una gran alegría en medio de su dolor intenso, trastornada al saber que había muerto pensando en ella. ¡Ah! ¡sí, le dejaría aquella carta! no se la recogería puesto que quería llevársela consigo bajo tierra. Lloró de nuevo y esto la alivió. Se había levantado, le besaba las manos, le besaba en la frente, repitiendo siempre la misma palabra:

—¡Amigo mío, amigo mío!

El sol declinaba, Próspero había ido á buscar la manta. Y los dos, con lenta piedad, cogieron el cuerpo de Honorato, lo echaron sobre la manta, lo envolvieron después y lo llevaron al carrito. La lluvia amenazaba de nuevo: empezaron á andar de prisa, formando un triste cortejo á través de la llanura asesina, cuando un lejano rumor de truenos se dejó oir.

Próspero gritó de nuevo:

—¡Los caballos, los caballos!

Era una nueva carga de los caballos errantes, libres y hambrientos. Llegaban ahora por los rastrojos, en masa profunda, las crines flotando al viento, cubiertos de espuma; y un rayo oblicuo de sol rojo proyectaba hasta el otro extremo de la meseta

el frenético vuelo de su carrera. En seguida Silvina se lanzó delante del carrito con los brazos extendidos, como para contenerlos. Felizmente tomaron á la izquierda, desviados por una pendiente del terreno. Lo hubieran destrozado todo. La tierra temblaba, los cascos lanzaron una lluvia de piedras, una granizada de metralla que hirió al borriquillo en la cabeza. Y desaparecieron en el fondo de una cañada.

—¡Es el hambre que los hace correr!—dijo Próspero.—¡Pobres animales!

Silvina, después de vendar la oreja del borriquito con su pañuelo, lo cogió de nuevo por la brida. Y el cortejo lúgubre volvió á ponerse en marcha atravesando la meseta en sentido contrario, para recorrer las dos leguas que los separaban de Remilly. A cada paso, Próspero se paraba, miraba los caballos muertos, con el corazón oprimido de alejarse de allí sin poder volver á ver á Céfiro.

Un poco más abajo del bosque del Garenne, al volver á la izquierda, para tomar el camino de la mañana, un puesto alemán exigió el pase. Y en vez de alejarlos de Sedán, esta vez les ordenaron pasaran por allí, si no querían ser detenidos. Nada había que replicar, eran las nuevas órdenes. Además, el camino se acortaba dos kilómetros pasando por Sedán.

Pero en Sedán sufrieron muchos percances en su marcha. En cuanto penetraron en las fortificaciones, un hedor insoportable los envolvió; una costra de estiércol les cubría los pies. Era la ciudad inmunda, una cloaca en la que desde hacía tres días se amontonaban las deyecciones y los excrementos de cien mil hombres. Toda clase de detritus habían espesado aquella litera humana; paja, heno, que fermentaban ya. Y, sobre todo, los esqueletos de los caballos muertos y despedazados en mitad de la calle, envenenaban el aire. Las entrañas se pu-

drían al sol, las cabezas, los huesos, se arrastraban por el suelo, cubiertos de moscas. La peste iba á declararse si no se daban prisa en barrer aquella capa de inmundicias que, en la calle del Minil, en la calle de Maqua, aun en la misma plaza de Turenne, alcanzaba hasta veinte centímetros. Unos anuncios blancos, pegados en las paredes por los prusianos, embargaban al vecindario para el día siguiente ordenando á todos, fuese quienes fueran, obreros, comerciantes, magistrados, empezaran á barrer con escobas y palas bajo la amenaza de penas severas, si la ciudad no estaba limpia por la noche, y se veía ya delante de la puerta de su casa al presidente del tribunal que quitaba la basura echándola con una pala en una carretilla.

Silvina y Próspero, que habían tomado por la calle Mayor, sólo pudieron avanzar muy despacio entre aquel fétido barro. Además una continua agitación les impedía continuar el camino con frecuencia. Era el momento en que los prusianos registraban las casas para hacer salir á los soldados que se habían escondido y que no querían rendirse. La víspera, cuando el general Wimpffen había regresado del palacio de Bellevue, después de haber firmado la capitulación, había circulado el rumor de que el ejército prisionero iba á ser encerrado en la península de Iges, mientras se organizaban convoyes para llevarlos á Alemania. Algunos oficiales, muy pocos, contaban aprovecharse de la cláusula que los dejaba libres, comprometiéndose por escrito á no servir más en el ejército. Uno solo, el general Bourgain Desfeuilles, poniendo por pretexto que padecía de reuma, había firmado el compromiso, y por la mañana su salida había sido saludada con silbidos al montar en el coche delante del hotel de la *Cruz de Oro*. Desde el amanecer se llevaba á cabo el desarme; los soldados tenían que desfilar por la plaza de Turenne, tirar los fusiles y las ba-

yonetas al montón que iba aumentando poco á poco en un ángulo de la plaza. Había allí un destacamento prusiano mandado por un oficial joven, un muchacho pálido, con levita azul celeste, que vigilaba el desarme, correcto, altivo, con las manos enguantadas. Un zuavo que en un momento de desesperación no había querido entregar su fusil, había sido cogido por orden del oficial, diciendo tranquilamente: «¡Que me fusilen á ese hombre!» Los otros, tristes, continuaban desfilando, tiraban su fusil con un gesto de dolor, deseando acabar cuanto antes. ¡Cuántos estaban ya desarmados! ¡Aquellos cuyos fusiles habían quedado en el campo de batalla! ¡Y cuántos desde la víspera se escondían creyendo que iban á pasar inadvertidos en medio de la horrible confusión! Las casas estaban atestadas de soldados, que no contestaban, que se escondían en los rincones. Las patrullas alemanas, al registrar la ciudad, los encontraban ocultos debajo de los muebles. Y como muchos, aun después de descubiertos, se empeñaban en no querer salir de las cuevas, se habían decidido á disparar tiros por las ventanas. Era una caza al hombre, una batida espantosa.

En el puente del Meuse, el carrito tuvo que detenerse, por la aglomeración de gente. El jefe del puesto que guardaba el puente, desconfiado, temiendo se tratara de algún comercio de pan ó de carne, quiso asegurarse de lo que llevaba el carretero; y cuando separó la manta, miró un momento el cadáver, sorprendido; después los dejó pasar. Pero no podían avanzar, aumentaba la confusión, era uno de los primeros convoyes de prisioneros que un destacamento prusiano conducía á la península de Iges. El rebaño, no paraba, se empujaban, se pisaban los talones, con sus uniformes destrozados, la cabeza baja, las miradas oblicuas, con los brazos caidos de vencidos que no tienen ni un cuchillo

para abrirse la garganta. La voz ruda de su vigilante los hacía andar como á latigazos, en medio del atropello silencioso, donde no se oía más que las pisadas de los zapatos gordos en el barro espeso. Acababa de caer otro chaparrón y nada más triste que aquel rebaño de soldados vencidos, decaidos, parecidos á los vagabundos y mendigos de los caminos.

Bruscamente, Próspero, cuyo corazón de soldado latía con fuerza, tocó con el codo á Silvina, señalándole dos soldados que pasaban. Había reconocido á Juan y á Mauricio, llevados con los compañeros, marchando fraternalmente, al lado uno de otro; y el carrito volvió á emprender la caminata. Detrás del convoy, pudo seguirlos con la mirada hasta el barrio de Torcy, sobre aquel camino llano que va hasta Iges, entre las huertas y jardines.

—¡Ah!—murmuró Silvina, con los ojos vueltos hacia el cuerpo de Honorato, trastornada con lo que veía,—¡acaso los muertos son los más felices!

La noche, que los había sorprendido en Wadelincourt, era ya muy cerrada cuando llegaron á Remilly. Delante del cadáver de su hijo, el señor Fouchard, se quedó sorprendido, porque estaba convencido que no lo encontrarían. El había ocupado el día haciendo un buen negocio. Los caballos de los oficiales, robados en el campo de batalla, se vendían al precio corriente de veinte francos, y había comprado tres por cuarenta y cinco francos.

II

En el momento en que la columna de prisioneros salía de Torcy, hubo tal confusión, que Mauricio quedó separado de Juan. Por más que corrió tras el, se extravió. Y cuando, por último, llegó al puente que se había establecido sobre el canal que corta la península de Iges en su base, se vió mezclado

con cazadores de Africa, sin poder unirse á su regimiento.

Dos cañones, con las bocas hacia la península de Iges, defendían el paso del puente. Después del canal, en una casita pequeña, el Estado mayor prusiano había instalado un puesto de guardia, á las órdenes de un comandante, encargado de la recepción y de la custodia de los prisioneros. Las formalidades eran pocas, se contaban los hombres como si fueran borregos, y entraban poco á poco, sin inquietarse por los uniformes ni los números; y el rebaño penetraba é iba á colocarse donde podía.

Mauricio creyó poder dirigirse á un oficial bávaro que fumaba tranquilamente, sentado en una silla.

—¿El 106°, caballero, por dónde hay que pasar?

El oficial, por rara casualidad no entendía el francés ó al menos quiso engañarle, porque se sonrió, levantó la mano é hizo la señal de que fuera derecho.

Aunque Mauricio era del país, no había ido nunca á la península de Iges, y anduvo á la descubierta, como lanzado por un vendaval, á una isla lejana. Primero tomó á la izquierda por la Tour á Glaire, una hermosa posesión, cuyo pequeño parque tenía un encanto infinito, allí en las márgenes del Meuse. El camino seguía al río, que se deslizaba á la derecha. Popo á poco subía para dar la vuelta al montecillo que ocupaba el centro de la península; había allí antiguas canteras, excavaciones por donde se perdían estrechos senderos. Más allá, á flor de agua, se encontraba un molino. Después torcía el camino, bajaba hasta la aldea de Iges, construida sobre una pendiente, unida por una barca, á la otra margen, delante de la fábrica de hilados de Saint Albert. Por último, campos de labranza, praderas que iban ensanchándose, toda una extensión de vastos terrenos llanos y sin árboles, que ence

rraba el círculo del río. En vano registró Mauricio la pendiente occidental del monte; sólo veía allí la caballería y artillería, tratando de instalarse. Preguntó de nuevo, se dirigió á un sargento de cazadores de Africa, el que no pudo contestarle. Comenzaba á anochecer y se sentó en la orilla del camino, rendido.

Entonces, en la brusca desesperación que se apoderaba de él, vió en frente, del otro lado del Meuse, los campos malditos, donde se había batido la antevíspera. Era aquel día en que terminaba aquella jornada de lluvia, una evocación lívida, la triste visión de un horizonte anegado de barro. El desfiladero de Saint Albert, el estrecho camino por donde habían llegado los prusianos, se perdía por entre los recodos hasta llegar á unas canteras. Más allá de la cuesta de Seugnon, se veían las cimas del bosque de Felizette. Pero, derecho delante de él, un poco á la izquierda, era sobre todo Saint Menges, cuyo camino iba á pasar hasta la barca; era la eminencia del Hattoy en medio, Illy muy lejos, Fleigneux escondido detrás de un repliegue del terreno, Floing, más cerca, á la derecha. Reconocía el campo en el cual había aguardado muchas horas echado entre las berzas, la meseta que la artillería de reserva había tratado de defender, la cuesta donde había visto morir á Honorato, sobre su cañón destrozado. Y el horror del desastre renacía, se apoderaba de él haciéndole sufrir tanto, que hasta le daban náuseas.

El temor de verse sorprendido por la negra noche le obligó á continuar indagando. Tal vez encontrase al 106º al otro lado de la aldea. Sólo encontró allí merodeadores. Se decidió á dar la vuelta á la península. Al pasar por un campo sembrado de patatas, tuvo la precaución de arrancar unas matas, desenterrando las patatas para llenarse los bolsillos; no estaban maduras, pero no tenía otra cosa

para comer, pues Juan había querido cargar con los dos panes que les había dado Delaherche. Lo que llamaba su atención era la multitud de caballos que encontraban por los terrenos pelados que bajaban suavemente hasta el Meuse, hacia Donchery. ¿Para qué habían llevado allí caballos? ¿Cómo iban á mantenerlos? Y la noche le sorprendió cuando llegó á un bosquecito en el que vió con sorpresa se encontraban los cien guardias del emperador, instalados ya, secándose delante de algunas hogueras. Esos señores, acampados aparte, tenían buenas tiendas de campaña, marmitas donde cocían la comida y una vaca atada á un árbol. Comprendió en seguida que le miraban de reojo al verle tan destrozado, con el uniforme hecho pedazos y lleno de barro. Sin embargo, le dejaron asar las patatas en la ceniza y se alejó después á un centenar de metros, se sentó al pie de un árbol y las comió. Había cesado de llover, las nubes desaparecieron y vió brillar en el cielo algunas estrellas. Entonces comprendió que lo mejor era pasar allí la noche, proponiéndose continuar buscando su regimiento al siguiente día. Estaba cansado; el árbol le protegería algo si empezaba de nuevo la lluvia.

Pero no pudo dormir recordando la prisión inmensa donde se encontraba, abierta en la espesa noche. Los prusianos habían tenido una idea feliz llevando allí á los ochenta mil hombres que quedaban del ejército de Chalóns. La península podía medir una legua de larga por un kilómetro y medio de latitud, donde podía estar muy á sus anchas el inmenso rebaño desbandado y vencido. Se daba perfectamente idea de la cintura de agua que los encarcelaba; rodeándolos el Meuse en tres partes, después el canal que arrancaba de la base, uniendo los dos brazos del río. Allí se encontraba una puerta, el puente que defendían dos cañones. Y na-

da era más fácil que custodiar aquel campamento á pesar de su extensión. Había notado que en la otra margen del río se habían colocado centinelas alemanas, un soldado cada cincuenta pasos, con orden de disparar sobre cualquier prisionero que intentara escapar á nado. Los hulanos galopaban detrás, uniendo los distintos puestos, mientras que, más lejos, esparcidos en el campo, hubieran podido contarse las líneas negras de los regimientos prusianos, una triple muralla, viva y movediza que encerraba al ejército prisionero.

Ahora, con los ojos grandes, abiertos por el insomnio, Mauricio no veía más que las tinieblas donde brillaban las hogueras de los campamentos. Sin embargo, más allá del Meuse pálido, distinguía aún las siluetas inmóviles de los centinelas. Bajo la claridad de las estrellas permanecían derechas y negras; y á intervalos regulares, un grito gutural llegaba hasta sus oídos, un grito de vela, amenazador, que se perdía allá en lontananza, en el ruido del río. Toda la pesadilla de la antevíspera renacía en él al oir aquellas duras sílabas extranjeras atravesando una hermosa noche estrellada de Francia; todo lo que había visto una hora antes, la meseta de Illy atestada de cadáveres, los infames contornos de Sedán, donde se había hundido un mundo. La cabeza apoyada contra una raíz del árbol, con la humedad de aquel bosque, volvió á apoderarse de él la misma desesperación que la víspera sobre el sofá de Delaherche; y lo que, agravando los sufrimientos de su orgullo, le torturaba ahora era la cuestión del mañana, la necesidad de medir la caída, la de saber en medio de qué ruinas ese mundo de ayer había desaparecido. Puesto que Napoleón había entregado su espada al rey Guillermo, ¿aquella horrible guerra no acabaría? Pero recordaba lo que le habían dicho dos bávaros que conducían los prisioneros á Iges: «¡Todos nosotros en Francia, to-

dos nosotros en París!» En su somnolencia, tuvo la brusca visión de lo que ocurría; el imperio barrido, arrastrado bajo la maldición universal, la república proclamada en medio de una explosión de patriótica fiebre, mientras que la leyenda de 1792 hacía desfilar las sombras, los soldados llamados en masa, los ejércitos de voluntarios echando al extranjero del suelo de la patria. Y todo se confundía en su pobre cabeza enferma, las exigencias de los vencedores, la tenacidad de la conquista, la obstinación de los vencidos para derramar hasta la última gota de sangre, el cautiverio para los ochenta mil hombres que estaban ahí, en la península primero, después en las fortalezas de Alemania, durante unas semanas, unos meses, acaso años. Todo crujía, se desmoronaba para siempre en una desgracia sin límites.

El grito de los centinelas, aumentando poco á poco, resonó delante de él y fué á lo lejos. Se había despertado, daba vueltas sobre la tierra dura, cuando un tiro rasgó el silencio de la noche. Un estertor de muerte atravesó en seguida el espacio; el agua salpicó unos momentos durante la corta lucha de un cuerpo que se va á fondo. Algún desgraciado había recibido un balazo al querer atravesar á nado el Meuse para escaparse.

Al siguiente día, en cuanto amaneció, Mauricio estaba en pie. El cielo estaba despejado, tenía prisa para unirse á Juan y á los compañeros de la escuadra. Quiso registrar de nuevo el interior de la península, pero después se decidió á dar la vuelta entera. Y al encontrarse al lado del canal, vió los restos del 106°, un millar de hombres acampados en la orilla del río que protegía una hilera de árboles. La víspera, si en vez de tomar por derecho, delante de él, hubiese torcido á la izquierda, hubiera encontrado en seguida su regimiento. Casi todos los regimientos de infantería estaban amontonados allí,

en el ribazo que va desde la Tour á Glaire hasta el palacio de la Villette, otra posesión, rodeada de algunas casitas, del lado de Donchery; todos acampaban cerca del puente, cerca de la única salida, con el instinto de la libertad que hace que se aplasten los rebaños contra la puerta del aprisco.

Juan lanzó una exclamación de alegría.

—¡Ah! ¿eres tú? ¡Creí que te habías caído al rio?

Estaba allí con lo que le quedaba de la escuadra: Pache y Lapoulle, Loubet y Chouteau. Estos, después de haber dormido en un portal de Sedan, se habían encontrado de nuevo al ser hechos prisioneros. En la compañía no quedaba más jefe que el cabo; la muerte habíasegado las vidas del sargento Sapin, del teniente Rochas y del capitán Beaudoin. Y aunque los vencedores habían abolido los grados decretando que los prisioneros solo debían obedecer á los oficiales prusianos, los cuatro se habían acercado á Juan, sabiendo que era muy prudente y muy experimentado y que era muy útil en los casos de verdadero apuro. Así es que aquella mañana reinaba la mayor armonía y concordia entre todos. Para pasar aquella noche, les había encontrado un sitio casi seco entre dos arroyuelos, donde se habían acostado, no teniendo para todos más que un pedazo de lona. Después se había procurado leña y una marmita en la cual Loubet les había hecho el café que les había templado el cuerpo. No llovía, el día se anunciaba muy hermoso, tenían aún un poco de galleta y de tocino y después, como decía Chouteau, era una satisfacción no tener que obedecer á nadie y poder estar á sus anchas, pues aunque estaban encerrados, había mucho sitio para todos. Además, dentro de tres ó cuatro días se marcharían. Aquel primer día, el día 4, que era un domingo, lo pasaron alegremente.

El mismo Mauricio, confortado desde que se

había unido á sus compañeros, solo padeció oyendo las músicas prusianas que tocaron durante toda la tarde al otro lado del canal. Al anochecer cantaron coros. Se veía más allá del cordón de centinelas, á los soldados paseándose por pequeños grupos, cantando con voz lenta y fuerte para celebrar el domingo.

—¡Ah!... ¡esas músicas!—acabó por decir Mauricio exasperado.—Me penetran en la piel.

Menos nervioso, Juan movió los hombros.

—¡Hombres, pues ya tienen motivos para estar contentos! Y además, tal vez crean que nos distraen... El día no ha sido malo; no nos quejemos.

Pero al anochecer empezó á llover. Era un desastre. Algunos soldados habían invadido las pocas casas abandonadas de la península. Otros habían logrado plantar las tiendas de campaña. El mayor número, sin abrigo de ninguna clase, sin mantas, tuvo que pasar la noche al aire libre, bajo aquella lluvia diluviante.

A la una de la mañana, Mauricio se despertó en medio de un verdadero lago. Los arroyuelos hinchados por las lluvias se habían desbordado sumergiendo el terreno donde estaban echados. Chouteau y Loubet juraban, mientras que Pache sacudía á Lapoulle, que seguía durmiendo, á pesar de todo, en aquella riada. Entonces Juan se acordó de unos álamos que había visto á la orilla del canal y fué á acogerse debajo de ellos con los compañeros que acabaron de pasar allí la noche, medio doblados, la espalda contra la corteza, las piernas recogidas para guarecerse de las gotas.

Y la jornada siguiente y la del otro día fueron verdaderamente atroces, bajo los continuos chaparrones, tan frecuentes y tan fuertes, que las ropas no tenían tiempo de secarse. El hambre comenzaba de nuevo á hacerlos sufrir, no quedaba ni una galleta, ni un pedazo de tocino, ni un grano de café.

Durante esos dos días el lunes y martes, vivieron con las patatas robadas en el campo y aún al final de los dos días eran tan escasas, que los soldados que tenían dinero las compraban á real cada una. Las cornetas tocaban á provisiones y el cabo se había dado prisa en acudir delante de un cobertizo de la Tour á Glaire, donde corría el rumor de que daban raciones de pan. Pero la primera vez tuvo que aguardar tres horas inútilmente, y la segunda empezó á regañar con un bávaro. Si los oficiales franceses nada podían, hacer imposibilitados de obrar, ¿los alemanes tendrían intención de dejar morir de hambre á los soldados vencidos? No parecía quehubiesen tomado precaución alguna, ningún esfuerzo se había hecho para alimentar, aquellos ochenta mil hombres cuya agonía empezaba, en aquel infierno horrendo que los soldados designaban con el nombre de Campo de la Miseria, un nombre de angustia, del que los soldados debían guardar un recuerdo indeleble.

Al regresar del cobertizo, Juan á pesar de su calma habitual se encolorizaba.

—¿Se quieren burlar de nosotros, tocando á provisiones cuando no hay nada? ¡Que el demonio me lleve, si vuelvo á menearme!

Y á pesar de todo, al menor toque de llamada acudía de nuevo. Aquellos toques reglamentarios eran inhumanos; cada vez que sonaban las cornetas, los caballos franceses, abandonados y libres del otro lado del canal, acudían, se retiraban al agua, para unirse á sus regimientos, atraidos por aquellos toques conocidos que los aguijoneaban como si fueran espolazos. Pero sin fuerzas apenas, pocos llegaban al otro ribazo, y se veían sus cuerpos hinchados flotar sobre las aguas, en crecido número. En cuanto á los que llegaban á tierra, como presa de súbita locura, galopaban, y se desvanecían en los campos de la península.

—¡Carne para cuervos! decía dolorosamente Mauricio, que recordaba la infinidad de caballos, encontrada por él. Si nos quedamos aún unos días, nos vamos á devorar unos á otros... ¡Pobres animales!

La noche del martes al miércoles fué terrible. Y Juan que empezaba á tener cuidado por el estado febril de Mauricio, le obligó á envolverse en un trozo de manta, que habían comprado por diez francos; mientras que él, en su capote que parecía una esponja, recibió el diluvio que no cesó en toda aquella noche. Bajo los álamos, la posición era insostenible, había un barizal enorme, y la tierra, harta de agua, la devolvía. Lo malo era que además tenían el estómago vacío, pues la cena había consistido en dos remolachas para los seis hombres, que no habían podido hacer cocer, por falta de la leña seca y cuya frescura azucarada, se cambió muy pronto en una intolerable sensación de quemadura. Sin contar con que se declaraba la disentería á consecuencia del cansacio, de la mala comida y de la humedad. Varias veces Juan, adosado contra el tronco del mismo árbol, había alargado la mano para tentar y ver si Mauricio no estaba destapado. Desde que sobre la meseta de Illy, su compañero le había salvado de caer en manos de los prusianos, llevándoselo entre sus brazos, pagaba su deuda centuplicada. Lo hacía sin razonarlo, se daba por entero, se olvidaba de sí, por cariño hacia el otro. Se había quitado la comida de la boca para dársela, como decían los hombres de la escuadra; ahora hubiera dado su piel, para vestir al otro, abrigarle las espaldas y calentarle los pies. Y en medio del salvaje egoísmo que los rodeaba, en aquel rincón de humanidad doliente, donde el hambre hacía sufrir atrozmente, debía acaso á esa abnegación completa, el beneficio imprevisto de conservar su tranquilidad y su salud; porque sólo él, firme aún, no perdía la cabeza.

Después de aquella noche horrible, Juan puso en ejecución un proyecto que venía meditando.

—Oye, Mauricio, puesto que no nos dan de comer y que nos tienen olvidados, tenemos que arreglarnos de algún modo, si no queremos morir como perros... ¿cómo estás con tus piernas?

Felizmente había vuelto á salir el sol y Mauricio calentado contestó.

—¡Pues estoy bien de piernas!

—Pues entonces vamos á ver si descubrimos algo... Tenemos dinero y malo será que no encontremos algo que comprar. Y no nos cuidemos de los demás, no lo merecen; ¡que se las arreglen!

En efecto, Loubet y Chouteau le sublevaban por su egoísmo, robando lo que podían, sin partir nunca con los compañeros: nada podían sacar de Lapoulle, el bruto, ni de Pache, el beato.

Los dos, Juan y Mauricio, se fueron por el camino que este último había recorrido, á la orilla del Meuse. El parque de la Tour á Glaire y la habitación, estaban destrozados, saqueados, los árboles cortados, la casa invadida. Un gentío andrajoso, soldados llenos de barro, las mejillas hundidas, los ojos brillantes de fiebre, acampaban allí como bohemios, viviendo como lobos en los cuartos manchados, no atreviéndose á salir por temor de perder el sitio para pasar la noche. Y más lejos en las pendientes; atravesaron por los sitios donde acampaban la caballería y la artillería, tan correctas hasta entonces, descaidas también, desorganizándose con las torturas del hambre que alocaba á los caballos y echaba á los hombres por los campos, en bandadas devastadoras. A la derecha, vieron delante del molino una cola interminable de artilleros y de cazadores de Africa, desfilando con lentitud: el molinero les vendía harina, dos puñados por un franco. Pero el temor de tener que aguardar demasiado, les hizo pasar adelante, esperando encontrar algo mejor en

el pueblo de Iges; y este presentaba un aspecto tristísimo; como si fuera una aldea de la Argelia después del paso de una nube de langosta: no quedaba ni una migaja de víveres, de pan, de legumbre ni de carne. Decían que el general Lebrun se había hospedado en casa del alcalde. Había tratado de organizar uu servicio de bonos, pagaderos después de la guerra, para facilitar el aprovisionamento de las tropas. Pero como nada quedaba, el dinero era completamente inútil. La víspera se habían pagado dos francos por un galleta y siete francos una botella de vino, una copa de aguardiente un franco y un pipa de tabaco cincuenta céntimos. Y ahora los oficiales se veín obligados á custodiar la casa del general como las que se hallaban cerca, porque las cuadrillas de merodeadores derribaban las puertas y robaban hasta el aceite de las lámparas para beberlo.

Tres zuavos llamaron á Juan y á Mauricio. Entre los cinco podrían trabajar bien.

—Venid... hay aquí caballos que se mueren y si tuviéramos leña seca...

Después asaltaron la casa de un aldeano, rompieron los armarios, arrancaron el tejado de paja. Unos oficiales que llegaron á la carrera los hicieron huir, amenazándoles con los revólvers.

Cuando Juan se convenció de que los aldeanos que se habían quedado en Iges estaban tan hambrientos como los soldados, sintió haber desdeñado la harina del molino.

—Hay que volver allá, tal vez quede aún.

Pero Mauricio empezaba á estar tan cansado, tan debilitado, que Juan le dejó en un boquete de las canteras, sentado sobse una roca, en frente del ancho horizonfe de Sedan. Después de formar cola durante tres cuartos de hora volvió con dos raciones de harina y no tuvieron más remedio que comer á puñados. No era malo, no sabía á nada,

un sabor soso de pasta. El almuerzo los reconfortó un poco. Tuvieron también la suerte de encontrar en la roca un depósito natural de agua de lluvia, bastante pura y la bebieron con delicia.

Después Juan propuso pasar allí mismo la tarde, pero Mauricio se negó.

—¡No, no, aquí no!... Caería enfermo si tuviese ese panorama mucho tiempo ante mi vista...

Con mano temblorosa señalaba el horizonte inmenso, el Hattoy, las mesetas de Floing y de Illy, el bosque del Garenne, esos campos malditos de la matanza y de la derrota.

—Hace un momento, mientras te aguardaba, he tenido que volverles las espaldas, porque me entraban ganas de aullar de rabia, si, de aullar como un perro á quien se azuza. ¡No puedes imaginarte el daño que eso me causa! ¡Me vuelvo loco!

Juan le miraba, extrañándole aquel orgullo, inquieto al sorprender en los ojos ese extravío de la locura que había ya notado algunas veces. Quiso tomarlo á broma.

—¡Bueno! La cosa es muy sencilla. Vamos á cambiar de país.

Empezaron á andar y anduvieron hasta la caída de la tarde. Visitaron la parte llana de la península, esperando encontrar algunas patatas, pero los artilleros que se habían apoderado de los arados habían removido los campos recogiendo todo lo que quedaba. Retrocedieron. Atravesaron de nuevo por medio de las multitudes inactivas y moribundas, soldados que paseaban el hambre, sembrando el suelo con sus cuerpos aletargados, caídos de inanición á centenares, expuestos á los rayos del sol. Ellos mismos, á cada momento, tenían que sentarse.

Después una sorda exasperación los ponía en pie, comenzaban á rondar como aguijoneados por el instinto del animal que busca su comida. Parecía

que aquello duraba meses y, sin embargo, los minutos pasaban rápidos. En el interior de las tierras, hacia Donchery, tuvieron miedo de los caballos y les fué preciso esconderse detrás de una pared; se quedaron allí mucho tiempo mirando, con sus ojos lánguidos, esos galopes de animales locos que pasaban rápidos bajo el cielo rojizo.

Como Mauricio lo había previsto, los millares de caballos aprisionados con el ejército y que no podían mantener, eran un peligro que aumentaba cada día. Primero habían comido la corteza de los árboles, después atacaron á los emparrados, á todas las maderas que encontraban y ahora se devoraban entre sí. Se les veía tirarse unos sobre otros para arrancarse las crines de la cola que mascaban furiosamente. Pero por la noche, eran terribles, como si la obscuridad los hostigase con horribles pesadillas. Se reunían, se lanzaban contra las escasas tiendas de campaña que aun permanecían de pie, atraídos por el olor de la paja. Inútilmente se habían encendido hogueras para alejarlos, éstas parecían excitarlos más. Sus relinchos eran tan lamentables, tan horrorosos, que parecían rugidos de animales salvajes. Los ahuyentaban y volvían en mayor número y más feroces. Y á cada momento surgía de las tinieblas el grito de agonía de algún soldado extraviado á quien acababan de aplastar al galopar furiosos.

El sol permanecía aun en el horizonte cuando Juan y Mauricio se disponían á regresar al campamento. En el camino se encontraron con los cuatro compañeros de la escuadra, medio enterrados en una zanja. Loubet los llamó y Chouteau les dijo:

—Estamos tratando de la cena de esta noche... Vamos á morir de hambre, pues hace treinta y seis horas que no comemos nada... Y como hay caballos y la carne de caballo no es mala...

—¿No es verdad, cabo? Forma usted parte de la expedición y cuantos más seamos mejor... Mire usted, hay allí uno rojo, grande, al que estamos acechando hace una hora. Parece que está enfermo y le acabaremos antes.

Y señalaba un caballo á quien el hambre había hecho caer sobre el costado, levantaba á veces la cabeza, paseaba alrededor unas miradas tristes y volvía á dejarla caer.

—¡Qué pesado es!—gruñó Lapoulle, á quien su enorme apetito torturaba.—Voy á acabarle, ¿queréis?

Pero Loubet le detuvo. ¡No, no! Los prusianos habían prohibido que se mataran caballos bajo pena de muerte, por temor á que sus cuerpos produjeran la peste. Había que aguardar á que fuera de noche y por eso los cuatro estaban allí, en la zanja, aguardando, sin perder de vista al caballo.

—Cabo,—dijo Pache con voz temblorosa,—usted que tiene tanta maña ¿no podría usted matarlo sin hacerle daño?

Juan se negó á hacer lo que le pedían. ¡Aquel pobre animal que agonizaba! ¡No, no! Su primer pensamiento fué huir con Mauricio para que ni uno ni otro tomaran parte en aquella horrible matanza. Pero al ver tan pálido á su compañero tuvo lástima de él. Después de todo, se dijo, los animales se han hecho para que los coman las personas. No podían buenamente dejarse morir de hambre teniendo allí carne. Y se alegró al ver que Mauricio se reanimaba al pensar que podría cenar.

—¡Pues no, no sé cómo matarlo sin hacerle daño!...

—¡Pues á mí poco me importa! —dijo Lapoulle.—¡Ahora veréis!

Cuando los dos se sentaron en la zanja volvieron á esperar. De vez en cuando se levantaba uno, se aseguraba de que el caballo estaba allí, con el cue-

llo tendido hacia el Meuse para respirar la fresca brisa. Después llegó el crepúsculo lentamente; los seis hombres se levantaron impacientados por aquella espera, mirando á todas partes para ver si los vigilaban.

—¡Ahora es la ocasión! —dijo Chouteau.

El campo estaba aun claro, con una claridad precursora de las sombras de la noche. Lapoulle echó á correr seguido por los otros cinco. Había cogido una piedra grande y redonda, se tiró sobre el caballo y empezó á machacarle el cráneo, moviendo los brazos como si tuviera una maza. Pero al segundo porrazo el caballo hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Chouteau y Loubet se echaron sobre sus piernas para tratar de sujetarlo y pedían á los demás les ayudaran. El caballo relinchaba con voz casi humana, se movía, los hubiera destrozado si no hubiese estado medio muerto de inanición. Pero su cabeza se movía demasiado y Lapoulle no acertaba á rematarle.

—¡Vaya unos huesos duros!... sujetadle para que le acabe.

Juan y Mauricio no hacían caso de las palabras de Chouteau, permanecían impasibles, sin tomar parte en la matanza.

Y Pache, bruscamente en un arranque instintivo de religiosa piedad, cayó en tierra de rodillas, con las manos juntas y empezó á rezar, como si estuviera á la cabecera de un moribundo.

—Señor, tened piedad de él...

Otra vez más Lapoulle dió un golpe en falso; sólo arrancó una oreja al pobre caballo que relinchó dolorosamente.

—¡Aguarda, aguarda!—gruñó Chouteau.—Hay que acabar de una vez, nos haría coger... ¡No lo sueltes, Loubet!

Acababa de sacar una navajita y de rodillas, sobre el cuerpo del caballo, sujetando con un brazo

la cabeza, metió la navajita en el cuello, cortó pedazos de carne hasta que encontró y cortó la arteria. De un salto se levantó y la sangre empezó á chorrear como si fuera el caño de una fuente, mientras que las patas se movían y un estremecimiento agitaba todo el cuerpo. Tardó cinco minutos en morir. Sus grandes ojos se fijaban en los que le rodeaban aguardando su muerte.

—Dios mío,—murmuraba Pache de rodillas,—socorredle...

Después, cuando murió, fueron las dificultades para sacar un buen pedazo. Loubet que había hecho todos los oficios indicaba cómo había que arreglárselas para sacar el filete. Pero carnicero torpe, y no teniendo más que la navajita, se perdió en aquella carne caliente. Y Lapoulle, impaciente, se puso á ayudarle abriendo el vientre sin necesidad alguna y la carnicería fué horrible. Rebuscaban ferozmente entre la sangre y las entrañas, como lobos.

—No sé qué pedazo será éste,—dijo Loubet, levantándose con un enorme trozo de carne,—pero creo que con esto tendremos para hartarnos.

Juan y Mauricio, horrorizados, volvieron la cabeza. Pero siguieron á los otros cuando se alejaron del caballo, para que no los sorprendieran. Chouteau encontró tres remolachas olvidadas. Loubet, para quedar libre echó la carne sobre los hombros de Lapoulle mientras que Pache llevaba la marmita de la escuadra. Y los seis corrían, corrían sin tomar aliento, como si los persiguieran.

De pronto Loubet se detuvo.

—Esto es tonto, sería necesario saber dónde vamos á guisar esto.

Juan, tranquilo ya, propuso fuese en las canteras. Estaban á unos trescientos metros y había allí algunos agujeros escondidos donde podrían encender lumbre sin ser vistos. Pero cuando llegaron allí

se presentaron muchas dificultades. Primero la carencia de leña, pero encontraron la carretilla de un peón caminero y Lapoulle la hizo pedazos con los tacones. Después fué el agua potable de que se carecía en absoluto. Durante el día, el sol había secado los pequeños depósitos de agua de lluvia. Había una fuente, pero estaba muy lejos, en el palacio de la Tour á Glaire y había que hacer cola hasta media noche para coger un poco. En cuanto á los pozos, estaban agotados hacía dos días y no se sacaba más que barro. Sólo quedaba el agua del Meuse, cuyo ribazo se encontraba al otro lado del camino.

—Voy allá con la marmita,—dijo Juan.

Todos se opusieron.

—¡Ah! no, no queremos envenenarnos.

¡Está lleno de cadáveres!

El Meuse, en efecto, acarreaba cadáveres de hombres y de caballos. Se veían pasar á cada instante, con el vientre hinchado, verdosos, descompuestos. Muchos se paraban en las hierbas, en los bordes, envenenando el aire. Todos los soldados que habían bebido de aquella agua, habían tenido náuseas y disentería.

Había que resignarse. Mauricio explicó que después de cocida, el agua no era peligrosa.

—Entonces voy á buscarla,—dijo Juan, llevándose á Lapoulle.

Cuando la marmita estuvo en el fuego, llena de agua con la carne dentro, ya era de noche. Loubet peló las remolachas, para hacerlas caer con el caldo; era aquello un guiso endiablado; todos atizaban la lumbre. Sus grandes siluetas se reflejaban en las rocas. Después no pudieron resistir más, se echaron sobre el caldo inmundo y se distribuyeron la carne, partiéndola con los dedos. Pero á pesar de todo, con la falta de sal, aquella carne les repugnaba y el estómago no podía resistir aquella

comida sosa, á medio cocer, con gusto de arcilla. En seguida empezaron á vomitarla. Pache no pudo continuar comiendo. Chouteau y Loubet insultaban al caballo que después de darles tanto trabajo ahora les daba cólicos. El único que comió copiosa mente fué Lapoulle, pero estuvo á punto de reventar durante la noche, cuando volvió con los otros para dormir, bajo los árboles del canal.

En el trayecto, Mauricio, sin decir una palabra, agarró el brazo de Juan y se lo llevó por un sendero. Los compañeros le disgustaban y había tenido la idea de ir á dormir en el pequeño bosque donde había pasado la primera noche. Era una buena idea que Juan aprobó, cuando echado sobre la tierra seca empezó á dormir. Al día siguiente se despertaron muy tarde. El descanso les devolvió las fuerzas.

Habían llegado al jueves y estaban allí desde el domingo. No sabían cómo vivían, pero el tiempo hermoso que parecía haberse asegurado, les dió mucho ánimo. Juan decidió á Mauricio á pesar de su repugnancia á volver á la orilla del canal para saber si su regimiento marchaba aquel día. Cada día salían prisioneros por columnas de mil doscientos hombres, á los que dirigían sobre las plazas fuertes de Alemania. La antevíspera habían visto delante del puesto prusiano, un convoy de oficiales y de generales, que iban á Pont á Mousson, para tomar el ferrocarril. Todos tenían ganas de abandonar cuanto antes aquel Campo de la Miseria. ¡Cuándo les tocaría á ellos el turno! Y cuando encontraron al 106.º acampado en el ribazo, en el desorden creciente de tantos sufrimientos, se desesperaron.

Sin embargo, aquel día, Juan y Mauricio creyeron que comerían. Desde por la mañana se había establecido un comercio entre los bávaros y los prisioneros, por encima del canal: los prisioneros

les echaban dinero en un pañuelo, y ellos les envolvían en el mismo un pedazo de pan y un poco de tabaco. Hasta los soldados que no tenían dinero, habían logrado hacer negocio, tirándoles sus guantes blancos de ordenanza que los bávaros recibían con gusto. Durante unas dos horas, ese comercio extraño se realizó sin tropiezos. Mauricio que había tirado una moneda de á duro bien envuelta en su corbata; pero el bávaro que le echaba el pan, lo tiró tan torpemente con buena ó mala intención, que fué á parar al río. Entonces los alemanes se echaron á reir. Dos veces Mauricio quiso repetir y dos veces el pan cayó al agua. Después, atraídos por las risas, acudieron los oficiales, y prohibieron á los alemanes vendieran nada á los prisioneros. El comercio cesó. Juan tuvo que aplacar á Mauricio, que amenazaba con los puños á los ladrones, pidiéndoles le devolvieran el dinero.

El día aquel, á pesar del hermoso sol, fué terrible. Hubo dos alertas, dos llamadas de corneta, que hicieron á Juan acudir bajo el cobertizo, donde se debían repartir provisiones. Pero las dos veces sólo recibió empujones. Los prusianos, tan admirablemente organizados, continuaban dando pruebas de una incuria brutal hacia el ejército prisionero. Con las reclamaciones de los generales Douay y Lebrun, hicieron llevar algunos carneros, y algunos carros de panes; pero tomaban tan mal las precauciones que los carneros desaparecían y los carros eran saqueados, cerca del puente, de modo que los soldados acampados á más de cien metros no recibían nada. Sólo los merodeadores podían comer. Así es que Juan, comprendiendo la trampa, se llevó á Mauricio cerca del puente, para cazar la comida.

Eran ya las cuatro y nada habían comido, en aquel hermoso día, cuando tuvieron la alegría de ver á Delahorche. Algunos vecinos de Sedan obte

nían permiso para ver á los prisioneros á los que llevaban provisiones. Cuando conocieron de lejos á Delaherche cargado con una cesta se echaron sobre él; pero aún llegaron tarde, hubo tal oleada que la cesta y un pan desaparecieron, sin que el fabricante pudiera darse cuenta de lo ocurrido.

—¡Pobres amigos!—balbuceó, estupefacto,—¡yo que venía tan contento!

Juan se había apoderado del pan y lo defendía; y mientras que Mauricio y él lo comían, sentados en la orilla del camino, Delaherche les daba noticias. Su mujer, á Dios gracias, estaba muy bien. Pero el estado del coronel le inspiraba serios cuidados. Estaba muy abatido, aunque su madre le acompañaba noche y día.

—¿Y mi hermana?—preguntó Mauricio.

—¡Su hermana, es verdad!... Me acompañaba, era ella la que traía los dos panes. Pero había tenido que quedarse al otro lado del canal, pues no la habían dejado pasar... Ya saben ustedes que los prusianos han prohibido que entren mujeres en la península.

Entonces habló de Enriqueta, de lo que había intentado para ver á su hermano y auxiliarle. Una casualidad la había puesto en presencia del primo Gunther, el capitán de la guardia prusiana. Pasaba con su aire altanero y duro haciendo como que no la conocía. Ella misma se había escapado, como si fuera uno de los asesinos de su marido. Después, sin saber cómo, volvió hacia él, le alcanzó y le contó todo, la muerte de Weiss. Y no se había conmovido al saber la muerte horrible de su pariente: esas eran cosas de la guerra, á él también hubieran podido matarle. Después cuando le habló de su hermano, que estaba prisionero y le suplicó interviniera para que le dejaran verlo, se negó en absoluto. La orden era formal; hablaba de la voluntad alemana como de una religión. Al separar-

se de él, tuvo la sensación de que se creía en Francia como un justiciero, con la intolerancia burlona del enemigo hereditario, que aumentaba con el odio hacia la raza á quien castigaba.

—De todos modos,—terminó diciendo Delaherche,—esta tarde habéis comido; y lo que me desespera es que temo mucho no poder obtener otro pase.

Les preguntó si tenían que hacerle algún encargo, se ofreció á llevar algunas cartas escritas con lápiz, que le entregaron otros soldados, porque habían visto que los bávaros encendían sus pipas con las cartas que habían ofrecido llevar al correo.

Después cuando Juan y Mauricio le acompañaron hasta el puente, Delaherche les dijo:

—¡Allí está, allí está Enriqueta!...

¿No veis como mueve el pañuelo?

Más allá de la línea de lo centinelas, entre el gentío, se distingía una silueta menuda, un punto blanco que palpitaba al sol..Y los dos muy emocionados, llorando, levantaron los brazos y contestaron al saludo.

El día siguiente, un viernes, fué el peor para Mauricio. Después de una noche tranquila en el bosque, había tenido la suerte de comer pan, pues Juan había descubierto, en el palacio de Villette, una mujer que lo vendía á diez francos la libra. Pero aquel día presenciaron una escena horrorosa, cuya pesadilla conservaron mucho tiempo.

La víspera, Chouteau había notado que Pache no se quejaba, estaba contento, como un hombre que hubiese satisfecho el hambre. En seguida comprendieron que debía tener algún escondite, tanto más, cuanto que aquella mañana lo habían visto alejarse durante una hora, y reaparecer después, satisfecho, con la boca llena aún. Con seguridad, le había caído alguna ganga, había encontrado provisiones,

Y Chouteau exasperaba á Loubet y Lapoulle, á este último especialmente. ¡Vaya una mala persona, si era verdad que tenía que comer y no daba parte á los compañeros!

—Esta tarde vamos á seguirle...

Veremos si tiene valor para comer solo, cuando nos morimos de hambre á su lado.

—¡Sí, sí, eso es, le seguiremos!—repetía con violencia Lapoulle;—¡ya veremos si se atreve!

Apretaba los puños, la sola esperanza de comer le volvía loco. Su gran apetito le torturaba más que á los otros, y era tanto lo que sufría que había intentado comer yerba. Desde la antevíspera, desde la noche que había comido carne de caballo, con remolachas, lo que le produjo disentería, estaba en ayunas; tan torpe era, que á pesar de sus hercúleas fuerzas no había podido coger nada al lado del puente. Hubiera pagado con sangre una libra de pan.

Al anochecer, Pache desapareció, por entre los árboles de la Tour á Glaire, y los otros tres desfilaron detrás de él.

—Que no nos vea,—decía Chouteau.—Mucho ojo.

Pero unos cien pasos más allá Pache debió creerse libre, porque echó á andar más rápidamente, sin mirar hacia atrás. Y pudieron seguirle hasta las canteras, llegaron detrás de él, en el momento en que separaba dos piedras para coger la mitad de un pan que se hallaba debajo. Era lo último de sus provisiones y tenía para hacer una comida.

—¡Canalla!—aulló Lapoulle,—¡para eso te escondes!... ¡Vas a darme eso, es mi ración!

Dar su pan, ¿por qué? Aunque era muy pequeño, tuvo valor para ponerse en pie y apretaba el pan contra su pecho, con todas sus fuerzas. El también tenía hambre.

—¡Déjame en paz! ¿lo oyes? Esto es mío.

Después, al ver á Lapoulle que le amenazaba con los puños, echó á correr, por entre las canteras, hacia Donchery. Los otros tres le perseguían, á escape. Pero ganaba terreno, el miedo le daba alas tanto que parecía que le llevaba el aire. Había recorrido un kilómetro, se acercaba al bosque, á la orilla del agua, cuando se encontró á Juan y Mauricio, que volvían al sitio donde debían pasar la noche. Les pidió auxilio sin dejar de correr, mientras que éstos, sin darse cuenta de lo que significaba aquella caza al hombre, se quedaron parados.

Y así lo vieron todo.

Pache tuvo la desgracia de tropezar en una piedra y cayó. Los otros tres llegaban jurando, aullando como lobos hambrientos, persiguiendo una presa.

—¡Dame eso, bandido! gritó Lapoulle, ó acabo contigo.

Y alzaba la mano para pegarle, cuando Chouteau, sacó la navajita abierta, que le había servido para sangrar el caballo.

—¡Toma el cuchillo!

Pero Juan había echado á correr, para evitar una desgracia, perdiendo la cabeza él también, pues hablaba de meterlos en el calabozo; y Loubet cuando oyó tal cosa, le trató de prusiano, pues como no había jefes, los prusianos eran los únicos que mandaban.

—¡Dame eso, bandido! repetía Lapoulle. ¿Quieres dármelo?

A pesar del terror, Pache apretó más el pan contra su pecho, obstinado como aldeano hambriento que no suelta nada de lo que le pertenece.

—¡No!

Entonces se acabó todo, el bruto de Lapoulle la hundió el cuchillo en la garganta con tal violencie que el desgraciado no pudo lanzar un grito. Sus

brazos se estiraron y el pan rodó por tierra manchándose con la sangre.

Ante aquel crimen, imbécil y loco, Mauricio, inmóvil hasta entonces, pareció ser presa de súbita locura. Amenazaba á los tres hombres, los trataba de asesinos con tal vehemencia que todo su cuerpo temblaba. Pero Lapoulle parecía que no le oía. Se había quedado en tierra cerca del cadáver de Pache, devoraba el pan, salpicado de gotas de sangre; tenía un aspecto de estupidez salvaje como atontado por el ruido de sus mandíbulas, mientras que Loubet y Chouteau, al ver su aspecto feroz satisfaciendo su hambre no se atrevían á reclamarle su parte.

Era completamente de noche, una noche clara con hermoso cielo estrellado; Mauricio y Juan que habían regresado al bosque, solo vieron á Lapoulle rondando á la orilla del Meuse. Loubet y Chouteau habían desaparecido para volver al canal, inquietos por aquel cadáver que dejaban detrás de ellos. Lapoulle, al contrario, parecía temer ir á unirse á ellos. Después del aturdimiento del crimen, fatigado por la digestión del grueso pedazo de pan, comido demasiado de prisa, era presa de una angustia que le hacía agitarse, no atreviéndose á pasar por el camino que le cerraba el cuerpo de Pache; iba de aquí para allá sobre el ribazo sin saber qué hacer. ¿Era el remordimiento que se despertaba en el fondo de aquella inteligencia inculta? ¿ó era solo el miedo de que le descubrieran? Iba y venía como una fiera ante los hierros de la jaula, con el deseo de huir, que aumentaba por momentos, una necesidad dolorosa de huir, como si fuera un mal físico del que tuviera que morir. Tenía que salir á escape de aquella cárcel donde había matado á un hombre. Sin embargo, se dejó caer al suelo y durante mucho tiempo estuvo echado sobre las hierbas.

Exasperado Mauricio decía á Juan:

—Oye, no puedo seguir aquí por más tiempo. Te aseguro que me voy á volver loco... Me extraña que el cuerpo haya resistido, no estoy mal de salud. Pero la cabeza se va. Si me dejas aquí un día más en este infierno soy hombre perdido... marchémonos, vámonos en seguida!

Y empezó á explicarle planes extravagantes para evadirse. Iban á atravesar el Meuse á nado, echarse sobre los centinelas, estrangularlos con un pedazo de cuerda que tenía en el bolsillo, y sino los matarían á pedradas ó los comprarían con dinero, se pondrían sus uniformes para pasar las líneas prusianas.

—Cállate, hombre, decía Juan, me da miedo oirte decir tales tonterías. ¿Estás en tu juicio? ¿Puede hacerse nada de lo que dices?... Mañana veremos. ¡Cállate ahora!

Juan, á pesar de que estaba muy disgustado y muy aplanado, conservaba su prudencia á pesar de la debilidad y de las pesadillas causadas por el hambre. Y como su compañero, medio loco, se quería tirar al Meuse, tuvo que agarrarle, regañarle con lágrimas en los ojos. De pronto dijo:

—¡Mira!

Se había oido un ruido en el agua. Vieron á Lapoulle que se había decidido á echarse al río después de quitarse el capote para que no le molestase; y su camisa blanca hacía que se le viera muy bien en la semi oscuridad. Nadaba, subía lentamente, observando el sitio á donde podría abordar, mientras que sobre la otra orilla se distinguían las siluetas de los centinelas inmóviles. Rasgando la noche apareció un rayo, después se oyó un tiro. El agua se movió muy poco. Y fué todo; el cuerpo de Lapoulle, la mancha blanca, empezó á bajar, abandonada á la corriente.

Al día siguiente, un sábado, Juan llevó á Mauricio al lugar donde acampaba el 106° con la espe-

ranza de salir aquel día. Pero no había órdenes, el regimiento estaba como olvidado. Muchos se habían ido, la península de Iges se vaciaba y los que allí quedaban caían enfermos. Desde hacía ocho días la demencia germinaba y subía en aquel infierno. Al acabarse las lluvias y con el sol de plomo, sólo habían cambiado de suplicio. Los excesivos calores acababan por agotar las fuerzas de los prisioneros, dando á los casos de disentería un carácter epidémico grave. Las deyecciones, los excrementos de todo aquel ejército enfermo envenenaban el aire con emanaciones infectas. No se podía ir por las orillas del Meuse, tal era el olor que despedían los cadáveres de los soldados ahogados y de los caballos muertos que se pudrían entre las hierbas de las orillas. Y en los campos, los caballos muertos de inanición se descomponían, soplando tal aire de peste que los prusianos, que temían por su vida, habían ilevads palas y azadones obligando á los prisioneros á enterrar los cuerpos.

Aquel sábado cesó la penuria. Como eran menos numerosos y los víveres llegaban de todas partes, pasaron de un golpe de la mayor escasez á la mayor abundancia. Tuvieron cuanto querían de pan, carne y aun vino, y se dieron un atracón de comer desde el amanecer hasta que anocheció. Llegó la noche y siguieron comiendo, y se comió aun hasta el amanecer del día siguiente. Muchos reventaron.

Durante aquel día Juan no hizo más que vigilar á Mauricio á quien creía capaz de todas las locuras. Había bebido bastante y hablaba de abofetear á un oficial alemán para quo se lo llevaran. Y por la noche, Juan que había encontrado en las dependencias de la Tour á Glaire un rincón libre en una cueva, creyó prudente ir á pasar allí la noche con su compañero, á quien el sueño acaso devolvería la tranquilidad de espíritu. Pero fué la noche más horrenda de su estancia en la peninsnla, una noche

espantosa durante la cual no pudieron cerrar los ojos. Otros soldados llenaban la cueva; dos se habían echado en un rincón y se morían atacados de disentería; y cuando la oscuridad fué completa no cesaron las quejas, los lamentos, los estertores de la agonía.

En las tinieblas los estertores adquirían tal horror, que los soldados, acostados unos al lado de los otros, gritaban á los moribundos se callaran y los dejaran dormir, muy incomodados. Estos no los oían y el estertor volvía á dejarse oir, dominándolo todo, mientras que de fuera llegaban los clamores de las borracheras de los compañeros que seguían comiendo sin poder hartarse.

Entonces empezoron las angustias de Mauricio. Había intentado huir de aquel antro de horror que hacía correr por su piel un sudor frío, pero como se levantaba á tientas, había pisado unos miembros y había vuelto á caer á tierra entre aquellos moribundos. Y no trataba de escapar. Se evocaba en él todo el horrible desastre, desde la salida de Reims hasta el aniquilamiento de Sedan. Le parecía que la pasión del ejército de Chalons acababa solo en aquella noche, en la noche oscura de aquella cueva donde agonizaban dos soldados que no dejaban dormir á los compañeros. El ejército de la desesperación, el rebaño expiatorio, enviado en holocausto, había pagado las culpas de todos con la oleada roja de su sangre en cada una de las estaciones. Y ahora, muerto sin gloria, cubierto de oprobio, caía en el martirio bajo aquel castigo que no había merecido. Era demasiado, se encolerizaba sediento de justicia, con ansias de vengarse del destino.

Cuando amaneció uno de los soldados había muerto, el otro agonizaba aún.

—Vámonos, Mauricio, iremos á tomar el aire; será mucho mejor, dijo Juan.

Pero fuera, con la hermosa y cálida mañana,

cuando los dos se encontraron cerca de la aldea de Iges, Mauricio se exaltó más aún, con el puño amenazando allá, al inmenso campo de batalla, la meseta de Illy en frente, Saint Menges á la izquierda, el bosque del Garenne á la derecha.

—¡No, no! ¡no puedo ver más tiempo eso! El tener eso delante de mi vista me taladra el corazón y el cerebro... ¡Llévame de aquí en seguida, pero en seguida!

Aquel día era domingo, las campanadas de Sedan llegaban á todo vuelo, mientras que se oía á lo lejos una música alemana.

El 106° no había recibido órdenes, y asustado Juan por el delirio de Mauricio, se decidió á poner en práctica un medio que venía meditando. Delante del puesto prusiano, sobre el camino, se preparaba una salida de prisioneros, la de otro regimiento, el 5.° de línea. Reinaba gran confusión en la columna de la que un oficial, que hablaba muy mal el francés no lograba hacer la lista. Y habiéndose arrancado del uniforme el número y los botones, pasaron el puente y se encontraron fuera. Sin duda Chouteau y Loubet habían tenido la misma idea porque los vieron detrás de ellos, con sus miradas de asesinos, inquietos.

¡Qué desahogo! en aquel primer instante feliz. Fuera parecía una resurrección, la luz brillante, el aire sin límites, el despertar florido de todas las esperanzas. Cualquiera que fuera su desgracia ahora no la temían, se reían al salir de aquel horrible campamento de la Miseria.

III

Por última vez, por la mañana, Juan y Mauricio acababan de oir los toques alegres de las cornetas francesas, y marchaban ahora camino de Alemania entre el rebaño de prisioneros á los que precedían

y seguían pelotones de soldados prusianos, mientras que otros, situados á derecha é izquierda, los vigilaban, con la bayoneta calada en el fusil. Solo oían ahora en los puestos las cornetas alemanas, con notas tristes.

Mauricio vió con satisfacción que la columna torcía á la izquierda y que atravesaba á Sedan. Tal vez tuviese la suerte de volver á ver á su hermana. Pero los cinco kilómetros que separaban la península de Iges de la ciudad, bastaron para que se echara á perder la alegría que había sentido al verse fuera de la cloaca. Ese convoy era otro suplicio, los prisioneros sin armas, llevados como ganado, destrozados; vestidos con pingajos, sucios de haberse visto abandonados durante tantos días, adelgazados por aquel ayuno de una semana, parecían vagabundos, merodeadores que hubiesen detenido los gendarmes en los caminos. Al llegar al barrio de Torcy, como algunos hombres se paraban y las mujeres salían á las puertas mirándolos con aire de lástima, una oleada de vergüenza ahogó á Mauricio, obligándole á bajar la cabeza.

Juan, de espíritu más práctico y del piel más dura, sólo se acordó de que habían hecho una tontería no llevándose un pan cada uno. Con la precipitación de la salida no habían almorzado, y el hambre volvió á hacerles sufrir. Otros prisioneros debían haber hecho lo mismo, porque tendían monedas pidiendo les vendieran algo. Uno muy alto, con cara de enfermo, ofrecía una moneda de oro por encima de los soldados de la escolta, desesperanzado de no encontrar nada que comprar. Y fué entonces cuando Juan, que acechaba la ocasión apercibió de lejos, delante de una panadería, una docena de panes en una pila. Antes que los otros tiró un duro y quiso cojer dos panes. Después como el prusiano que se encontraba cerca de él le empujara brutalmente, quiso recojer al menos la moneda. Pero el capitán

encargado de la vigilancia de la columna, un hombre pequeñito de aspecto insolente, llegó en aquel momento. Apuntó con el revólver la cabeza de Juan y amenazó con levantar la tapa de los sesos al primero que se moviera. Y todos habían bajado la cabeza mientras que continuaba la marcha, oyéndose solo el ruido sordo de los pasos del re baño.

—¡Ah! ¡con qué gusto le abofetaría á ese!—dijo Mauricio ¡con qué gusto le rompería las muelas!

Desde entonces la vista de aquel capitán, se le hizo insoportable. Entraban en Sedan, pasaban por el puente del Meuse, y las escenas brutales se renovaban, se multiplicaban. Una mujer, una madre sin duda, que quería abrazar á su hijo, un sargento joven había sido separada de un culatazo con tal violencia, que cayó á tierra. En la plaza de Turenne, fueron atropellados unos señores que echaban provisiones á los prisioneros. En la calle Mayor, á uno de estos, que al coger una botella que le alargaba una señora, se escurrió y cayó al suelo, le hicieron levantar á puntapies. Sedan, que desde hacía ocho días veía pasar así aquel desgraciado rebaño de vencidos, no se acostumbraba, estaba agitado y á cada nuevo desfile de prisioneros, se conmovía.

Juan, cuya cólera se había aplacado, se acordaba de Enriqueta y de pronto la idea de ver á Delaherche le vino á la memoria.

—Oye, dijo á Mauricio, abre los ojos cuando pasemos por la calle Maqua.

En efecto cuando entraron en la calle, vieron desde lejos, algunas cabezas asomadas, en una de las ventanas monumentales de la fábrica. Después reconocieron á Delaherche y Gilberta y detrás de ellos, de pie, la severa figura de la señora Delaherche. Tenían panes y los echaban á los hambrientos, que les tendían las manos temblorosas, implorándolos.

Mauricio había notado en seguida, que su hermana no estaba allí; mientras que Juan inquieto al ver volar los panes y temiendo que no quedaran para ellos se agitó, movió los brazos gritando:

—¡A nosotros, á nosotros!

En casa de Delaherche se sorprendieron alegremente. Sus caras pálidas, se iluminaron mientras que hacían gestos demostrando su alegría por aquel encuentro. Y Gilberta quiso echar ella misma el último pan, en los brazos de Juan, pero lo hizo con tanta torpeza, que se echó á reir.

No pudiendo detenerse, Mauricio preguntó á voces:

—¿Y Enriqueta?

Entonces Delaherche contestó, pero su voz se perdió entre el ruido de los pasos. Debió comprender que el joven no le había oído, porque hizo señas, señalando al Sur. La columna entró en la calle del Menil, la fachada de la fábrica desapareció, con las tres cabezas que se inclinaban mientras que una mano agitaba un pañuelo.

—¿Qué es lo que ha dicho?—preguntó Juan.

—No sé, no lo he entendido... y voy á estar intranquilo, hasta que reciba noticias de mi hermana, añadió Mauricio.

Continuaron andando, los prusianos aceleraban la marcha, con la brutalidad de los vencedores; el rebaño salió de Sedan, por la puerta de Menil y continuó la caminata por la carretera, galopando como si los persiguiera alguien.

Cuando llegaron á Bazeilles, Juan y Mauricio se acordaron de Weiss, buscaron las cenizas de la casita defendida con tanto tesón. Les habían contado en el Campo de la Miseria la devastación del pueblo, los incendios y las matanzas; y lo que veían sobrepujaba en horror á lo que les habían contado. Después de doce días, los montones de escombros humeaban aún. Se habían hundido las paredes

y no quedaban diez casas intactas. Lo que les consoló un poco fué encontrar carretillas y carros llenos de cascos y de fusiles bávaros, recogidos después de la lucha. Era la prueba de que habían matado á muchos de esos incendiarios.

La gran parada debía tener lugar en Douzy para permitir almorzar á los prisioneros. Llegaron allí después de sufrir bastante en el camino. Los soldados se cansaban muy pronto, aniquilados por los ayunos. Los que se habían atracado de comer la víspera, tenían vértigos, estaban rendidos, porque aquella glotonería en vez de reparar sus fuerzas las había agotado. Así es que cuando se pararon en un prado, á la izquierda del pueblo, los desgraciados se dejaron caer sobre la hierba, sin fuerzas para comer. Les faltaba el vino, y algunas mujeres caritativas que se acercaron para dárselo, fueron rechazadas por los centinelas. Una de ellas, asustada cayó al suelo, torciéndose el pie; hubo gritos, lágrimas, una escena lastimosa; mientras los prusianos que se habían apoderado de las botellas se las bebían. Esa solicitud de los aldeanos para los pobres prisioneros, se manifestaba así á cada paso, mientras que con los generales se mostraban intransigentes. En Douzy mismo, fué atacado un convoy de generales que se dirigían sobre Pont á Mouzon. Los caminos no estaban seguros para los oficiales; hombres con blusas, soldados evadidos, desertores tal vez, se echaban sobre ellos y querían asesinarles, como si fueran cobardes y traidores, con aquella leyenda de la traición, que veinte años más tarde, debía aún entregar al desprecio de aquellos campos, á todos los jefes.

Mauricio y Juan comieron la mitad de su pan, que tuvieron la suerte de remojar con algunos tragos de aguardiente que les dió un aldeano. Pero lo más terrible fué después, cuando tuvieron que emprender de nuevo la marcha. Tenían que ir á dor-

mir á Mouzon, y aunque la etapa era corta, el esfuerzo parecía excesivo. Los hombres no pudieron levantarse sin gritar, tanto era lo que se enfriaban al menor descanso. Muchos, cuyos pies sangraban, se descalzaron para continuar la marcha. La disentería hacía estragos, uno cayó en en el primer kilómetro y tuvieron que empujarlo á la orilla del camino. Otros dos, más allá, cayeron al pie de una valla, donde una mujer los recogió por la noche. Todos estaban muy débiles, se apoyaban en palos que los prusianos les habían permitido cortar en un bosque. Formaban una desbandada de desgraciados inválidos, cubiertos de llagas, pálidos y sin fuerzas. Y las violencias continuaban, los que se separaban un poco, volvían á entrar en fila á estacazos. En la cola, el pelotón que formaba la escolta, tenía orden de empujar á los que no podían seguir pinchándoles con las bayonetas. A un sargento que se negó á ir más lejos, el capitán dió orden de llevarle á rastras hasta que consintiera en andar. Y era prevalecía sobre todo un castigo: el del oficial calvo, que hablaba correctamente el francés y que abusaba de esa ventaja insultando á los prisioneros, con frases secas parecidas á latigazos.

—¡Ah!—decía rabiosamente Mauricio, ¡con qué placer le sacaría á ese toda la sangre, gota á gota!

Estaba aniquilado, más enfermo aún de la rabia que no podía desahogar, que del cansancio. Todo le exasperaba, hasta los toques de las cornetas prusianas, que le hubieran hecho aullar como un perro, tan enervado se encontraba. No podía llegar al final del viaje sin hacerse matar. Al atravesar algunas aldeas, sufría atrozmente al ver á las mujeres que le miraban con aire de lástima. ¿Qué sucedería al entrar en Alemania, cuando los habitantes se atropellasen para verlos pasar? Y se figuraba ver los vagones de ganado, donde iban á amontonarlos, los disgustos y las torturas del camino, la

triste existencia en las fortalezas, bajo el cielo de invierno, cargado de nieve. ¡No, no, prefería morir en seguida, prefería exponerse á morir en un recodo del camino, en Francia, que ir á pudrirse allá, en una cárcel durante meses y meses.

—Oye,—dijo á Juan en voz baja,—al pasar cerca de un bosque nos escapamos por entre los árboles, de un salto. La frontera belga no está muy lejos, y ya encontraremos á alguien que nos enseñe el camino.

—¿Estás loco?—dijo Juan,—tirarán sobre nosotros y nos matarán.

Pero Mauricio replicaba que había alguna esperanza de escapar y que, después de todo, si los mataban, era preferible á continuar así.

—¡Bueno!—replicó Juan, —pero ¿qué haremos después con nuestros uniformes? Ya ves que el campo está lleno de puestos prusianos y necesitábamos otros trajes... Es demasiado peligroso, y no te dejaré llevar á cabo tal locura.

Tuvo que sujetarle, le cogió por el brazo, le apretaba contra sí mismo, como si se sostuvieran mutuamente, mientras continuaba calmándole, regañándole paternalmente.

Detrás de ellos, en aquel momento, hablaban y les hicieron volver la cabeza. Eran Chouteau y Loubet, que habían salido por la mañana al mismo tiempo que ellos de la península de Iges y á los que habían evitado hasta entonces. Ahora los dos los seguían. Chouteau debía haber oído las frases de Mauricio, su plan de huída por un bosque, porque lo tomaba por su cuenta.

—Oid, entramos en la expedición. Es una magnífica idea la de largarnos. Algunos compañeros se han escapado y lo haremos como lo han hecho ellos. No nos vendrá mal tomar el aire á los cuatro.

Mauricio se excitaba y Juan se volvió para replicar á Chauteau:

—Si tienes prisa echa á correr... ¿á qué aguardas?

Ante las miradas del cabo tartamudeó, pero dió las razones por las que insistía.

—Es que si somos cuatro estaremos mejor... y alguno podrá salir libre.

Entonces, con gran energía, Juan se opuso. No se fiaba de Chauteau y temía alguna trastada. Tuvo que hacer uso de toda su autoridad sobre Mauricio para impedir que éste accediera, porque se presentaba una ocasión: pasaban junto á un bosque muy tupido que solo separaba del camino un campo lleno de zarzas. Atravesarlo corriendo y meterse en el bosque, esa era la salvación.

Hasta entonces Loubet no había dicho nada. Miraba, aguardaba la ocasión oportuna decidido á no entrar en Alemania. Se fiaba en sus piernas y en su instinto, que le habían sacado de muchos apuros. Y de pronto se decidió.

—¡Vaya, hasta la vista, me largo!

De un salto se echó fuera del camino. Chouteau le imitó corriendo á su lado. En seguida dos prusianos los persiguieron, sin acordarse de disparar un tiro. La escena que pasó después fué tan rápida que apenas pudieron darse cuenta de ella. Loubet, dando rodeos por entre las zarzas iba á lograr escaparse, mientras que Chouteau, menos ágil, iba á ser cogido. Pero de un esfuerzo supremo adelantó terreno, se echó entre las piernas de Loubet y le hizo caer; y mientras los dos prusianos se echaban sobre éste para sujetarle, el otro desapareció en el bosque. Se oyeron algunos tiros, dieron una batida entre los árboles, pero todo fué inútil.

Los dos prusianos apaleaban brutalmente á Loubet. El capitán, enfurecido, acudió y hablaba de hacer un ejemplo; y ante aquellas palabras menu-

dearon los culatazos y las patadas tanto, que cuando le levantaron tenía un brazo roto y la cabeza abierta. Murió antes de llegar á Mouzon, en el carrito de un aldeano que lo había recogido.

—Lo ves,—murmuró Juan al oído de Mauricio.

Miraban allá, hacia el bosque impenetrable, encolerizados contra aquel bandido que corría libremente, mientras que sentían lástima por su víctima, que no valía gran cosa, era cierto, pero que era un muchacho alegre y listo, lo que no impedía que Chouteau le hubiese jugado una partida.

En Mouzon, á pesar de aquel terrible ejemplo, Mauricio volvió á pensar en la huída. Habían llegado tan cansados, que los prusiones tuvieron que ayudar á los prisioneros á plantar las tiendas que les habían dado. El campamento se encontraba cerca del pueblo, en un terreno bajo y pantanoso; y lo peor era que la víspera otro convoy había acampado allí y el suelo estaba lleno de basura: era una verdadera cloaca. La tarde fué menos dura, la vigilancia de los prusianos no era tan estrecha desde que desapareció el capitán para instalarse en alguna posada. Los centinelas toleraban á los chiquillos echasen frutas á los prisioneros; manzanas y peras. Después dejaban invadir el campamento á los vecinos del pueblo, de modo que se improvisaron muchos vendedores, hombres y mujeres, que despachaban pan, vino y tabaco. Todos los que tenían dinero comieron y fumaron. Bajo el pálido crepúsculo, aquel mercado improvisado estaba animadísimo.

Detrás de su tienda, Mauricio estaba muy excitado, repitiendo á Juan:

—No puedo más, en cuanto anochezca me escapo... Mañana nos alejaremos de la frontera y ya no será tiempo.

—Pues bueno, escapemos, acabó por decir Juan, no pudiendo resistir más y cediendo también á

aquel afán de huir. Ya veremos sino dejamos el pellejo.

Empezó á mirar á los vendedores á su alrededor. Algunos compañeros se habían procurado blusas y pantalones; circulaban rumores anunciando que personas caritativas habían organizado almacenes de trajes para facilitar la evasión de los prisioneros. Y en seguida le llamó la atención una muchacha, una rubia de dieciséis años, con ojos magníficos, que tenía tres panes en una cesta. No voceaba su mercancía como los otros, tenía una sonrisa muy agradable. Juan la miró muy fijamente, sus miradas se cruzaron. Entonces se acercó:

—¿Quiere usted pan?

No contestó;—la interrogó por señas. Después, como le dijo que sí con la cabeza, añadió en voz baja:

—¿Hay trajes?

—Sí, debajo de los panes.

Y empezó á vocear su mercancía en voz alta. «¡Pan, pan! ¿quién compra pan?» Pero cuando Mauricio quiso darla una moneda de oro, retiró la mano y se escapó, después de dejarles la cesta. La vieron que se volvía, alejándose, mirándolos con sus hermosos ojos.

Cuando tuvieron la cesta, Juan y Mauricio empezaron á temblar. Se habían separado de su tienda y no la pudieron encontrar, tan atolondrados se hallaban. ¿Dónde meterse? ¿Cómo cambiar de traje? Aquella cesta que Juan llevaba tan torpemente, les parecía que todo el mundo la registraba con los ojos y que veían lo que contenía. Por último se decidieron, entraron en la primer tienda vacía y se pusieron un pantalón y una blusa, después de colocar bajo los panes los uniformes. Y lo abandonaron todo. Pero no encontraron más que una gorra de lana, y Juan obligó á Mauricio á que se la pusiera. El, sin nada en la cabeza, exageraba el peligro; se

creía perdido y andaba buscando algo con que cubrírsela; cuando se le ocurrió comprar el sombrero á un hombre muy sucio que vendía cigarros.

—¡A quince céntimos la pieza! ¡Dos por veinticinco céntimos! Cigarros de Bruselas.

Desde la batalla de Sedan no había aduanas y todos los productos belgas entraban libremente y el hombre había podido realizar muy buenos beneficios, lo que no le impidió querer sacar buen partido de su sombrero agujereado y grasiento cuando comprendió de lo que se trataba. No lo quiso dar por menos de diez pesetas, diciendo que se iba á constipar.

Juan tuvo otra idea, la de comprarle toda su mercancía, tres docenas de cigarros. Y, sin aguardar á más, empezó á vocear:

—¡A quince céntimos dos cigarros! ¡Cigarros de Bruselas!

Era la salvación. Hizo señas á Mauricio de que le precediera. Este tuvo la suerte de encontrar un paraguas y como caían algunas gotas, lo abrió tranquilamente para atravesar la línea de centinelas.

—¡A quince céntimos dos! ¡Cigarros de Bruselas!

En pocos momentos, Juan vendió su mercancía. Se la arrebataban de las manos; ¡éste, al menos, es razonable,—decían,—no quiere robarnos! Atraídos por la baratura, se acercaron algunos prusianos y tuvo que comerciar con ellos. Se arregló de tal manera, que al pasar la línea de centinelas vendió los dos últimos cigarros á un sargento que no hablaba una palabra de francés.

—No vayas tan de prisa,—decía Juan á Mauricio. Nos van á coger de nuevo.

Pero á pesar de ellos sus piernas los arrastraban. Tuvieron que hacer grandes esfuerzos para detenerse un momento en el ángulo que formaban los

dos caminos, entre los grupos que se estacionaban delante de una posada. Algunos hombres hablaban allí tranquilamente con soldados alemanes; hicieron como que escuchaban, tomaron parte en la conversación, hablando de la lluvia que amenazaba caer durante toda la noche. Un señor gordo, que los miraba con mucha insistencia, les hacía estremecer. Después, como se sonreía, se arriesgaron.

—Diga usted, caballero, ¿el camino de Bélgica está guardado?

—Sí, pero atraviesan ustedes ese bosques primero y después tomen por la izquierda, por los campos.

En el bosque, en el gran silencio de los árboles inmóviles, cuando nada oyeron, cuando se creyeron salvados, la emoción los echó en brazos uno del otro, en la fraternidad de todo lo que habían sufrido juntos; y el abrazo que se dieron les pareció el más suave de toda su vida, un abrazo como no recibirían seguramento de ninguna mujer, la consagración de la inmortal amistad, la certidumbre absoluta de que sus dos corazones no formaban más que uno para siempre.

—No, Mauricio,—dijo Juan con voz temblorosa, cuando se soltaron,—ya es algo bueno estar aquí, pero no hemos llegado al final... habrá que orrientarse.

Mauricio, aunque no conocía el sitio, decía que no había más que seguir todo derecho para llegar á la frontera. Los dos, uno detrás de otro, empezaron á andar con muchas precaucionas hasta salir del bosque. Acordándose entonces de la indicación que les habían hecho, quisieron tomar á la izquierda para cortar por los rastrojos. Pero como encontraran un camino, adornado con álamos, vieron las hogueras de un puesto prusiano que lo cerraba. Se veía brillar la bayoneta del centinela, los soldados acababan de comer y charlaban. Retrocedieron y

se metieron dentro del bosque, temiendo verse perseguidos. Creyeron oir voces y pasos, anduvieron así durante más de una hora, sin dirección fija, dando vueltas, corriendo á veces y á veces también inmovilizados delante de los árboles á quienes tomaban por prusianos. Por fin, desembocaron de nuevo en el mismo camino, á diez pasos del centinela, cerca de los soldados que estaban calentándose.

—¡No tenemos suerte! —decía Mauricio,—es un bosque encantado.

Pero esta vez les habían oído, se habían roto algunas ramas y rodaron piedras. Y como al «quién vive» del centinela, echaron á correr, sin contestar, el puesto cogió las armas y dispararon al bosque, acribillándole.

Juan lanzó un juramento, conteniendo un grito de dolor.

Había recibido un latigazo en la pantoarilla y cayó contra un árbol.

—¿Te han herido?—preguntó Mauricio.

—¡Sí, en la pierna! Es cosa perdida.

Los dos escuchaban, temblando de miedo, creyendo que les perseguirían. Pero los tiros cesaron y nada se movía. Los soldados no debían querer perseguirlos dentro del bosque.

Juan, que se esforzaba en querer ponerse en pie, ahogó un quejido y Mauricio le sostuvo.

—¿No puedes andar?

—¡Creo que no!

Se encolerizaba, apretaba los puños, se hubiera pegado.

—¡Vaya una mala suerte! dejarse romper una pata, cuando más falta hace para correr. ¡Es cosa de echarse al surco! Escápate solo.

Mauricio contestó alegremente.

—¡No seas tonto!

Le cogió por los brazos, le ayudaba, deseando alejarse á escape. Después de andar unos pasos, se

detuvieron de nuevo al ver delante de ellos una casita. No se veía ninguna luz, la puerta del patio estaba abierta y cuando se decidieron entrar, les chocó encontrar un caballo ensillado, sin que pudieran averiguar cómo ni por qué estaba allí. Tal vez el amo iba á volver, tal vez hubiese quedado muerto en el camino.

Un pensamiento surgió en la mente de Macricio.

—Oye, la frontera está muy lejos, y además, necesitábamos un guía... Mientras que si fuésemos á Remilly, á casa del tío Fouchard, podría llevarte allí con los ojos cerrados. Te voy á poner sobre el caballo, y nos largamos.

Primero quiso examinarle la pierna. Tenía dos agujeros, la bala debía haber salido después de romperle la tibia. La hemorragia era poca cosa; vendó la pantorrilla con el pañuelo.

—¡Escápate solo!—dijo Juan.

—¡Cállate, tonto!

Cuando Juan se encontró á caballo, Mauricio cogió la brida y salieron. Debían ser cerca de las once, creía poder recorrer el trayecto en tres horas, aún yendo al paso. Pero la idea de que tenían que atravesar el Meuse, le desconcertó. El puente de Mouzou debía estar custodiado. Se acordó que había una barca, cerca de Villiers; y se dirigió hacia allí, atravesando los prados de la margen derecha. Al pronto todo marchó bien, solo tuvieron que evitar una patrulla de caballería y estuvieron durante un cuarto de hora inmóviles, contra una pared. Había vuelto á llover y la marcha era muy difícil para Mauricio, que se metía en las tierras mojadas, al lado del caballo; afortunadamente este era muy dócil. En Villers tuvieron suerte, la barca que había servido para pasar á un oficial bávaro los recogió y los llevó al otro lado. Y los peligros y las fatigas terribles no empezaron hasta llegar á la aldea, donde estuvieron á punto de caer entre los centinelas

escalonados en el camino de Remilly. Tuvieron que dar muchos rodeos. Saltaban zanjas, se abrían camino por entre las zarzas. Juan, presa de la fiebre, bajo la lluvia menuda, desmayado sobre el caballo, agarrado á las crines, se sostenía con mucha dificultad, mientras que Mauricio, que había pasado las bridas por el brazo derecho, se veía obligado á sostenerle para que no cayese.

Durante más de una legua, durante más de dos horas, aquella caminata fatigosa se eternizó, entre tropezones, exponiéndose á cada momento hombres y caballo á estrellarse. Formaban un convoy de miseria, cubiertos de barro, el caballo temblando sobre sus pies, el hombre que sostenía inerte, y el otro, con la mirada extraviada, marchando por el único esfuerzo de su caridad fraternal. Amanecía cuando llegaron por fin á Remilly.

En el patio de la casería que dominaba el pueblo, al salir del desfiladero de Haraucourt, el señor Fouchard estaba cargando en su carreta los dos carneros matados la víspera. Al ver á su sobrino con tal facha se trastornó tanto, que después de las primeras explicaciones, dijo brutalmente:

—¿Que me quede contigo y con tu amigo? Para tener compromisos con los prusianos, ¡ah, no, eso no! ¡Prefiero reventar antes!

Pero no se atrevió á impedir que Mauricio y Próspero bajaran á Juan del caballo y lo echaran sobre la mesa de la cocina. Silvina fué á buscar su almohada, que colocó debajo de la cabeza del herido, que continuaba desmayado. Pero el viejo gruñía, desesperado de ver aquel hombre su mesa, diciendo que allí estaba muy mal y que era preciso llevarlo á la ambulancia que había en Remilly, cerca de la iglesia, en la antigua escuela, donde había un salón muy grande y se encontraban muy bien.

—¡A la ambulancia!—dijo Mauricio para que los prusianos se lo lleven á Alemania, después que se

cure, puesto que todos los heridos les pertenece. ¿Se quiere usted burlar de mí, tío? No le he traído hasta aquí para entregarle después.

Las cosas se ponían mal, el tío hablaba de echarlos á la calle, cuando se pronunció el nombre de Enriqueta.

—¡Cómo, Enriqueta!—preguntó Mauricio.

Y acabó por saber que su hermana estaba en Remilly desde la antevíspera, tan triste con su luto, que se le hacía intolerable la estancia en Sedan, donde había sido tan feliz.

Había encontrado al doctor Dalichamp de Raucourt, á quien conocía, y éste la había decidido á instalarse en casa del señor Fouchard, en un cuartito pequeño para dedicarse por completo á los heridos de la cercana ambulancia. Esto solo podía distraerla. Pagaba su hospedaje y era en la casería el ángel bueno, que hacía que el viejo la mirase con cariño y respeto.

—¡Ah! ¿mi hermana está aquí?—decía Mauricio. Eso era lo que me decía Delaherche... Pues si está aquí nos quedamos.

En seguida quiso ir á buscarla á la ambulancia, donde había pasado la noche, mientras que el tío estaba incomodado porque no podía marcharse con los dos carneros y el carrito en tanto no se arreglase el asunto del herido.

Cuando Mauricio llevó á Enriqueta, vieron al señor Fouchard que estaba examinando con mucho cuidado el caballo que Próspero había llevado á la cuadra. Un caballo cansado, pero muy fuerte y que le gustaba mucho. Mauricio, riéndose, le dijo que se lo regalaba. Enriqueta, por su parte, cariñosamente le explicó que Juan pagaría y que ella se encargaba de él y que le cuidaría en el cuartito que se encontraba detrás de la cuadra, donde no iría á cogerle ningún prusiano. Y el señor Fouchard, mal convencido aún, á pesar de que en el

fondo de todo aquello veía alguna ganancia, acabó por subir á su carricoche y marcharse, dejándolos completamente libres.

En pocos minutos, ayudada por Silvina y Próspero, Enriqueta organizó el cuarto, hizo que llevaran allí á Juan, y que le acostaran en una cama recién hecha, sin que éste diese apenas señales de vida.

Abría los ojos, miraba, pero sin que al parecer reconociera á nadie. Mauricio acababa de beber un vaso de vino y de comer un pedazo de carne, cuando llegó el doctor Dalichamp, como acostumbraba todas las mañanas para hacer su visita á la ambulancia, y Mauricio, á pesar de que estaba muy cansado, le siguió con su hermana á la cabecera del herido.

El doctor era un hombrecillo con gruesa cabeza redonda, con el pelo gris. Su cara colorada se había endurecido como la de los aldeanos, efecto de su vida al aire libre; mientras que sus ojillos y sus labios revelaban su bondad, un poco tosco á veces, médico sin gran talento, pero á quien su larga práctica daba mucha experiencia.

Cuando hubo examinado á Juan, murmuró:

—Temo que sea necesaria la amputación.

Fué un pesar para Mauricio y Enriqueta. Sin embargo, añadió.

—Tal vez pueda conservar su pierna, pero serán necesarios muchos cuidados y será cosa larga. En este momento está bajo la influencia de tal depresión física y moral que la única cosa que se puede hacer es dejarle dormir... Veremos mañana.

Después de curarle empezó á hablar con Mauricio á quien había conocido siendo niño.

—Y usted también estaría mejor en la cama que sentado en la silla.

Como si no oyese, Mauricio miraba fijamente ante sí con los ojos extraviados. Se había apoderado de él una excitación nerviosa, efecto de los sufrimien-

tos acumulados durante toda la campaña. La vista de su amigo agonizando, el sentimiento de su propia derrota, desnudo, sin armas, inútil, el recuerdo de que tantos heroicos esfuerzos habían dado por resultado tal desastre, le sacaban de quicio, era una necesidad frenética de rebelión contra el destino. Por último habló:

—¡No, no, no ha acabado, tengo que marcharme... Puesto que él tiene para algunas semanas, para algunos meses, no puedo quedarme aquí, quiero irme en seguida... ¿No es verdad, doctor? Usted me ayudará, me proporcionará usted los medios para volver á París.

Enriqueta le cogió por los brazos:

—¿Qué es lo que dices? Enfermo como estás, habiendo sufrido tanto ¿crees que te voy á dejar marchar? ¿No has pagado tu deuda? Acuérdate de mí, piensa que estoy sola, que no tengo á nadie más que á tí en el mundo.

Sus lágrimas se confundieron: se abrazaron estrechamente en su adoración, con ese cariño de hermanos gemelos. Pero él se exaltaba cada vez más.

—Te aseguro que tengo que marcharme. Me aguardan, moriría de angustia si no me marchase. No puedes imaginarte el daño que me causa la idea de estar quieto. Te digo que esto no puede acabar así, que tenemos que vengarnos; ¿contra quién, contra qué? ¡No lo sé! pero tenemos que vengarnos de tantas desgracias para tener el valor de vivir.

El doctor Dalichamp, que seguía la escena con mucho interés, impidió á Enriqueta que contestara. Cuando Mauricio hubiese dormido estaría más tranquilo; y durmió todo el día y toda la noche siguiente, durante más de veinte horas, sin movimiento. Unicamente al despertar al otro día volvió á aparecer su resolución. No tenía más fiebre, estaba

sombrío, triste, deseando escapar. Su hermana, llorando, comprendió que no debía insistir.

Y el doctor Dalichamp, al hacer su visita prometió facilitar la huída gracias á los documentos de un ayudante de la ambulancia que acababa de morir en Raucourt. Mauricio se pondría la blusa gris, la cruz roja, pasaría á Bélgica para desde allí dirigirse sobre París que aun no estaba bloqueado.

Aquel día no quiso abandonar la casería, se escondió aguardando la noche. Apenas habló, solo intentó llevarse á Próspero.

—Oiga usted,—le dijo,—¿no tiene usted ganas de volver á ver á los prusianos?

El antiguo cazador de Africa,que acababa de comer un pedazo de pan con queso, replicó:

—¡Para lo que hemos visto no vale la pena!... Pnesto que la caballería no sirve más que para hacerse matar cuando todo ha acabado, ¿para qué quiere usted que vuelva allí?... ¡No, no quiero volver, me han cansado bastante sin hacer nada de provecho!

Hubo un corto silencio y añadió para ahogar los latidos de su corazón de soldado:

—Además hay aquí ahora demasiado trabajo. Ahora viene la época de la labranza y después vendrá la sementera. Hay que acordarse de la tierra también ¿no es verdad? que hay que batirse es cierto, ¿pero qué sucedería si no se trabajase la tierra?... Comprenda usted que no puedo dejar el trabajo. Y no es que el señor Fouchard sea razonable, no, probablemente no veré el color de su dinero; pero los animales empiezan á tomarme cariño y francamente, esta mañana cuando me encontraba allá arriba labrando, miraba á lo lejos ese maldito Sedán y me sentía muy contento de verme solo, al sol, con mi ganado, guiando el arado.

A la caída de la noche el doctor Dalichamp se presentó en su coche. Quería conducir á Mauricio

hasta la frontera. El señor Fouchard, satisfecho de ver que al menos se marchaba uno, fué á vigilar el camino para asegurarse de que no rondaba ninguna patrulla, mientras que Silvina cosía la blusa del enfermero, adornada en la manga con la cruz roja. Antes de marcharse el doctor examinó de nuevo la pierna de Juan, sin poderle prometer si la conservaría. El herido continuaba siempre medio aletargado, sin conocer á nadie, sin hablar con nadie. Y Mauricio iba á alejarse sin decirle adiós, cuando al inclinarse para abrazarle, le vió abrir los ojos, muy grandes, mover los labios, hablando con voz débil:

—¿Te vas?

Y como se extrañasen:

—Sí, los he oído á ustedes, mientras que no podía moverme,—dijo.—Coge todo el dinero. Registra los bolsillos de mi pantalón.

Del dinero del Tesoro, que se habían repartido, les quedaba todavía doscientos francos á cada uno.

—¡El dinero!—dijo Mauricio,—pero si tú lo necesitas más que yo. Con doscientos francos tengo para llegar á París, y para hacerme romper la cabeza no necesito dinero... Hasta la vista y muchas gracias por lo que has hecho por mí, porque sin tí es probable que me hubiese quedado en cualquier parte como un perro muerto.

Juan le hizo callar.

—No me debes nada, estamos en paz... Si no hubiese sido por tí, si no me hubieses llevado á cuestas, me hubiesen recogido los prusianos allá. Y ayer aún, me has librado de caer entre sus garras. Has pagado dos veces y ahora me tocaría á mí pagarte la vida... ¡qué intranquilo voy á estar sin tenerte á mi lado!

Su voz temblaba y algunas lágrimas asomaron á sus ojos.

—Abrázame, Mauricio.

Y se abrazaron como en el bosque la víspera; había en el fondo de ese abrazo la fraternidad de los peligros corridos juntos, esas cuantas semanas de heroísmo común que los había unido más estrechamente que algunos años de amistad. Los días sin pan, las noches sin sueño, las fatigas excesivas, la muerte siempre delante. ¿Pueden acaso separarse dos corazones cuando se han dado libremente y se han fundido uno en otro? Pero el otro abrazo, el que se dieron debajo de los árboles, estaba lleno de las esperanzas que la huída abría ante ellos; mientras que este abrazo, á esta hora, les hacía estremecer con las angustias de la despedida. ¿Se volverían á ver algún día? ¿Y cómo y en qué circunstancias de dolor ó de alegría?

El doctor Dalichamp, subido en su coche, llamaba á Mauricio. Este abrazó con toda su alma á su hermana Enriqueta, que le miraba con lágrimas silenciosas, muy pálida, con su traje de viuda.

—¡Te confío á mi hermano... Cúidale bien, quiérele mucho como yo le quiero!

IV

El cuarto era una gran pieza con suelo de ladrillos, blanqueado con cal, que había servido para depósito de frutas. Se sentía aún el buen olor de las peras y manzanas y como muebles sólo había allí una cama de hierro, una mesa de madera blanca y dos sillas, sin contar un armario viejo de nogal, grande, donde cabía un mundo. Pero reinaba allí mucha calma, solo se oían los ruidos sordos de la cuadra, los mugidos de los bueyes. Por la ventana que daba al mediodía entraba el sol. No se veía más que un trozo de monte, un campo de trigo que bordeaba un bosquecillo. Y aquel cuarto cerrado, misterioso, estaba tan oculto á todas las miradas que nadie podía sospechar existiera.

En seguida, Enriqueta lo arregló todo: para evitar sospechas quedó convenido que ella y el doctor serían las únicas personas que entrasen. Nunca debía entrar Silvina á menos que llamase. Por la mañana, muy temprano, las dos mujeres arreglaban el cuarto y después quedaba cerrado durante todo el día. Por la noche, si el herido necesitaba de alguien, no tenía más que tocar el tabique, porque Enriqueta dormía en el cuarto de al lado. Y así fué como Juan se encontró separado del mundo, después de unas semanas de atropellos y de violencias, viendo solo á aquella mujer tan cariñosa, cuyos pasos ligeros no hacían ruido. La volvía á ver tal como se le había aparecido allá, en Sedán, por primera vez, con su boca un poco grande, sus rasgos delicados, su hermoso pelo de color de avena madura, ocupándose de él con infinita bondad.

Los primeros días, la fiebre del herido fué tan intensa que Enriqueta no pudo apenas separarse de él. Todas las mañanas, al pasar, el doctor Dali champ entraba con el pretexto de recogerla para llevarla á la ambulancia y de paso examinaba al herido y le curaba. La bala, después de romper la tibia, debía haber salido, le extrañaba el mal cariz que presentaba la herida, temía que la presencia de una esquirla que no podía hallar con la sonda, le obligase á tener que cortar el hueso. Había hablado de esto con Juan; pero éste, al pensar que podía quedar cojo se había sublevado: no, no, pre fería morir á quedar inútil. Y el doctor, dejando la herida en observación, no hacía más que curarla con hilas impregnadas en aceite común y en ácido fénico, después de haber colocado en el fondo de la llaga un tubito de cautchouc para dar salida al pus; pero previniendo que si no intervenía la cura sería muy larga. Sin embargo, en la segunda semana disminuyó la fiebre, mejoró un poco y seguiría mejorando con tal de que no se moviera.

Y la intimidad entre Juan y Enriqueta fué estableciéndose. Les parecía que habían vivido siempre así. Pasaba con él todas las horas que no estaba ocupada en la ambulancia, cuidaba de que comiera y bebiera con regularidad y le ayudaba á dar vueltas en la cama, con una fuerza que nadie hubiese podido sospechar tenía. A veces hablaban y con más frecuencia aun estaban callados, sobre todo al principio. Pero no parecían aburrirse, era una vida muy tranquila; él aniquilado aún por la batalla y ella vestida de luto, con el corazón destrozado por la pérdida que había sufrido. Primero se había sentido un poco molesto porque comprendía que era una mujer superior, casi una gran señora, mientras que él sólo había sido un aldeano y un soldado. Apenas sabía leer y escribir. Después se tranquilizó mucho cuando vió que le trataba sin orgullo, como su igual; lo que le había animado á mostrarse tal cual era, inteligente á su modo, á fuerza de paciencia y de meditación. El mismo se extrañaba de haber cambiado con la sensación de las nuevas ideas: ¿era acaso efecto de la vida atroz que arrastraba hacía dos meses? Salía afinado, efecto de tantos padecimientos físicos y morales. Pero lo que acabó por conquistarle fué al averiguar que no sabía más que él. Muy joven, después de la muerte de su madre, hecha una ama de casa, teniendo que cuidar á tres hombres, á su abuelo, á su padre y á su hermano, no había tenido tiempo de instruirse. La lectura, la escritura, un poco de ortografía y de números; no había que pedirla más. Y no le intimidaba, no le aparecía sobre los otros más que porque sabía que era de una bondad infinita, de un valor extraordinario bajo su apariencia de mujer modesta que se complacía en los menudos cuidados de su casa.

Se entendieron en seguida, hablando de Mauricio. Si daba muestras de abnegación, era por el

amigo, por el hermano de Mauricio, por el hombre cariñoso á quien pagaba una deuda de su corazón; sentía mucha gratitud, su afecto aumentaba á medida que le iba conociendo, sencillo y bueno, con un cerebro sólido; y él, á quien ella cuidaba como á un niño contraía una deuda de agradecimiento, le hubiera besado las manos por cada taza de caldo que le daba. Ese lazo de tierna amistad aumentaba cada día entre ellos, en aquella profunda soledad en que habitaban, agitados por los mismos pesares. Cuando se agotaban los recuerdos, los detalles que sin cesar le pedía sobre la dolorosa marcha de Reims á Sedán, asomaba á sus labios la misma pregunta;¿qué hacía Mauricio á aquella hora? ¿Por qué no escribía? ¿París estaba completamente bloqueado? Sólo habían recibido una carta fechada en Rouen, tres días después de su marcha, en la que explicaba en algunas líneas como había desembarcado en aquella ciudad, después de dar un largo rodeo para entrar en París. Y nada más en una semana después de un silencio completo.

Por la mañana cuando el doctor Dalichamp, había curado al herido, le gustaba quedarse allí algunos momentos y aun volvía por las noches, y se quedaba otro rato; era así el único lazo con el mundo, aquel vasto mundo de fuera tan trastornado por las catástrofes. Las noticias no llegaban más que por él, tenía un corazón ardiente de patriota que se desbordaba de cólera y de pesar, á cada derrota. Así es que no hablaba más que de la marcha invasora de los prusianos, cuya oleada, desde Sedán se extendía poco á poco sobre toda Francia, como una marea negra. Cada día llevaba su duelo y se quedaba anonadado, sobre una silla, apoyada contra la cama y daba cuenta de la situación cada vez más grave. A menudo llevaba los bolsillos atestados de periódicos belgas, que dejaba allí. Con algunas semanas de intervalo el eco de cada desas-

tre, llegaba así á aquel cuarto, uniendo más, en una angustia común, á los pobres seres que allí se encontraban sufriendo.

Y así fué como Enriqueta, con periódicos viejos, leyó á Juan los sucesos de Metz, las grandes y heroicas batallas que habían vuelto á empezar por tres veces con intervalo de un día. Habían ocurrido cinco semanas antes, pero las ignoraba aún, y oía su relato con el corazón oprimido, al ver allí las mismas miserias y las mismas derrotas que había sufrido. En el silencio del cuarto, mientras Enriqueta con su voz cantante de alumna aplicada, leía espaciando cada frase, la lamentable historia se desarrollaba.

Después de Froeschviller, después de Spickeren, en el momento en que el primer cuerpo, aplastado, arrastraba al quinto en su derrota, los otros cuerpos escalonados de Metz á Bitche, dudaban, refluían en la consternación de aquellos desastres, y concluían por concentrarse por delante del campamento atrincherado, sobre la margen derecha del Mosela. ¡Pero cuánto tiempo precioso perdido, en vez de acelerar la retirada sobre París que iba á ser después tan difícil! El emperador había tenido que ceder el mando al mariscal Bazaine, del que se aguardaba la victoria. Entonces, el 14 había sido Borny, el ejército atacado en el momento en que se decidía á atravesar el río, teniendo en contra suya, dos ejércitos alemanes, el de Steinmetz, inmóvil en frente del campo atrincherado, al que amenazaba, y el del príncipe Federico Carlos, que había pasado el río, más abajo y que subía por la orilla izquierda, para cortar á Bazaine del resto de Francia, Borny, cuyos primeros disparos sólo empezaron á las tres de la tarde, Borny esa victoria sin provecho, que dejó á los cuerpos de ejército franceses, dueños de sus posiciones, pero que los inmovilizó á caballo sobre el Mosela, mientras que el movimien-

to envolvente del segundo ejército alemán se terminaba.

Después, el 16, había sido Rezonville, todos los cuerpos sobre la margen izquierda, el 2.° y el 4.° solos, detrás, retrasados en la horrible confusión que se producía en el encuentro de los caminos de Etain y de Mars la Tour, el ataque audaz de la caballería y de la artillería prusianas, cortando esos caminos desde por la mañana, la batalla lenta y confusa, que hasta las dos hubiera podido ganar Bazaine no teniendo más que un puñado de hombres que rechazar delante de sí y que había acabado por perder, con su inexplicable temor de verse cortado de Metz, la batalla inmensa, cubriendo leguas de valles y de llanuras, donde los franceses atacados de frente y de flanco, habían hecho prodigios para no avanzar, dejando al enemigo tiempo para concentrarse, trabajando ellos mismos en favor del plan prusiano, que consistía en hacerlos retroceder, al otro lado del río. El 17 por último, después del regreso ante el campo atrincherado, había sido Saint Privat la lucha suprema, un frente de ataque de trece kilómetros, doscientos mil alemanes con setecientos cañones, contra ciento veinte mil franceses, no teniendo más que quinientos cañones, los alemanes la cara vuelta hacia Alemania, los franceses la cara vuelta hacia Francia, como si los invasores hubieran sido los invadidos, con el extraño movimiento giratorio, la más espantosa lucha desde las dos, la guardia prusiana rechazada, aniquilada, Bazaine mucho tiempo victorioso, fuerte con su ala izquierda, muy firme, hasta el momento en que á la caída de la tarde, el ala derecha más débil, tuvo que abandonar á Saint Privat, en medio de una horrible matanza, arrastrando con ella todo el ejército, derrotado, rechazado, sobre Metz, encerrado en un círculo de hierro.

A cada momento mientras Enriqueta leía, Juan la interrumpía para decirla:

—¡Y nosotros que desde Reims esperábamos á Bazaine!

El telegrama del mariscal Bazaine, fechado en Saint Privat, en el que hablaba de volver á emprender su movimiento de retirada por Montmedy, ese telegrama, que había sido precisamente el que dió lugar á que se emprendiera la marcha de Reims á Sedán, y que parecía el parte que da un general derrotado, deseoso de atenuar el desastre; y más tarde el 29 solamente, cuando la noticia de que se acercaba el ejército de socorro llegó hasta él, á través de las líneas prusianas, había intentado un último esfuerzo sobre la margen derecha, en Noiseville, pero tan lentamente, que el 1.º de Septiembre, el mismo día en que el ejército de Chalons era aplastado en Sedán, el de Metz se replegaba, paralizado por completo y para siempre, perdido para Francia. El mariscal que hasta entonces había podido no ser más que un capitán poco inteligente que se olvidaba de pasar por los caminos cuando estaban libres, ahora, verdaderamente bloqueado por fuerzas superiores, iba á convertirse bajo el imperio de las preocupaciones políticas en un conspirador y en un traidor.

Pero en los periódicos que el doctor Dalichamp llevaba, Bazaine continuaba siendo el hombre de genio, el soldado valiente del que Francia aguardaba su salvación. Y Juan hacía que le volvieran á leer los párrafos para comprender perfectamente de que modo el tercer ejército alemán con el príncipe real de Prusia, había podido perseguirlos, mientras que el primero y segundo ejército bloqueaban á Metz, los dos tan fuertes en hombres y cañones, que había sido posible destacar aquel cuarto ejército que á las órdenes del príncipe real

de Sajonia, había completado el desastre de Sedán. Por último, enterado de todo sobre aquel lecho de dolor donde le sujetaba su herida, se apoderaba aún de él la esperanza.

—Pues entonces ya se comprende. ¡No hemos ganado porque no éramos más numerosos! .. Ahora ya sabemos á qué atenernos: Bazaine tiene ciento cincuenta mil hombres, trecientos mil fusiles y más de quinientos cañones; con seguridad que les prepara un buen golpe, de esos que él solo conoce.

Enriqueta meneaba la cabeza, le daba la razón para no entristecerla más. Se perdía entre aquel inmenso movimiento de tropas, pero comprendía que la desgracia era irreparable. Con su voz suave continuaba leyendo muchas horas, nada más que por entretenerle. A veces, cuando leía alguna narración de matanzas, tartamudeaba, con los ojos llenos de lágrimas; sin duda, se acordaba de su marido, fusilado allá, empujado con el pie por el oficial bávaro.

—Si le causa tanto pesar no me lea usted lo que dicen de las batallas.

Pero ella se reponía en seguida, complaciente siempre.

—No, no, dispénseme usted, le aseguro á usted que tengo verdadero placer en leer esto.

Una noche, en los primeros días de Octubre, en que soplaba un viento muy fuerte, volvió de la ambulancia, entró en el cuarto muy emocionada, diciendo:

—¡Una carta de Mauricio! el doctor acaba de entregármela.

Todas las mañanas los dos estaban muy intranquilos sin recibir noticias del joven y sobre todo desde hacía una semana, en que se decía que París estaba completamente bloqueado; se desesperaban de no tener noticias y trataban de indagar qué es lo que le había ocurrido al salir de Rouen. Ahora

todo se explicaba, la carta que había escrito al doctor Dalichamp el 18 de Setiembre, el mismo día en que salían los últimos trenes para el Havre, había dado muchos rodeos y llegaba por una verdadera casualidad después de haberse extraviado muchas veces en el camino.

—¡Pobre amigo!—decía Juan,—léame usted eso pronto.

El viento redoblaba su violencia, la ventana crujía y Enriqueta, después de llevar la lámpara, empezó á leer, tan cerca de Juan, que sus cabellos se tocaban. Se estaba muy bien en aquel cuarto, oyendo rugir la tempestad fuera.

Era una carta muy larga, de ocho carillas, en la que Mauricio explicaba primero cómo á su llegada, el 16, había tenido la suerte de sentar plaza en un regimiento de línea cuyos cuadros se completaban. Después contaba los sucesos de todo aquel mes, que había llegado á saber. París tranquilo después del estupor doloroso causado por las batallas de Wissemburgo y Froeschwiller, reanimándose con la esperanza de un desquite, volviendo á ser víctima de nuevas ilusiones; la leyenda victoriosa del ejército; el mando en jefe de Bazaine, la leva en masa, las victorias imaginarias, las hecatombes de prusianos de que los mismos ministros daban cuenta en el Parlamento. Y de pronto, daba nuevas de cómo había estallado el rayo por segunda vez en París, el 3 de Setiembre; las esperanzas destruidas, la capital ignorándolo todo, confiada, abatida con aquel golpe cruel del destino, los gritos de: ¡Dimisión! ¡dimisión! repercutiendo desde aquella tarde por los bulevares, la corta y lúgubre sesión de noche de la Cámara de Diputados, donde Julio Favre había leído aquella proposición de expulsión reclamada por el pueblo. Después, al día siguiente, era el 4 de Setiembre, el hundimiento de un mundo, el segundo imperio arrastrado por el desastre acumulado

por sus vicios y por sus faltas, el pueblo entero por las calles, un torrente de medio millón de hombres llenando la plaza de la Concordia, con el hermoso sol de aquel domingo, rodando hasta las verjas de la Cámara de Diputados que custodiaban apenas unos cuantos soldados, la culata hacia arriba, echando abajo las puertas. invadiendo la sala de sesiones, desde donde Julio Favre, Gambetta y otros diputados de la izquierda iban á salir para proclamar la República en el Ayuntamiento, mientras que sobre la plaza de Saint Germain l'Auxerrois se abría una puertecita del Louvre, dando paso á la emperatriz regente, vestida de negro, acompañada por una sola amiga, temblando las dos, huyendo escondidas en un coche de alquiler que las llevaba lejos de las Tullerías, por las cuales paseaba el pueblo. Aquel mismo día, Napoleón III salía de la posada de Bouillón donde había pasado la primera noche del destierro, en dirección á Wilhelmshoe.

Juan, muy serio, interrumpió á Enriqueta.

—Entonces ¿ahora estamos en República? ¡Mejor, si esto nos sirve para batir á los prusianos!

Pero meneaba la cabeza, le habían asustado siempre, siendo aldeano, con la República. Y además, en frente del enemigo, no le parecía muy bien no estar de acuerdo. Pero era necesario que llegase este caso puesto que el imperio estaba podrido y que nadie lo quería.

Enriqueta acabó la carta, que terminaba indicando que los alemanes se acercaban. El 13, el mismo día en que una Delegación del gobierno de la Defensa Nacional se instalaba en Tours, los había visto al Este de París, acercarse por Lagny. El 14 y el 15, estaban en las cercanías de Creteil y en Joinville le Pont. Pero el 18 por la mañana, en el momento en que Mauricio escribía, éste no parecía creer en la posibilidad de un bloqueo completo, confiando de nuevo en que aquello era una tentati

va insolente y arriesgada que no duraría tres semanas, contando con los ejércitos que las provincias iban á enviar, sin tener en cuenta el ejército de Metz, en marcha ya sobre Verdún y Reims. Y los anillos de la cintura de hierro se habían unido, habían encerrado á París, y París, separado ahora del mundo entero, era sólo una gigantesca cárcel de dos millones de hombres, de donde salía un silencio de muerte.

—¡Dios mío! ¿cuánto tiempo durará esto? ¿Le volveremos á ver?

Una ráfaga de viento hizo doblar los árboles que rodeaban la casería. Si el invierno era duro, ¡cuántos padecimientos por los pobres soldados que se batirían, sin fuego y sin pan, en la nieve!

—Es muy buena su carta,—replicó Juan,—y da gusto tener noticias. No hay que perder nunca la esperanza.

Día por día pasó el mes de Octubre, con el cielo triste, en que el viento llevaba y traía los pesados nubarrones; la herida de Juan se cicatrizaba con mucha lentitud, y el herido se había debilitado mucho, se obstinaba en negarse á dejar llevar á cabo ninguna operación, por temor á quedar inútil. Aguardaba con resignación cortada á veces por bruscas ansiedades, sin causa justificada, en el fondo de aquel cuarto, á donde llegaban las noticias muy lejanas. La guerra atroz, las matanzas, los desastres, continuaban allá, en algún sitio, sin que se pudiera saber nunca la verdad exacta, sin que se oyera más que el sordo clamoreo de la patria oprimida, destrozada. Y el viento arrastraba las hojas bajo el lívido cielo, y había grandes silencios en el campo yermo, donde pasaban bandadas de cuervos, cuyos graznidos anunciaban un invierno muy crudo.

Uno de los motivos de conversación era la ambulancia, de donde Enriqueta no salía más que para

acompañar á Juan. Por la noche, cuando regresaba, la interrogaba acerca del estado de los heridos, queriendo saber los que sanaban y los que morían; y ella misma tenía una satisfacción desahogando su corazón, hablando de esas cosas con todos sus detalles.

—¡Ah!—repetía siempre—¡pobres chicos, pobres chicos!

No era ya en plena batalla, sino en la ambulancia donde chorreaba la sangre fresca, donde se hacían amputaciones en carnes sanas y rojas. Era la ambulancia corvertida en hospital, con su podredumbre, oliendo á fiebre y á muerte, con sus lentas convalecencias y agonías interminables. El doctor Dalichamp había pasado muchos apuros para procurarse camas, colchones y sábanas; y cada día el sostenimiento de los enfermos, el pan, la carne, las legumbres, sin hablar de las vendas, de las hilas, de los aparatos, le obligaba á hacer milagros. Los prusianos establecidos en el hospital militar de Sedán, le habían negado todo, hasta cloroformo, y tenía que traerlo todo de Bélgica, y, sin embargo, había acogido lo mismo á los heridos alemanes que á los franceses; cuidaba á una docena de bávaros recogidos en Bazeilles. Esos hombres, esos enemigos que se habían arrojado unos contra otros, se hallaban ahora juntos, sufriendo los mismos dolores. ¡Y qué estancia de espanto y de miseria, esas dos antiguas salas de la escuela de Remilly, que contenían cada una cincuenta camas!

Diez días después de la batalla, habían llevado heridos, olvidados, encontrados en el campo. Cuatro se habían quedado en una casa vacía de Balán, sin asistencia médica, viviendo sin saber cómo, gracias á la caridad de algún vecino, y sus heridas estaban llenas de gusanos, habían muerto, envenenados por aquellas llagas inmundas. Esa purulencia que no se podía combatir con nada, segaba las vi-

das de aquellos infelices. Al entrar en las salas, un olor insoportable hacía retroceder, las heridas supuraban gota á gota. A menudo había que volver á abrir las carnes para extraer algunas esquirlas ignoradas. Después se declaraban accesos, flujos que iban á reventar más lejos. Cansados, sin fuerzas, con las caras delgadas, los infelices padecían todas las torturas. Unos, abatidos, sin aliento, pasaban los días sin moverse, con los párpados negros, y cerrados, como cadáveres medio descompuestos. Los otros sin poder dormir, agitados por un insomnio febril, sudando, se exaltaban, como si la catástrofe los hubiese vuelto locos. Y que estuviesen tranquilos y agitados, cuando el escalofrío de la fiebre infecciosa se apoderaba de ellos, era el fin, el veneno triunfaba, volaba de unos á otros, llevándoselos á todos en la misma oleada de podredumbre victoriosa.

Existía una sala para los que estaban atacados de disentería, de tifus y de viruela. Muchos tenían viruela negra. Se movían, se agitaban en su continuo delirio, se levantaban sobre las camas, como espectros. Otros, heridos en los pulmones, morían de pulmonía con toses atroces. Otros, que aullaban, no se calmaban hasta que se les mojaba la herida con un chorrito de agua. Cuando llegaba la hora de la cura, era cuando únicamente había un poco de tranquilidad, de descanso para tantos dolores. Y era también la hora temible, porque no pasaba día sin que el doctor, al examinar las heridas, no viese algunas manchas violáceas sobre la piel, reveladoras de la gangrena. La operación se hacía al siguiente día y se cortaba un brazo ó una pierna más. A veces la gangrena subía más arriba y había que volver á empezar, hasta cortar todo el brazo ó toda la pierna. Después, á veces, todo el cuerpo se envenenaba, con las manchas lívidas del tifus, había que llevárselo, ebrio, vacilando, á la sala de los con-

denados donde sucumbía, la carne muerta y oliendo á cadáver antes de la agonía.

Todas las noches Enriqueta contestaba á las preguntas de Juan, con voz temblorosa, emocionada.

—¡Ah! ¡pobres muchachos, pobres muchachos!

Los detalles eran casi siempre iguales, los tormentos de aquel infierno eran siempre los mismos. Habían desarticulado un hombro, cortado un pie, pero no se sabía si la gangrena ó la infección purulenta perdonarían la víctima. A menudo decía que se había enterrado á alguno, á veces un francés, á veces un alemán. No pasaba día sin que un ataúd, construido de prisa con cuatro tablas, no saliese al anochecer acompañado por un enfermero y á veces por ella, para que no se enterrase á un hombre como á un perro. En el pequeño cementerio de Remilly se habían abierto dos zanjas y dormían todos muy cerca, los franceses á la derecha, los alemanes á la izquierda, reconciliados bajo tierra.

Sin haberlos visto Juan se interesaba por algunos heridos. Pedía noticias.

—¿Qué tal está hoy su «pobre muchacho»?

Era un soldado del 5.º de línea, un joven que no tenía veinte años y que había sentado plaza. Se quedó con el apodo de «pobre muchacho» porque siempre lo repetía hablando de sí mismo; y un día, al preguntarle el por qué de aquel apodo, contestó que su madre le llamaba siempre así. Pobre muchacho, en efecto, porque se moría de una pleuresía, originada por una herida en el costado izquierdo.

—Pobrecillo,—decía Enriqueta que le había tomado mucho cariño,—no va muy bien, ha tosido todo el día... Me parte el corazón.

—¿Y su oso, ese Gutmann?—decía Juan con una débil sonrisa. ¿Tiene alguna esperanza el doctor?

—Sí, tal vez se salve. Pero sufre mucho.

Aunque le tenían mucha lástima, no podían hablar de Gutmann sin cierta alegría. Cuando la joven entró en la ambulancia el primer día, reconoció en aquel soldado bávaro al hombre de barba y pelo rojos, con los grandes ojos azules, la nariz ancha y cuadrada, que la había sujetado en Bazeilles mientras fusilaban á su marido. El también la reconoció, pero no podía hablar; una bala que le penetró por la nuca le había arrancado la mitad de la lengua. Y después de retroceder horrorizada durante los días, se dejó atraer por las miradas de desesperación con que la seguía. ¿No era ya el monstruo, con el pelo tinto en sangre, los ojos rabiosos, que le traía tan triste recuerdo? Tenía que hacer un gran esfuerzo para ver ahora á aquel monstruo en ese sér desgraciado, sufriendo horrores. Su caso poco frecuente, esa brusca enfermedad, apiadaba á la ambulancia entera. No se tenía seguridad de que se llamase Gutmann, le designaban así porque era el único sonido que lograba emitir. De todo lo demás, se creía que era casado y que tenía hijos. Debía comprender algunas palabras del francés, pues contestaba á veces moviendo la cabeza. ¿Casado? ¡sí, sí! ¿con hijos? ¡sí, sí! El cariño con que miraba un día la harina, hizo creer que fuese molinero. Y nada más se sabía. ¿Dónde estaba el molino? ¿En qué lejana aldea de Baviera lloraban ahora la mujer y los niños? ¿Iba á morir, sin nombre, desconocido, dejando á los suyos aguardándole eternamente?

—Hoy,—decía una noche Enriqueta á Juan,—Gutmann me ha enviado besos... No puedo darle de beber, no puedo hacerle el menor favor, sin que se lleve mi mano á sus labios, como un hombre muy agradecido... No se sonría usted, es demasiado horrible verse así como enterrado antes de tiempo.

A fines de Octubre, Juan se encontraba mejor.

El doctor consintió en que se levantara, aunque no estaba del todo satisfecho, pero la herida pareció cicatrizarse rápidamente; se paseaba durante muchas horas por el cuarto, se sentaba delante de la ventana, entristecido por aquel cielo lleno de nubarrones. Después se aburrió, quiso hacer algo de provecho en la casería. Le preocupaba mucho la cuestión de dinero, pero no se atrevía á hablar de ello. Comprendía que en seis semanas se habrían gastado los doscientos francos. Para que el señor Fouchard no le pusiera mala cara, habría sido necesario que Enriqueta pagase. Esta idea le molestaba tanto, que sintió un gran placer cuando quedó convenido que se le haría pasar por un nuevo criado, encargado con Silvina de los cuidados del interior, mientras que Próspero se ocupaba de los de fuera casa.

A pesar de los malos tiempos que corrían, un criado más no estorbaba en casa del señor Fouchard, cuyos negocios prosperaban. Mientras el país entero agonizaba, había encontrado el medio de ensanchar su comercio de carnicero ambulante, y tenía que matar ahora tres ó cuatro veces más que antes. Se decía que desde el 31 de Agosto había hecho contratos magníficos con los prusianos; él, que el día 30 había defendido su casa contra los soldados del 7.° cuerpo can el fusil en la mano, negándose á venderles un pedazo de pan, diciéndoles que la casa estaba vacía, y al día siguiente se había hecho comerciante, traficaba en todo; al presentarse el primer soldado enemigo, había desenterrado de su cueva toda clase de provisiones y había sacado, no se sabía de dónde, verdaderos rebaños de ganado. Y desde aquel día era uno de los mayores abastecedores de carne de los ejércitos alemanes, haciéndose pagar su mercancía entre dos repartos. Los otros sufrían, efecto de las brutales exigencias de los vendedores y él no había entregado un saco de

harina, una barrica de vino, un cuarto de vaca, sin que le diesen el dinero contante y sonante. Se hablaba mucho de eso en Remilly y se afeaba la conducta de un hombre que había perdido á su hijo en la guerra y cuya tumba no visitaba, pues Silvina era la única que la cuidaba. Y á pesar de todo, le respetaban viéndole enriquecepse cuando los más listos perdían el pellejo. El, tranquilo, guasón á veces, oía y después contestaba:

—¡Patriota, patriota!.. lo soy más que todos vosotros!... ¡Vaya un patriotismo el de dar de comer gratis á los prusianos! ¡Yo les hago pagar todo lo que les doy! ¡Ya veremos, ya veremos más tarde!

Al segundo día, Juan se quedó mucho tiempo de pie y los temores del doctor se realizaron; la herida se abrió de nuevo, una inflamación le hinchó la pierna y tuvo que meterse de nuevo en la cama. El doctor Dalichamp acabó por sospechar que existía alguna esquirla, que el esfuerzo hecho durante los dos días de ejercicio habría hecho soltar. La buscó y tuvo la suerte de extraerla. Pero no fué sin esfuerzos; se declaró una fiebre intensa y Juan quedó más débil que nunca. Enriqueta volvió á ocupar su puesto de enfermera en aquel cuarto que el invierno entristecía y helaba. Estaban en los primeros días de Noviembre y el viento del Este había llevado una borrasca de nieve, hacía mucho frío entre las cuatro paredes desnudas y como no había chimenea, se decidieron á poner una estufa que los distrajo en su soledad.

Los días transcurrían monótonos y aquella primera semana de la recaída fué para Juan y Enriqueta la más melancólica. ¿No acabarían los padecimientos? ¿Volvería á renacer el peligro sin que pudiesen esperar el fin de tantas miserias? Su pensamiento volaba siempre hacia Mauricio de quien no habían vuelto á tener noticias. Les decían que otros recibían cartas, billetes muy delgaditos llevados

por palomas mensajeras. Sin duda, algún alemán había matado en el camino la paloma que les llevaba la alegría. Todo parecía retroceder, apagarse y desaparecer en el precoz invierno. Las noticias de la guerra llegaban con mucho retraso, los pocos periódicos que les llevaba el doctor Dalichamp tenían la fecha de una semana. Y contribuía á aumentar su tristeza la ignorancia de los sucesos.

Una mañana llegó el doctor trastornado, temblándole las manos, sacó un periódico belga del bolsillo y lo echó sobre la cama, diciendo:

—¡Ah, amigos míos, Francia ha muerto! ¡Bazaine le ha hecho traición!

Juan, recostado sobre la almohada, medio dormido, se despertó.

—¿Qué habla usted de traición?

—Sí, ha entregado Metz y el ejército que le guarnecía. Es otro Sedan que empieza y esta vez es lo último que nos queda de nuestra sangre.

Después cogió el periódico y leyó:

—Ciento cincuenta mil prisioneros, ciento cincuenta y tres águilas, quinientos cuarenta y un cañones de campaña, setenta y seis ametralladoras, ochocientos cañones de plaza, trescientos mil fusiles, dos mil carruajes y material para ochenta y cinco baterías...

Y continuó dando detalles: el mariscal Bazaine encerrado en Metz con el ejército, reducido á la impotencia, sin hacer un esfuerzo para romper el círculo de hierro que le encerraba, su trato seguido con el príncipe Federico Carlos, sus dudosas combinaciones políticas, su ambición de jugar un papel decisivo que no parecía haber determinado aún; después, toda la complicación de las negociaciones, el envío de emisarios sospechosos y embusteros á Bismarck, al rey Guillermo, á la emperatriz regente, quien finalmente debía rehusar tratar con el enemigo bajo las bases de la cesión de un trozo del

territorio, y la catástrofe inevitable, el destino acabando su obra, el hambre en Metz, la capitulación forzosa, los jefes y los soldados obligados á aceptar las duras condiciones de los vendedores. Francia no tenía ya un ejército.

—¡Demonio!—dijo Juan, que no comprendía todo lo que le habían leído, pero para quien, hasta entonces Bazaine había sido un gran capitán, el único salvador posible. ¿Entonces qué va á suceder? ¿Qué van á hacer en París?

El doctor empezó á leer entonces las noticias de París, que eran desastrosas. Hizo notar que el periódico tenía fecha de 5 de Noviembre. La capitulación de Metz había tenido efecto el 27 de Octubre y la noticia no se supo en París hasta el día 30. Después de las derrotas sufridas en Chevilly, en Bagneux, en la Malmaison, después del combate y la pérdida de Bourget, esa noticia cayó como un rayo en medio del pueblo desesperase, irritado por la debilidad, la impotencia del gobierno de la Defensa Nacional. Así es que al siguiente día, el 31 de Octubre, se había iniciado una insurrección, mientras un gentío inmenso se apiñaba en la plaza del Ayuntamiento y acababa por penetrar en las salas, haciendo prisioneros á los individuos del gobierno que la guardia nacional pudo libertar por la noche, con el temor de que triunfaran los revolucionarios que pedían se proclamara la Comunne. Y el periódico belga añadía reflexiones insultantes para el pueblo de París, á quien la guerra civil desgarraba en el momento en que el enemigo se presentaba á sus puertas. ¿No era aquello la descomposición final, el charco de lodo y de sangre donde iba á hundirse un mundo?

—¡Es verdad,—decía Juan,—estando enfrente de los prusianos no deben despedazarse los hermanos!

Enriqueta, que hasta entonces nada había dicho,

evitando hablar de cosas políticas, se acordó de su hermano.

—¡Dios mío, con tal que Mauricio, que tiene mala cabeza, no se meta en todos esos líos!

Hubo otro momento de silencio, hasta que el doctor, patriota ardiente, añadió:

—No importa, sino quedan más soldados, saldrán otros. Metz se ha entregado. París puede entregarse, pero Francia subsistirá... ¡Sí, como dicen nuestros aldeanos, el arca es buena y viviremos á pesar de todo!

Pero advertíase que se forjaba muchas ilusiones. Habló del nuevo ejército que se estaba formando en las orillas del Loire, y cuyos comienzos no habían sido muy felices; iban á aguerrirse y marcharían en socorro de París. Le entusiasmaban las declaraciones de Gambetta, que había salido en globo de París el 7 de Octubre, é instalado en Tours á los dos días, llamando á las armas á todos los ciudadanos, hablando un lenguaje tan enérgico y prudente á la vez, que el país entero se entregaba á aquella dictadura. Y se trataba de formar otre ejército en el Norte, otro en el Este, de hacer brotar soldados de tierra por la sola fuerza de la fe. Era el despertar de la provincia, la indomable voluntad de crear todo cuanto faltaba, para luchar hasta perder la última gota de sangre.

—¡Bah!—terminó diciendo el doctor, levantándose para irse, he desahuciado á muchos enfermos, que á los ocho días estaban en pie.

Juan se sonrió.

—Doctor, cúreme usted pronto para que pueda ir allá á ocupar mi puesto.

Cuando Enrique y Juan se quedaron solos, una tristeza infinita se apoderó de ambos. De nuevo hubo ráfagas de nieve y al día siguiente, al volver Enriqueta de la ambulancia, anunció que Gutmann había muerto. Ese frío intenso diezmaba á los heri-

dos. El desgraciado mudo, con la lengua arrancada, había agonizado durante dos días. En sus últimas horas se quedó á su cabecera, accediendo á las súplicas que le dirigía con los ojos. La hablaba con lágrimas en los ojos, la decía tal vez su verdadero nombre, el nombre de la lejana aldea, donde le aguardaban una mujer y unos niños. Y se fué, desconocido, enviándole con sus dedos un último beso, como para darla las gracias por sus cuidados. Ella sola le acompañó hasta el cementerio, donde la helada tierra, la ingrata tierra extranjera cayó sordamente sobre su ataúd de madera, con algunos copos de nieve.

Y de nuevo al día siguiente Enriqueta dijo:

—«Pobre muchacho» ha muerto.

Lloraba mucho, la muerte de éste la causaba mucho pesar.

—¡Si le hubiera usted oído en su delirio! Me llamaba: ¡Mamá, mamá! y me tendía los brazos tan tiernamente, que tuve que cogerle y sentarle sobre mis rodillas... Pobrecillo, el dolor le había hecho adelgazar tanto, que pesaba menos que un niño... Y le he mecido para que muriese contento, ¡sí! le he mecido yo, á quien él llamaba mamá y que no tengo más que unos cuantos años más que él. Lloraba, no podía menos de llorar también, y lloro aún...

Estaba sofocada, tuvo que dejar de hablar un rato.

Cuando murió, murmuró estas palabras: ¡Pobre muchacho, pobre muchacho!... ¡Y qué verdad es! Todos esos pobres muchachos, tan jóvenes, que esta guerra atroz deja inútiles primero y mata después.

Enriqueta volvía ahora todos los días trastornada con los dolores ajenos y por aquellas agonías. Hablando de esto, se pasaban las horas tristes en aquel cuarto tranquilo. Horas muy tranquilas, porque la amistad había echado raices en sus corazones, que

habían aprendidido á conocerse. Juan, de espíritu reflexivo, se había realzado con aquella intimidad continua; y ella, viéndole tan razonable, no se acordaba de que era un sér humilde, que había labrado la tierra antes de coger el fusil. Se arreglaban muy bien, hacían un matrimonio como decía Silvina.

Ella continuaba cuidándole la pierna sin que nunca tuvieran que dejar de mirarse. Vestida de negro, con su traje de viuda, parecía que no era ya mujer.

Juan, en las largas tardes, cuando se encontraba solo, pensaba mucho en ella. Sentía un agradecimiento infinito, un gran respeto, que le hubiera hecho alejar en seguida cualquier pensamiento amoroso. Y, sin embargo, se decía. que si hubiese tenido una mujer así, tan tierna, tan cariñosa, tan activa, la vida hubiera sido un verdadero paraíso.

Su desgracia, los malos años que había pasado en Rognes, el desastre de su matrimonio, la muerte violenta de su mujer, todo aquel pasado volvía á entristecerle y surgía una vaga esperanza, á penas formulada, de probar aún la felicidad. Cerraba los ojos, se adormecía, y entonces se veía confusamente en Remilly, casado de nuevo, propietario de un campo que daba bastante producto para mantener á un matrimonio sin ambición. Era eso tan vago, tan ligero, que no podía ser, y no sería nunca. No se creía capaz de abrigar otro sentimiento que no fuera de amistad y no quería así á Enriqueta, más que porque era hermana de Mauricio. Después, ese sueño indeterminado de matrimonio, había acabado por ser un consuelo, una de esas ilusiones que se acarician en las horas tristes, aunque se sabe que son irrealizables.

Enriqueta, nada sospechaba, nada sentía. Al día siguiente del drama atroz de Bazeilles, su corazón había quedado destrozado, y si recibía algún consuelo era á pesar suyo, un cariño que se filtraba si

lenciosamente, que servía de bálsamo á su corazón; ese cariño recorría su camino como el grano que germina sin que se revele el trabajo escondido á las miradas. Ignoraba hasta el placer que había acabado por sentir, quedándose horas y horas cerca de Juan, leyéndole los periódicos, que sólo les llevaban noticias tristes. Nunca su mano al encontrar la suya, había sentido temblor, nunca la idea del mañana la había dejando pensativa, con el deseo de ser amada y, sin embargo, no olvidaba sus penas, no se consolaba más que en aquel cuarto. Cuando se encontraba allí, ocupada, su corazón se calmaba, le parecía que su hermana iba á regresar y que todo quedaría bien arreglado, que todos serían felices, no separándose más. Y hablaba de ello sin escrúpulo alguno, tan natural la parecía todo, sin que se le ocurriese interrogarse más, tan casto era su corazón.

Pero una tarde, al marcharse á la ambulancia, se quedó aterrada al ver en la cocina á un capitán y dos oficiales prusianos, y entonces comprendió el gran afecto que Juan la inspiraba. Aquellos hombres debían haber averiguado que se encontraba un herido en la casa é iban á reclamarlo. Era el cautiverio en Alemania, en alguna plaza fuerte. Escuchó temblorosa, latiéndole con violencia el corazón.

El capitán, un hombre que hablaba muy bien el francés, regañaba con violencia al señor Fouchard.

—¡Esto no puede durar así, se está usted burlando de nosotros!.. He venido yo mismo para prevenirle que si se reproduce, la responsabilidad es para usted, y sabré tomar mis medidas!

Muy tranquilo, el viejo hacía como que no sabía de lo que se trataba.

—Pero ¿qué dice usted, caballero?

—No se haga usted el tonto, demasiado sabe us-

ted que las tres vacas que vendió usted el domingo estaban podridas... Completamente podridas, enfermas, porque han envenado á mis soldados, y á estas horas deben haber muerto dos.

El señor Fouchard hizo como que se indignaba.

—¡Mis vacas podridas! una carne tan buena, una carne que puede darse á una recién parida, para que tome fuerzas!

Empezó á darse golpes de pecho, diciendo que era un hombre honrado, que prefería cortarse una mano á vender carne mala. Le conocían en el país, donde llevaba vendiendo carne treinta años y nadie se quejaba ni del peso ni de la calidad.

—Estaban muy sanas, y si los soldados han tenido cólicos, es tal vez porque han comido demasiado, ó porque alguien habrá echado alguna droga en la comida...

Atolondraba al capitán con palabras, con hipótesis tan estupendas, que éste, encolerizado, le hizo callar.

—¡No hable usted más! ¡Ya está usted prevenido!... Además, sospechamos que en este pueblo acogen ustedes á los voluntarios de los bosques de Dieulet, que nos han matado un centinela anteayer... ¡Tengan ustedes mucho cuidado!

Cuando se marcharon los prusianos, el señor Fouchard añadió con tono desdeñoso:—¡Carne podrida! Pues ya lo creo que les doy, como que no les doy otra cosa. Todos los amimales que le llevaban los aldeanos, que morían de enfermedad, y lo que él recogía en las zanjas, era demasiado bueno para esos canallas.

Guiñó el ojo, y añadió volviéndose hacia Enriqueta:

—¡Oye muchacha, cuando me acuerdo que andan diciendo por ahí que no soy buen patriota!... Esos que hablan, que hagan como yo, que les den carne y cobren los cuartos... ¡Que no soy patriota! ¡Pero,

demonio, si he matado más alemanes con mis vacas enfermas, que ellos con sus fusiles!

Cuando Juan supo lo que pasaba, empezó á estar intranquilo. Si las autoridades alemanas sospechaban que los vecinos de Remilly albergaban á los voluntarios de los bosques de Dieulet, podían registrar las casas de un momento á otro, y descubrirle. Y la idea de que podía comprometer á sus amigos y causar algún disgusto á Enriqueta, le molestaba mucho. Ella le suplicó, le obligó á que se quedara unos días más, porque la herida se cicatrizaba lentamente y no tenía aún fuerzas bastantes para entrar en algunos de los regimientos del Norte ó del Loire.

Y fueron entonces, hasta mediados de Diciembre, los días más tristes. El frío era tan intenso que la estufa no calentaba la habitación. Cuando miraban por la ventana la campiña cubierta de nieve, se acordaban de Mauricio, encerrado allá en aquel París helado, y de quien no recibían noticias. Siempre volvían las mismas preguntas: ¿qué hacía, por qué no daba señales de vida? No se atrevían á comunicarse sus temores de que estuviese enfermo, herido, muerto acaso. Las pocas noticias que les llegaban por los periódicos, no los tranquilizaban mucho. Después de unas cuantas salidas felices, desmentidas siempre, había circulado la noticia de que el general Ducrot había ganado una gran batalla el 2 de Diciembre en Champigny, pero supieron después que se había visto obligado á abandonar sus posiciones y á pasar el Marne. A cada hora se estrechaba el cerco de París, el hambre empezaba á hacer estragos en la capital, se habían embargado las patatas, después de haber recogido todo el ganado, se negaba el gas á los particulares, y después las calles se quedaron á obscuras. Y los dos no se calentaban, no comían sin que la imagen de Mauricio y de aquellos dos millones de seres ence-

rrados en aquella tumba gigantesca, se presentase á su imaginación.

De todas partes, del Norte como del centro, las noticias eran malas, la situación se agravaba. En el Norte, el 22 cuerpo de ejército, formado por guardias móviles, por compañías de depósito, por soldados y oficiales escapados de Sedan y de Metz, habían tenido que abandonar Amiens, para retirarse sobre Arras; y á su vez, Rouen había caído en poder de los enemigos, sin que aquel puñado de hombres, desbandados, desmoralizados, lo hubiesen defendido seriamente. En el centro, la victoria de Coulmiors, ganada el 3 de Noviembre por el ejército del Loire, había hecho concebir algunas esperanzas. Orleans había vuelto á poder de los franceses, los bávaros huyendo, la marcha sobre Etampes, el levantamiento del sitio de París, muy próximo. Pero el 5 de Diciembre el príncipe Federico Carlos ocupaba de nuevo Orleans, cortaba en dos el ejército del Loire del que tres cuerpos se replegaron sobre Vierzon y Bourges, mientras que los otros dos, á las órdenes del general Chanzy, retrocedían hasta el Mans en una retirada heroica; toda una semana de marchas, contramarchas y de combates. Los prusianos estaban estaban en todas partes, en Dijon como en Dieppe, en el Mans como en Vierzon. Además, cada día llegaba la noticia de la capitulación de una plaza fuerte. El 28 de Septiembre había sucumbido Strasburgo, después de cuarenta y seis días de sitio y treinta y siete de bombardeo, con los muros destrozados, los monumentos acribillados por cerca de doscientos mil proyectiles. La ciudadela de Laon había volado, Toul se había rendido; y después asombraba el sombrío desfile: Soissons, con sus ciento veintiocho cañones, Verdun que tenía ciento treinta y seis. Neufbrisac cien, La Fere setenta, Montmedy sesenta y cinco, Thionville estaba ardiendo, Shalsbourg no abría sus puer-

tas hasta después de doce semanas de furiosa resistencia. Parecía que Francia entera se hundía y ardía en medio del rabioso cañoneo.

Una mañana en que Juan quiso marcharse, Enriqueta le cogió las dos manos y le detuvo, desesperada:

—¡No, no, no me deje usted sola, se lo suplico... Está usted demasiado débil, aguarde usted unos días, unos días nada más... Le prometo á usted dejarle ir cuando el doctor me diga que está usted bastante fuerte.

V

En aquella fría noche de Diciembre, Silvina y Próspero se encontraban solos, con Charlot, en la gran cocina de la casa; ella cosiendo, él haciéndose un látigo. Eran las siete, habían cenado á las seis sin aguardar al señor Fouchard, que debía haberse retrasado en Raucour, donde faltaba la carne; y Enriqueta, que tenía que velar aquella noche en la ambulanbia, había salido, recomendando á Silvina no se acostara sin echar carbón en la estufa de Juan.

Fuera, el cielo era muy negro sobre la blanca nieve. No se oía ningún rumor, solo se oía en la cocina el ruido que producía el cuchillo de Próspero, que hacía una fina labor en el mango del látigo. A ratos se paraba y miraba á Charlot, cuya gruesa cabeza rubia vacilaba, efecto del sueño. El niño acabó por dormirse y pareció que aumentaba el silencio. Suavemente la madre separó la vela para que el pequeñuelo no recibiera la luz en los párpados, y después, cosiendo siempre, empezó su imaginación á volar por el mundo de los recuerdos.

Y fué entonces, cuando después de unos momentos de duda, Próspero se decidió á hablar.

—Oiga usted, tengo que decirla algo... He aguardado á que estuviéramos solos...

Silvina alzó los ojos intranquila.

—He aquí la cosa... Dispénseme si la causo algún pesar, pero vale más que esté usted prevenida... He visto esta mañana en Remilly, en la esquina de la iglesia á Goliath, como la veo á usted ahora, sin equivocarme.

Se puso pálida, las manos temblorosas, no pudiendo murmurar más que una queja sorda.

—¡Dios mío, Dios mío!

Próspero continuó, con frases prudentes, contó lo que había averiguado durante el día. Nadie dudaba ya en el pueblo de que Goliath era un espía, que se había establecido en el país para conocer los caminos, los recursos, todo lo que pudiera interesar á Alemania. Recordaban su estancia en casa del señor Fouchard y el modo repentino con que había salido de allí, los sitios donde había ido hacia Beaumont y Raucourt. Y ahora estaba hai, ocupando en la comandancia á Sedan, una situación indeterminada, recorriendo de nuevo los pueblos para denunciar unos y vigilar otros. Aquella mañana había aterrorizado á los habitantes de Remilly con motivo de una entrega de harina incompleta.

—Está usted prevenida, dijo Próspero; ahora sabrá usted lo que tiene que hacer cuando venga por aquí...

Le interrumpió con un gesto de terror.

—¿Cree usted que vendrá?

—Me parece que sí... No tendría que ser muy curioso puesto que no ha visto el chico, á pesar de que sabe que vive... Y además está usted aquí, y no es usted muy fea y tendrá ganas de verla.

Pero ella le suplicó que se callara. Despertado por el ruido, Charlot levantó la cabeza, los ojos extraviados como al salir de un sueño, recordó la injuria que le había contado un guasón del pueblo y

declaró gravemente con su aire de hombrecillo de tres años:

—¡Cochinos, los prusianos!

Su madre le cogió en brazos, le sentó sobre sus rodillas. ¡Ah! aquel pobre sér, su alegría y su desesperación, á quien quería con toda su alma y á quien no podía mirar sin llorar, ese hijo de sus entrañas á quien los chicuelos de su edad llamaban el prusiano. Le besó como para hacerle entrar las palabras en la boca.

—¿Quién te ha enseñado esas palabras tan feas? No se pueden decir, está prohibido.

Entonces, testarudo como un niño, ahogando la risa, repitió:

—¡Cochinos, los prusianos!

Después, viendo llorar á su madre, se echó á llorar también colgado de su cuello. ¡Dios mío! ¿qué nueva desgracia la amenazaba? No era bastante haber perdido á Honorato, la única esperanza de su vida, con el deseo de olvidar y de ser feliz. Era preciso que el otro resucitase para acabar su desgracia.

—Vamos, añadió, ve á dormir, querido. Te quiero mucho y eso que no sabes cuánto me haces sufrir.

Y le dejó solo con Próspero, quien para no molestarla había vuelto á trabajar con mucho cuidado en su látigo.

Pero antes de llevar á la cama á Charlot tenía por costumbre enseñárselo á Juan de quien era buen amigo. Aquella noche, al entrar en el cuarto con la luz en la mano, vió al herido sentado en la cama con los ojos muy abiertos. ¿No dormía? No, Juan estaba soñando despierto durante aquella noche de invierno: Y mientras Silvina arreglaba la estufa, jugó con Charlot, que se revolcaba en la cama como un gatito. Conocía la triste historia de Silvina y le inspiraba mucha compasión, llevando

el luto del único hombre á quien había querido, sin más consuelo que aquel niño cuyo nacimiento había sido la causa de todos sus tormentos. Cuando terminó de arreglar la estufa y fué á coger al niño, notó que había llorado. ¿Qué era aquello? Pero no quiso contestarle, más tarde se lo diría, si era preciso. La vida era para ella una continua serie de disgustos.

Silvina se llevaba á Charlot cuando se oyó ruido de pasos en el patio de la casería.

—¿Qué es eso?—dijo Juan; no es el señor Fouchar, no he oído el ruido del coche. Luego añadió:

—Deben ser los voluntarios de los bosques de Dieulet, que vienen á buscar provisiones.

—¡Pronto! murmuró Silvina yéndose, dejándole de nuevo á oscuras; tengo que darles panes.

En efecto, en la puerta de la cocina sonaban puñetazos y Próspero, viéndose solo, dudaba, parlamentaba. Cuando el amo no estaba en casa temía abrir las puertas por miedo de que se hicieran destrozos. Pero tuvo la suerte de oír llegar en aquel momento el carricoche del señor Fouchard y éste fué quien recibió á los tres hombres.

—¿Sois vosotros?¿qué me traéis en esa carretilla?

Sambuc, delgaducho, enterrado en su blusa de lana azul, demasiado ancha, no le oyó, exasperado como estaba contra Próspero, su honrado hermano, que hasta entonces no quiso abrir la puerta.

—¡Oye, tú! ¿nos tomas por mendigos para dejarnos fuera, con la nieve que hay?

Pero mientras que Próspero muy tranquilo, sin contestar, hacía entrar el caballo y el carruaje, el señor Fouchard intervino de nuevo, inclinándose sobre la carretilla.

—Me traéis dos carneros reventados. ¡Tenéis suerte, porque sino helara, olerían bien!

Cabasse y Ducat, los dos ayudantes que acompañaban á Sambuc, replicaron.

—¡No tienen más de tres días! dijo el primero. Son unos animales que han muerto en la casería de Raffins, donde hay alguna epidemia.

—*Procumbit hunic bos*, declamó el otro, el procurador, que gustaba hablar un poco en latín.

El señor Fouchard seguía despreciando la mercancía, que encontraba muy pasada. Entró luego en la cocina con los tres, añadiendo:

—Tendrán que contentarse con esto... Y como en Raucourt no queda ni una chuleta, cuando se tiene hambre se come de todo. ¿No es verdad, muchachos?

Y contento, llamó á Silvina que venía de acostar á Charlot.

—Tráenos unas copas, vamos á echar un trago para que reviente Bismarck.

El señor Fouchard sostenía así buenas relaciones con los voluntarios de los bosques de Dieulet, que hacía tres meses salían de entre los árboles al anochecer, rondaban por los caminos, asesinaban y robaban á los prusianos y ponían á contribución las caserías cuando les faltaba caza. Eran el terror de las aldeas, tanto más que cuando atacaban un convoy ó mataban á un centinela, las autoridades alemanas se vengaban en los pueblos cercanos, multando á los vecinos, llevándose prisioneros á los alcaldes y quemando las casas. Y si los aldeanos, á pesar de las ganas que tenían, no entregaban á Sambuc y su cuadrilla, era por temor de recibir algun balazo si no los cogían.

Fouchard había tenido la buena idea de comerciar con ellos. Como recorrían todo el país, eran sus abastecedores de animales muertos. No moría una vaca ni un carnero en tres leguas á la redonda, sin que ellos fuesen allí y se lo trajesen.

Les pagaba en provisiones, en pan sobre todo, hornadas de pan que Silvina hacía cocer. Aunque no los estimaba mucho, tenia cierta admiración por

esos muchachos que hacían sus negocios burlándose del mundo entero; y aunque se enriquecía comerciando con los prusianos, cada vez que averiguaba que habían matado á uno pasaba un buen rato.

—¡A vuestra salud! dijo, chocando su vaso con los suyos.

Después limpiándose la boca con el revés de la mano, añadió:

—Oigan, ya saben ustedes lo que han hecho, á cuenta de los dos hulanos que han encontrado sin cabezas cerca de Villecourt... el pueblo está ardiendo desde ayer; es una sentencia, como ellos dicen, en castigo porque os han recibido... Hay que obrar con prudencia, no vengáis por aquí en unos días, os llevarán el pan allí.

Sambuc se incomodó; ¡ah, sí! ¡los prusianos podían correr! Dió un puñetazo sobre la mesa.

—No es cosa de desperdiciar un par de hulanos, pero al que quisiera coger de frente, es al otro, al espía, ese que ha servido aquí...

—Goliath, dijo Fouchard.

Silvina que había vuelto á la costura, escuchó.

—Eso es, Goliath. ¡Vaya un bandido! Conoce los bosques de Dieulet y es capaz de hacernos coger; ayer decía en la Cruz de Malta, que antes de ocho días nos ajustaría las cuentas.

Vaya un canalla. Debe de ser el quien guió á los bávaros, la víspera de Beaumont.

—Está juzgado y condenado... Si sabe usted algun día por donde ha de pasar, avíseme y su cabeza irá á hacer compañía á la de los hulanos.

Silvina oía con atención.

—Esas son cosas de las que no se debe hablar, dijo prudentemente el señor Fouchard. ¡A vuestra salud y buenas noches!

Apuraron la segunda botella. Próspero volvió de la cuadra, ayudó á cargar los panes sobre la carre-

tilla, pero nada contestó cuando los otros, al marcharse le dieron las buenas noches.

Al día siguiente después del almuerzo, cuando el padre Fouchard se hallaba solo, vió entrar á Goliath, grande, gordo, la cara colorada, con su tranquila sonrisa. Si se sorprendió al verle, no lo dejó notar. Guiñaba los ojos mientras que el otro se adelantaba, y le daba la mano.

—Buenos días, señor Fouchard.

Entonces fué cuando le reconoció.

—¡Calla! eres tu, muchacho... ¡Cómo has engordado!

Y le miraba, estaba vestido con una especie de capote, de paño azul, y tenía una gorra del mismo paño.

—Pues sí, soy yo, señor Fouchard. No he querido pasar por aquí, sin venir á saludarle.

El viejo estaba intranquilo. ¿Qué iba hacer allí? ¿Sabía acaso lo de la visita de los voluntarios? Había que vivir prevenidos. Pero como se presentaba muy cortés, lo mejor era pagarle en la misma moneda.

—Pues bien, muchacho, puesto que te has acordado de nosotros, te voy á convidar.

Trajo una botella y dos copas. Todo el vino que se bebía le dolía mucho, pero no había más remedio que gastar algo si se querían hacer buenos negocios. Volvió á empezar la escena de la víspera, con los mismos gestos y las mismas palabras.

—A su salud, señor Fouchard.

—A la tuya, muchacho.

Después Goliath, complaciente siempre, empezó á mirar alrededor suyo, como hombre que vuelve á ver con gusto las cosas conocidas. No habló del presente ni del pasado. La conversación rodó sobre el frío intenso que hacía y que iba á paralizar los trabajos del campo; afortunadamente la nieve tenía algo de bueno, pues mataba los insectos. Apenas hi-

zo alusión al odio, al desprecio que le habían manifestado en otras casas de Remilly. Cada cual es de su país, y le sirve á su manera. ¿No es verdad? Pero en Francia tenían ideas muy raras acerca de algunas cosas. Y el viejo le miraba y le escuchaba, muy conciliador, muy razonable, creyendo que no había ido allí con malas intenciones.

—¿Está usted solo hoy, señor Fouchard?

—No, Silvina está allá, dando de comer al ganado. ¿Quieres verla?

Goliath se echó á reir.

—Ya lo creo; le digo con franqueza que si he venido ha sido por ella.

El señor Fouchard, tranquilo ya, se levantó y empezó á llamar:

—¡Silvina, Silvina!... ¡Ven aquí que te buscan!

Y se fué, sin preocuparse más de Goliath, puesto que la muchacha estaba allí para proteger la casa.

Cuando entró, Silvina no se sorprendió al ver á Goliath, que se había quedado sentado y que la miraba sonriéndose. Le aguardaba, se paró después de pasar la puerta. Y Charlot, que la había alcanzado corriendo, se agarró á sus faldas, extrañándose de ver á aquel hombre á quien no conocía.

Hubo un silencio que duró algunos segundos.

—¿Es ese el chico? acabó por preguntar Goliath cariñosamente.

—Sí, contestó Silvina con dureza.

Volvió á reinar silencio.

Goliath se había marchado cuando ella se encontraba en cinta de siete meses; sabía que tenía un hijo, pero le veía por primera vez, por lo cual deseaba dar explicaciones acerca de su conducta.

—Oye, Silvina, comprendo que me habrás guardado algun rencor y, sin embargo, no lo merecía... Si me he marchado y te he dejado sola, hubieras debido comprender que era porque tenía un amo á quien obedecer. Si me hubiesen enviado cien leguas

más allá, lo mismo hubiese ido y, naturalmente, no podía hablar. Bastante pena me ha causado marcharme sin decirte nada. Hoy no te diré que tenía seguridad de volver, pero pensaba hacerlo y ya ves que estoy aquí...

Silvina volvió la cabeza, miraba la nieve por la ventana del patio, resuelta á no escuchar y él, á quien el silencio molestaba, interrumpió sus explicaciones para decirla:

—¡Sabes que estás más guapa!

En efecto, estaba muy hermosa con su palidez, con sus grandes ojos que iluminaban su cara.

—¡Sé amable! Ya sabes que no te quiero mal... Si no te quisiera no hubiera vuelto... Puesto que me encuentro aquí, todo se arreglará ¿no es verdad?

Retrocedió bruscamente, mirándole de frente.

—¡Nunca!

—¿Por qué nunca? ¿No eres mi mujer? ¿Este hijo no es nuestro?

No dejó de mirarle, habló lentamente:

—Escuche usted, es mejor acabar en seguida... Ha conocido usted á Honorato, le quería, no he querido más que á él. Y ha muerto, me lo han matado ustedes. Nunca seré de usted.

Levantó la mano, hizo el juramento con tal acento rencoroso, que Goliath se quedó un momento sin saber qué decir.

—Sí, ya sé que Honorato ha muerto. Era un buen muchacho. Pero que quiere usted, otros han muerto también, son cosas de la guerra. Después creía que habiendo muerto no había más obstáculos; porque en fin Silvina, permítame usted que se lo recuerde, no la he atropellado, ha consentido usted...

Pero no acabó, la vió tan trastornada, las manos en la cara, dispuesta á destrozársela.

—Eso es precisamente lo que me vuelve loca. ¿por qué consentí, yo que no le quería á usted?...

No puedo recordarlo estaba tan triste, tan enferma, con motivo de la marcha de Honorato, y tal vez sea por eso, porque me hablaba usted de él, y parecía quererle... ¡Dios mío; cuantas noches he pasado llorando acordándome de eso! Es horrible haber hecho una cosa sin querer y no poder explicarse después porque se ha hecho... Y me había perdonado, me dijo que si esos cochinos de prusianos no le mataban, se casaría conmigo, cuando volviese del servicio... ¿Y cree usted que voy á casarme con usted? ¡Nunca, nunca, nunca!

Esta vez Goliath se puso triste. La había conocido muy sumisa y comprendió que su resolución era definitiva. Aunque era buen muchacho, quería poseerla hasta por la fuerza, ahora que era el amo; y si no imponía su voluntad, era por una prudencia innata, por su instinto de paciencia y de astucia. Ese coloso era enemigo de los puñetazos. Así es que acudió á otro recurso para someterla.

—¡Bueno! puesto que no me quiere usted á mí, voy á coger al chico.

—¡Al chico!

Charlot se había quedado agarrado á las faldas de su madre, haciendo esfuerzos para no llorar, al oir aquella disputa. Y Goliath que había abandonado su silla, se acercó.

—¿No es verdad que eres hijo mío? ¡Eres un prusiano, vente conmigo!

Pero Silvina le cogió entre sus brazos y le apretaba contra su pecho.

—¡El, prusiano! no, es francés, ha nacido en Francia.

—¿Un francés, este chico? mírele usted. ¡Es mi retrato! ¿Acaso se parece á usted?

Entonces fué cuando vió á aquel muchachón rubio con barba y pelo rizados, con ojos azules que brillaban extraordinariamente. Y era verdad, el pequeño tenía el mismo color sonrosado, toda la

raza alemana. Ella misma se sentía otra, con su pelo negro que caía sobre sus espaldas.

—Le he concebido, es mío. Es un francés que no sabrá nunca alemán, un francés que irá algun día á mataros á todos.

Charlot empezó á llorar, agarrándose al cuello de su madre.

—¡Mamá, mamá, tengo miedo, llévame de aquí!

Goliath, que no quería dar un escándalo, retrocedió y volviendo á tutearla añadió con voz dura:

—Oye bien lo que voy á decirte, Silvina... Sé cuanto ocurre aquí. Recibís á los voluntarios de los bosques de Dieulet, ese Sambuc, que es hermano del mozo de labranza, un bandido á quien abastecéis de pan. Y sé que ese chico, ese Próspero, es un cazador de Africa, un desertor que nos pertenece; y sé además que tenéis aquí escondido un herido, otro soldado, al cual, con decir una palabra, se llevarían prisionero á Alemania... Ya ves que sé cuando pasa por aquí...

Silvina escuchaba, muda, aterrada, mientras que Charlot repetía á su oído:

—¡Mamá, mamá, llévame, tengo miedo!

—Pues bien, añadió Goliath, no soy malo, no me gustan las disputas, puedes creerlo, pero te aseguro que los haré detener á todos, al señor Fouchard y á los demás, si no me recibes en tu cuarto el lunes próximo... Y me llevaré al chico, le enviaré allá con mi madre, que le recibirá muy contenta, porque desde el momento en que no quieres ser mi mujer, me pertenece... Ya lo sabes; cuando no quede aquí nadie, vendré á buscarle y me lo llevaré. Soy el amo y hago lo que me da la gana... ¿Qué resuelves?

Ella no contestaba, apretaba el niño contra su pecho, como si hubiese temido que se lo arrancasen y sus ojos expresaban todo su espanto y su odio.

—Bueno, pues te concedo tres días para pensar lo que has de hacer... Dejarás la ventana de tu

cuarto abierta, la que da sobre la huerta. . Si el lunes, á las siete de la noche, no encuentro abierta la ventana, el martes todos seréis detenidos y volveré para coger el chicuelo... Hasta la vista Silvina.

Se marchó tranquilamente y ella se quedó en el mismo sitio, con la cabeza trastornada por ideas tan tremendas, que parecía atontada. Y durante todo el día sostuvo una lucha continua en su interior. Primero tuvo el pensamiento de escapar con su hijo á cualquiera parte; pero el temor de que al llegar la noche no sabría dónde acostarle y dónde darle de comer, la contuvo, sin tener en cuenta que los prusianos que guardaban los caminos, la detendrían y la devolverían á Goliath. Después tuvo intención de hablar á Juan, de prevenir á Próspero y al señor Fouchard, y de nuevo dudó, no tenía seguridad absoluta, para no temer que la sacrificaran para tranquilidad de todos. No, no, nada diría del peligro que la amenazaba y procuraría librarse de él sola, puesto que era la única que lo había querido. No sabía qué partido tomar, su honradez se sublevaba y no se perdonaría nunca si por su causa sucedían desgracias á tantas personas, á Juan sobre todo, que tanto quería á Charlot.

Pasaron las horas, pasó el día siguiente sin que hubiese encontrado una solución. Trabajaba como de costumbre en sus quehaceres, barría la casa, cuidaba de las vacas, hacía la comida. Y encerrada en un silencio completo, un silencio horrible, solo seguía aumentando su odio contra Goliath. Era su pecado. Sin él, hubiera aguardado á Honorato y Honorato viviría y sería feliz. Recordaba el tono con que había dicho que era el amo. Y era verdad; ya no había jueces á quien dirigirse; la fuerza era la única razón. ¡Ah! ¡si fuese la más fuerte y al venir él le cogía! Sólo alentaba en ella el amor á su hijo. Aquel padre del azar no había entrado nunca

en su corazón. No era su esposa y sentía hacia él una repulsión inmensa. Antes que entregarle Charlot le hubiera matado y ella se mataría después. Y ya se lo había dicho; aquel niño que le había dado como un regalo de odio, hubiera querido que fuese grande, capaz de defenderla y le veía más tarde llevando un fusil, agujereándoles la piel. ¡Ah, sí! ¡Un francés más, un francés más para matar prusianos!

No quedaba más que un día y tenía que decidirse. Desde el primer momento tuvo una idea que la trastornaba: avisar á los voluntarios, á Sambuc. Pero había tratado de rechazar esa idea; aquel hombre, después de todo, era el padre de su hijo y no podía hacerle asesinar. Después, el mismo pensamiento volvió á apoderarse de su espíritu y se imponía por la fuerza de las circunstancias. Si Goliath moría, Juan, Próspero y el señor Fouchard nada tenían que temer y ella se quedaría con Charlot, que nadie podría quitarla. Y subía del fondo de su corazón la necesidad de acabar, de borrar aquella paternidad suprimiendo al padre, era una alegría salvaje, sería madre y único dueño de su hijo. Durante el día aquel pensamiento la hostigaba, sin fuerzas para rechazarlo, llegando hasta preparar la emboscada, combinando los detalles. Era el único pensamiento que pudiera librarla de sus torturas, cuando empezó á obrar, á obedecer á aquella inspiración, á aquella fatalidad inevitable, como en un sueño.

El domingo, el señor Fouchard, intranquilo, había manifestado á los voluntarios que les llevarían el pan á las canteras de Boisville, á unos dos kilómetros y como Próspero no pudo ir, fué Silvina con la carretilla á llevárselo.

¿No era la casualidad quien decidía lo que había de ocurrir? Vió en aquello un decreto del destino,

habló, dió cita á Sambuc para la noche siguiente muy tranquila, como si no hubiese podido evitarlo. Al día siguiente hubo señales de que las cosas y las gentes quería que se consumara el atentado. Primero, el señor Fouchard fué llamado á Raucourt, dejando prevenido que cenaran sin él, pues no regresaría hasta las ocho de la noche. Después, Enriqueta, que no tenía que velar en la ambulancia hasta el martes, recibió aviso de ir el lúnes por la noche. Y como Juan no salía de su cuarto, no quedaba más que Próspero, cuya intervención se podía temer, pues no era partidario de matar á un hombre entre varios y cuando vió llegar á su hermano con los dos hombres, el disgusto que éstos le inspiraron se aumentó con el odio que tenía á los prusianos. Prefirió acostarse para no ver ni oir.

Eran las siete menos cuarto y Charlot no quería dormirse. En cuanto cenaba se quedaba dormido sobre la mesa, pero aquella noche no tenía sueño.

—Vamos, duerme, decía Silvina echándole en la cama de Enriqueta, ¡ya ves que es una cama muy buena para dormir!

Pero el niño, precisamente en aquella cama tan buena no quería dormir, quería jugar, se reía.

—¡No, no, quédate comigo, mamá, juega conmigo!

—Duerme, hijo mío, decía ella, sé bueno.

Y el niño acabó por dormirse, con la sonrisa en los labios. No le había desnudado, le tapó y se fué sin cerrar el cuarto con llave, pues tenía un sueño muy pesado.

Nunca se había visto Silvina tan tranquila. Se movía con una ligereza de movimientos maravillosa, obrando bajo el impulso de otro sér á quien no conocía. Había introducido á Sambuc, con Cabasse y Ducat, recomendándoles gran prudencia y los llevó á su cuarto, los colocó á derecha é izquierda de la ventana que quedó abierta á pesar del frío

que hacía. Las tinieblas eran muy intensas, solo el reflejo de la nieve iluminaba un poco la estancia. De la campiña venía un silencio de muerte, pasaron minutos interminables. Al oir un ruido de pasos, Silvina se fué á la cocina, donde se quedó sentada, inmóvil, con los ojos fijos en la luz.

Goliath rondó alrededor de la casería antes de arriesgarse. Creía conocer á Silvina y sólo había ido con su revólver. Pero un presentimiento le prevenía, abrió del todo la ventana, asomó la cabeza llamanda en voz baja:

—¡Silvina, Silvina!

Puesto que estaba abierta la ventana era que había reflexionado y que consentía. Esto le alegró mucho aunque hubiese preferido verla allí. Sin duda el señor Fouchard le habría llamado. Alzó la voz un poco más.

—¡Silvina, Silvina!

Nadie contestaba. Saltó el poyo de la ventana, entró con intención de meterse en la cama para aguardarla, pues hacía mucho frío.

De pronto hubo un ruido espantoso, voces, juramentos. Sambuc y sus dos acólitos se abían hechado sobre él y á pesar de ser tres, no lograban sujetar al coloso, cuyas fuerzas duplicaba el peligro. Se oían crugir huesos en la oscuridad. El revólver se había caído. Una voz, la de Cabasse, pidió las cuerdas, mientras que Ducat pasaba éstas á Sambuc. Llevaron á cabo la operación de atarle brutalmente, á puñetazos, á patadas. Primero le ataron las piernas, después los brazos, todo el cuerpo luego, con tal lujo de nudos, que parecía estar dentro de una red. Continuaba gritando y Ducat le decía que callara. Los gritos cesaron, porque Ducat le ató un pañuelo azul tapándole la boca. Se lo llevaron á la cocina, lo echaron sobre la mesa como un paquete al lado de la vela.

—¡Vaya con este cochino prusiano! ¡pues no nos

ha dado poco trabajo!... Oiga usted, Silvina, traiga usted otra vela para que le veamos bien.

Silvina se levantó, no pronunció una palabra, encendió la vela y fué á colocarla al otro lado de la cabeza de Goliath, que apareció iluminada la cara como entre dos cirios y sus miradas se cruzaron en aquel momento: la suplicaba asustado, pero ella hizo como que no le entendía y fué apoyarse contra la alacena.

—Este bandido me ha comido medio dedo, dijo Cabasse, cuya mano estaba ensangrentada. ¡Tengo que romperle algo!

Se levantó armado con el revólver, pero Sambuc le desarmó.

—¡No, no hagamos tonterías!... Nosotros no somos bandidos, somos jueces... Oyes tú, prusiano infame, vamos á juzgarte y no tengas cuidado, respetamos el derecho de defensa... Tú no te defenderás, porque si te quitásemos el bozal nos aturdirías. Pero te daré un buen abogado.

Fué á buscar tres sillas, las colocó en fila formando lo que él llamaba el tribunal. Se sentó en el centro teniendo á derecha é izquierda á sus satélites. Los otros se sentaron también. Después el presidente se levantó, empezó á hablar con voz guasona que poco á poco fué haciéndose grave.

—Yo soy presidente y acusador fiscal á la vez. No es muy correcto, pero no somos aquí bastante gente... Te acuso de haber venido á Francia á espiarnos, pagando así con la más negra traición el pan que has comido en nuestras mesas. Porque tú eres la causa principal del desastre, tú eres el traidor que después del combate de Nouart has guiado á los bávaros hasta Beaumont, durante la noche, por los bosques de Dieulet. Era necesario que fuese un hombre que hubiese habitado mucho tiempo el país, para conocer todos los senderos; y nuestra convicción es completa, te han visto guiar la arti-

llería por caminos imposibles donde han tenido que enganchar ocho caballos á cada cañón. Cuando se vuelven á ver esos caminos es cosa que parece imposible, la gente se pregunta cómo ha podido pasar por allí un cuerpo de ejército... Sin tí, sin tu crimen, si no te hubieses instalado en nuestra casa para vendernos, no se hubiera realizado la sorpresa de Beaumont y no hubiéramos ido á Sedan y acaso hubiéramos podido destrozaros... Y no hablo del asqueroso oficio que continuas haciendo, de la osadía que has tenido al presentarte aquí, triunfando, denunciando y amedrentando á las pobres gentes... Eres el más infame de los canallas, pido para tí la pena de muerte.

Reinó silencio. Se había sentado y añadió por último:

—Nombro de oficio abogado defensor á Ducat... Ha sido escribano y hubiera podido llegar muy lejos, sin sus pasiones feas. Ya ves que somos amables, no te negamos nada.

Goliath, que no podía mover un dedo, volvió los ojos hacia su defensor improvisado. Sólo sus ojos estaban vivos y suplicaban, bajo la lívida frente de la que la angustia hacer caer gotas de sudor á pesar del frío.

—Señores, dijo Ducat levantándose; mi cliente es en efecto el más infame de los canallas, y no aceptaría su defensa si no tuviese que hacer notar para excusarle, que en su país todos son así... Mírenle ustedes, ya ven ustedes que esto le extraña mucho. No comprende su crimen. En Francia no tocamos nuestros espías más que con pinzas, mientras que allá el espionaje es una carrera muy honrosa, una manera muy meritoria de servir á su pais... Me permitiré decir que acaso tengan razón. Nuestros nobles sentimientos nos honran, pero lo malo es que nos han hecho derrotar. Si puedo expresarme así,

quos vult perdere Jupiter dementat... Vosotros apreciaréis, señores.

Y se sentó, mientras que Sambuc añadía:

—Y tú, Cabasse, ¿no tienes que decir nada en pro ó en contra del procesado?

—Tengo que decir que estos son muchos cuentos para ajustarle las cuentas á ese canalla...He tenido que aguantar muchas cosas durante la vida; pero no me gusta que se tomen á broma las cosas de la justicia, eso trae la desgracia... ¡A muerte, á muerte!

Sambuc se puso en pie solemnemente.

—¿Esa es vuestra sentencia?... ¿A muerte?

—¡Sí, sí, á muerte!

Separaron las sillas, se acercó á Goliath diciéndole:

—No eres soldado, eres un espía. Vas á morir como lo que eres.

Las dos velas ardían, con la mecha alta, como si fueran cirios, á derecha é izquierda de Goliath, que temía el rostro descompuesto. Hacía tales esfuerzos para pedir perdón, que el pañuelo azul que le tapaba la boca estaba lleno de espuma; y era espantoso ver aquel hombre reducido al silencio, mudo como un cadáver, que iba á morir con aquella oleada de explicaciones y de ruegos en la garganta.

Cabasse preparaba el revólver.

—¿Hay que saltarle la tapa de los sesos? —preguntó.

—No, no, —dijo Sambuc,—sería demasiado honor.

Y volviéndose hacia Goliath añadió:

—No eres soldado, no mereces morir de un balazo en la cabeza... ¡No, vas á morir como lo que eres, como un espía cochino!

Se volvió y pidió con mucha finura:

—Silvina, quisiera que me diese usted un cubo.

Durante la escena del juicio, Silvina no se había

movido. Aguardaba rígida, sin darse cuenta, embriagada con el pensamiento fijo que la perseguía hacía dos días. Y cuando la pidieron el cubo, obedeció y desapareció para ir á buscarlo.

—Póngale usted ahí debajo, en el borde de la mesa.

Lo dejó allí y al levantarse, sus miradas se cruzaron con las de Goliath, y las de este miserable suplicaban por última vez el perdón. Pero en aquel momento nada quedaba de la mujer, nada más que el deseo de verle muerto para quedar libre. Retrocedió hasta la alacena y se quedó allí.

Sambuc abrió el cajón de la mesa y sacó un cuchillo de cocina.

—Puesto que eres un cochino, vas á morir como un cerdo.

Y no se dió prisa, discutió con Cabasse y Ducat, para que el degüello se hiciera decentemente. Hasta tuvieron una disputa, porque Cabasse decía que en su país, en Provenza, se degollaban los cerdos colgados con la cabeza abajo, mientras que Ducat se incomodó, indignado, diciendo que aquel método era bárbaro é incómodo.

—Acercadle al borde de la mesa, encima del cubo, para que no caigan gotas de sangre.

Le acercaron y Sambuc empezó tranquilamente la operación. De una cuchillada abrió la garganta Goliath. En seguida empezó á chorrear la sangre en el cubo, cayendo como si fuera el caño de una fuente. Había hecho la hendidura con mucho cuidado y saltaron muy pocas gotas de sangre fuera. Si fué más lenta la muerte, no notaron las convulsiones porque estaba sólidamente atado; y el cuerpo se quedó inmóvil. No hubo sacudida. No pudieron seguir la agonía sobre aquella cara desfigurada por el espanto, de donde se retiraba la sangre gota á gota, descolorida la piel. Y los ojos se enturbiaron y se apagaron.

—Oiga usted, Silvina, hará falta una esponja.

No contestó, los brazos cruzados contra el pecho, inconsciente, clavada en el suelo y la garganta oprimida, como si la rodeara una argolla. Miraba el cadáver. Después notó que Charlot estaba allí, colgado á sus faldas. Debía haberse despertado y haber abierto las puertas y nadie le vió entrar. ¿Cuánto tiempo llevaba allí escondido detrás de su madre? Miraba con gran curiosidad caer la sangre, la fuente roja que llenaba poco á poco el cubo. Aquello le divertía tal vez. Primero no debió darse cuenta de lo que era.

Después el espectáculo al que asistía le horrorizó, lanzó un grito.

—¡Oh, mamá, mamá, tengo miedo, llévame!

Y Silvina recibió una sacudida cuya violencia la estremeció. Era demasiado; el horror de la escena que había presenciado, se llevó aquella fuerza, aquella exaltación que la sostenía desde dos días. Volvió á ser mujer, empezó á llorar, tuvo un gesto de loca, cogiendo á Charlot y apretándolo contra su corazón. Se escapó con él aterrada, sin poder oir, sin poder ver más, con el único deseo de irse, de anonadarse en cualquier parte.

En aquel instante, Juan se decidió á abrir la puerta suavemente. Aunque los ruidos que oía no le inquietaban mucho, acabó por sorprenderse de la idas y venidas y del ruido de voces que oía. Y en su cuarto fué donde cayó Silvina, llorando, sacudida por tal crisis, quo no pudo entender apenas sus palabras. Por último comprendió, vió á su vez la emboscada, el degüello, la madre de pie, el pequeño en sus faldas, en frente del padre degollado cuya sangre chorreaba, y quedó anonadado de angustia. ¡Ah! ¡la guerra, la atroz guerra! que cambiaba á todas aquellas gentes en animales feroces, que sembraba aquellos odios horribles, el hijo salpicado con la sangre del padre, perpetuando la

querella de las razas, creciendo más tarde, aborreciendo á toda la familia paterna, que tal vez iría á exterminar algún día! ¡Eran simientes asesinas para horribles cosechas!

Caída sobre una silla, cubriendo de besos á Charlot, que lloraba abrazado á Silvina, repetía siempre la misma frase de doloroso espanto.

—¡Ah! pobrecito, no dirán ahora que eres un prusiano... Pobrecito, no dirán ahora que eres un prusiano!

En aquel momento llegó el señor Fouchard. Había tocado á la puerta como amo y se decidieron á abrirle. Y, en verdad, no recibió una sorpresa agradable, al encontrar aquel muerto sobre su mesa y el cubo lleno de sangre. Naturalmente se enfureció.

—¡Canallas! ¿no podiais haber hecho en otra parte vuestra canallada¿ ¿Habéis tomado mi casa por un estercolero?

Después, como Sambuc explicaba las razones que tenía para obrar de ese modo, el viejo, al que el miedo empezaba á hacer palidecer, se incomodó más:

—¿Y qué quereis que haga con el muerto? ¿Creis que es cosa agradable matar á un hombre en mi casa y sin saber qué se va á hacer de él?...¡Si entrase ahora una patrulla estaba arreglado! ¡A vosotros poco os importa! ¡Pero os aseguro que si no os lleváis el cadáver inmediatamente, tendréis que veros conmigo! Cogedle por los pies, por la cabeza, por donde queráis y que no quede aquí señal dentro de cinco minutos.

Sambuc obtuvo del señor Fouchard un saco, aunque á éste le doliese darlo. Lo escogió de entre los más rotos, diciendo que de todos modos era bastante bueno para un prusiano. Pero Cabasse y Ducat tuvieron que pasar muchas fatigas para meterle

dentro; el cuerpo era muy gordo y muy largo y los pies quedaron fuera.

Después le cargaron sobre la carretilla.

—¡Le aseguro á usted,—declaró Sambuc,—que vamos á echarle al Meuse!

—¡Pero tened cuidado, atadle dos piedras grandes para que no flote!

Y en la noche negra, sobre la nieve pálida, desapareció el pequeño cortejo, sin hacer más ruido que el que producía la carretilla.

Sambuc juró que había echado á Goliath al río atado con dos piedras. Pero el cuerpo flotó, los prusianos le descubrieron á los tres días en Pont Maugis; y su furor no tuvo límites, cuando retiraron el cuerpo de aquel hombre degollado, como un cerdo. Debieron hablar demasiado los vecinos de Reimilly, porque fueron á apresar al alcalde y al señor Fouchard, como culpables de apoyar á los voluntarios á los que se acusaba de aquel asesinato. Y el señor Fouchard en aquella ocasión estuvo admirable, con su impasibilidad de viejo aldeano, conociendo la fuerza invencible del silencio y de la sangre fría. Se dejó llevar, sin hacer manifestación alguna de asombro, sin pedir explicaciones. Ya se vería lo que pasaba. En el pueblo se decía en voz baja, que había ganado una fortuna con los prusianos, y que había ido enterrando el dinero poco á poco, á medida que lo ganaba.

Cuando Enriqueta conoció todo lo ocurrido, volvió á estar intranquila. Juan, por temor de comprometer á los que le habían dado albergue, quería marcharse, aunque el doctor decía se encontraba demasiado débil y deseaba que aguardase quince días más, apenado también por la idea de una separación. Cuando fué detenido el señor Fouchard, pudo librarse escondiéndose en el pajar, pero podían cogerle de un momento á otro. Además, Enriqueta estaba muy preocupada con lo que pudiera

ocurrirle á su tío. Se decidió ir á Sedán para ver á Delaherche, en cuya casa estaba alojado un oficial muy influyente.

—Cuide usted bien al enfermo, Silvina,—dijo al marcharse;—déle usted el caldo al mediodía y la medicina á las cuatro.

Silvina, entregada á sus ocupaciones habituales, había vuelto á ser la mujer de siempre, trabajadora y sumisa, dirigiendo los trabajos en ausencia del amo, mientras que Charlot brincaba y reía á su lado.

—No tenga usted cuidado, señora; no le faltará nada. Yo me encargo de cuidarle.

VI

En Sedan, en la calle Maqua, en casa de los Delaherche, había vuelto á normalizarse la vida, des pués de las terribles sacudidas de la batalla y de la capitulación, y pasaban los días, hacía cuatro meses, tristes, con la ocupación militar de los prusianos.

Un rincón de los vastos edificios de la fábrica permanecía cerrado, como inhabitado: era el cuarto que ocupaba el coronel de Vineuil. Mientras que las otras ventanas se abrían, dejando pasar el aire, el ruido, la vida, las de aquella habitación tenían las persianas constantemente cerradas muy herméticamente. El coronel se quejaba de la vista, pues la luz del día le hacía sufrir mucho, y no se sabía si mentía; día y noche tenía en su cuarto una lámpara. Durante dos largos meses permaneció en cama, aunque el médico Bouroche había diagnosticado que solo tenía una rozadura en la canilla: la herida no se cerraba, habían ocurrido muchas complicaciones. Ahora se levantaba, pero anonadado moralmente, sufriendo una enfermedad desconocida, y se pasaba los días echado sobre un canapé, delante de

la chimenea. Adelgazaba, parecía una sombra, sin que el médico que le cuidaba pudiese encontrar ninguna lesión, ni averiguar la causa de aquella muerte lenta; se apagaba como una llama.

Y la señora Delaherche, la madre, se había encerrado con él desde el día siguiente al en que ocuparon la ciudad los prusianos. Debían haberse comprendido en pocas palabras, una vez para siempre, sobre el deseo de enclaustrarse entre aquellas cuatro paredes, mientras que los prusianos viviesen en la casa. Muchos habían pasado dos ó tres noches; un capitán, el señor Gartlauben, vivía allí aun. Ni el coronel ni la señora habían vuelto á hablar de esas cosas. A pesar de sus setenta y ocho años, la señora Delaherche se levantaba al amanecer, é iba á instalarse enfrente de su amigo, en una butaca al otro lado de la chimenea y á la luz de la lámpara, se entretenía haciendo medias para los pobres, mientras que él, fijos los ojos en la lumbre, no hacía nunca nada, parecía vivir presa de un pensamiento, de un estupor que seguía aumentando. No hablaban veinte palabras al cabo del día; la había hecho callar, cuando ella que iba y venía por la casa, intentó darle algunas noticias de fuera, de manera que nada de la vida exterior penetraba allí y no sabía nada del sitio de París, de las derrotas del ejército del Loire, ni de los cotidianos sobresaltos que producía la invasión. Pero en aquella voluntaria tumba, aunque el coronel se negaba á dejar penetrar la luz del día, aunque se tapaba los oídos, todo el terrible desastre, todo el duelo llegaba hasta él, por las hendiduras, con el aire que respiraba: porque de día en día se moría como si fuese envenenando lentamente.

Durante ese tiempo, á la luz del día, Delaherche se agitaba, trataba de abrir su fábrica. No había podido poner en marcha más que algunos telares, en medio del trastorno que se había apoderado de los

obreros y de los clientes. Para ocupar el tiempo se le ocurrió hacer un inventario de su fábrica y estudiar algunos perfeccionamientos con los que soñaba hacía algún tiempo. Tenía para auxiliarle á un joven que fué á parar á su casa después de la batalla, el hijo de uno de sus clientes, Edmundo Lagarde, que había crecido en Passy, en la tienda de su padre, sargento en el 5.º de línea, de veintitres años, aunque no representaba más de diez y ocho; había recibido un balazo en el brazo izquierdo, y Delaherche, desde que se habían llevado los heridos del cobertizo, lo tenía con él por compasión. De este modo Edmundo formaba parte de la familia, comiendo, durmiendo, viviendo allí, sirviendo de secretario al fabricante, mientras llegaba la hora de poder regresar á su casa. Gracias á la protección de este último y bajo promesa formal de no escaparse, los prusianos le dejaban en paz. Era rubio, con ojos azules, bonito como una mujer y tan tímido, que se ponía colorado por cualquier motivo. Su madre le había educado en un colegio, gastando con él los pocos beneficios que dejaba la tienda. Y echaba de menos á París, al que adoraba aquel querubín herido, que Gilberta había cuidado como á un compañero.

La casa tenía además otro huésped, el señor Gartlauben, capitán de la landwehr, cuyo regimiento había reemplazado en Sedan el ejército activo. A pesar de su grado modesto, era un personaje influyente, porque su tío era el gobernador general, instalado en Reims, que ejercía un poder absoluto sobre toda la región. El también conocía París, le gustaba, conocía sus refinamientos y ocultaba su rudeza nativa bajo una corrección de hombre bien educado, siempre de uniforme, alto y grueso, se quitaba años y se desesperaba de tener cuarenta y cinco. Con más inteligencia hubiera podido ser terrible; pero su excesiva vanidad le dejaba siempre

satisfecho, porque no le cabía en la cabeza que pudieran burlarse de él.

Mas tarde fué para Delaherche un verdadero salvador. Pero en los primeros días de la capitulación ¡que días tan horrorosos! Sedan invadido, poblado de soldados alemanes, temía el saqueo. Luego las tropas victoriosas refluyeron hacia el valle del Sena; sólo quedó una guarnición y la ciudad quedó en la ciudad quedó en la paz de una necrópolis: las casas siempre cerradas, las tiendas lo mismo, las calles desiertas al anochecer, recorridas por patrullas. No llegaban cartas ni periódicos. Era el calabozo amurallado, la brusca amputación, en la ignorancia y con la angustia de los nuevos desastres que presentían. Para colmo de desgracias, el hambre amenazaba hacer estragos. Una mañana se despertaron sin pan, sin carne, arruinado el país, como destrozado por nube de langosta, desde hacía ocho días que rodaba por él aquella oleada de cientos de miles de hombres. La ciudad no tenía víveres más que para dos días y había sido preciso pedirlos á Bélgica de donde procedía todo, á través la frontera abierta, de donde había desaparecido la aduana, arrastrada también por la catástrofe. Por último, eran las continuas vejaciones entre la comandancia militar prusiana instalada en la sub prefectura y el municipio que estaba en sesión permanente en el Ayuntamiento. Este último, heroico en su resistencia administrativa, hacía inútiles esfuerzos, discutía, cedía poco á poco, pero el vecindario tenía que sucumbir bajo las crecientes exigencias y los frecuentes y caprichosos registros.

Primero Delaherche sufrió mucho con los soldados y los oficiales que tuvo que alojar. Todas las nacionalidades desfilaban por su casa con la pipa en la boca. Cada día caían de improviso sobre la ciudad, dos mil hombres, tres mil hombres, infantes y jinetes; y aunque solo tenían derecho á cama y lumbre,

tenían que ir á menudo en busca de provisiones. Los cuartos donde dormían quedaban hechos basureros. A menudo los oficiales volvían berrachos y eran más insoportables que los soldados. Pero la disciplina los sujetaba tanso, que las denuncias de saqueo y de violencias eran escasas. En todo Sedan no se citaban más que dos mujeres violadas. Más tarde, cuando París se resistió, hicieron sentir su mano dura, desesperados de ver que se eternizaba la lucha, temiendo siempre un alzamiento en masa, esa guerra de escaramuzas que les hacían los voluntarios.

Delaherche acababa de albergar á un comandante de coraceros, que dormía con las botas puestas, el cual, al marcharse, había dejado basura hasta encima de chimenea, cuando, el 15 de Septiembre el capitán Gartlauben, se presentó en su casa, una noche en que diluviaba. El primer momento fué bastante duro. Hablaba fuerte, pedía el mejor cuarto y hacía sonar el sable en la escalera. Pero, al ver á Gilberta, se moderó, pasó muy tieso, saludando. Era muy adulado porque sabían que una tarjeta suya dirigida al coronel que mandaba en Sedan, bastaba para suavizar asperezas y poner en libertad á un preso. Su tío, el gobernador general, había lanzado un edicto, decretando el estado de guerra y castigando con pena de muerte á toda persona que sirviese al enemigo como espía, extraviando las tropas alemanas que debían guiar, ó destruyendo puentes, cañones, líneas telégraficas y vías férreas. El enemigo eran los franceses; el corazón de los vecinos de Sedan saltaba dentro del pecho leyendo aquel cartel blanco, pegado á la puerta de la Comandancia militar, que convertía en crímenes sus angustias y sus ardientes deseos. ¡Era ya bastante duro llegar á saber las nuevas victorias del ejército alemán, por los hurras de la guarnición! Cada día traía su duelo: los soldados encendían grandes hogueras,

cantaban, se emborrachaban durante toda la noche, mientras que los vecinos, obligados á meterse en casa á las nueve de la noche, los oían desde sus casas, tristes, poseídos de incertidumbre, adivinando una nueva desgracia. En una de esas circunstancias, á mediados de Octubre, el señor de Gartlauben, dió por primera vez prueba de delicadeza. Desde por la mañana Sedan volvía á tener esperanza; circulaba el rumor de que el ejército del Loire había obtenido una gran victoria y se dirigía á París. ¡Pero se habían cambiado tantas veces en malas las buenas noticias! Y por la noche se supo en efecto que los bávaros se habían apoderado de Orleans. En la calle Maqua en una casa que daba frente a la fábrica, alborotaron tanto unos soldados, que Gilberta se emocionó mucho, y al notarlo el capitán prusiano, bajó á la calle para hacerlos callar.

El mes pasó y el señor Gartlauben prestó aún algunos servicios. Las autoridades prusianas habían reorganizado los servicios administrativos, habían instalado un sub prefecto alemán en Sedán, lo que no impedía continuaran las vejaciones, aunque éste se mostrase relativamente razonable. Entre las continuas dificultades que renacían entre la comandancia militar y el municipio, una de las más frecuentes era el embargo de coches y carruajes y se produjo un conflicto un día que Delaherche no pudo enviar su coche á la sub prefectura: fué detenido el alcalde y él mismo hubiera ido á hacerle compañía á la ciudadela, sin la intervención del capitán, que logró aplacar las iras del jefe militar de Sedan. Otro día por su intervención logró concediera un plazo á la ciudad para pagar una multa de treinta mil francos que le había sido impuesta por no haber terminado la reconstrucción del puente de la Villette, un puente que los prusianos habían destruído. Pero, especialmente después de la capitulación de Metz, fué cuando Delaherche tuvo que

agradecer la influencia de su huésped. La noticia cayó en Sedan como un rayo, era la destrucción de sus ultimas esperanzas; y á la semana siguiente empezaron á pasar las tropas, torrentes de hombres que bajababan de Metz, el ejército del príncipe Federico Carlos que se dirigía hacia el Loire, el del general Manteuffel que se dirigía á Amiens y Rouen, otros cuerpos de ejército que iban á reforzar á los sitiadores alrededor de París. Durante varios días las casas se llenaron de soldados, las panaderías y carnicerías fueron saqueadas, no quedó ni una migaja, y las calles volvieron á oler á estiércol como después del paso de los grandes rebaños. La fábrica de la calle de Maqua se vió libre de aquel desbordamiento; preservada por una mano amiga, sólo albergó á algunos jefes de alta categoría, personas bien educadas.

Delaherche acabó por abandonar su actitud fría. Las familias acomodadas se encerraban en sus habitaciones, evitando el trato con los oficiales que hospedaban. Pero á Delaherche, con la necesidad que sentía de hablar, de moverse, de agradar, no le gustaba representar aquel papel de vencido intratable. Su casa, donde cada cual vivía aparte, odiándose, le mortificaba. Así es que un día empezó á hablar en la escalera con el capitán, dándole las gracias. Y poco á poco los dos hombres hablaban cuando se encontraban; de modo que una noche el capitán prusiano se encontró sentado en el despacho del fabricante, fumando un cigarro al amor de la lumbre, charlando sobre las últimas noticias. Durante los primeros quince días, Gilberta no se presentó, y el capitán hacía como que ignoraba su existencia, aunque al menor ruido volvía la cabeza. Parecía querer hacer olvidar su situación de vencedor, se presentaba muy correcto y amable y se burlaba de algunos registros que hacían las tro-

pas alemanas. Así, un día que embargaron un ataúd, se rió mucho. En cuanto al carbón, aceite, leche, azúcar, manteca, pan, carne, sin contar las ropas, las estufas y las lámparas, en fin, todo lo que se come, todo lo que sirve para la vida.

—¿Qué quiere usted?—decía;—convengo que se pide demasiado, pero son cosas de la guerra. Y hay que vivir en país conquistado.

Delaherche, á quien molestaban mucho aquellas peticiones de víveres y utensilios, las examinaba detenidamente. Pero no tuvieron más que una discusión un poco fuerte, con motivo de la contribución de un millón de francos que el prefecto prusiano de Rethel había impuesto al departamento de los Ardennes, con el pretexto de compensar las pérdidas que los buques de guerra franceses causaban y para indemnizar á los alemanes expulsados. En el reparto correspondieron cuarenta y dos mil francos á Sedan. Se esforzó en hacer comprender á su huésped que aquello era inicuo, que la situación de Sedan era excepcional, que había sufrido demasiado. Los dos salían más amigos, él satisfecho de la oleada de sus palabras y el prusiano contento de haber dado pruebas de su buena educación.

Una noche, impensadamente, entró Gilberta, haciendo como que se sorprendía al verle. El señor Gartlauben se había levantado y tuvo la galantería de retirarse. Pero al día siguiente encontró á Gilberta sentada y entonces ocupó su puesto al lado de la chimenea. Entonces empezaron las veladas agradables, al lado de la lumbre. Más tarde, cuando Gilberta consintió en tocar el piano, iba al salón dejando la puerta abierta para que oyera el huésped. En aquel crudo invierno, los árboles de los Ardennes ardían á grandes llamaradas en el fondo de la alta chimenea. A las diez tomaban el té y pasaban el rato charlando como buenos ami-

gos. Y el señor Gartlauben, se había enamorado de aquella mujer tan alegre, que coqueteaba con él, como otras veces en Charleville con los amigos del capitán Beaudoin.

Él se cuidaba más, se mostraba muy galante, contentándose con el menor favor, atormentado por el único deseo de que no le confundieran con un soldadote grosero, que violentaba mujeres.

Y la vida se hizo así menos pesada en el caserón de Delaherche.

Mientras que en las comidas Edmundo, con su linda carita de querubín herido, contestaba con monosílabos á la charla de Delaherche, poniéndose colorado en cuanto Gilberta le pedía la sal, ¡por las noches, mientras que el señor Gartlauben escuchaba atentamente una sonata de Mozart que Gilberta tocaba al piano, el cuarto de al lado donde vivían el coronel y la señora Delaherche permanecía silencioso, las persianas cerradas, la lámpara siempre encendida, como una tumba alumbrada por un cirio. Diciembre había envuelto la ciudad con un manto de nieve, las malas noticias se ahogaban con el frío intenso. Después de la derrota del general Ducrot en Champigny, después de la pérdida de Orleans, no quedaba más que una sombría esperanza, la de que la tierra francesa se hiciese la vengadora, devorando á los vencedores. ¡Que la nieve siguiera cayendo en espesos copos, que el suelo se abriese bajo la capa de hielo, para que Alemania entera encontrase allí su tumba! Y una nueva angustia ahogaba á la señora Delaherche. Una noche en que su hijo se hallaba ausente de Bélgica, para sus negocios, había oído al pasar delante del cuarto de Gilberta ruido de besos, mezclado con risas. Sobrecogida, entró en su cuarto, espantada por aquel sacrilegio que sospechaba: no podía ser más que el prusiano que se encontraba allí, y creía haber notado ya algunas miradas de inteligencia en-

tre ellos. ¡Ah! aquella mujer á quien su hijo había llevado á su casa á pesar suyo, á quien había perdonado una vez, no denunciándola después de la muerte del capitán Beaudoin! ¡Y volvía á empezar y esta vez era mayor la infamia! ¿Qué iba á hacer? Una monstruosidad tan enorme no podía tolerarse. La tristeza de la reclusión en que vivía se aumentó; pasaba los días enteros luchando. Los días en que volvía al lado del coronel, más triste, llorando, muda durante muchas horas, éste la miraba y se imaginaba que Francia había sufrido una nueva derrota.

Fué en aquellos días en que se presentó Enriqueta una mañana en la calle Maqua, para que los Delaherche interpusieran su influencia en favor del tío Fouchard. Había oído hablar de la influencia que Gilberta tenía sobre el señor Gartlauben y al encontrarse con la señora Delaherche, á quien encontró primero en la escalera subiendo á casa del coronel, creyó deber explicarla el objeto de la visita.

—¡Ah! señora, qué buena sería usted si quisiera intervenir en favor de mi tío! Tratan de llevárselo á Alemania.

La anciana señora, que la quería mucho, tuvo sin embargo un gesto de cólera.

—Pero, pobre hija mía, yo no tengo ninguna influencia... No se dirija usted á mí.

Después, á pesar de lo emocionada que la veía, añadió:

—Llega usted en mala ocasión, mi hijo se marcha esta noche á Bruselas... Además, se encuentra como yo, sin influencia... Diríjase usted á mi nuera, esa lo puede todo.

Y dejó á Enriqueta, trastornada, convencida de que caía en medio de un drama de familia. Desde la víspera la señora Delaherche estaba decidida á

revelárselo todo á su hijo antes de que éste saliera para Bélgica, donde iba á contratar una partida de hulla con la esperanza de poner en marcha algunos telares de su fábrica. No quería tolerar á su lado aquellos horrores durante la ausencia. Sólo aguardaba para hablarle á tener la seguridad de que se marchase. Era el hundimiento de la casa, el prusiano echado á la calle, la mujer expulsada de su hogar, su nombre puesto en la picota, como se había amenazazado hacerlo con toda mujer francesa que se entregase á un alemán.

Cuando Gilberta advirtió á Enriqueta lanzó un grito de alegría.

—¡Qué feliz soy viéndote de nuevo!...

—¡Me parece que hace un siglo que no te he visto y envejecemos tanto en estos tiempos con tantos disgustos!

La llevó á su cuarto, la hizo sentar y se apretó contra ella.

—Vamos, hoy almorzarás con nosotros... Pero antes hablemos. ¡Debes tener tantas cosas que contarme!... Sé que estás sin noticias de tu hermano. ¡Pobre Mauricio! ¡qué lástima me da el pensar que está en París, sin lumbre, acaso sin pan!.. ¿Y ese muchacho á quien cuidas, el amigo de tu hermano? Ya ves que me han dicho algo... ¿Es por él por quien vienes?

Enriqueta tardaba en contestar, sobrecogida interiormente. ¿No era por Juan por quien había ido á Sedan para tener la seguridad de que cuando soltasen al tío no le molestasen? Al oir á Gilberta hablarla de él, se quedó confusa, sin atreverse á decir el verdadero motivo de su visita; la conciencia le remordía y le repugnaba emplear aquella influencia que adivinaba no era honrada.

—Entonces,—añadió Gilberta con tono indiscreto,—¿es para ese muchacho para lo que nos necesitas?

Y como Enriqueta, medio avergonzada, hablase de la detención del señor Fouchard:

—¡Pero es verdad! ¡si seré tonta! ¡yo que hablaba de eso esta mañana!... Has hecho muy bien en venir; hay que ocuparse en seguida de tu tío, porque las últimas noticias que tengo no son buenas. Quieren dar un ejemplo.

—Sí, me he acordado de vosotros, continuó diciendo Enriqueta. He creído que me darías un buen consejo, que podrías hacer algo por mí...

Gilberta se echó á reir.

—¡Si serás tonta! ¡Voy á hacer que pongan en libertad á tu tío antes de tres días! ¿No te han dicho que tengo aquí un capitán prusiano, que hace todo cuanto quiero?... ¡Ya lo oyes, no me puede negar nada!

Y reía con ganas, como una loquilla, orgullosa de su triunfo de coqueta, cogidas las manos de Enriqueta entre las suyas acariciándola, y ésta sin encontrar frases de agradecimiento, atormentada ante el temor de que aquello fuese la revelación de su falta. ¡Qué serenidad y qué franca alegría!

—Déjame hacer, te irás satisfecha esta noche.

Cuando pasaron al comedor, Enriqueta se sorprendió al notar la delicada belleza de Edmundo, á quien no conocía. La encantaba y no podía comprender cómo se había batido aquel muchacho y cómo se habían atrevido á romperle un brazo. La leyenda de su heroico valor acababa por hacerle agradable, y Delaherche, que había acogido á Enriqueta muy contento al volver á ver una cara conocida, no dejó mientras duró el almuerzo de hacer elogios de su secretorio, tan activo y bien educado. El almuerzo entre los cuatro en el comedor fué delicioso.

—¿Y es para hablarnos del tío Fouchard para lo que ha venido usted aquí? dijo el fabricante. Me fastidia tener que marchar esta noche... pero mi

mujer le arreglará á usted el asunto. Logra lo que quiere, no hay quien la resista.

Se reía, decía esas cosas con toda naturalidad, como hombre satisfecho, á quien halagaba esa influencia. Después añadió:

—¡Ah querida! ¿No te ha dicho nada Edmundo de un hallazgo?

—No, ¿qué hallazgo? preguntó Gilberta mirando al sargento, que se ponía como una cereza.

—Se trata, señora, del encaje antiguo que sentía usted no encontrar para adornar su vestido... He tenido la buena suerte de descubrir ayer cinco metros de punto de Bruges, muy hermoso y arreglado. La vendedora vendrá á enseñárselo muy pronto.

—¡Qué bueno es usted, yo le recompensaré!

Después, como sirvieran un tarrito de *foie gras* comprado en Bélgica, la conversación tomó otro giro, se paró un momento en el pescado del Meuse, que moría envenenado, y acabó por ir á parar al peligro que amenazaba á la ciudad, en cuanto llegara el deshielo. En Noviembre se habían presentado algunos casos de epidemia. Aunque después de la batalla se habían gastado más de seis mil francos en limpiar la ciudad, en quemar todos los restos sospechosos que encontraban, de los campos que la rodeabau salían olores nauseabundos á la menor humedad, tantos eran los cadáveres mal enterrados que allí se hallaban, cubiertos apenas por una delgada capa de tierra. Por todas partes las tumbas se agrieteaban, con el empuje de los cadáveres, la putrefaccion dilataba las capas de tierra y el aire apestado corría envenenándolo todo. Y días antes se había descubierto otro foco infeccioso, el Meuse, de donde se habían sacado más de mil doscientos cuerpos de caballos. Todo el mundo creía que no quedaba allí un cadáver humano, cuando un guardia de campo, al mirar con cuidado á más de dos metros de profundidad, había apercibido ba-

jo el agua cosas blancas que parecían piedras y eran lechos de cadáveres, cuerpos reventados que no habían podido flotar. Estaban allí hacía cuatro meses, entre aquellas aguas, entre las hierbas. Cuando intentaban sacarlos se deshacían, se desgajaban, y subían á la superficie burbujas que al reventar apestaban el aire.

—La suerte que tenemos es que hiela, hizo notar Delaherche. Pero en cuanto desaparezca la nieve, habrá que desinfectarlo todo, si no perderemos todos la vida.

Su mujer le suplicó que al menos mientras comían hablase de otras cosas y terminó diciendo:

—Nos quedaremos sin pescado del Meuse durante mucho tiempo.

Acabaron de comer, sirvieron el café y en aquel momento la doncella anunció que el señor Gartlauben pedía permiso para entrar un momento. En seguida Delaherche dió orden de que le introdujeran para aprovechar la ocasión de presentarle á Enriqueta, y cuando el capitán vió allí á otra señora, se deshizo en cumplidos. Aceptó una taza de café, que bebía sin azúcar como muchas personas en París. Si insistió para que le recibieran era porque había obtenido que uno de los protegidos de Gilberta fuese puesto en libertad, un desgraciado obrero de la fábrica que había sido detenido por haber reñido con un soldado prusiano.

Gilberta aprovechó la ocasión para hablar del señor Fouchard.

—Capitán, le presento á usted á una de mis más queridas amigas... Desea ponerse bajo su protección: es sobrina del señor Fouchard, de Remilly, ese que ha sido detenido á consecuencia de esa historia de los voluntarios.

—¡Ah! sí, la historia del espía, ese desgraciado á quien han encontrado dentro de un saco... ¡Es cosa

grave, muy grave! Temo mucho no poder hacer nada por él.

—¡Capitán, me causaría usted tanto placer!

Le miraba, acariciándole con sus ojos, y él, satisfechísimo, se inclinó muy galante: ¡haría cuanto quisiera ella!

—Se lo agradeceré á usted mucho, murmuró Enriqueta, presa de súbito malestar al recordar á su marido, á su pobre Weiss fusilado allá en Bazeilles.

Pero Edmundo, que había desaparecido discretamente al llegar el capitán, entró para decir algo al oído de Gilberta. Se levantó en seguida, contó la historia del encaje que una mujer le llevaba y siguió al joven. Enriqueta se quedó sola en compañía de los dos hombres y pudo aislarse, sentada cerca de la ventana mientras que ellos seguían hablando en voz alta.

—Capitán, acepte usted una copita... Ya lo vé usted, le digo las cosas lealmente, con franqueza, porque le conozco á usted. Pues bien, le aseguro que su prefecto obra muy mal, al imponernos una contribución de cuarenta y dos mil francos... Fíjese en los sacrificios que llevamos hechos. Primero, en vísperas de la batalla, hemos alimentado á todo el ejército francés, hambriento. Después á ustedes, que tenían buen apetito. El paso de las tropas, las reparaciones, los gastos de todas clases nos han costado millón y medio. Calcule otro tanto por las ruinas que ha acumulado la batalla, las destrucciones y los incendios y tenemos tres millones y otros dos millones que calculo habrán perdido el comercio y la industria, y tenemos cinco millones. ¿Qué le parece? Cinco millones de francos para una población de trece mil almas. Y ahora nos piden cuarenta y dos mil francos de contribución, no sé con qué pretexto. ¿Es esto justo?

El capitán movía la cabeza, diciendo:

—¿Qué quiere usted? ¡Son cosas de la guerra!

Enriqueta estaba abatida, se apoderaban de ella toda clase de tristes pensamientos, mientras que Delaherche decía que Sedan no hubiera podido hacer frente á la crisis, con la falta de dinero, sin la feliz creación de un papel moneda local, de la Caja del Crédito Industrial, que habían salvado á la población de un desastre financiero.

—Capitán, tome usted otra copita.

Pasó á otro asunto.

—No es Francia quien ha hecho la guerra, es el imperio... ¡Ah! el emperador me ha engañado. Todo se ha acabado con él, no queremos nada con ese hombre nefasto... Mire usted, el único que ha visto claras las cosas, ha sido Thiers, cuyo viaje actual por las capitales de Europa, es un acto de prudencia y de patriotismo, en el que se vé acompañado por todos los franceses.

No acabó su pensamiento porque le parecía mal hablar de paz delante de un prusiano, aunque fuera simpático. Pero el deseo de ver llegar la paz reinaba en él como en todas las clases acomodadas. Estaban sin fuerzas y sin dinero y era preciso rendirse, y París era objeto de un rencor sordo, porque continuaba resistiéndose. Terminó en voz baja, haciendo alusión á las palabras de Gambetta.

—No, no podemos estar con los locos furiosos. Yo estoy con Mr. Thiers, que quiere las elecciones, y en cuanto á su república, no me estorba, la conservaremos si es preciso hasta encontrar otra cosa mejor.

El señor Gartlauben continuaba oyéndole, aprobando las palabras del fabricante.

Enriqueta no pudo seguir allí más tiempo, se levantó y fué á buscar á Gilberta, que no había vuelto aún.

Al entrar en su cuarto la encontró llorando, muy emocionada.

—¿Qué te sucede?

Gilberta empezó á llorar más, se negaba á hablar, avergonzada. Y por último, escondiendo su cara en el pecho de Enriqueta, balbuceó unas palabras:

—¡Ah! querida mía, si supieses... Nunca me atreveré á decírtelo... Y, sin embargo, tú eres la única que puedes aconsejarme.

Se paró y después añadió:

—Estaba con Edmundo... y la señora Delaherche me ha sorprendido...

—¡Cómo! ¿te ha sorprendido?

—Sí, estábamos aquí, me abrazaba, me besaba.

Y besando á Enriqueta, estrechándola entre sus brazos, se lo contó todo.

—¡Querida mía! no me regañes, me causaría mucha pena. Ya sé que te había jurado que no volvería á hacerlo más. ¡Pero ya has visto á Edmundo, es tan valiente, es tan guapo! ¡Después, figúrate que el pobre, herido, enfermo, lejos de su madre! ¡Además, nunca ha sido rico y no he podido negarme!...

Enriqueta la escuchaba atontada.

—¡Cómo! ¿pero es con el sargento? Pues si todo el mundo cree que eres la querida del prusiano.

Gilberta se levantó, secó sus lágrimas y protestó.

—¡La querida del prusiano! eso nunca. Es horrible, me repugna. ¿Por quién me toman? ¿Quién me cree capaz de tal infamia? ¡No, no, nunca! ¡preferiría morir!

Se había puesto muy seria, y después añadió alegremente:

—Es verdad que me divierto con él. Me adora y no tengo más que mirarle para que me obedezca. Si vieras qué bueno es burlarse así de un hombre que parece creer siempre que le van á recompensar.

—Pero es un juego muy peligroso,—dijo Enriqueta.

—¿Lo crees? ¿á qué me expongo? Cuando vea que no puede obtener nada se incomodará y se irá. Además nunca lo notará. Es uno de esos hombres que no ofrecen peligro. Es demasiado vanidoso y no creerá nunca que me he burlado de él. Y cuando se marche, lo único que se llevará será mi recuerdo y el consuelo de decir que ha obrado correctamente.

Se alegraba y añadió:

—Mientras tanto va á hacer que pongan en libertad al señor Fouchard y en pago sólo recibirá una taza de té en la que yo echaré el azúcar.

Pero de repente volvieron sus temores y las lágrimas humedecieron sus ojos.

—¡Dios mío! ¿qué hará la señora Delaherche? ¿qué va á ocurrir? No me quiere mucho y es capaz de contárselo todo á mi marido.

Enriqueta acabó por tranquilizarse. Secó las lágrimas de su amiga, la obligó á levantarse del canapé y á arreglarse el pelo y los vestidos.

—¡Escucha, querida, no tengo valor para reconvenirte y sin embargo sabes cuánto te echo en cara tu conducta! Pero me habían asustado tanto con el prusiano, que lo otro me ha servido de consuelo. ¡Cálmate, todo puede arreglarse!

Era lo mejor; en aquel momento entró Delaherche con su madre. Explicó que había enviado á buscar el coche para hacer el viaje á Bélgica aquella misma tarde, pues quería coger el tren de Bruselas. Se despidió de su mujer; después volviéndose á Enriqueta:

—Esté usted tranquila, el señor Gartlauben me ha prometido ocuparse de su tío y cuando no esté aquí, mi mujer hará el resto.

Desde que la señora Delaherche había entrado, Gilberta no la perdía de vista, toda angustiada.

¿Hablaría? ¿Contaría lo que había visto antes de que se marchara su hijo? La anciana señora se fijaba en su nuera. A pesar de su rigorismo sentía sin duda el mismo consuelo que Enriqueta. Puesto que había sido con aquel joven, con aquel francés que se había batido con tanto heroísmo, ¿no debía perdonarla como lo había hecho con el capitán Beaudoin? Sus miradas se suavizaron, volvió la cabeza. Su hijo podía ausentarse; Edmundo la protegería contra el prusiano.

—¡Hasta la vista!—dijo abrazando á Delaherche. —Haz tus negocios y vuelve pronto.

Y se fué, entró lentamente en el cuarto donde el coronel continuaba ensimismado.

Aquella misma noche Enriqueta regresó á Remilly, y tres días después tuvo la alegría de ver al señor Fouchard que volvía tranquilamente á su casa. Se sentó, comió un pedazo de pan con queso. Contestó á todas las preguntas que le dirigían, con mucha calma, como hombre que no ha tenido nunca miedo. No había hecho daño á nadie, no podían detenerle. Como él no había matado á Goliath, había contestado á las autoridades que buscaran al asesino. Y habían tenido que soltarle, lo mismo que al alcalde, puesto que no tenían pruebas contra ellos. Pero sus ojos relucían, sentía cierta satisfacción por haber engañado á aquellos canallas, de los que empezaba á estar harto, ahora que encontraban mala la carne que les daba.

Diciembre concluyó y Juan quiso marcharse. Ahora estaba bien de su pierna y el doctor declaró que podía ir á batirse. Fué aquello para Enriqueta una gran pena que trató de ocultar. Desde la desastrosa batalla de Champigny, no habían recibido ninguna noticia de París. Unicamente sabían que el regimiento de Mauricio, expuesto á un fuego terrible, había perdido muchos hombres. Después, siempre el silencio, no les llegaba ninguna carta,

cuando sabían perfectamente que algunas familias de Sedan y de Raucourt las habían recibido. Acaso la paloma mensajera que llevaba las noticias de Mauricio había sucumbido bajo las garras de algún ave de rapiña ó de alguna bala prusiana. Pero lo que más les apenaba era el presentimiento de que había muerto. El silencio de la gran ciudad, muda, cerrada por los prusianos, se había convertido con la angustia, en un silencio de tumba. Habían perdido la esperanza de obtener noticias, y cuando Juan expresó el deseo formal de marcharse, Enriqueta no pudo reprimir esta exclamación:

—¡Dios mío! todo se acaba, ¡voy á quedarme sola!

El deseo de Juan era unirse al ejército del Norte, que el general Faidherbe había reorganizado. Desde que el cuerpo de ejército del general Manteuffel, había llegado hasta Dieppe, este ejército defendía tres departamentos separados del resto de Francia, el Norte, el Paso-de Calais y el Somme; y el proyecto de Juan era de muy fácil ejecución, se reducía á ir á Bouillon y dar la vuelta á Bélgica. Sabía que se acababa de organizar el 23.º cuerpo, con todos los antiguos soldados de Sedan y de Metz que lograban escaparse. Había oido decir que el general Faidherbe, tomaba la ofensiva, y señaló para su marcha el domingo siguiente, en cuanto supo el resultado de la batalla de Pont Noyelle, esa batalla, de un resultado indeciso, que los franceses habían estado á punto de ganar.

El doctor Dalichamp se ofreció á llevar á Juan á Bouillon en su coche. Tenía un valor y una bondad inagotables. En Raucourt, donde hacía estragos el tifus, llevado allí por los bávaros, tenía enfermos en todas las casas, además de los de las dos ambulancias que visitaba. Su patriotismo ardiente, la necesidad de protestar contra las inútiles violencias, le proporcionaron dos veces el disgusto de ser detenido. Así es que al llegar á la casa del señor

Fouchard, para llevarse á Juan y hacer escapar á otro de los vencidos de Sedan, estaba muy contento. Juan, que no sabía como arreglar la cuestión del dinero, aceptó los cincuenta francos que le dió el doctor para hacer el viaje, pues no quiso pedir nada á Enriqueta, sabiendo que estaba muy pobre.

Para la despedida, el señor Fouchard quiso hacer bien las cosas. Encargó á Silvina trajera dos botellas de vino, y quiso que todo el mundo echara un trago de vino para lograr la exterminación de los alemanes. El, rico ya, tenía su dinero escondido y tranquilo desde que los voluntarios de los bosques de Dieulet habían desaparecido, perseguidos como fieras, no tenía más que el deseo de gozar tranquilamente de su fortuna en cuanto se hiciera la paz. Hasta en un momento de generosidad pagó á Próspero su soldada, quiso que Silvina bebiese y chocase su copa con la suya: Silvina con quien había tenido la idea de casarse, al verla tan prudente y tan trabajadora. ¿Pero para qué? Comprendía que no se movería de allí, cuando Charlot creciese y fuese soldado. Y cuando bebió con el doctor, con Juan y con Enriqueta añadió:

—¡A la salud de todos! ¡que todos hagan sus negocios y no se encuentren peor que yo!

Enriqueta quiso acompañar á Juan hasta Sedan. Iba vestido con paletó y sombrero redondo que le prestó el doctor. Aquel día brillaba el sol sobre la nieve y el frío era muy intenso. Sólo debían atravesar la ciudad, pero cuando Juan supo que su coronel continuaba en casa de Delaherche, quiso ir á saludarle y al mismo tiempo daría las gracias al fabricante por sus bondades. Y recibió allí una última y dolorosa sensación, en aquella ciudad de desastre y de duelo. Al llegar á la fábrica de la calle de Maqua, encontraron la casa trastornada por un suceso trágico. Gilberta estaba atontada, la señora Delaherche lloraba, mientras que su hijo que

subía de los talleres donde había vuelto á comenzar el trabajo, lanzaba exclamaciones de sorpresa. Habían encontrado al coronel en el suelo del cuarto, muerto, caído como una masa. La lámpara continuaba ardiendo. El médico á quien habían llamado, no pudo comprender de qué había muerto. Ni aneurisma ni congestión. El coronel había fallecido sin que nadie supiera cómo, y al día siguiente encontraron un pedazo de periódico que había servido para encuadernar un libro, donde se daba cuenta de la rendición de Metz.

—Querida,—dijo Gilberta á Enriqueta,—el señor Gartlauben, al pasar delante de la puerta donde descansa el cuerpo de mi tío, le ha saludado... Edmundo le ha visto. ¿No es verdad que es un hombre muy correcto?

Juan no había abrazado nunca á Enriqueta. Antes de subir al coche, con el doctor, quiso darla las gracias por sus buenos cuidados y por haberle atendido como si hubiera sido su hermano. Pero no encontró palabras adecuadas: abrió los brazos y la abrazó llorando. Ella estaba inconsolable y le devolvió el beso. Cuando el coche empezó á andar, se volvió, se saludaron con las manos mientras de sus bocas salían las palabras:

—¡Adiós, adiós!

Aquella noche, al volver Enriqueta á Remilly, estuvo de servicio en la ambulancia. Durante su larga velada las lágrimas corrieron por sus mejillas y lloró, lloró mucho, ahogando sus penas, tapándose la cara con sus manos.

VII

Al día siguiente de la batalla de Sedán, los dos ejércitos alemanes se habían puesto en marcha hacia París, dirigiéndose el del Meuse por la cuenca del Marne, mientras que el del príncipe real de

Prusia, después de haber pasado el Sena por Villeneuve Saint Georges, se dirigía á Versalles. Y en aquella hermosa mañana de Septiembre; cuando el general Ducrot á quien se había dado el mando del 14° cuerpo, resolvió atacar al segundo ejército alemán, durante su marcha de flanco, el nuevo regimiento de Mauricio, el 115°, que estaba acampado en los bosques, á la izquierda de Meudon, no recibió la orden de marchar sino cuando era ya seguro el desastre. Habían bastado unas cuantas granadas; un pánico espantoso se había apoderado de un batallón de zuavos, compuesto de reclutas, comunicándose al resto de las tropas, las cuales no pararon de correr hasta París, donde fué inmensa la alarma. Se habían perdido todas las posiciones de la parte del Sur, y aquella misma noche fué cortada la línea telegráfica del ferrocarril del Oeste, la única que aun no lo estaba. París quedaba separado del mundo.

Aquella noche fué muy triste para Mauricio. Si los alemanes se hubiesen atrevido, habrían acampado en la plaza del Carrousel. Pero eran gente de gran prudencia y habían decidido poner sitio en toda regla. El ejército del Meuse se extendía por el Norte, desde Croissy hasta el Marne, pasando por Epinay; el tercer ejército cubría la línea desde Chennevières hasta Châtillón, y el cuartel general, con el rey Guillermo, Bismarck y el general Moltke, se había establecido en Versalles. Aquel gigantesco bloqueo, en el cual no se creía, era un hecho consumado. La capital, con su recinto fortificado de ocho leguas y media de perímetro, con sus quince fuertes y sus seis reductos destacados, iba á encontrarse como encarcelada. Y el ejército de defensa no contaba sino con los cuerpos 13° y 14°, que reunían entre los dos una fuerza de ochenta mil soldados, á los cuales había que agregar los

catorce mil hombres de la marina, los quince mil de los cuerpos francos, y los ciento quince mil de la guardia móvil, sin contar los trescientos mil guardias nacionales repartidos entre los nueve sectores de las murallas. Era una muchedumbre armada, pero faltaban los soldados aguerridos y disciplinados. París no era ya más que un inmenso campo atrincherado. Se activaban los preparativos de defensa, cortándose las carreteras, derribándose las casas de la zona militar y poniéndose en batería dos mil setecientas piezas de artillería. Después del rompimiento de las negociaciones de Ferrieres, cuando Julio Favre hizo públicas las exigencias de Bismarck, la cesión de Alsacia, tres mil millones de indemnización, estalló la cólera popular, aclamándose la continuación de la guerra como una condición indispensable para la vida de Francia. Aun sin esperanza de vencer, París tenía que defenderse para que viviese la patria.

Un domingo, á fines de Septiembre, tuvo que ir Mauricio al otro extremo de la capital, y al ver el aspecto que presentaban las calles y las plazas, concibió nuevas esperanzas. Desde la derrota de Chatillon le parecía que los parisienses habían tomado bríos para la obra magna. ¡Ah! aquel París que el conoció, tan ansioso de gozar, tan próximo á cometer las últimas faltas, lo encontraba sereno, valiente, decidido á todos los sacrificios! No se veían más que uniformes. Como un reloj gigantesco cuyo muelle real ha saltado, la vida social se había paralizado de repente, la industria, el comercio, los negocios; y solo quedaba una pasión, la voluntad de vencer, el único asunto de que se hablaba, que enardecía los corazones y la cabeza, en las reuniones públicas, en las veladas de los cuerpos de guardia, entre los grupos de gente que obstruían las aceras. Todo se volvían ilusiones que arrastraban á aquel pueblo al peligro de las locuras gene-

rosas. Declarábase una crisis de nervosidad enfermiza, una fiebre epidémica que exageraba lo mismo el miedo que la confianza y que al menor soplo hacía que se desbocase la bestia humana. Y Mauricio presenció en la calle de los Mártires una escena que le impresionó mucho: el asalto, dado por gente enfurecida á una casa, en cuyas guardillas se habían visto brillar luces, como si fueran señales. El día antes, un miserable, que estaba mirando un plano de París, había estado á punto de ser víctima del furor del pueblo.

Mauricio, que era antes tan indiferente, se había vuelto receloso. No se desesperaba ya, como la noche del pánico de Chatillon, ansiando saber si el ejército francés recobraría la virilidad de batirse. La salida del 30 de Septiembre hacia Chevilly; la del 13 de Octubre, en la que los movilizados habían tomado á Bagneux: por último, la del 21 de Octubre, en la que su regimiento se había apoderado por un momento del parque de Malmaison, le habían devuelto toda su confianza, aquella llama de la esperanza que le consumía. El ejército se había batido con bravura y todavía podía vencer. Pero el sufrimiento de Mauricio, reconocía por causa la facilidad con que pasaba París desde la ilusión extrema al desaliento más grande, dominado por el miedo de la traición, en su sed de victoria. Los generales Trochu y Ducrot ¿no resultarían los jefes ineptos, los causantes inconscientes de la derrota? El mismo movimiento que había derribado al imperio, amenazaba dar al traste con el gobierno de la Defensa Nacional; una impaciencia de los exaltados por coger el poder, para salvar á Francia. Julio Favre y sus colegas eran ya más impopulares que los antiguos ministros de Napoleón III. Ya que no querían batir á los prusianos, debían dejar el puesto á otros, á los revolucionarios, seguros de vencer, decretando el levantamiento en masa, pro-

tegiendo á los inventores que ofrecían minar las afueras ó aniquilar al enemigo con una lluvia de fuego griego.

La víspera del 31 de Octubre, Mauricio estaba dominado por aquel mal de la desconfianza y del ensueño. Aceptaba ideas que antes le hubieran hecho reir. ¿Por qué? ¿Acaso no tenían límites la estupidez y el crimen? ¿Acaso no era posible el milagro en medio de las catástrofes que trastornaban el mundo? El alimentaba un gran rencor desde que había sabido lo de Froeschwiller; tenía la conmoción de cada una de las derrotas, el cerebro debilitado por tantos días como había pasado sin comer y sin dormir; casi no sabía si vivía; y la idea de que tantos sufrimientos tendrían por término otra catástrofe irremediable, le enloquecía, le hacía retroceder á la infancia, arrastrado sin cesar por la emoción del momento. ¡La destrucción, el exterminio, todo, antes que dar un céntimo de la fortuna, una pulgada del territorio de Francia! Estaba acabando de hacer la evolución que, bajo la impresión de las primeras batallas perdidas, se había llevado la leyenda napoleónica, el bonapartismo sentimental que debía á las narraciones épicas de su abuelo. Ni siquiera admitía ya la república teórica y prudente; se apasionaba por las violencias revolucionarias; creía en la necesidad del terror para acabar de una vez con los ineptos y con los traidores que estaban matando á la patria. Así fué que el 31 de Octubre estuvo de corazón con los revoltosos, cuando se recibieron las noticias desastrosas, una tras otra: la pérdida de Bourget, tan valerosamente tomado por los voluntarios de la Prensa en la noche del 27 al 28; la llegada de M. Thiers á Versalles, de regreso de su viaje á las capitales de Europa, de donde volvía, según se susurraba, para entrar en negociaciones en nombre de Napoleón III; por último, la rendición de Metz, el último golpe, otro

Sedán más vergonzoso todavía. Y al día siguiente, cuando supo los sucesos de la Casa Consistorial, el triunfo momentáneo de los revoltosos, la detención, durante algunas horas, de los individuos del gobierno de la Defensa Nacional, salvados por un cambio de actitud del vecindario de París, Mauricio sufrió el fracaso de aquella Comunne de la que tal vez hubiera salido la salvación, el llamamiento á las armas, la declaración de la patria en peligro, todos los recuerdos clásicos de un pueblo libre que no quiere morir. Thiers no se atrevió á entrar en París, y faltó poco para que hubiera una iluminación general después del rompimiento de las negociaciones.

El mes de Noviembre se pasó en una impaciencia febril. Hubo acciones de poca importancia, en las que no tomó parte Mauricio. Vivaqueaba en las cercanías de Saint Ouen, y, siempre que podía, se escapaba, devorado por una necesidad continua de noticias. París esperaba, lleno de ansiedad, como él. La elección de los alcaldes parecía haber calmado las pasiones políticas; pero casi todos los electos pertenecían á los partidos avanzados y aquello era un síntoma muy malo para el porvenir. Lo que esperaba París, era la gran salida, tan reclamada, la victoria, la liberación. Nadie tenía dudas; los prusianos serían arrollados. Se habían hecho preparativos en la península de Gennevillers, el punto que se consideraba más favorable para una embestida. Una mañana se alegró locamente todo el mundo con las buenas noticias de Coulmiers. Se decía que el ejército del Loire había avanzado hasta Etampes. No se pensaba ya más que en ir á reunirse con él, al otro lado del Marne. Se habían reorganizado las fuerzas militares, creado tres ejércitos; el primero compuesto de los batallones de la guardia nacional, á las órdenes del general Clemente Thomas; el segundo, formado con

los cuerpos 13° y 14° y otro de nueva creación, mandado por el general Ducrot; por último, el tercero, el de reserva, compuesto únicamente de movilizados y confiado á la pericia del general Vinoy. Y Mauricio tenía una fe absoluta cuando el 28 de Noviembre su regimiento fué á vivaquear al bosque de Vincennes. Allí estaban los tres cuerpos del segundo ejército. Se contaba que la cita dada al ejército del Loire era para el día siguiente, en Fontainebleau. Después hubo las faltas de siempre, órdenes mal dadas, una crecida repentina que impidió echar los puentes de barcas. El 115° fué uno de los primeros regimientos que pasaron el río; y á las diez, en medio de un fuego espantoso, Mauricio entró en la aldea de Champigny. Estaba como loco, su fusil le quemaba los dedos, á pesar del frío terrible. Su único deseo era seguir marchando de frente, hasta encontrarse con los camaradas de provincias. Pero el ejército había tenido que detenerse delante de las tapias de los parques de Cœuilly y de Villiers, tapias de medio kilómetro, transformadas por los prusianos en fortalezas inexpugnables. Todos los esfuerzos se estrellaron allí. El tercer cuerpo se había retrasado; el primero y el segundo se sostuvieron dos días en Champigny, pero tuvieron que abandonarlo el 2 de Diciembre por la noche. Todo el ejército volvió á acampar en el bosque de Vincennes; y Mauricio, con los pies entumecidos, tendido boca abajo, se echó á llorar.

¡Qué días tan tristes, después de aquel tremendo fracaso! La gran salida, preparada hacía tanto tiempo, la embestida irresistible que debía salvar á París, había resultado infructuosa; y tres días después, una carta del general Moltke anunciaba que el ejército del Loire había tenido que abandonar á Orleans por segunda vez. El círculo se estrechaba cada vez más, sin que hubiera ya posibilidad de

romperlo. Pero París, en su fiebre de desesperación, encontraba nuevas fuerzas para resistir. Empezaba á amenazar el hambre. Desde mediados de Octubre, la carne estaba racionada. En Diciembre no quedaba ni una sola cabeza de ganado, y se mataban caballos. Las requisas de harinas y de trigo debían dar cuatro meses de pan. Cuando se acabó la harina fué preciso construir molinos en las estaciones de ferrocarriles. Faltaba también combustible; se le reservaba para moler los granos, para cocer el pan, y para fabricar las armas. Y París, sin gas, alumbrado por lámparas de petróleo, París tiritando debajo de su capa de hielo, París á ración de pan negro y de carne de caballo, esperaba á pesar de todo; hablaba de Faidherbe en el Norte, de Chanzy en el Centro, de Bourbaki en el Este, como si algún prodigio fuera á llevarles á París, victoriosos. Delante de las panaderías y de las carnicerías, las largas hileras de gente que esperaba, en medio de la nieve, se alegraban, de cuando en cuando, con la noticia de grandes victorias imaginarias. Después del abatimiento de cada derrota renacía la ilusión tenaz entre aquella multitud hambrienta. Un soldado que habló de rendirse, en la plaza del Chatelet, estuvo á punto de ser destrozado por las turbas. Mientras que el ejército, desalentado y viendo acercarse el fin, pedía la paz, el vecindario reclamaba todavía la salida en masa, la salida torrencial, el pueblo entero, las mujeres, hasta los niños, lanzándose contra los prusianos, como un río desbordado que lo arrastra todo.

Y Mauricio se aislaba de sus camaradas, cobrando cada vez más odio á su oficio de soldado, que le recluía al abrigo de Mont Valerien, ocioso é inútil. Aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para ir á aquel París, donde estaba su corazón. No se encontraba á gusto sino en medio de la multitud. Muchas veces, iba á ver salir los globos,

que, cada dos días se elevaban de la estación del Norre, llevando palomas mensajeras y pliegos. Los globos subían y desaparecían en el triste cielo de invierno; y cuando el viento los empujaba hacia Alemania; se oprimían los corazones. Debían haberse perdido muchos. Mauricio había escrito dos veces á su hermana Enriqueta, sin saber si recibiría las cartas. El recuerdo de su hermana y el de Juan estaban tan remotos, allá abajo, en el fondo de aquel vasto mundo de donde no llegaba ya nada, que rara vez pensaba en ellos, como afecciones dejadas en otra existencia. La tempestad continua de abatimiento y de exaltación en que vivía, llenaba demasiado su sér. En los primeros días de Enero se apoderó de él otra exasperación, la del bombardeo de los barrios de la orilla izquierda. Había acabado por atribuir á motivos de humanidad, los retrasos de los prusianos, debidos sencillamente á dificultades de instalación. Desde que una granada había matado á dos niñas en el Val de Grace, Mauricio estaba poseído de un desprecio furioso contra aquellos bárbaros que asesinaban á los niños, y que amenazaban con quemar los museos y las bibliotecas. Pasados los primeros días de espanto, París reanudaba, en medio del bombardeo, su vida heroica de obstinación.

Desde el desastre de Champigny no había habido más que otra tentativa desgraciada, por la parte del Bourget; y la noche en que tuvo que desalojarse la meseta de Avron, Mauricio se irritó, como toda la ciudad. La racha de impopularidad que amenazaba llevarse al general Trochu y al gobierno de la Defensa nacional, se aumentó hasta el punto de obligarles á intentar un esfuerzo supremo é inútil. ¿Por qué se negaban á hacer entrar en fuego á los trescientos mil guardias nacionales que no cesaban de reclamar su parte en el peligro? Era la salida torrencial que se estaba exigiendo desde el primer

día, París rompiendo sus diques, ahogando á los prusianos en la oleada colosal de su pueblo. No hubo más remedio que ceder á aquel deseo de valor, á pesar de la seguridad de una nueva derrota; pero á fin de disminuir la matanza, no se mandó marchar con el ejército activo, sino á los cincuenta y nueve batallones de la guardia nacional movilizada. En los boulevares y en los Campos Elíseos, una multitud inmensa miraba desfilar los regimientos que, con la música á la cabeza, entonaban himnos patrióticos. Niños y mujeres les acompañaban. Los hombres les animaban con aclamaciones entusiastas. Al día siguiente todo París corrió hacia el Arco del Triunfo, y sintió una especie de locura, de esperanza, al recibir la noticia de la toma de Montretout. Se referían cosas increíbles acerca del arranque irresistible de la guardia nacional. Se aseguraba que los prusianos habían sido desbaratados, y se anunciaba la toma de Versailles. ¡Qué desengaño más terrible cuando, al anochecer, se supo el fracaso inevitable! Mientras que la columna de la izquierda ocupaba á Montretout, la del centro, que había saltado las tapias del parque de Buzenval, se estrellaba contra otra tapia interior. El deshielo y una llovizna continua habían puesto intransitables las carreteras, y los cañones, aquellos cañones fabricados por suscripción popular, no pudieron pasar. La columna de la derecha, que había entrado en acción muy tarde, se quedó atrás. El general Trochu tuvo que dar la orden para la retirada general. Se abandonó á Montretout y á Saint-Cloud. Los prusianos incendiaron á Saint Cloud. Y al hacerse de noche, el horizonte de París se iluminó con aquel inmenso incendio.

Aquella vez Mauricio comprendió que todo había acabado. Durante cuatro horas, en medio del fuego terrible de las trincheras prusianas había permanecido en el parque de Buzenval, entre las filas de la

guardia nacional; y cuando volvió é París, ponderó el valor de aquella fuerza. Efectivamente, la guardia nacional se había portado con bizarría. Y siendo así, ¿de qué procedía la derrota, sino de la estupidez y de la traición de los jefes? En la calle de Rívoli encontró Mauricio grandes grupos que gritaban: ¡Abajo Trochu! ¡Viva la Commune! Era el despertar de la pasión revolucionaria, una nueva manifestación de la opinión, tan alarmante, que el Gobierno de la Defensa Nacional, para no caer, tuvo que obligar al general Trochu á presentar su dimisión, y nombró en su lugar al general Vinoy. Aquel mismo día, en una reunión pública de Belleville, en la que había entrado Mauricio, oyó reclamar de nuevo el ataque en masa. Demasiado sabía él que aquello era una locura, y sin embargo, le impresionó aquella obstinación. Pasó la noche soñando con prodigios.

Transcurrieron ocho días más. París agonizaba sin exhalar ni una queja. Las tiendas no se abrían ya; los pocos transeuntes no encontraban coches en las calles desiertas. Habían sido comidos cuarenta mil caballos; los perros, los gatos y las ratas se pagaban muy caros. Desde que se había acabado el trigo, el pan, hecho con arroz y avena, era un pan negro, viscoso, de difícil digestión; y para conseguir la ración, reducida á 300 gramos, las colas interminables delante de las panaderías se hacían mortales. ¡Cuánta lástima inspiraban aquellas pobres mujeres, esperando horas y horas á la intemperie! La mortalidad había triplicado; los teatros estaban convertidos en hospitales, Desde el anochecer los antiguos barrios aristocráticos quedaban silenciosos y á obscuras, como si fueran arrabales de una ciudad maldita, asolada por la peste. Y en aquel silencio, en aquella obscuridad, sólo se oía el continuado fragor del bombardeo, sólo se veían los fogonazos de los cañones.

De repente el 29 de Enero, París supo que, desde la antevíspera, estaba Julio Favre en tratos con Bismarck para conseguir un armisticio; y, al mismo tiempo, se enteró de que no quedaba pan sino para diez días. La capitulación brutal se imponía. París, estupefacto al saber la verdad, dejó obrar. Apuel mismo día, á la noche, se disparó el último cañonazo. Cuando los alemanes ocuparon los fuertes, el regimiento de Mauricio volvió á acampar, cerca de Montrouge, dentro del recinto fortificado. Y entonces empezó para Mauricio una existencia vaga, llena de holganza y de fiebre. La disciplina se había relajado mucho; los soldados se desbandaban, vagaban sin objeto fijo, esperando el momento de recibir su licencia. Pero Mauricio seguía inquieto, nervioso é irritable. Leía con avidez los periódicos revolucionarios, y aquel armisticio de tres semanas, pactado con el único objeto de que Francia pudiera nombrar una Asamblea para acordar la paz, le parecía una asechanza, una traición final. Aunque París se viese obligado á capitular, él estaba, con Gambetta, por la continuación de la guerra en el centro y en el Norte. El desastre del ejército del Este le puso furioso. Las elecciones acabaron de desesperarle. Era lo que él había previsto, las provincias cobardes, irritadas con la resistencia de París, ansiando la paz, restableciendo la monarquía, bajo los cañones de los prusianos. Después de las primeras sesiones de Burdeos, Thiers, elegido en veintiseis departamentos, aclamado jefe del poder ejecutivo, fué á los ojos de Mauricio el monstruo, el hombre de todas las mentiras y de todos los crímenes. Y ya no se inquietó; aquella paz, hecha por una Asamblea monárquica, le parecía el colmo de la vergüenza; deliraba con sólo la idea de las durísimas condiciones, la indemnización de los cinco mil millones, Metz entregado, la Alsacia cedida, el oro

y la sangre de Francia corriendo por aquella herida incurable.

Entonces, en los últimos días de Febrero, Mauricio se decidió á desertar. Un artículo del tratado decía que los soldados acampados en París serían desarmados y mandados á sus casas. El no esperó; le parecía que le arrancarían el corazón si salía de aquel París glorioso, que sólo había cedido al hambre; y desapareció, tomó, en la calle des Orties, en lo alto de la Butte des Moulins, en una casa de seis pisos, un cuartito amueblado, una especie de torrecilla, desde donde se veía el mar sin límites de los tejados, desde las Tullerías hasta la Bastilla. Un antiguo compañero de la Facultad de Derecho le había prestado cien francos. Se alistó en un batallón de la guardia nacional, y con el franco y medio de la paga tendría bastante. Le horrorizaba el pensamiento de una existencia tranquila y egoísta en provincias. Hasta las cartas que recibía de su hermana Enriqueta, á quien había escrito inmediatamente después del armisticio, le incomodaban, con sus súplicas, con el deseo ardiente de volver á Remilly. El se negaba, iría más tarde, cuando ya no estuvieran allí los prusianos.

Y la vida de Mauricio fué una vida de ociosidad y de fiebre. Ya no le atormentaba el hambre. Había devorado con delicia el primer pan blanco. París, alcoholizado, donde no había faltado ni el aguardiente ni el vino, vivía en una borrachera continuada. Pero seguía estando preso, con las puertas guardadas por los alemanes. Una complicación de formalidades impedía la salida. Ni la vida social, ni el trabajo, ni los negocios se habían reanudado; y allí estaba un pueblo entero, sin hacer nada, acabando de perder la cabeza al claro sol de la primavera naciente. Durante el sitio, por lo menos, el servicio militar fatigaba los miembros, ocupaba la cabeza; mientras que ahora el vecindario había pa-

sado de repente á una vida de holganza completa, en el aislamiento en que se hallaba del mundo entero. Mauricio hacía lo mismo que los demás; andaba todo el día de acá para allá, respiraba el aire viciado de todos los gérmenes de locura que se desprendían de la multitud. La libertad ilimitada de que se disfrutaba, acababa de destruirlo todo. Mauricio leía los periódicos, frecuentaba las reuniones públicas, se encogía de hombros cuande oía disparates y se afirmaba, cada vez más, en su resolución de sacrificarse por lo que él creía que era la verdad y la justicia. Y en su cuartito, desde donde dominaba la ciudad, se ponia á soñar en la victoria, figurándose que había posibilidad de salvar á Francia y á la República mientras no estuviese firmada la paz.

Los prusianos iban á entrar en París el 1.º de Marzo. Un prolongado grito de execración y de cólera salía de todos los pechos. Mauricio no asistía á una reunión pública en que oyese acusar á la Asamblea, á Thiers, á los hombres del 4 de Septiembre, de aquella afrenta suprema, que no habían querido evitar á la gran ciudad heroica. El mismo, una noche se exaltó hasta el extremo de tomar la palabra para decir que París entero debía ir á morir en las murallas antes que dejar entrar á un solo prusiano. En aquel pueblo, entregado á una ociosidad llena de pesadillas, después de haber pasado muchos meses de angustia y de hambre, la insurrección salía así naturalmente, se organizaba á la luz del día. Era una de esas crisis morales que siempre se han observado después de los grandes sitios, el exceso del patriotismo engañado, que, después de haber enardecido inútilmente las almas, se cambia en una necesidad de venganza y de destrucción. La junta central, elegida por los comisionados de la milicia ciudadana, acababa de protestar coutra toda tentativa de desarme. En la plaza de la Bastilla se verificó una gran manifestación; bandera roja, discur-

sos violentísimos, un gentío inmenso, un agente de policía asesinado, arrojado al canal, rematado á pedradas. Y dos días después, el 27 de Febrero por la noche, Mauricio, despertado por el toque de llamada, vió pasar por el boulevard de Batignolles cuadrillas de hombres y mujeres que arrastraban cañones; él mismo se puso á tirar de una pieza, con otros veinte, al oir que el pueblo había ido á coger aquellos cañones en la plaza Wagram, para que la Asamblea no los entregase á los prusianos. Había ciento setenta. El pueblo los arrojó con cuerdas, los empujó con los puños, los subió hasta lo alto de Montmartre en un arranque feroz de horda bárbara que salva á sus dioses. El 1.º de Marzo, cuando los prusianos tuvieron que contentarse con ocupar por veinticuatro horas el barrio de los Campos Elíseos, encerrados como un rebaño en un redil, París no se movió, quedando las calles desiertas, las casas cerradas, la ciudad muerta, envuelta en el inmenso crespón de su luto.

Pasaron otras dos semanas. Mauricio no sabía ya cómo se deslizaba su vida, en espera de algo indefinido y monstruoso que veía venir. La paz estaba hecha; la Asamblea debía empezar sus sesiones en Versalles el 20 de Marzo; y, sin embargo, para él no había concluído nada; alguna revancha tremenda iba á empezar. El 18 de Marzo, al levantarse, recibió una carta de Enriqueta, suplicándole de nuevo que fuera á Remilly, amenazándole tiernamente con ir ella misma á buscarle, si tardaba mucho en darle aquella gran alegría. Después le hablaba de Juan; le contaba que éste se había separado de ella, á fines de Diciembre, para incorporarse al ejército del Norte, había caído enfermo con calenturas en un hospital de Bélgica; y que acababa de tener carta suya diciéndole que, á pesar de su estado de debilidad salía para París, donde pensaba volver á hacer servicio. Enriqueta terminaba supli-

cando á su hermano que la diese noticias de Juan en cuanto lo viese. Entonces Mauricio, con aquella carta en la mano, cayó en una meditación tierna. ¡Enriqueta y Juan, su hermana idolatrada, su hermano de desgracias y de penalidades! ¡Qué lejos estaban de sus pensamientos aquellos seres queridos, desde que la tempestad habitaba en él! Sin embargo, como su hermana le advertía que no había podido dar á Juan las señas de la calle de las Orties, se propuso buscarlo aquel mismo día, yendo á preguntar á las oficinas militares. Pero no hacía más que poner el pie en la calle cuando se encontró con dos camaradas de su batallon que le enteraron de lo ocurrido por la noche y de lo que estaba ocurriendo en Montmartre. Y los tres salieron á la carrera, medio locos.

¡Ah! ¡Qué exaltación tan decisiva produjo en Mauricio aquella jornada del 18 de Marzo! Más tarde no pudo acordarse bien de lo que había dicho, ni de lo que había hecho. Primero se veía corriendo, furioso por la sorpresa militar que se había intentado, antes del amanecer, para desarmar á París, recuperando los cañones de Montmartre. Hacía dos días que Thiers, de regreso de Burdeos, meditaba evidentemente aquel golpe de mano, para que la Asamblea pudiese sin temor proclamar la monarquía en Versalles. Mauricio volvía á verse en Montmartre á las nueve de la mañana, enardecido por los triunfos que le contaban, la llegada furtiva de las tropas, el retraso de los tiros de caballos, que había dado tiempo á la guardia nacional para tomar las armas, los soldados sin atreverse á hacer fuego contra las mujeres y los niños, poniendo hacia arriba las culatas de los fusiles, fraternizando con el pueblo. Luego, andaba á la ventura por París, y al mediodía conocía que éste pertenecía á la Commune. Thiers y los ministros habían huido á Versalles, con treinta mil hombres del ejército;

desertaron cinco mil. A eso de las cinco y media, Mauricio se encontraba en el boulevard exterior, en medio de un grupo de energúmenos, escuchando sin indignación el relato del fusilamiento de los generales Lecomte y Clemente Thomas. ¡Ah! ¡Generales! Se acordaba de los de Sedan, vividores é ineptos. ¡Uno más ó menos qué importaba eso! Y el resto del día acababa en la misma exaltación, que desfiguraba para él todas las cosas, una insurrección que hasta los adoquines parecían haber querido, triunfante por una fatalidad imprevista y que á las diez de la noche se había hecho dueña de las Casas Consistoriales, donde se había instalado la Junta Central.

Un recuerdo quedaba, sin embargo, muy claro en la memoria de Mauricio: su encuentro repentino con Juan. Hacía tres días que este último se hallaba en París, á donde había llegado sin un céntimo, extenuado por las calenturas que le habían tenido dos meses en un hospital de Bélgica; y, casi en seguida, habiendo encontrado á un antiguo capitán del 106°, el capitán Ravaud, se afilió en la compañía del 124°, que éste mandaba. Habían vuelto á darle los galones de cabo y acaba de salir aquella tarde del cuartel del Príncipe Eugenio, con su escuadra, para ir á la orilla izquierda, donde estaba reconcentrándose todo el ejército, cuando tuvo que detenerse en el boulevard de San Martín, porque la multitud no le dejaba pasar y quería desarmar á él y á su escuadra. Con mucha serenidad contestó que le dejasen en paz, que no tenía que ver con nada de aquello y que solo quería cumplir su consigna sin hacer daño á nadie. Pero hubo un grito de sorpresa, Mauricio que se había acercado, daba un abrazo fraternal á Juan.

—¡Eres tú!... Mi hermana me ha escrito. Yo quería haber ido esta mañana á preguntar por tí en las oficinas de Guerra.

Los ojos de Juan se arrasaron en lágrimas.

—¡Muchacho, cuánto me alegro de verte! Yo también he andado buscándote, pero ¿quién te encontraba en esta Babilonia?

La gente se impacientaba y Mauricio se volvió:

—Ciudadanos, dejadme que les hable. Respondo de ellos.

Cogió las manos de su amigo, y le dijo en voz baja:

—Te quedas con nosotros ¿no es verdad?

Juan se sorprendió mucho.

—¿Con vosotros?

Escuchó por un momento sus quejas contra el gobierno y contra el ejército, y sus explicaciones acerca del modo de salvar á la República. Y conforme se esforzaba por comprenderle, su plácida fisonomía de campesino ignorante tomaba una expresión de sentimiento.

—No, no, si es para esa tarea, no me quedo!... Mi capitán me ha dicho que vaya con mi gente á Vaugirard, y allí voy. Aunque estuviera allí el demonio con todo el infierno junto, no dejaría de ir. Es natural. Debes comprenderlo.

Se echó á reir, y añadió:

—Quien va á venirse con nosotros, eres tú.

Mauricio, enfadado, le soltó las manos. Y los dos se quedaron un instante mirándose de hito en hito, el uno con la exasperación del acceso de locura que padecía París entero, aquel mal producido por los malos fermentos del último reinado, el otro fuerte con su buen sentido y con su ignorancia, sin haberse maleado, porque se había criado en tierra del trabajo y del ahorro. Y sin embargo, los dos eran hermanos, estaban unidos por un vínculo fuerte, y sintieron lo que les sucedía en aquel momento. De repente una oleada de gente les separó.

—¡Hasta la vista, Mauricio!

—¡Hasta la vista, Juan!

La masa compacta de un regimiento, el 79°, que desembocaba de una calle inmediata, había echado á la multitud á las aceras. Nadie se atrevió á ponerse delante de la tropa. Y la escuadra del 124°, ya libre, pudo continuar su marcha.

—¡Hasta la vista, Juan!

—¡Hasta la vista, Mauricio!

Se saludaron con la mano. Seguían queriéndose, aunque cedían á la fatalidad violenta de aquella separación.

Los días siguientes, Mauricio olvidó su encuentro con Juan, en medio de los acontecimientos extraordinarios que se precipitaban. El 19, París se despertó sin gobierno, más sorprendido que asustado al saber el pánico que había hecho marchar de Versalles, durante la noche, al ejército, á los funcionarios públicos y á los ministros; y como hacía un tiempo magnífico, París salió tranquilamente á las calles para ver las barricadas. Pareció muy oportuna una alocución de la Junta Central convocando al pueblo para unas elecciones comunales. Sólo le chocó que estuviera firmada por nombres completamente desconocidos. En aquella aurora de la Commune, París estaba en contra de Versalles, por el resentimiento de lo que había padecido y por las sospechas que le asaltaban. Empezó la anarquía, entablándose una lucha entre los alcaldes y la Junta Central. Los esfuerzos de conciliación intentados por los primeros, resultaron inútiles, mientras que la Junta, poco segura de tener en su favor á toda la guardia nacional federada, no hacía más que reclamar modestamente las libertades municipales. Los tiros disparados contra la manifestación pacífica de la plaza Vendôme, las víctimas cuya sangre había enrojecido el empedrado, causaron el primer

estremecimiento de terror en la ciudad. Y en tanto que la revolución triunfante se apoderaba definitivamente de todos los ministerios y de todas las administraciones públicas, Versalles temblaba de cólera y de miedo, el gobierno se daba prisa á reunir fuerzas militares suficientes para rechazar un ataque que preveía. Las mejores tropas de los ejércitos del Norte y del Loire eran llamadas con premura, habían bastado diez días para reunir ochenta mil hombres, y la confianza se restableció tan pronto, que el 2 de Abril se rompieron las hostilidades, siendo tomados por dos divisiones los pueblos de Puteaux y Courbevoie.

Sólo al día siguiente fué cuando Mauricio, que había salido con su batallón por la carretera de Versalles, volvió á ver delante de sí, en la fiebre de sus recuerdos, á Juan, que le decía «Hasta la vista». El ataque de los Versalleses había asombrado é indignado á la guardia nacional. Tres columnas, con una fuerza total de cincuenta mil hombres, habían marchado por Bougival y Meudon, á apoderarse de la Asamblea monárquica y de Thiers el asesino. Era la salida torrencial, con tanto ardor exigida durante el sitio, y Mauricio se preguntaba á sí mismo dónde volvería á ver Juan, como no fuese allá abajo, entre los muertos del campo de batalla. Pero la derrota fué inmediata. El batallón de Mauricio llegaba á lo alto de la cuesta de las Pastoras, en el camino de Rueil, cuando, de repente, cayeron en las filas algunas granadas, disparadas desde el Mont Valerien. Los federados se quedaron sin saber lo que les pasaba, unos creían que el fuerte estaba ocupado por compañeros suyos, otros contaban que el gobernador se había comprometido á no hacer fuego. Y un terrible pánico se apoderó de ellos; los batallones se dispersaron, y volvieron á París á todo correr, mientras que la cabeza de la

columna, cogida por un movimiento envolvente del general Vinoy, era acuchillada en Rueil.

Entonces, Mauricio sintió aumentar su odio contra aquel supuesto gobierno de orden y de legalidad, que derrotado en todos los encuentros por los prusianos, no recobraba el valor sino para atacar á París. ¡Y los ejércitos alemanes estaban todavía allí, presenciando aquel hermoso espectáculo de la caída de un pueblo! Por eso, en la crisis de destrucción que le invadía, aprobó las primeras medidas violentas, la construcción de barricadas en las calles y plazas, el encarcelamiento de los rehenes—el arzobispo, sacerdotes, antiguos funcionarios. Por una y otra parte empezaban ya las atrocidades; Versalles fusilaba á los prisioneros, París decretaba que, por la cabeza de uno de sus combatientes, haría caer tres cabezas de rehenes; y la poca cordura que le quedaba á Mauricio, después de tantos sacudimientos y de tantas ruinas, se la llevaba el viento de furor que soplaba por todas partes. La Commune se le presentaba como una vengadora de los ultrajes sufridos, como una libertadora, llevando el hierro que amputa y el fuego que purifica. Aquello no estaba muy claro en su imaginación, porque lo que en él había de instrucción, le evocaba sencillamente recuerdos clásicos, ciudades libres y triunfantes, federaciones de provincias ricas imponiendo su ley al mundo. Veía á París reconstituyendo una Francia de justicia y de libertad, reorganizando una sociedad nueva, después de haber barrido los restos podridos de la antigua. A decir verdad, los nombres de los individuos elegidos para la Commune le habían sorprendido algo, por la extraordinaria mezcla de moderados, de revolucionarios de todas sectas á quienes se confiaba la obra magna. Conocía á muchas de aquellos hombres y les consideraba como unas medianías. Pero el día en que se

constituyó solemnemente la Commune en la plaza de la villa, Mauricio había querido olvidarlo todo, animado de nuevo por una esperanza sin límites y renacía la ilusión, en la crisis aguda del mal en su paroxismo, en medio de las mentiras de los unos y de la fe exaltada de los otros.

Durante todo el mes de Abril, Máuricio anduvo tiroteando por las cercanías de Neuilly. La primavera, adelantada, hacía ya florecer las lilas. Muchos guardias nacianales volvían por la noche con un ramo de flores en el cañón del fusil. Entre tanto se había reunido en Versalles tanta tropa, que habrían podido formarse dos ejércitos, uno de primera línea, á las órdenes del mariscal Mac Mahón, y otro, de reserva, mandado por el general Vinoy. La Commune contaba con cerca de cien mil guardias nacionales movilizados y casi otros tantos sedentarios; pero en realidad no había para batirse más que cincuenta mil. Y de día en día se acentuaba el plan de ataque de los versalleses. Después de Neuilly habían ocupado el palacio de Bècon y luego Asnières, nada más que para estrechar la línea de asedio, porque pensaban entrar por el Point du-Jour en cuanto pudiesen asaltar la muralla por aquella parte, bajo los fuegos convergentes del Mont Valerien que estaba en su poder. Todos sus esfuerzos tendían á tomar el fuerte de Issy, al que atacaban utilizando las trincheras de los prusianos. Desde mediados de Abril no cesaba el fuego de fusilería y de artillería. En Levallois, en Neuilly, era un combate continuado, un fuego incesante de guerrillas, lo mismo de día que de noche. Por el ferrocarril de circunvalación se llevaban en vagones blindados piezas de grueso calibre para batir á Asniéres. Pero en Vanves y en Issy era tremendo el bombardeo, haciendo temblar todos los cristales de París, como en los días más terribles del sitio.

Y cuando el fuerte de Issy cayó en manos del ejército de Versailles, el día 9 de Mayo, entró el pánico en la Comunne, impulsándola tomar resoluciones extremas.

Mauricio aplaudió la creación de una Junta de salvación pública. Si se quería salvar la patria, ¿no era llegada la hora de las medidas enérgicas? De todas las violencias, sólo una le había oprimido el corazón; el derribo de la columna Vendome; y se acusaba de aquello como de una debilidad de niño. Le parecía estar oyendo á su abuelo cuando le relataba las batallas de Marengo, Austerlitz, Jena, Eylau, Frieland, Wagram y Moscowa, narraciones épicas que todavía le impresionaban. Pero que se arrasara la casa de Thiers el asesino, que se guardase á los rehenes como una garantía y una amenaza, ¿qué tenía eso de particular? ¿Acaso no eran represalias justas por el bárbaro proceder del gobierno de Versalles? Mauricio sentía cada vez más la sombría necesidad de la destrucción, por lo mismo que se acercaba el fin de sus ensueños. Si la idea justiciera y vengadora había de ser ahogada en la sangre, que se abriese la tierra, transformada, en medio de uno de esos trastornos cósmicos que han renovado la vida! ¡Qué se hundiese París, que ardiera como una inmensa hoguera de holocausto antes que volviese á sus vicios y á sus miserias, á aquella antigua sociedad corroída por abominable injusticia! Mauricio tuvo otro gran ensueño: la ciudad reducida á cenizas, nada más que tizones humeantes en las dos orillas, la llaga curada por el fuego, una catástrofe sin nombre, sin ejemplo, de la que saliese un pueblo nuevo. Así era que cada vez se enardecía más con lo que oía contar: los barrios minados, las catacumbas atestadas de pólvora, todos los monumentos preparados para volarlos, los hornillos de mina puestos en comunica-

ción por hilos eléctricos para que una sola chispa les prendiese fuego; repuestos inmensos de materias inflamables, especialmente petróleo, para transformar las calles y plazas en torrentes, en mares de llamas. La Commune lo había jurado; si entraban los versalleses, ni uno solo pasaría más allá de las barricadas, se abriría el empedrado, se desplomarían los edificios, París quemaría y tragaría á todo un mundo.

El descontento de Mauricio contra la Commune, fué lo que le hizo concebir aquellas ideas propias de un loco. La Commune le parecía torpe, desatentada, incoherente, estúpida. De todas las reformas sociales que había prometido, no había podido realizar ni siquiera una, y era ya seguro que no dejaría detrás de sí ninguna obra duradera. Pero lo que más la perjudicaba eran las rivalidades que la desgarraban, la inquietud en que vivía cada uno de sus individuos. Muchos de ellos, los moderados, no asistían ya á las sesiones. Los otros eran arrastrados por los acontecimientos, temblaban ante una dictadura posible, estaban en la hora en que los grupos de las Asambleas revolucionarias se exterminan entre sí para salvar á la patria. Después de Cluseret, después de Dombrowski, Rossell iba á hacerse sospechoso. Delescluze, nombrado para el cargo de delegado civil del ministerio de la Guerra, no podía hacer nada á pesar de su gran autoridad. Y el gran esfuerzo social vislumbrado abortaba en el aislamiento que de hora en hora se extendía al rededor de aquellos hombres que carecían de prestigio y no podían hacer más que atrocidades.

En París aumentaba el terror. París, irritado al principio contra Versalles, se iba separando de la Commune. El alistamiento forzoso de todos los hombres de menos de 40 años había exasperado á las

personas pacíficas y determinado una fuga en masa. Se escapaban valiéndose de un disfraz, con documentos alsacianos, falsos; en las noches obscuras se descolgaban por las murallas con cuerdas y escalas. Hacía mucho tiempo que se habían marchado los vecinos ricos. Ninguna fábrica había vuelto á abrir sus puertas. No había comercio, no había trabajo, continuaba la existencia de ociosidad, en espera del desenlace inevitable. Y la gente del pueblo no vivía más que del sueldo de los guardias nacionales, aquellos treinta *suses* que se pagaban con los millones cogidos al Banco, los treinta *suses* por los cuales se batían muchos de los rebeldes, una de las causas verdaderas y la razón de ser de la insurrección. Barrios enteros estaban deshabitados; las tiendas, cerradas. A la claridad del sol del admirable mes de Mayo, no se encontraban más que entierros de federados muertos en los combates, entierros sin sacerdotes, carros fúnebres cubiertos con banderas rojas, seguidos de mucha gente que llevaba ramos de siemprevivas. Las iglesias, cerradas, se transformaban por la noche en salas de club. Sólo se publicaban los periódicos revolucionarios; todos los demás habían sido suprimidos. Era la destrucción de París, aquel malhadado París que tenía á la Asamblea una repulsión de capital republicana, y donde iba en aumento el miedo á la Commune, la impaciencia por verse libre de ella, en medio de los rumores aterradores que circulaban, de las detenciones diarias de rehenes, de los barriles de pólvora llevados á las alcantarillas, donde hacían centinela muchos hombres con teas encendidas, esperando una señal.

Entonces, Mauricio, que no había bebido nunca, se encontró cogido y como ahogado en la embriaguez general. Cuando estaba de servicio de avanzadas, ó cuando pasaba la noche en el cuerpo de guar-

día, solía aceptar una copa de cognac. Si tomaba otra, se exaltaba entre las bocanadas de alcohol que le daban en la cara. Era la epidemia creciente, la borrachera crónica, herencia del primer sitio; un vecindario sin pan, pero con aguardiente y vino á discreción, y que al menor trago que echaba, se trastornaba por completo. Por primera vez en su vida, Mauricio volvió borracho á su casa (donde dormía de cuando en cuando) el domingo 21 de Mayo, por la noche. Había pasado el día en Neuilly, disparando tiros, bebiendo con sus compañeros, con la esperanza de quitarse el cansancio que le abrumaba. Después, trastornado, rendido, había ido á echarse en su cama, llevado por el instinto, porque nunca se acordó cómo había vuelto á su casa. Y al otro día el sol estaba ya muy alto, cuando le despertaron ruidos de campanas, de tambores y de cornetas. Los versalleses habían entrado libremente en París, por haber encontrado abandonada una de las puertas.

Mauricio se vistió de prisa, cogió el fusil y salió á la calle. En la alcaldía del distrito encontró á unos compañeros que le contaron confusamente lo que ocurría. Hacía diez días que el fuerte de Issy y la batería de Montretout, auxiliados por la ciudadela de Mont-Valerien, estaban abriendo brecha, obligando á los federados á abandonar la puerta de Saind Cloud. Al día siguiente iba á darse el asalto. Serían las cinco de la tarde cuando un transeunte, viendo que nadie guardaba ya la puerta, había llamado con una seña á la guardia de trinchera que estaba á unos 50 metros escasos. Dos compañías del 37.° de línea entraron sin esperar órdenes, y detrás de ellas entró todo el 4.° cuerpo mandado por el general Douay. A las siete la división Vergé pasó el puente de Grenelle y avanzó hasta el Trocadero. A las nueve, el general Clinchamp se apoderó

de Passy. A las tres de la mañana, el primer cuerpo acampó en el Bosque de Boulogne, y al mismo tiempo la división Bruat pasaba el Sena para tomar la puerta de Sèvres y facilitar la entrada del 2.º cuerpo, el cual ocupó, una hora después, el barrio de Grenelle. El día 22 por la mañana, el ejército de Versalles era, pues, dueño del Trocadero y de la Muette, en la orilla derecha, y de Grenelle, en la izquierda, con asombro y terror de la Commune, que se veía ya perdida.

El primer pensamiento de Mauricio fué que todo había concluído y que no quedaba más que hacerse matar. Pero las campanas seguían tocando á rebato, las mujeres y hasta los niños trabajaban en las barricadas, los batallones, reunidos á toda prisa, corrían á su puesto de combate. Y á mediodía renacía la esperanza en el corazón de los soldados de la Commune, resueltos á vencer, al observar que los versalleses no avanzaban más. Este ejército procedía con una prudencia extraordinaria, aleccionado por sus derrotas, exagerando la táctica que los prusianos le habían enseñado tan duramente. La Junta de salvación pública organizaba y dirigía la defensa desde la Casa de la Villa. Contábase que había rechazado desdeñosamente una suprema tentativa de conciliación. Esto alentaba á las masas; la resistencia iba á ser tenaz, puesto que el ataque sería implacable, dado el odio que enardecía á los dos ejércitos. Y aquel día, Mauricio lo pasó en el barrio del Cuartel de Inválidos, retirándose lentamente de calle en calle, sin dejar de hacer fuego. No habiendo podido encontrar á su batallón, se reunió con camaradas desconocidos, con los cuales pasó á la orilla izquierda. A las cuatro, defendieron una barricada que cerraba la calle de la Universidad por la parte de la Esplanada y no la abandonaron hasta el anochecer, cuando supieron que la

división Bruat, corriéndose por el muelle, se había apoderado del palacio del Cuerpo Legislativo. A duras penas pudieron llegar á la calle de Lille, dando un gran rodeo por las calles de Santo Domingo y Belleschasse. Al cerrar la noche, el ejército de Versalles ocupaba una línea que empezaba en la punta de Vanves, pasaba por el palacio del Elíseo, la iglesia de San Agustín y la estación de San Lázaro, y terminaba en la puerta de Asniéres.

El día siguiente, el 23, un martes primaveral, de ardiente sol, fué para Mauricio el día terrible. Unos cuantos centenares de federados de distintos batallones, entre los cuales se hallaba él, se sostenían todavía en el barrio de Santo Domingo. Pero la mayor parte habían vivaqueado en los jardines de los palacios de la calle de Lille. El mismo se había quedado profundamente dormido en un jardincito contiguo al palacio de la Legión de Honor. Por la mañana creía que las tropas saldrían del palacio del Cuerpo Legislativo para atacar las fuertes barricadas de la calle del Bac. Sin embargo, iban pasando las horas sin que se diese la orden de ataque. Sólo había algún tiroteo. Era el plan de Versalles, que se desarrollaba con prudente lentitud; la resolución de no atacar de frente al terraplén de las Tullerías, transformado por los rebeldes en una fortaleza formidable; la marcha á lo largo de las murallas, por derecha é izquierda, para apoderarse primero de Montmartre y del Observatorio y para coger después todos los barrios del centro en una inmensa redada. A eso de las dos, Mauricio oyó decir que la bandera tricolor ondeaba en Montmartre. Atacada por tres cuerpos de ejército, que habían lanzado sus batallones sobre el cerro, por las calles Lepic, de los Sauces y del Mont-Cenis, acababa de ser tomada la gran batería del Molino de

la Galette; y los vencedores entraban en París, apoderándose de la plaza de San Jorge, de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, de la alcaldía de la calle Druot y del nuevo teatro de la Opera; mientras que en la orilla izquierda, tomaban la plaza de Enfer y el Mercado de Caballos. Los insurrectos recibían aquellas noticias con asombro y espanto. ¡Montmartre tomado en dos horas, Montmartre, la ciudadela gloriosa é inexpugnable de la insurrección! Mauricio notó que las filas se aclaraban, muchos camaradas, amedrentados, se marchaban, yendo á lavarse las manos y á ponerse una blusa por temor á las represalias. Corría el rumor de que se preparaba el ataque á la Croix Rouge. Las barricadas de las calles Cartinag y Bellechasse habían sido ya tomadas; empezaban á verse pantalones encarnados al extremo de la calle de Lille. Y no tardaron en quedarse solos los convencidos, los tercos, Mauricio y unos cincuenta más, resueltos á morir, pero no sin matar antes cuantos versalleses pudieran, aquellos versalleses que trataban á los federados como bandidos, que fusilaban á los prisioneros á retaguardia de la línea de batalla. Desde el día anterior había aumentado el odio. Entre aquellos sublevados que morían por su ideal y aquel ejército lleno de pasiones reaccionarias, exasperado por tener que batirse otra vez, no había, ni podía haber más que exterminio.

Serían las cinco de la tarde, cuando Mauricio y sus compañeros se replegaban detrás de las barricadas de la calle de Bac, sin dejar de hacer fuego, vieron de repente salir una gran humareda por una ventana abierta del palacio de la Legión de Honor. Era el primer incendio y Mauricio sintió una alegría feroz. Había llegado la hora. ¡Que ardiese, pues, la ciudad entera como una hoguera inmensa! ¡Que el mundo se purificase por el fuego! Pero una apari-

ción brusca dejó atónito á Mauricio. Acababan de salir precipitadamente del palacio cinco ó seis hombres, y delante iba un mocetón, en el cual reconoció á Chouteau, su antiguo camarada de escuadra del 106.º Ya lo había visto después del 18 de Marzo con un kepis galoneado y á los pocos días lo había encontrado con más galones, agregado al estado mayor de algún general que no se batía. Se acordó de una historia que le habían contado: el tal Chouteau, instalado en el palacio de la Legión de Honor, viviendo allí en compañía de una querida en una francachela continua, rompiendo los espejos á tiros de revólver y limpiándose las botas con las colchas de damasco. Hasta se aseguraba que, con el pretexto de ir á la compra, su querida salía todas las mañanas en carruaje de gala, llevándose envoltorios de ropa blanca, relojes de sobremesa y hasta muebles. Mauricio al ver correr á Chouteau, con una lata de petróleo en la mano, sintió un malestar, una duda tremenda que hizo vacilar toda su fe. ¿Si sería mala la obra terrible, puesto que un hombre así era uno de los obreros?

Pasaron más horas. Mauricio se batía á la desesperada. Si se había equivocado, ¡que pagase al menos su error con su sangre! La barricada que cerraba la calle de Lille, á la altura de la calle del Bac, estaba hecha con sacos y con barricas llenas de tierra y protegida por un foso profundo. Defendíala Mauricio con una docena de federados, todos medio tendidos en el suelo, matando á los soldados que se presentaban. El no se movió hasta el anochecer, gastó sus cartuchos, silencioso, en la terquedad de su desesperación. Miraba cómo iba aumentando la humareda del palacio de la Legión de Honor. Todavía no se veían las llamas. Un edificio contiguo empezaba á arder también. De repente, un compañero fué á avisar á Mauricio que los sol-

dados, no atreviéndose á salir al centro de la calle, avanzaban por los jardines y por dentro de las casas, abriendo boquetes en las paredes. De un momento á otro podía ser tomada la barricada por retaguardia. A la luz de un fogonazo que salió de una ventana, Mauricio vió á Chouteau y á su cuadrilla que subían á las casas de esquina llevando latas de petróleo y hachas de viento. Media hora después estaban ardiendo las casas de las cuatro esquinas. Entretanto, Mauricio, tendido detrás de las barricas, se aprovechaba del resplandor del incendio para tirar á los soldados imprudentes que se arriesgaban á salir al centro de la calle.

¿Cuánto tiempo estuvo Mauricio haciendo fuego? No tenía ya conciencia del tiempo, ni de los lugares. La detestable tarea que estaba ejecutando le daba náuseas. A su alrededor, el incendio empezaba á envolverle con un calor intenso en una atmósfera sofocante. La encrucijada, con los montones de adoquines que la cerraban, se había convertido en un campo atrincherado, defendido por los incendios. ¿No eran esas las órdenes; prender fuego á los barrios al abandonar las barricadas, detener á las tropas con una línea de hogueras? Mauricio comprendía que las casas de la calle del Bac no eran las únicas que ardían. Detrás de sí veía iluminarse el cielo con un resplandor rojizo. A la derecha debía haber otros incendios. Hacía ya rato que Chouteau había desaparecido. Los más furibundos de los compañeros de Mauricio se marchaban también uno á uno, aterrados con la idea de ser cogidos de un momento á otro. Al fin, Mauricio se había quedado solo, tendido entre dos sacos de tierra, sin pensar en otra cosa que en defender el frente de la barricada cuando los soldados, que habían ido pasando por los patios y por los jardines, llegaron por retaguardia, saliendo de un portal de la calle del Bac.

En la exaltación de aquella lucha suprema, hacía dos días largos que Mauricio no se acordaba de Juan. Y tampoco Juan, desde que había entrado en Paris con su regimiento, se había acordado de Mauricio, ni siquiera un minuto. El día antes había estado en las guerrillas, en el campo de Marte y en la explanada de los Inválidos. Después, aquel día, no había salido de la plaza del Palacio Borbon hasta mediodía para ir á tomar las barricadas del barrio. El, tan tranquilo, se había ido exasperando poco á poco en aquella guerra fratricida, en medio de compañeros que no deseaban sino descansar, después de tantas fatigas y penalidades. Además, los relatos de las atrocidades de la Commune, le ponían fuera de sí, lastimando su respeto á la propiedad y su necesidad de orden. Era el tipo del verdadero francés, un campesino sesudo, ansioso de paz, para que se volviera á trabajar, á ganar. Pero lo que más ira le daba eran los incendios. ¡Quemar las casas, quemar los palacios, porque no se había triunfado! ¡Caramba, eso no! Sólo unos bandidos eran capaces de hacer una barbaridad semejante. Y él, que se había conmovido al presenciar el día antes los fusilamientos, no sabía ya lo que hacía, se había vuelto feroz.

Juan salió, impetuosamente, á la calle del Bac, con algunos individuos de su escuadra. Al principio, no vió á nadie, creyó que la barricada acababa de ser desalojada. Luego, vió á un comunista revolviéndose entre los sacos de tierra y disparando tiros hacia la calle de Lille. Impulsado por la fatalidad, Juan salió á la carrera, y atravesó al comunista, de un bayonetazo.

Mauricio no había tenido tiempo para volverse. Dió un grito, levantó la cabeza. Los incendios los alumbraban con una claridad extraordinaria.

—Juan, querido Juan, ¿eres tú?

Quería morir, lo deseaba con frenética impaciencia. Pero morir á manos de su hermano, aquello era demasiado, aquello emponzoñaba la muerte con una amargura terrible.

—¿Con que eres tú, Juan, querido Juan?

Juan le miraba asombrado. Estaban solos, porque los demás soldados habían salido en persecución de los fugitivos. A su alrededor los incendios ganaban terreno; grandes llamaradas rojizas salían por las ventanas; desplomábanse los techos con pavoroso estrépito. Y Juan desesperado y lloroso, se arrodilló junto á Mauricio, palpándole, procurando levantarle, para ver si podía salvarle.

¡Pobre amigo mío, pobrecillo!

VIII

Cuando el tren procedente de Sedan llegó, con mucho retraso, á la estación de San Dionisio, á eso de las nueve, un gran resplandor rojizo iluminaba el cielo, por la parte del Sur, como si estuviese ardiendo todo París. Conforme había ido haciéndose de noche, aquel resplandor había aumentado, y, poco á poco se extendió por todo el horizonte, dando color de sangre á unas nubecillas que, por la parte de Oriente, se perdían en el fondo de las tinieblas.

Enriqueta bajó del coche, inquieta por aquellos reflejos de incendio que los viajeros habían visto por las ventanillas del tren en marcha. Los soldados de un destacamento prusiano que acababa de ocupar la estación, hacían bajar á todo el mundo, y dos de ellos gritaban en francés:

—Paris está ardiendo... El tren no pasa de aquí... ¡Abajo todo el mundo!... París está ardiendo...

Enriqueta se angustió mucho. ¿Llegaría demasiado tarde? Como Mauricio no había contestado á sus dos últimas cartas, y las noticias de Paris eran ca-

da vez más alarmantes, se había decidido á marcharse de Remilly. En casa de su tio Fouchard llevaba una vida muy triste. Conforme se había ido prolongando la resistencia en París, las tropas de ocupación se habían vuelto más exigentes. El racionamiento de las fuerzas que regresaban á Alemania estaba acabando con los recursos de los pueblos. Al salir Enriqueta de la casería para ir á Sedán á tomar el ferrocarril muy de madrugada, había visto el corral lleno de soldados de caballería que habían dormido allí. A un toque de corneta, todos se habían levantado, silenciosos, envueltos en sus capotes, y tan apiñados que Enriqueta creyó estar presenciando la resurrección de los muertos en un campo de batalla, al toque de llamada de las trompetas del Juicio final. Y encontraba más prusianos en San Dionisio, y ellos eran los que daban aquel grito que la trastornaba:

—¡Abajo todo el mundo! ¡De aquí no se pasa!... ¡París está ardiendo!

Enriqueta, desesperada, con su maletita en la mano, pidió noticias. Hacía dos dias que en París se estaban batiendo; la vía férrea se hallaba interceptada; los prusianos se mantenían á la espectatiba. Pero Enriqueta quería pasar á todo trance; vió en el andén al capitán de la compañía que ocupaba la estación, y se acercó á él.

—Caballero, voy á ver á un hermano mío, de quien no sé nada. Suplico á usted que me facilite un medio de continuar mi viaje.

Se detuvo, sorprendida, al reconocer al capitán.

—¡Es usted, Otto!... Favorézcame usted, ya que la casualidad ha hecho que volvamos á encontrarnos.

Su primo, Otto Gunther, seguía tan espetado y orgulloso como siempre. Y no reconocía á aquella mujer delgada, rubia y bonita, de aspecto entermi·

zo. Al fin la recordó, pero se contentó con hacer una inclinación de cabeza.

—Ya sabe usted que tengo un hermano soldado, continuó Enriqueta. Está en París, y temo que haya tomado parte en esa lucha horrible... Otto, por favor, deme usted el medio de seguir mi viaje.

Entonces él se decidió á hablar.

—No puedo hacer nada .. Desde ayer no circulan los trenes. Creo que han levantado los rails. Y no tengo á mi disposición ningún carruaje, ni caballo, para llevar á usted.

Ella le miraba, apesadumbrada por encontrarle tan frío, tan resuelto á no auxiliarla.

—No quiere usted hacer nada... ¡Dios mío! ¿A quien me dirigiré yo?

¡Aquellos prusianos, que eran los dueños de todo, que, con solo una palabra, hubieran podido volver la ciudad de arriba á bajo, embargar cien carruajes, hacer salir de las cuadras mil caballos! Y Otto se negaba, con su aire altanero de vencedor que se imponía la obligación de no intervenir nunca en los asuntos de los vencidos, por figurarse, sin duda, que iban á manchar su gloria recién ganada.

—En fin —dijo Enriqueta, procurando calmarse;— sabrá usted, por lo menos, lo que ocurre. Dígamelo.

—París está ardiendo... Venga usted conmigo. Desde ahí se ve perfectamente.

Otto salió del andén seguido por Enriqueta, y anduvo por la vía un centenar de pasos para llegar á una pasadera de hierro, construída encima de la vía. Cuando hubieron subido la estrecha escalera y se encontraron arriba, apoyados en la barandilla, pudieron ver por encima de un talud, la inmensa llanura.

—Ya lo vé usted; París está ardiendo.

Eran las nueve y media, poco más ó menos. El resplandor rojizo se extendía cada vez más. Las nubecillas ensangrentadas habían desaparecido, y

quedaba en el zenit más que una mancha negra, en la cual se reflejaban las llamas lejanas. Toda la línea del horizonte despedía llamaradas, pero á trechos, se distinguían focos más intensos cuyo continuo centelleo rayaba las tinieblas, en medio de grandes humaredas. Parecía que los incendios andaban, que algún bosque gigantesco estaba ardiendo, que hasta la tierra iba á arder, abrasada por aquella colosal hoguera de París.

—¡Mire usted!—explicaba Otto;—aquella cosa negra que se destaca sobre el fondo rojo es Monmartre. A la izquierda, en la Villette, en Belleville, no se quema nada todavía. El fuego es en los mejores barrios y se va extendiendo... ¡Mire usted, allá á la derecha, otro incendio! Se ven las llamas, un hervidero de llamas... ¡Más, más!. .

No gritaba, no se animaba, y la enormidad de su alegría tranquila dejó aterrada á Enriqueta. Otto estaba insultante con su calma, con su sonrisita, como si hubiera previsto y esperado, desde mucho tiempo atrás, aquel desastre sin ejemplo. Al fin ardía París, aquel París donde las granadas alemanas no habían hecho casi daño. Todos los rencores del capitán estaban satisfechos. Parecía vengado de la larga duración del sitio, de los fríos espantosos, de las dificultades que á cada paso habían sufrido. En el orgullo del triunfo, las provincias conquistadas, la indemnización de los cinco mil millones, nada valía tanto como aquel espectáculo de París destruído, atacado de locura furiosa, prendiéndose fuego á sí mismo y desvaneciéndose en humo en aquella noche serena de primavera.

—Tenía que suceder, añadió Otto en voz baja. ¡Buena tarea, buena!

Ante la inmensidad de la catástrofe, Enriqueta sentía oprimírsele el corazón. Durante unos minutos desapareció su desgracia personal, perdida en aquella expiación de un pueblo entero. La idea de

que el fuego estaría devorando vidas humanas, la vista de la ciudad ardiendo, despidiendo la claridad infernal de las capitales malditas, le arrancaban exclamaciones de dolor. Cruzó las manos y preguntó:

—¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho para ser castigados de esta manera?

Otto hizo un ademán de apóstrofe. Iba á hablar con la vehemencia de ese frío y duro protestantismo militar que citaba versículos de la Biblia. Pero una mirada de Enriqueta le contuvo. Además, su ademán había bastado, porque había expresado su odio de raza, su convicción de ser en Francia el justiciero enviado por el Dios de los ejércitos para castigar á un pueblo pervertido. París ardía en castigo de muchos siglos de mala vida, de la acumulación de sus crímenes y de sus orgías. Los germanos volverían á salvar al mundo, barriendo el último polvo de la corrupción latina.

Otto se contentó con decir:

—Es el final... Ahora empieza á arder otro barrio... aquel otro foco, allá, más á la izquierda...

Los dos callaron. Llamaradas continuas subían sin cesar, desbordándose en el firmamento. El mar de fuego ensanchaba á cada momento su línea en lo infinito, una marejada incandescente de la que salían humaredas que formaban encima de la ciudad un inmenso nubarrón cobrizo.

Enriqueta sintió un estremecimiento. Le pareció que salía de una pesadilla. Y angustiada con el recuerdo de su hermano, dirigió á Otto la última súplica.

—Conque... ¿no puede usted hacer nada por mí? ¿Se niega usted á ayudarme á entrar en París?

Otto hizo un ademán como si fuera á barrer el horizonte.

—¿Para qué? Mañana no habrá allí más que escombros.

Y no hablaron más. Enriqueta bajó de la pasade-

ra y se dirigió á la estación. Otto se quedó arriba un largo rato, gozando con la monstruosa fiesta que le proporcionaba el espectáculo de aquella Babilonia incendiada.

Al salir de la estación, Enriqueta tuvo la suerte de tropezar con una señora que estaba ajustando un carruaje que la condujese inmediatamente á París, calle de Richelieu; y tanto la suplicó, con lágrimas tan conmovedoras, que la señora acabó por consentir en llevarla. El cochero arreó á su caballo; no habló una palabra en todo el camino. La señora no cesó de charlar, contando que la antevíspera había salido de su tienda dejándola cerrada, pero que había hecho la tontería de dejar unos valores escondidos en una pared, y volvía á buscarlos, aunque tuviera que pasar por entre las llamas. En la puerta no había más que unos cuantos insurrectos, medio dormidos. El coche pasó sin grandes dificultades. La señora dijo al comandante de aquella guardia que había ido á buscar á su sobrina para cuidar entre las dos á su marido, herido por los versalleses. Los grandes obstáculos empezaron en las calles, obstruidas por barricadas.

Después de haber dado varios rodeos llegaron al boulevard Poissonniere, donde el cochero manifestó que no seguía adelante. Y las dos mujeres tuvieron que continuar á pie por la calle de Sentir y por todo el barrio de la Bolsa. Les extrañaba la calma y la soledad que había en aquella parte de la capital. Sin embargo, al pasar por delante de la Bolsa oyeron tiros. En la calle de Richelieu, la señora, muy contenta por haber encontrado intacta su tienda, quiso enseñar á Enriqueta por donde había de ir á la calle des Orties, que no estaba lejos. Por fin, á las cuatro de la mañana, ya de día, Enriqueta, rendida de cansancio, llegó á la casa donde vivía su hermano.

En la barricada de la calle del Bac, Mauricio ha-

bía podido sentarse en el suelo, con gran alegría de Juan, porque éste creía que lo había matado.

—Muchacho ¿vives todavía?... ¿Tendré esa suerte?... Espera; déjame ver. A la claridad del incendio reconoció con cuidado la herida. La bayoneta había atravesado el brazo derecho por cerca del hombro; y lo peor era que había penetrado después entre dos costillas, interesando, sin duda, el pulmón. Sin embargo, el herido respiraba sin mucba dificultad.

—¡Pobre Juan! No te desesperes así. Yo estoy contento; me gusta acabar de una vez. Bastante has hecho por mí, porque hace mucho tiempo que á no haber sido por ti estaría yo debajo de tierra.

Al oirle decir aquellas cosas, Juan se desesperaba más.

—¡Te quieres callar! Tú me has salvado dos veces de los prusianos. Estábamos en paz. Ahora me tocaba dar mi vida, y te he herido... ¡Maldita sea mi suerte! ¡Si estaría yo borracho cuando no te he conocido!... ¡Sí, borracho como un marrano de tanto beber sangre!

Se le saltaban las lágrimas, al recordar su separación allá en Remilly, cuando se habían despedido sin saber si volverían á verse. Conque no servía de nada haber pasado juntos tantas penalidades y haber tenido la muerte delante? ¿Y era para llevarlos á aquella abominación á aquel fratricidio monstruoso y estúpido, para lo que se habían unido sus corazones durante aquellas semanas de vida heroica? ¡No y no!

—Tengo que salvarte, muchacho... quieras ó no.

Lo primero era sacarle de allí, porque la tropa remataba á los heridos. Suerte tenían en estar solos. No había que perder ni un minuto. Juan quitó á Mauricio el uniforme, y le vendó fuertemente el brazo, con pedazos que sacó del forro. Después tapó la herida y sujetó el brazo por encima, con un

pedazo de cuerda, para contener la hemorragia.

—¿Puedes andar?

—Me parece que sí.

Pero no se atrevía á llevárselo así, en mangas de camisa. Tuvo una inspiración repentina; corrió á una calle inmediata, donde había visto un soldado muerto, y volvió con un capote y un kepis. Echó el capote sobre los hombros de Mauricio.

—¡Vaya! Ya eres de los nuestros... ¿A dónde vamos?

Esa era la dificultad. ¿Dónde encontrarían un refugio seguro? Las tropas registraban las casas y fusilaban á todos los comunistas cogidos con las armas en la mano. Además, ni Juan, ni Mauricio, conocían á nadie en aquel barrio, ni había por allí nadie á quien pedir auxilio.

—Lo mejor será ir á mi casa, dijo Mauricio. Está en una calle tan extraviada, que nadie ha de ir por allí... Pero está al otro lado del río; en la calle de las Orties.

Juan, desesperado, juraba como un carretero.

—¿Y qué hacemos ahora?

No había que pensar en tomar por el puente Real, porque el resplandor de los incendios lo alumbraba como si hiciera sol. En las dos orillas seguía el tiroteo. El palacio de los Tullerías estaba ardiendo. Por el Louvre tampoco se podía pasar.

De repente se le ocurrió á Juan una idea. Si había barcas, como antes, junto al puente Real, podía intentarse pasar á la otra orilla. La tentativa era muy ariesgada, pero no había otro medio y era preciso decidirse pronto.

—Oye, muchacho, aquí no estamos bien; tenemos que largarnos... Yo contaré á mi teniente que me cogieron unos comunistas y que me escapé.

Cogió á Mauricio por el brazo sano, y le ayudó á salir de la calle del Bac, cuyas casas ardían de arriba á bajo, como enormes antorchas. Una lluvia de

tizones encendidos caía sobre ellos. Cuando llegaron al muelle, se quedaron un momento como ciegos, por la espantosa claridad.

Y no se consideró algo seguro hasta que no hubo hecho bajar á Mauricio la escalera del muelle, á la izquierda del muelle Real, aguas abajo. Se escondieron entre unos árboles. Al poco rato, oyeron tiros y gritos, después el ruido de un cuerpo que caía al agua. El puente estaba guardado; no había duda.

—¿No te parece que debíamos pasar la noche en esa caseta? preguntó Mauricio señalando una caseta de guarda.

—¡Eso es! ¡Para que nos cojan cuando sea de día!

Juan no renunciaba á su plan. Acababa de encontrar allí una flotilla de barquichuelos. Pero estaban amarrados. ¿Cómo podía desmarrar uno y soltar los remos? Al fin encontró un par de remos viejos y pudo hacer saltar un candado, que sin duda estaba mal cerrado. Enseguida acomodó á Mauricio en la proa del bote y se dejó llevar por la corriente siguiendo la orilla á la sombra de las casetas de baños y de las gabarras. Ni uno ni otro hablaban una palabra, aterrados con el espectáculo que tenían ante sus ojos. Al llegar al puente de Solferino, vieron los dos muelles ardiendo.

A la izquierda estaba ardiendo el palacio de las Tullerías. Los comunistas habían prendido fuego al pabellón de Flora y al de Marsan, desde los cuales se había comunicado al del Reloj, donde estaba preparada una mina, barriles de pólvora amontonados en la sala de los Mariscales. En aquel momento salían por las ventanas remolinos de humo rojizo. La techumbre ardía, entreabriéndose como una tierra volcánica al impulso de la hoguera interior. El pabellón de Flora era todo él una hoguera. El petróleo, con el que se habían rociado el piso y las colgaduras, daba á las llamas tanta intensidad que se veía retorcerse los hierros de los balcones.

A la derecha, en primer término, el palacio de la Legión de Honor, que estaba ardiendo desde las cinco de la tarde y que se consumía en una gran llamarada, como una hoguera cuya leña se acaba toda al mismo tiempo. En segundo término el palacio del Consejo de Estado, el incendio inmenso, el más grande, el más aterrador, el gigantesco cubo de piedra vomitando llamas. Los cuatro edificios que rodeaban el patio interior habían empezado á arder á un tiempo; y allí, el petróleo, derramado por barricas enteras en las cuatro escaleras, había corrido por los escalones á manera de torrente infernal. En la fachada que da al río se destacaba la línea del ático en medio de las lenguas rojizas que lamían sus bordes; las columnatas, las cornisas, los frisos, las esculturas, aparecían con un relieve extraordinario en medio de un resplandor que quitaba la vista. El fuego tenía allí una fuerza tan terrible, que el colosal monumento parecía vacilar sobre sus cimientos, conservando únicamente la armazón sus espesos muros bajo aquella violencia de erupción que lanzaba al aire el zinc de las techumbres. También estaba ardiendo una parte del cuartel del muelle de Orsay, una columna alta y blanca que parecía una torre de luz. Y detrás, había más incendios, las siete casas de la calle del Bac, las veintidos de la calle de Lila, destacándose las llamas sobre otras llamas, en un mar sangriento.

Juan, espantado, murmuró:

—¡Esto no puede ser!.. Va á arder el río.

Parecía, efectivamente, que el bote navegaba por un río de fuego. Habiérase dicho que á los reflejos de aquellos focos inmensos, arrastraba el Sena carbones encendidos. Y el bote seguía siendo llevado por la corriente entre palacios incendiados.

—¡Ah!—dijo Mauricio enloquecido ante aquella destrucción que había deseado;—¡que arda todo! ¡que vuele todo!

Pero Juan le hizo callar, como si hubiera tenido miedo de que una blasfemia así les llevase la desgracia. ¿Era posible que un muchacho á quien quería tanto, tan instruído, tan fino, tuviese ideas semejantes? Y se puso á remar con más fuerza, porque habían dejado atrás el puente de Solferino. La claridad era tan grande, que el río estaba alumbrado como con el sol de mediodía. Se distinguían los más pequeños detalles con una precisión asombrosa; los visos que hacía el agua, los arbolillos de los muelles. Los puentes se destacaban con una blancura deslumbradora, con una claridad tal que podían contarse las piedras. De cuando en cuando se oían fuertes crujidos. El viento llevaba olores pestíferos. Y lo espantoso era que no se veían los demás barrios, los situados agua abajo. A derecha é izquierda la violencia de los incendios deslumbraba, abría más allá un abismo negro. Sólo se veía una enormidad tenebrosa, como si París entero, invadido por el fuego, hubiera desaparecido en una noche eterna. Y el cielo también había dejado de existir: las llamas subían tan arriba que apagaban las estrellas.

Mauricio, á quien la calentura hacía delirar, soltó una carcajada de loco:

—¡Gran fiesta en el Consejo de Estado y en las Tullerías!... Las fachadas están iluminadas, las mujeres están bailando... ¡Bailad, sí, bailad con esas faldas que echan humo, con esos moños que echan chispas!

Y con el brazo que tenía útil, evocaba las fiestas de Sodoma y Gomorra, las músicas, las flores, los goces monstruosos, los palacios convertidos en burdeles, iluminando la abominación de las desnudeces con tanto lujo de bujías que se habían incendiado á sí mismos. De repente sonó un estampido espantoso. Era que el fuego en las Tullerías había llegado á la sala de los Mariscales ó inflamando los ba-

rriles de pólvora había causado la voladura del pabellón del Reloj. Surgió un inmenso penacho de llamas que llenó el cielo obscuro, el *bouquet* flamígero de la horrenda fiesta.

—¡Bien por el baile!—gritó Mauricio, como cuando termina un espectáculo.

Juan volvió á suplicarle que callase. ¡No, no! No había que querer el mal. Si todo quedaba destruído perecerían ellos. Y no deseaba ya más que atracar á la orilla, huir del terrible espectáculo. Tuvo, sin embargo, la prudencia de seguir hasta más allá del puente de la Concordia para no desembarcar sino en el Muelle de la Conferencia, pasado el recodo del Sena. Y en aquel momento crítico, impulsado por su respeto instintivo á los bienes ajenos, perdió algunos minutos en amarrar el bote, en lugar de dejarlo ir por el río abajo. Su plan era pasar por la plaza de la Concordia y por la calle de San Honorato para llegar á la calle de los Orties. Después de haber hecho sentar á Mauricio en la orilla del río subió la escalera del muelle y al llegar arriba comprendió que les iba á costar mucho trabajo salvar los obstáculos acumulados allí; el terraplén de las Tullerías, transformado por los comunistas en fortaleza inexpugnable, las calles Real, San Florentino y de Rívoli, cerradas con barricadas altas; y esto explicaba la táctica del ejército de Versalles, cuyas líneas formaban aquella noche un inmenso ángulo entrante, con el vértice en la plaza de la Concordia, uno de los extremos en la orilla derecha, en la estación de mercancías del ferrocarril del Norte, el otro extremo en la orilla izquierda, en un baluarte de las murallas, junto á la puerta de Arcueil. Pero iba á amanecer, los comunistas habían desalojado las Tullerías y las barricadas, la tropa acababa de apoderarse del barrio, en medio de más incendios, doce casas que estaban ardiendo desde las nueve de la noche en las cua-

tro esquinas de la calle de San Honorato y calle Real.

Cuando Juan volvió á buscar á Mauricio le encontró soñoliento, como atontado después de su crisis de sobreexcitación.

—¡No va á ser fácil!... ¿Podrás andar, muchacho?

—Sí, sí, no tengas cuidado. Muerto ó vivo, yo llegaré.

Le costó trabajo subir la escalera de piedra. Ya arriba echó á andar despacio, apoyado en el brazo de su compañero, con paso de sonámbulo. Aunque no era todavía de día, el resplandor de los incendios próximos alumbraba la extensa plaza con una aurora amoratada. Al otro lado del puente y al extremo de la calle Real, se distinguían confusamente los fantasmas del Palacio Borbón y de La Magdalena. Una parte del terraplén de las Tullerías, batido en brecha, se había hundido. En la plaza de la Concordia las balas habían agujereado el bronce de las fuentes, la estátua de Lila yacía en el suelo, partida en dos por una granada, y la estátua de Strasburgo, cubierta con un crespón, parecía que llevaba luto por tantas ruinas. Y había allí, junto al obelisco, en una zanja, una cañería de gas, rota por algún piquetazo, á la que se había prendido fuego por una casualidad y de la que salía con un ruido estridente una llamarada.

Juan evitó el pasar por la barricada que cerraba la calle Real entre el Ministerio de Marina y el Guarda Muebles, salvados del incendio. Oía voces de soldados detrás de los sacos de tierra y de los toneles que lo formaban. Por delante la defendía un foso, lleno de agua corrompida, en la cual flotaba el cadáver de un federado; y por un boquete se veían las casas de la calle de San Honorato, que todavía estaban ardiendo á pesar de las bombas que se habían llevado de los pueblos de las afueras. A derecha é izquierda, los arbolillos, los kioskos

para la venta de periódicos estaban destrozados, acribillados á metrallazos. Se oían gritos. Los bomberos acababan de encontrar, en un sótano, los cadáveres, medio carbonizados, de siete personas.

Aunque parecía más fuerte la barricada que obstruía la calle de San Florentino, Juan comprendió que por allí era menos peligroso el paso. La barricada estaba completamente abandonada, sin que la tropa se hubiese atrevido todavía á ocuparla. Detrás de aquella muralla no había ni un alma, únicamente un perro vagabundo que echó á correr. Pero sucedió lo que Juan temía; en la calle de San Florentino se encontraron con una compañía del 88.º de línea, que había flanqueado la barricada.

—Mi capitán,—dijo,—éste es un camarada á quien han herido esos pillos, y lo llevo al hospital de sangre.

El capote echado por los hombros de Mauricio, fué lo que le salvó. Juan pasó un susto terrible. Al fin, pudieron tomar la calle de San Honorato. Empezaba á amanecer; se oían todavía algunos tiros en las calles trasversales. Fué un milagro que los dos camaradas pudiesen llegar á la calle de Frondeurs, sin haber tenido otro mal encuentro. Andaban muy despacio, porque Mauricio iba debilitándose cada vez más. Los 300 ó 400 metros que faltaban, parecían interminables. En la calle de Frondeurs tropezaron con unos comunistas sueltos; pero estos se asustaron, creyendo que llegaba un regimiento entero, y echaron á correr. No quedaba más que un trozo de la calle de Argenteuil para llegar á la de los Orties. ¡Dichosa calle de los Orties! ¡Con qué impaciencia la deseaba Juan, hacía cuatro horas largas! Cuando entraron en ella, estaba obscura, desierta, silenciosa, como á cien leguas de la batalla. La casa, una casa vieja y estrecha, sin portería, dormía con un sueño de muerte.

—Tengo las llaves en el bolsillo, balbuceó—Mau-

ricio.—La grande es la de la calle, la pequeña, la de mi cuarto, en lo más alto de la casa.

Y se desmayó en brazos de Juan, cuya inquietud y apuros fueron grandes. Se le olvidó cerrar la puerta de la calle, y tuvo que subir á Mauricio en brazos, á tientas, por aquella escalera desconocida, evitando hacer ruido, por miedo de que acudiera gente. Al llegar arriba, se perdió en los pasillos, tuvo que dejar al herido en el suelo y buscar la puerta, encendiendo fósforos que, por una feliz casualidad, llevaba en el bolsillo. Por fin acostó al herido en la camita de hierro, enfrente de la ventana, la cual abrió de par en par, porque necesitaba aire y luz. Cayó de rodillas delante de la cama, sollozando, rendido y sin fuerzas, dominado por el horrible pensamiento de que había matado á su amigo.

Al cabo de un rato se encontró de repente con que estaba allí Enriqueta. Esto no le sorprendió; al contrario, le pareció lo más natural del mundo. Ni siquiera había visto entrar á Enriqueta; quizás estaría allí hacía ya tiempo. La miraba agitarse calurosamente impresionada al ver á su hermano sin conocimiento, ensangrentado. Juan se serenó un poco y preguntó:

—Diga usted, ¿ha vuelto usted á cerrar la puerta de la calle?

Ella, toda trastornada, contestó afirmativamente con una señal de cabeza; en seguida le alargó las manos. Juan se las cogió y dijo:

—Yo soy quien le ha matado... ¿sabe usted?

Ella no le entendía, no le creía.

—Pues sí... yo he sido, allá en una barricada... El era de un partido, yo de otro..

Las manitas temblaron.

—Estábamos como borrachos, ya no sabíamos lo que hacíamos... Yo soy quien le ha matado...

Entonces, Enriqueta retiró las manos, estremeci-

da, pálida, mirando á Juan con ojos asustados. ¡Dios poderoso! ¿Se habría concluído todo y no habría de sobrevivir nada en su corazón destrozado? ¡Ah! aquel Juan, de quien se había acordado aquella misma noche, esperando volver á verle. Y él era quien había hecho aquella cosa atroz, y acababa, sin embargo, de salvar otra vez á Mauricio, puesto que él era quien lo había llevado allí, corriendo tantos riesgos. Enriqueta puso la última esperanza de su corazón en una frase:

—¡Le curaré, es preciso que le cure!

Durante sus largas vigilias en el hospital de sangre de Remilly había adquirido mucha práctica en curar heridas. Y desde luego quiso reconocer las de su hermano, á quien desnudó sin que él saliese de su desmayo. Cuando le quitó el vendaje improvisado por Juan, él se movió, dió un quejido, abriendo mucho los ojos, y conoció á su hermana.

—¿Estás ahí? ¡Cuánto me alegro de verte antes de morir!

Enriqueta le hizo callar con un ademán de confianza.

—¡Yo no quiero que te mueras! ¡Quiero que vivas!... No hables más...

Pero después que hubo reconocido las herida, se quedó triste y sintió ganas de llorar. Registró la habitación, consiguió encontrar un poco de aceite, desgarró camisas viejas para hacer vendas, mientras que Juan bajaba á buscar un cántaro de agua. El pobre Juan la miró lavar las heridas, curarlas diestramente, sin atreverse á decirla ni una palabra, incapaz de ayudarla, consternado, aniquilado. Viendo lo inquieta que estaba se ofreció á ir á buscar un médico. Pero Enriqueta no había perdido la serenidad. ¡No, no! ¡Un médico cualquiera... no! Podía denunciar á su hermano. Se necesitaba un hombre de confianza. No había peligro en esperar unas horas. Como Juan dijese que tenía que ir á incor-

porarse á su regimiento, quedó convenido entre los dos que en cuanto él pudiera escaparse volvería con un cirujano.

Juan no se marchó en seguida. Parecía que no podía resolverse á salir de aquella habitación. La ventana seguía abierta. Y desde su cama, con la cabeza alta, el herido miraba, en tanto que Juan y Enriqueta dirigían también sus miradas á lo lejos, en medio del pesado silencio que había acabado por abrumarle.

Desde aquella altura del cerro de los Molinos, veían la mitad de París, primero los barrios del centro, desde la calle de San Honorato hasta la Bastilla, después todo el curso del Sena, la orilla izquierda, un mar de tejados, de copas de árboles, de campanarios, de cúpulas y de torres. Era ya de día; la abominable noche, una de las más horrorosas de la historia, había cesado. Pero, á la límpida claridad del sol naciente, los incendios continuaban. En frente, se veía el palacio de las Tullerías que seguía ardiendo, el cuartel de Orsay, los palacios del Consejo de Estado y de la Legión de Honor, cuyas llamas no brillaban tanto como por la noche. Más allá de la calle de Lila y de la calle de la Barca debían estar ardiendo otras casas, porque de la encrucijada de la Cruz Roja, y todavía más lejos, de la calle de Nuestra Señora de los Campos, subían columnas de chispas. A la derecha se extinguían los incendios de la calle de San Honorato, mientras que hacia la izquierda, en el Palais Royal y en el Louvre nuevo, no se propagaban unos incendios tardíos. Pero lo que Juan y Enriqueta no se explicaron desde luego, fué una gran humareda negra que el viento del Oeste llevaba hasta debajo de la ventana. Desde las tres de la mañana estaba ardiendo el Ministerio de Hacienda, sin llamas altas; se consumía en espesos remolinos de hollín, tanto era lo que se comprimía, en aquellas oficinas de te-

chos bajos, la inmensa acumulación de papelotes. Y aunque ya habían cesado la impresión trágica de la noche y el espanto de una destrucción total, quedaba una tristeza desesperada, con aquella espesa humareda cuya nube seguía extendiéndose y que no tardó en obscurecer el sol.

Mauricio, que empezó otra vez á delirar, murmuró:

—¿Está ardiendo todo? ¡Cuánto tarda!

A Enriqueta se le saltaron las lágrimas, como si su infortunio se hubiera aumentado con aquellos desastres inmensos, en los que había tomado parte su hermano, y Juan, que no se atrevió á darla la mano, ni á abrazar á su amigo, se marchó entonces haciendo un ademán de desesperación.

—¡Hasta luego!

No pudo volver hasta por la noche. A pesar de su gran inquietud estaba contento: su regimiento había quedado en reserva y recibido la órden de guardar el barrio, de suerte que él, vivaqueando con su compañía en la plaza del Carrousel, esperaba poder ir todas las noches á saber cómo seguía el herido. Y no volvía solo. Había encontrado por una casualidad al antiguo médico mayor del 106°, á quien llevaba por no haber podido encontrar otro y porque en medio de todo, aquel hombre terrible, con su cabeza de león, era un buen hombre.

Cuando Bouroche, que no sabía quien era el herido y que iba gruñendo por haber subido tantas escaleras, comprendió que tenía delante de sí á un comunista, se puso furioso:

—¿Se están ustedes burlando de mí? ¡Foragidos que se han cansado de robar, de asesinar y de incendiar!... Yo me encargo de curar á este, haciendo que le metan en la cabeza cuatro onzas de plomo!

Pero al ver á Enriqueta tan pálida, con su mag-

nífica cabellera rubia tendida por la espalda, se calmó de repente:

—Es hermano mío. Ha sido del regimiento de usted y estuvo en Sedan.

El médico no contestó, quitó el vendaje de las heridas, las reconoció sin decir nada, sacó de sus bolsillos unos frasquitos y practicó la cura, enseñando á Enriqueta como había de arreglarse. Después preguntó bruscamente al herido:

—¿Por qué te has ido con esos pillos? ¿Por qué has hecho una porquería como esa?

Mauricio le estaba mirando, sin decir nada, desde que había entrado.

—¡Porque hay demasiadas iniquidades, y demasiada afrenta!—le contestó.

Bouroche hizo un ademán, como para decir que con semejantes ideas no podía hacerse nada bueno. Fué á hablar, pero se contuvo. Y se marchó, diciendo únicamente:

—Volveré.

Al salir, manifestó á Enriqueta que no se atrevía á responder de nada. Estaba interesado el pulmón. Podía declararse una hemorragia que mataría al herido.

Cuando Enriqueta volvió á entrar en la habitación, hizo un esfuerzo para sonreir, á pesar del golpe que acababa de recibir en medio del corazón. ¿No había de salvar á su hermano, no había de evitar la eterna separación de los tres que estaban allí reunidos con el ansia de vivir?

Pero, cediendo á su excitación febril, Mauricio hacía preguntas á Juan. Este no decía todo, no quería hablar de la cólera furiosa que sentía París contra la Commune agonizante. Estaban ya en miércoles. Desde el domingo por la noche, la gente estaba metida en los sótanos, temblando de miedo; y cuando se arriesgó á salir, el miércoles por la mañana, se exasperó terriblemente al ver las calles

desempedradas, los escombros, la sangre, y, sobre todo, los incendios. El castigo iba á ser tremendo. Se registraban las casas, se entregaba á las tropas la gente sospechosa que se cogía en ellas. Aquel día, á las seis de la tarde, el ejército de Versalles era dueño de la mitad de París, desde el parque de Montsouris hasta la estación del Norte. Y los últimos indivíduos de la Commune, unos veinte, habían tenido que refugiarse en la alcaldía del undécimo distrito, boulevard Voltaire.

Hubo un rato de silencio. Mauricio murmuró:

—En fin, la cosa marcha, París sigue ardiendo.

Era verdad. El resplandor de los incendios enrojecía de nuevo el cielo. Por la tarde, cuando voló con horroroso estruendo el polvorín del Luxemburgo, corrió la voz de que acababa de hundirse el Panteón. Durante todo el día habían continuado ardiendo los palacios de las Tullerías y del Consejo de Estado y el ministerio de Hacienda. Enriqueta había tenido que cerrar muchas veces la ventana, porque una infinidad de papeles quemados revoloteaban por el aire y caían en menuda lluvia. Todo París quedó cubierto de ellos; algunos fueron á parar á Normandía, á veinte leguas. Y no eran ya sólo los barrios del Oeste y del Sur los que ardían, las casas de la calle Real, las de la encrucijada de la Cruz Roja y de la calle de Nuestra Señora de los Campos: toda la parte oriental de la ciudad parecía incendiada; la inmensa pira de las Casas Consistoriales obstruía el horizonte con una hoguera gigantesca. Y también estaban ardiendo el Teatro Lírico, la alcaldía del cuarto distrito, y más de treinta casas de las calles inmediatas; sin contar el teatro de la Porte Sant Martín, situado en la parte del Norte, el cual ardía aislado, como una hacina, en el fondo de los campos tenebrosos. Se ejecutaban venganzas particulares, y quizás también cálculos criminales para destruir expedientes de importan-

cia y legajos de causas. No era cuestión de defensa, de detener con el fuego á las tropas vencedoras. Lo único que dominaba era la demencia. El Palacio de Justicia, el Hospital General, Nuestra Señora se habían salvado por casualidad. Destruir por destruir, enterrar bajo las cenizas de un mundo á la humanidad podrida, con la esperanza de que surgiese una sociedad nueva, inocente y feliz, en pleno paraíso terrestre de las leyendas primitivas.

—¡Lo que es la guerra, esa maldita guerra!—dijo Enriqueta, contemplando el pavoroso espectáculo de los incendios.

¿No era, en efecto, el último acto, la locura de la sangre que había germinado en los campos de batalla de Sedán y de Metz, la epidemia de destrucción producida por el sitio de París, la crisis suprema de una nación en peligro de muerte, en medio de las matanzas y de los hundimientos?

Pero Mauricio, sin separar la vista de los barrios que ardían, balbuceó lentamente, con esfuerzo:

—No, no maldigas la guerra... Es buena, está haciendo su obra...

Juan le interrumpió con una exclamación de rencor y de remordimiento:

—¡Dios santo! ¡Cuando te veo ahí, y sé que es por culpa mía!... ¡La guerra es una barbaridad, no la defiendas!

El herido murmuró:

—Tal vez sea necesaria esa sangría. La guerra es como la vida; no puede existir sin la muerte.

Y Mauricio cerró los ojos, fatigado por el esfuerzo que había hecho para pronunciar aquellas palabras. Enriqueta hizo una seña á Juan para que no discutiese. Y ella sentía una irritación profunda contra los padecimientos humanos, á pesar de su calma de mujer delicada y tan valiente, con su límpida mirada en la que revivía el alma heroica del abuelo, el héroe de las leyendas napoleónicas.

Pasaron dos días, el jueves y el viernes, en medio de los mismos incendios y de las mismas matanzas. No cesaba el fuego de artillería; las baterías de Montmartre, de las que se había apoderado el ejército de Versalles, cañoneaban sin descanso á las que habían establecido los federales en Belleville y en el cementerio del Padre Lachaise, y estas últimas arrojaban proyectiles á París. En la calle de Richelieu y en la plaza Vendôme habían caído granadas. El 25 por la noche toda la orilla izquierda quedó en poder de las tropas. Pero, en la orilla derecha, seguían resistiéndose las barricadas de la plaza del Château-d'Eau y de la plaza de la Bastilla. Eran dos verdaderas fortalezas, defendidas por un fuego terrible, incesante. Al anochecer, cuando se dispersaron los últimos individuos de la Commune, Delescluze cogió su bastón y como quien va de paseo, se fué tranquilamente hasta la barricada del boulevard Voltaire, donde murió como un héroe. Al amanecer del día siguiente, 26, fueron tomadas las plazas del Château d'Eau y de la Bastilla. Los comunistas, reducidos á un puñado de valientes, no ocupaban ya más que la Villete, Belleville y Charonne, resueltos á morir.

El viernes por la noche, al ir Juan desde la plaza del Carrousel á la calle de los Orties, presenció en la calle de Richelieu una ejecución que le dejó trastornado. Desde la antevíspera actuaban dos consejos de guerra, uno en el Luxemburgo y otro en el teatro del Châtelet. Los sentenciados por el primero, eran pasados por las armas en el jardín, mientras que los del segundo, eran conducidos al cuartel Lobau, donde había piquetes permanentes que los fusilaban casi á boca de jarro. Allí fué, sobre todo, donde la matanza tomó proporciones aterradoras: hombres, muchachos, sentenciados por un indicio, por tener las manos ennegrecidas por la pólvora, ó por llevar zapatos de munición; ino-

centes denunciados falsamente, víctimas de venganzas personales, clamando justicia, sin conseguir que les escuchasen; rebaños arrojados en montón bajo los cañones de los fusiles, tantos infelices á un tiempo, que no había balas para todos y era preciso rematar á culatazos á los heridos. Todo el día estaban saliendo del cuartel carros cargados de cadáveres. Y en la ciudad conquistada, al azar de los arrebatos de furia vengadora, se hacían otras ejecuciones delante de las barricadas, contra las paredes de las calles desiertas, en las gradas de los monumentos. Así era como Juan había visto á unos vecinos del barrio llevando á una mujer y á dos hombres al cuerpo de guardia del Teatro Francés. Los paisanos demostraban más ferocidad que los militares; los periódicos que habían vuelto á publicarse, excitaban al exterminio. Una multitud enfurecida se encarnizaba con la mujer á la que acusaban de ser una de las petroleras que, según se decía, andaban de noche echando en los sótanos latas de petróleo ardiendo. Se aseguraba que aquella acababa de ser sorprendida en el momento de agacharse delante de un respiradero de la calle de Santa Ana. Y á pesar de sus protestas y de sus lamentos, la arrojaron con los dos hombres á una trinchera de barricada, y allí se les fusiló como lobos cogidos en un cepo. Unos transeuntes se pararon á mirar, entre ellos una señora con su marido; y un pinche de cocina que pasaba con una cesta en la cabeza, se puso á silbar un toque de caza.

Juan, helado de espanto, apretó el paso. De pronto, tuvo un recuerdo. ¿No era Chouteau, el antiguo soldado de su escuadra, á quien acababa de ver con la honrosa blusa blanca de obrero, presenciando el fusilamiento con ademanes de aprobación? ¡Y él sabía que Chouteau era un bandido, traidor, ladrón y asesino! Estuvo á punto de volver atrás, de denunciarle, de hacer que le fusilasen sobre los cadá-

veres de los otros tres. ¡Ay! ¡Qué cosa tan triste es ver como los más culpables se libran del castigo, como se pavonean con su impunidad, mientras que los inocentes se pudren debajo de tierra!

Enriqueta al oir el ruido de pasos, había salido á la meseta de la escalera.

—Tenga usted prudencia... Hoy está sumamente excitado... El doctor ha vuelto, me ha quitado las esperanzas.

Efectivamente, Bouroche había meneado la cabeza. No podía prometer nada. Acaso la juventud del herido triunfase de los accidentes que él temía.

—¡Ah! eres tú,—dijo Mauricio en cuanto vió á Juan.—Te esperaba. ¿Qué sucede? ¿Cómo anda eso?

Y recostado en las almohadas, frente á la ventana, señalando á la ciudad, otra vez iluminada por el resplandor de los incendios:

—Ya vuelve á empezar la función. París está ardiendo y esta vez es todo él.

Desde el anochecer el incendio de la Alhóndiga alumbraba los barrios lejanos. En el palacio de las Tullerías y en el del Consejo de Estado, habían debido desplomarse los techos, avivando el fuego con las vigas que se consumían, porque de cuando en cuando salían llamas y chispas. Hacía tres días que en cuanto anochecía empezaban de nuevo los resplandores, como si las tinieblas atizasen el fuego. ¡Ah! Ciudad infernal, que se enrojecía por la noche, encendida para toda una semana, alumbrando con sus antorchas monstruosas las noches de la semana sangrienta! Y aquella noche, cuando se quemaron los almacenes de la Villette, fué tan vivo el resplandor sobre la ciudad inmensa, que ésta parecía estar ardiendo por los cuatro costados.

—Se acabó,—repitió Mauricio,—¡París está ardiendo!

Se excitaba con estas palabras, repetidas veinte veces en una necesidad febril de hablar, después

de la pesada somnolencia que le había hecho estar casi mudo durante tres días. Pero un ruido de sollozos contenidos le hizo volver la cabeza.

—¿Qué es eso, Enriqueta?... ¡Tú, tan valiente... lloras porque voy á morirme!

Ella le interrumpió con viveza:

—¡Pero como no te morirás!

—¡Sí, sí, es mejor... No se perderá mucho con que yo me muera. ¡Te he dado tantos disgustos, he costado tan caro á tu corazón y á tu bolsillo!.. Hubiera tenido mal paradero. ¿Quién sabe? Una cárcel... un...

Enriqueta volvió á interrumpirle con violencia.

—¡Calla! ¡calla!... Bien lo has pagado todo.

Mauricio se quedó pensativo por un instante.

—¡Cuando me muera, sí! ¡Ay! Juan, ¡qué favor tan grande nos has hecho á todos, con darme el bayonetazo!

Pero Juan, con los ojos arrasados en lágrimas, protestó también:

—¡No digas eso! ¡Quieres que me rompa la cabeza contra la pared!

Mauricio continuó:

—Acuérdate de lo que me dijiste al día siguiente de Sedán; que no venía mal recibir de cuando en cuando una buena paliza... Y añadiste que, cuando se tenía algo podrido, un miembro averiado, valía más cortarlo, echarlo al suelo de un hachazo, que irse muriendo á pedazos... Muchas veces me he acordado de aquellas palabras, cuando me he visto solo, encerrado en este París maldito. ¡Pues bien! Yo soy el miembro podrido que tú has cortado...

Su exaltación iba en aumento; no escuchaba las súplicas de Enriqueta y de Juan, aterrados. Y siguió hablando con una vehemencia febril, abundante en símbolos, en imágenes brillantes La parte sana de Francia, la razonable, la bien equilibrada, la campesina, era la que suprimía á la parte per-

vertida, exasperada, maleada por el Imperio, extraviada por los ensueños y por los goces, y había tenido que cortar su misma carne, como si se arrancase el alma, sin saber bien lo que hacía. Pero el baño de sangre era necesario y de sangre francesa; un holocausto tremendo, un sacrificio vivo en medio del fuego purificador. El calvario había subido hasta la más espantosa de las agonías; la nación crucificada pagaba sus culpas é iba á renacer.

—Juan, tú eres el bueno y el fuerte... ¡Anda, coge la azada, coge la llana! ¡Labra el campo, reedifica la casa!... ¡Has hecho bien en matarme porque yo era la úlcera que corroía tus huesos!

En medio de su delirio, Mauricio quería levantarse, asomarse á la ventana:

—París está ardiendo, no va á quedar nada... ¡Ah! esas llamas que se lo llevan todo, que todo lo curan, yo las he deseado... ¡Bien trabajan, bien! Dejadme levantar, dejadme acabar la obra de humanidad y de libertad...

Le costó á Juan un trabajo ímprobo sujetarle en la cama, mientras que Enriqueta, desconsolada, le hablaba de su infancia, le suplicaba que se calmase. Y, sobre París inmenso, se había extendido más el resplandor; la mar de llamas llegaba á los límites tenebrosos del horizonte; el cielo era como la bóveda de un horno gigantesco, calentado al rojo claro. Y en aquel resplandor de los incendios, las espesas humaredas del Ministerio de Hacienda, que seguía ardiendo sin echar llamas, pasaban en una sombría y lenta nube de luto.

Al día siguiente, sábado, tuvo Mauricio una mejoría repentina: estaba mucho más tranquilo, la calentura había disminuido; y fué para Juan una gran alegría el encontrar á Enriqueta risueña, reanudando el ensueño de la intimidad de los tres en un porvenir de felicidad todavía posible, que ella no quería precisar. ¿Iría á cesar la mala suerte? Enrique-

ta pasaba los días y las noches sin salir de aquella habitación, donde su dulzura activa de cenicienta, sus cuidados suaves y silenciosos ponían una especie de caricia continua. Y aquella noche Juan estuvo más tiempo al lado de sus amigos. Las tropas habían tomado á Belleville y las Buttes Chaumont. Unicamente se resistía ya el cementerio del Padre Lachaise, transformado en un campo atrincherado. Juan daba todo por concluído; hasta aseguró que ya no se fusilaba á nadie. Habló de las conducciones de los prisioneros á Versalles. Por la mañana había encontrado una en los muelles; hombres con blusa, con gabán, en mangas de camisa, mujeres de todas edades, niños menores de quince años, un montón movedizo de miseria y de rebeldía empujado por soldados, y al cual se recibía en Versailles con silbidos, bastonazos y paraguazos; al menos así se decía.

Pero el domingo Juan se horrorizó. Era el último día de la semana terrible. Desde la salida triuufal del sol, en aquella mañana del día de fiesta, Juan sintió pasar el estremecimiento de la agonía suprema. Hasta entonces no se supo que el miércoles habían sido fusilados en la cárcel de la Roquette el arzobispo, el párroco de La Magdalena y otros muchos de los detenidos en rehenes por los comunistas; que el jueves habían sido cazados á tiros, como liebres, los dominicos de Arcueil; y que en el sector de la calle Haxo se había hecho el viernes una matanza de cuarenta y siete personas, entre las cuales había sacerdotes y gendarmes. Al saberse aquellos horrores, se apoderó de todo el mundo un furor de repaesalias. Las tropas fusilaron en masa á los últimos prisioneros que cogieron. Durente todo aquel domingo tan hermoso, no cesaron las descargas en el patio del cuartel Lobau, lleno de estertores, de sangre y de humo. En la Roquette fueron ametrallados en montón doscientos veintisiete infelices,

cogidos al azar de la redada. En el cementerio del Padre Lachaise, bombardeado durante cuatro días, y al fin tomado, sepulcro por sepulcro, se fusiló á ciento cuarenta y ocho. Entre los doce mil infelices á quienes costó la vida la Comunne ¡cuántos hombres de bien hubo por cada pillo! Decíase que había llegado de Versalles la orden de cesar las ejecuciones. Pero, así y todo, se seguía matando, y Thiers iba á quedar como el asesino legendario de París, en su gloria de libertador del territorio; en tanto que el mariscal Mac Mahon, de quien había todavía en las paredes una proclama anunciando la victoria, era ya, únicamente, el vencedor del Padre Lachaise. Y París, asoleado y animado, parecía estar de fiesta. Un gentío inmenso llenaba las calles; los paseantes iban á ver los escombros humeantes de los edificios incendiados, muchas madres, llevando de la mano á sus hijos, se paraban un momento á escuchar con interés el ruido sordo de las descargas del cuartel Lobau.

El domingo por la tarde, después de puesto el sol, cuando Juan subió la escalera obscura de la casa de la calle de las Orties, llevaba el corazón oprimido por un presentimiento horrible. Entró, y en seguida vió el final inevitable. Mauricio muerto, ahogado por la hemorragia, como temía Bouroche. La roja despedida del sol se deslizaba por la ventana abierta; dos velas ardían encima de la mesa, á la cabecera de la cama. Y Enriqueta, de rodillas, se deshacía en llanto. Al ruido, levantó la cabeza y se estremeció al ver entrar á Juan. El, desesperado, iba á cogerle las manos, á mezclar su dolor con el de ella. Pero sintió trémulas las manos, comprendió que la joven se apartaba de él para siempre. ¿No había acabado ya todo entre los dos? La tumba de Mauricio los separaba. Y él también cayó de rodillas y se echó á llorar.

Sin embargo, á los pocos instantes, habló Enriqueta.

—Yo estaba vuelta de espaldas, con una taza de caldo en la mano, cuando él dió un grito. No tuve tiempo más que para acudir, y murió, llamándome á mí, llamándole á usted, también á usted y echando una bocanada de sangre...

¡Su hermano, su Mauricio idolatrado, á quien ella había educado y salvado! ¡Su única afección, desde que había visto, en Bazeilles, el cuerpo de su pobre Weiss, acribillado á balazos! Iba á quedar sola en el mundo, viuda, sin tener á nadie que la quisiera!

—¡Ay!—exclamó Juan.—¡Yo tengo la culpa!... ¡El pobre muchacho, por quien hubiera dado yo la vida... y le he matado!..¿Qué va á ser de nosotros?... ¿Me perdonará usted alguna vez?

Y, en aquel instante, se encontraron sus ojos, y los dos quedaron aterrados con lo que en ellos leían claramente. Evocábase el pasado, la habitación escondida de Remilly donde habían transcurrido días tan tristes y tan tranquilos. El volvía á encontrar su ensueño, inconsciente al principio, apenas formulado después: la vida en Remilly, un casamiento, una casita, una heredad cuyo cultivo bastaría para proporcionar el sustento á una pareja buena y modesta. Juan tenía la seguridad de que, con una mujer como Enriqueta, tan cariñosa, tan activa, la vida hubiera sido una verdadera existencia paradisiaca. Y ella, á quien no había turbado antes aquel ensueño, veía ahora, lo comprendía todo, de repente. Ella misma, sin saberlo, había deseado aquel casamiento. Amaba á aquel hombre, á cuyo lado no había encontrado al principio más que consuelos. Y las miradas de los dos se decían eso, y no se amaban abiertamente, en aquel momento, sino para la despedida eterna. Se necesitaba todavía aquel horrible sacrificio. La felicidad de ambos, que era posible

la víspera, se hundía hoy con lo demás, arrastrada por la oleada de sangre que había matado á Mauricio.

Juan se levantó trabajosamente.

—¡Adiós!

Enriqueta permaneció inmóvil.

—¡Adiós!

Pero Juan se había acercado al cadáver de Mauricio, y miraba su frente despejada, que parecía más grande, su cara larga y delgada, sus ojos abiertos. Hubiera querido dar un beso en la frente á su muchacho, como le había llamado tantas veces; pero no se atrevía. Retrocedía ante el horror de la fatalidad. ¡Qué muerte aquella, en medio del derrumbamiento de un mundo! ¡En el último día, entre los últimos restos de la Commune expirante, se había formado aquella grandiosa y monstruosa idea de la sociedad destruída, de París incendiado, del campo labrado y purificado para que en él naciese el idilio de una nueva Edad de Oro!

Juan, lleno de angustia, se volvió para mirar á París. El sol, al declinar, iluminaba la inmensa ciudad con un ardiente resplandor rojizo. Los cristales de las ventanas chispeaban, como atizados por fuelles invisibles; los tejados relumbraban, como capas de carbones encendidos; los trozos de pared, los altos monumentos, de color de moho, relucían con chisporroteo de hogueras, en el aire de la noche. ¿Y no era aquello la pieza final, el gigantesco bouquet de púrpura, París entero ardiendo como un bosque seco y desapareciendo entre llamas y chispas? Los incendios continuaban, se oía un rumor inmenso, quizás el estertor de los fusilados, en el cuartel Lobau, quizás la alegría de las mujeres y la risa de los niños, que comían, después de un buen paseo, á la puerta de las tabernas. De las casas y de los edificios saqueados, de las calles desempedradas, de tantas ruinas y de tantos sufrimien-

tos, se exhalaba aún la vida, en medio del centelleo de aquella regia puesta de sol.

Juan tuvo entonces una sensación extraordinaria. Le pareció que por encima de aquella ciudad ardiendo, asomaba ya una aurora. Era, sí, el final de todo; un encarnizamiento de la suerte, una acumulación tan grande de desastres, que ninguna nación los había tenido mayores: las derrotas continuas, las provincias perdidas, los miles de millones que pagar, las más espantosas de las guerras civiles ahogada en olas de sangre, montones de escombros y de cadáveres, perdidos el dinero y la honra, todo un mundo que era preciso reconstituir! El mismo dejaba allí su corazón destrozado, Mauricio, Enriqueta, su vida dichosa arrebatada por la tempestad. Y, sin emqargo, mas allá de aquel infirno, renacía la esperanza en el fondo del cielo sereno. Era el rejuvenecimiento seguro de la Naturaleza eterna, de la humanidad eterna, la regeneración prometida al que espera y trabaja; el árbol que echa nuevo ramaje después de cortadas las ramas podridas, cuyas hojas ponía amarillas la savia envenenada.

Juan repitió, sollozando:

—¡Adiós!

Enriqueta, con la cara tapada por las manos cruzadas, contestó sin levantar la cabeza:

—¡Adiós!

El campo estaba en barbecho, la casa estaba en el suelo; y Juan, el más humilde y el más dolorido, emprendió la marcha para el porvenir, para empezar la penosa cuanto sublime tarea de reconstituir á Francia.

FIN

Última obra de EMILIO ZOLA

VERDAD

Traducción y prólogo de Eduardo Gómez de Baquero

Esta hermosa novela, que por su asunto, solicita vivamente la atención del público, verá la luz en los primeros días del mes de Enero de 1903. Constará de dos tomos de 350 páginas, esmerada impresión y con artísticas cubiertas, que representan notables escenas de la obra.